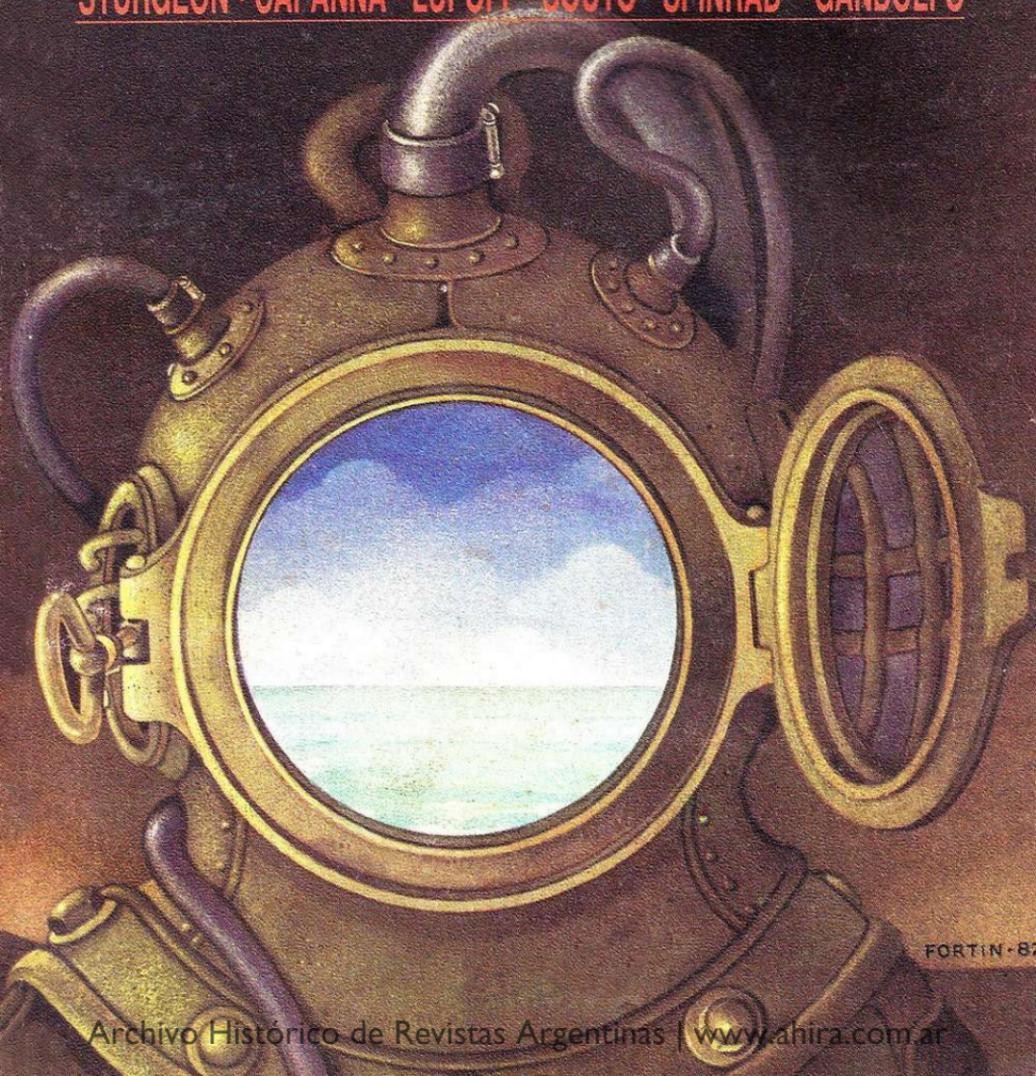


EL PÉNDULO 9

STURGEON · CAPANNA · LUPOFF · SOUTO · SPINRAD · GANDOLFO



FORTIN-B2

INDICE

Cuentos

- 21 Theodore Sturgeon Un platillo de soledad
31 Claudio Ferrari Por fin
63 Norman Spinrad En el ojo de la tormenta
73 José Pedro Díaz Cinco ejercicios
77 Robert Silverberg Schwartz entre las galaxias
99 Richard A. Lupoff Remonta la marea de la muerte

Artículos

- 34 John Sladek Los nuevos apócrifos
91 Marcial Souto Seres imaginarios

Historieta

- 120 Jacques Tardi El demonio de los hielos

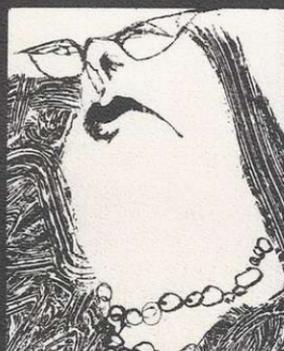
Secciones

- 3 Crónicas terrestres
19 Este número
128 Correo
130 En próximos números

Tapa de Raúl Fortín



SANYU



FATI



KIKE SANZOL

crónicas terrestres



POLVO DE ESTRELLAS

Elvio E. Gandolfo

Montañistas y anti-montañistas

¿Qué límites exactos indican la diferencia entre una montaña y un cerro o una colina? En cada país hay normas distintas, y ese momento crucial en que una elevación del terreno alcanza el status de montaña, algo equivalente a pasar de pueblo a ciudad, puede ser motivo de obsesión no sólo para la propia elevación sino también para algunos seres humanos. Es lo que ha ocurrido en Australia, donde se considera que es una montaña toda elevación que supera los 305 metros (o 1.000 pies, para emplear cantidades más redondas).

Ocurre que Castle Hill (o Colina Castillo) tiene 304,5 y no 305 metros. Y ocurre que un tenaz australiano llamado Daniel Sawkins ha fundado una asociación llamada Castle Mountain Fraternity (la

Fraternidad de la Montaña Castillo) para tratar de brindarle a la colina ese maldito medio metro que la separa de la montaña definitiva. En todos los fines de semana, el presidente y los integrantes de la Fraternidad emprenden la marcha provistos de bolsas, palas y baldes para acarrear hasta la pequeña cima de la colina (de unos 30 metros cuadrados) la cantidad de grava necesaria para hacerla crecer.

La tarea no ha resultado fácil. La tesonera lucha de los amigos de Castle Hill se ha visto dificultada en primer lugar por la erosión y en segundo término por la tarea des-

tructiva de grupos vandálicos a quienes no sólo el destino final de Castle Hill les importa un pepino, sino que ven además en la tarea de Sawkins y asociados una espléndida oportunidad para divertirse en las aburridas tardes australianas. Con la misma paciencia con que ellos llevan y acumulan grava, se dedican a su vez a desparramarla. La prolongada lucha ha fatigado a muchos de los miembros de la Fraternidad, hasta hacerlos renunciar, y ha proporcionado a Castle Hill sólo cinco centímetros estables de los cincuenta que necesitan para llegar a la montaña.

Opiniones I

No tengo la más mínima simpatía por todo el movimiento antitecnológico, por todo lo que va desde el Club de Roma por una parte hasta Amigos de la Tierra por el otro, por todos esos profetas de la ruina. Sus preceptos para el desastre siempre me impactan como simplemente equivocados en los hechos, y además asombrosamente derrotistas, expresando cierto tipo latente del sentido del fracaso. Me siento muy *optimista* acerca de la ciencia y la tecnología. Y sin embargo casi toda mi narrativa ha sido una ilustración de lo opuesto. Muestro esos universos entrópicos donde todo va cuesta abajo. Creo que tiene mucho que ver con mi infancia en Shanghai durante la guerra. Shanghai era una ciudad enorme, muy abierta, llena de gansters políticos, criminales de todo tipo imaginable, un crisol para los refugiados de Europa y los rusos blancos, refugiados de la revolución rusa: era una ciudad sin el menor límite en nada. Juego clandestino, contrabando, prostitución, y todo lo que proviene de los choques entre los muy ricos (había miles de millonarios) y los muy pobres (nadie ha sido nunca más pobre que el proletariado de Shanghai).





Así como, digamos, la razón racionaliza la realidad para nosotros, del mismo modo la vida convencional aplica su propio barniz sobre todo, una especie de barniz a través del cual la realidad queda embozada. En Shangai, lo que había sido para mí un mundo convencional quedó expuesto como algo que no era más que un decorado teatral cuyo reparto podía desaparecer en una noche; así fue que vi la fragilidad de todo, la transitoriedad de todo, pero también, en cierto sentido, la *realidad* de todo, cuando el barniz de la vida convencional fue quitado. Creo que es el mismo tipo de situación que uno experimenta cuando se pasea por una fábrica silenciosa, o una fábrica abandonada. Incluso un automóvil chocado tiene una realidad, y una calidad conmovedora, y una *identidad única* que ningún automóvil de exposición ha tenido jamás.

J. G. Ballard

La utopía o yo, querido Bronson

En *Mujercitas*, Louisa May Alcott despacha prontamente a su padre a la Guerra Civil, y la figura predominante pasa a ser la madre de la familia protagonista. En la vida real, sin embargo, no era tan fácil librarse de él. En primer lugar, era un padre y esposo amable y apasionado, lo que dificultaba ser terminante con él, algo que sería simplemente una virtud si no se tomaran en cuenta sus demás actividades.

En efecto, Bronson Alcott era "el más trascendentalista de los trascendentalistas", según palabras de Madelon Bedell, que publicó hace un par de años una voluminosa biografía sobre la familia Alcott, basada en los voluminosos diarios de la esposa de Bronson, Abba May, y de sus cuatro hijas.

Esa inclinación a la trascendencia no dejaba

de traducirse en una continua complicación de la vida económica y cotidiana de la familia. Bronson se consideraba un educador-filósofo, y creía que el papel de un maestro era dejar que los alumnos librasen su propio potencial, para alimentar el alma. Llevado por tales teorías fundaba una escuela tras otra, de las que los padres retiraban prontamente a sus hijos después de ver los primeros resultados de tal sistema educativo, completamente extraño dentro del clima de la Nueva Inglaterra del siglo XIX.

La que impedía el desmoronamiento práctico era Abba May, su esposa, que empleaba una sólida mezcla de sentido común y lealtad para aceptar las aventuras de Bronson Alcott.

Hubo, sin embargo, una ocasión en que su reacción necesitó ser ter-

minante, casi violenta. Bronson y un socio decidieron fundar una de las tantas colonias utópicas que pulularon en el siglo XIX en Estados Unidos. Bajo el sonoro nombre de Fruitlands, la misma estaría basada en una estructura rígida en lo moral, que incluiría la necesidad del celibato de sus integrantes. Ante tamaño despropósito, Abba plantó bandera y amenazó con partir de inmediato acompañada por sus hijas... y los muebles. Al parecer esto último fue definitivo y Bronson abandonó su proyecto idealista. La ira del socio (responsable de la regla sobre la necesidad del celibato) fue mayúscula, pero la expresión con dignidad: "La fidelidad del señor Alcott a su esposa y su familia y su infidelidad al Espíritu han manchado su vida para siempre."



Bandidos eran los de antes

La historia del crimen abunda en bandidos —sobre todo asaltantes; el ramo de los asesinos es más siniestro, menos extrovertido— que dieron rienda suelta a veleidades artísticas o surreales. Pocos tuvieron la calidad de un François Villon, sin embargo, que según se cree murió ahorcado.

Entre los menos conocidos figura Jerry Abershaw, un salteador de caminos inglés del siglo XVIII, ajusticiado a la temprana edad de 23 años. Según datos de Sir Harold Scott, antiguo jefe de Scotland Yard y compilador de una *Concisa historia del crimen y los criminales* (no tan concisa: 350 páginas amplias a

doble columna), en la adolescencia, Abershaw obtuvo un trabajo de posillón, pero ya a los diecisiete años se cansó de sus exigencias o de la poca paga y se dedicó al asalto a mano armada, destacándose por sus aptitudes de jinete. Reconocido por el pasajero de un coche de postas al arrancarle el viento su máscara, Abershaw lo invitó a unirse a él y lo instruyó tan bien que el pasajero pasó a convertirse en alguien tanto o más célebre que él como asaltante: "Dick el Galopador" (conocido anteriormente por el nombre auténtico y prosaico de Richard Ferguson).

En la cúspide de su fama Abershaw fue traicionado a los agentes de la policía de Bow Street, y arrestado. Sus últimos días, los que pasó en la



Opiniones II

¿Que cuál sería el medio más favorable para un escritor? El arte no se preocupa mucho por el medio. Poco importa el lugar. Por mi parte, el mejor empleo que me hayan ofrecido nunca fue el de encargado de un burdel. A mi parecer, es el medio ideal para el trabajo de un artista. Allí goza de una independencia material completa. Está libre del temor y del hambre. Tiene un techo sobre la cabeza y nada que hacer fuera de una contabilidad elemental y el depósito mensual de coimas en la policía local. Por la mañana, la casa está en calma. Por la noche, si tiene ganas de distraerse, puede mezclarse con las numerosas visitas. Su empleo lo pone en un nivel envidiable para la compa-

ña que frecuenta. No tiene nada que hacer porque la Madama se ocupa de las entradas de dinero. La casa está habitada sólo por mujeres que son cortes con él y lo tratan de señor. Los contrabandistas del barrio hacen otro tanto. Y puede permitirse tratar a los policías por su nombre de pila.

De modo que creo que el único medio que el artista necesita es aquél que le ofrece más paz, más soledad y más placer a un precio razonable. Un medio inadecuado sólo tendrá por efecto enervarlo y hacerle perder tiempo, al frustrarlo o irritarlo. La experiencia me ha demostrado que lo único que necesitaba para trabajar era papel, tabaco, alimentos y un poco de whisky.

William Faulkner



cárcel, y el cadalso, lo llevaron a diferenciarse de tantos otros asaltantes de la época. En el juzgado se dedicaba a imitar, ridiculizándolos, todos y cada uno de los movimientos del juez. En la cárcel pedía cerezas negras y empleaba su jugo para pintar en las paredes de su estrecha vivienda final las imágenes de sus robos más felices. Lo ahorcaron el 3 de agosto de 1795, ante una multitud enorme. Realizó todo el camino hasta el cadalso conversando y bromeando, con la camisa abierta y una flor entre los dientes. Su última acción sobre este mundo (o el mundo de la Inglaterra del siglo XVIII) fue arrancarse las botas de los pies en el momento en que el verdugo ajustaba el nudo alrededor de su cuello, para no darle a su madre el gusto de que se viera cumplida la profecía de que su hijo moriría con las botas puestas.

Opiniones III

Hace más o menos una década me mudé de Nueva York a California. El solo hecho de vivir al aire libre, en una sociedad que se considera capaz de arreglárselas por su cuenta, me ha cambiado mucho a mí, que venía de Nueva York, donde la sociedad considera que se está desmoronando. Es muy difícil vivir en una sociedad que se desmorona sin sentir que uno mismo se desmorona también. Salir en un día de enero y correr por la

playa bajo un sol dorado provoca un cambio enorme en la manera de ver el universo.

Creo que tengo sólo una vida. Así que quiero una vida gratificante, una vida interesante. Siempre organicé mi vida como para que, en lo básico, pudiese hacer lo que necesitaba hacer. Eso no es lo mismo que decir que hago lo que quiero; hay un matiz diferente. Pero para mí ésa es la verdadera libertad: ser capaz de hacer lo que necesito hacer.

Robert Silverberg

Latino-americanos en alemán

Bajo un cielo tormentoso, una morocha de largos cabellos que flotan al viento sostiene lo que parece un bidón de nafta futurista; detrás se ve algo intermedio entre una nave espacial y un edificio extraterrestre. La dama en dificultades se encuentra inmovilizada en las tapas de los 20.000 ejemplares de *Die Venus narbe*, un libro de bolsillo editado en Alemania. Una estrella sobreimpresa al cielo tormentoso (hacemos esta cuidadosa descripción por si la fotografía de la tapa del libro que enviamos es fagocitada por la vorágine del armado de *Péndulo*, como ocurrió en números pasados con la de la revista *Whispers*)*, explica que se tra-

*No fue problema de vorágine sino de calidad. Según el jefe de arte, la fotocopia que mandaste. Elvio no servía (N. D. R.)



ta de "Die besten SF-Erzählungen aus Südamerika". Y así es.

La antología es fruto del esfuerzo del inefable Bernard Goorden, traductor y antólogo belga que desde tiempo atrás hace todo lo posible por meterles en la cabeza a los lectores europeos que en Sudamérica hay excelentes cultores de la ciencia ficción, la narrativa fantástica y el género policial. Para aumentar las posibilidades de ventas, se ha agregado un breve prólogo del también inefable A. E. van Vogt.

Die Venus narbe es el modo de pronunciar en alemán "La cicatriz de Venus", título del cuento de Eduardo Golligorsky incluido (tal vez algún editor español se apresure a retraducirlo al castellano, como ya ocurrió con un cuento anterior de Golligorsky publicado por Bruguera). El resto del sumario es sólido. Incluye las siguientes obras:

"Persistencia", de José B. Adolph.
 "Gu ta gutarrak", de Magdalena A. Moujan Otaño.

"There Are More Things", de Jorge Luis Borges.

"El cosmonauta", de Angel Arango.

"Los embriones del violeta", de Angélica Gorrodischer.

"El que mora en el viento", de Hugo Correa.

"Capítulo XXX", de Mario Levrero.

"La oscuridad", de André Carneiro.

"Primera necesidad", de Carlos María Federici.

"Caza de conejos", de Mario Levrero.

"Futuro", de Luis Britto García.

La selección, con pocos cambios, ya había sido editada en Suecia en 1978, y existe la posibilidad de que aparezca pronto en Estados Unidos. En una hoja publicitaria Goorden no puede ocultar en cambio su irritación ante la insensibilidad de los editores franceses, y llevado por su sangre gala afirma: "elle (la antología) n'a toujours pas trouvé d'éditeur en France, par exemple...!" (El subrayado es suyo.)



La honorable máquina de la cortesía

Recientemente la industria japonesa dio a conocer una nueva y sorprendente muestra del modo en que puede lograr un equilibrio entre la tradición y la tecnología. Alarmado por la progresiva desaparición del arte de la reverencia entre los jóvenes, Takahashi Torimoto, inventor de Osaka, fabricó una máquina para entrenarse en reverencias, destinada a instruir a los vendedores de una cadena de supermercados.

Los aspirantes a la perfección en la cortesía apoyan el pecho contra una plancha metálica, accionada mediante electricidad, que les hace inclinar el cuerpo en las tres "posiciones sociales" requeridas. Para saludar a un colega se emplea una reverencia con un ángulo de 15 grados. Para dar la bienvenida a un cliente el ángulo es de 30 grados. Y

el de 45 queda reservado para despedir a los clientes, hayan comprado o no, una muestra más de la exquisita imparcialidad oriental.

Libros enterrados: Pesadillas y geezenstacks

El cuento supercorto es un género difícil. Uno de sus mayores defectos está implícito en la denominación que popularizó en su momento la revista *Nueva Dimensión*: "cuento de choque". Imposibilitado de construir una psicología compleja o sutil de personajes, o de playearse en la descripción de ambientes o situaciones, con excesiva frecuencia cae en el efecto final, por lo común con resultados pocos felices, forzados. Cuando un autor se destaca en este subgénero, suele hacerlo por la variedad de su temática, y por la habilidad en el manejo de una síntesis y una frialdad casi algebraica.



El estadounidense Fredric Brown es uno de ellos. Curiosamente, esa faceta de su obra, que ha sido destacada en más de una ocasión, por la crítica o por la publicación de uno de sus cuentos breves en revistas, se ha visto poco representada en las colecciones de ciencia ficción. El único volumen que conocemos que recoge en su mayor parte cuentos breves fue distribuido hace más de quince años por la editorial mexicana Diana, en una tirada de 14.000 ejemplares. Iba incluido en su colección Halcón, típicos libros de bolsillo de gran tiraje, impresos en papel barato y con tapas que recorrian distintas gamas de la mala diagramación y la impresión deficiente.

Pesadillas y geezenstacks incluye treinta y nueve muestras del talento de Brown. En tan variado muestrario hay un poco de todo: la extensión varía desde media página a doce páginas completas; hay cuentos relacionados con el sexo, con el terror, con la ciencia ficción, con los juegos de palabras, con la psicopa-

tía, con las malas relaciones afectivas y con la borrachera, con el asesinato y los grandes descubrimientos perdidos. La calidad también es desigual, pero conforma en total una estructura dinámica, divertida, que comunica la sensación de que el libro es más que la suma de sus partes. Algunos de ellos los escribió con uno de sus mejores amigos, Mack Reynolds.

Entre mis favoritos se encuentra "Pesadilla en verde", por su lograda vuelta de tuerca final; "El cumpleaños de Granny", por la contundencia y concisión con que comunica la asfixia de un pobre Smith perdido en un mar de Halperins; "La casa", por su alto voltaje surreal, comparable a algunos cuentos de Jean Ray. Y muchos otros, que prefiero no detallar para que el lector tome pico y pala y desentierre este volumen en alguna pila de desechables libros de bolsillo de hace quince años y sienta el placer de elegir sus propios favoritos. Para dar una muestra de la eficacia browniana, sin embargo, y para cerrar adecuadamente esta novena entrega de *Polvo de estrellas*, reproduzco el brevísimo relato titulado:

FIN.

El profesor Jones trabajó en la teoría del tiempo durante muchos años.

—Y he encontrado la ecuación clave —informó a su hija, un día—. El tiempo es un campo. Esta máquina que he hecho puede manipular, e incluso invertir, ese campo.



Oprimiendo un botón mientras hablaba prosiguió:

—Esto debe hacer correr el tiempo hacia hacia tiempo el correr hacer de-be esto.

Prosiguió, hablaba mientras botón un oprimiendo.

—Campo ese, invertir incluso e, manipular puede hecho he que máquina esta. Campo un es tiempo el. —día un, hija su a informo— clave ecuación la encontrado he y.

Años muchos durante tiempo del teoría la en trabajó Jones profesor el. FIN.



CINE
Anibal M. Vinelli

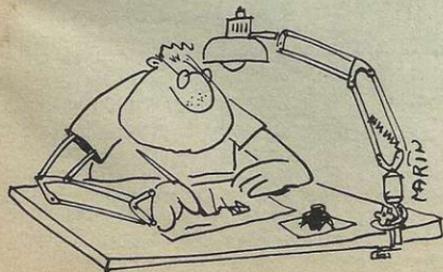
Los viajes de Marco Polo

El libro, la historia

De Marco Polo (1254-1324) la historia asegura que nació en Venecia y que tenía 6 años cuando el padre, Nicolo, y su tío, Maffeo, emprendieron un primer viaje al Oriente del que regresarían en 1269. Durante esa década recorrerían Constantinopla, Bokhara y la China, donde conocerían a Kublai Kan, el gran emperador (nieto del Genghis Kan) quien habría recibido a los Polo con muestras de afecto, decidiendo que regresa-



Las opiniones y noticias de esta sección fueron recogidas en las siguientes fuentes: revistas *American Heritage*, *Saturday Review*, y los libros *Dream Makers*, de Charles Platt, *Romanciers au travail*, y *Concise Encyclopedia of Crime and Criminals*, de Sir Harold Scott.



ran a Europa como sus embajadores ante el Papa, portando mensajes de paz y el pedido de un centenar de misioneros que convirtieran a sus súbditos al cristianismo. ¿Quería realmente Kublai Kan abrazar la religión de Cristo? ¿O, por el contrario, buscaba precisos informes sobre aquella Europa dividida y que seguramente no hubiera resistido a la caballería de los mongoles, por entonces la mejor del mundo?

Nunca se sabrá, pero, de cualquier forma los Polo volvieron a Venecia para enterarse de que el papa Clemente IV llevaba muerto un año sin que se hubiera elegido sucesor y que Marco era ya un adolescente. Permanecieron en Venecia dos años y como se postergaba la elección del nuevo pontífice decidieron que, acompañados por Marco, regresarían a la corte del Kan e

informarían al soberano del fracaso de su misión. Sin embargo, apenas emprendido el viaje, tuvieron que volver apresuradamente a San Juan de Acre porque allí residía el nuevo Papa, el Arcediano de Lieja, recién elegido con el nombre de Gregorio X, quien no sólo envió con los Polo a los cien varones cultos y misioneros que se pedían sino a dos frailes dominicanos. Atravesando los desiertos de Persia, los italianos emprendieron su odisea, el principio de la gloria — la tragedia — para Marco Polo.

El veneciano permanecería en la corte del Kan por más de 20 años sobre el total de 25 que le demandó su viaje. El Kan lo hizo su consejero, ocasional embajador y hasta gobernador de una de sus provincias: Polo también combatiría en las guerras del Kan y amasaría una

enorme fortuna. Pero lo fundamental sería lo que vio y oyó (y aprendió) en el Oriente, una región en aquella época privilegiada y muy por delante, en muchos aspectos culturales y tecnológicos, de Europa.

Marco Polo dictó el relato de sus viajes a un compañero de prisión llamado Rustichello, de Pisa: ambos estaban en la cárcel como consecuencia de la guerra que a fines del siglo XIII mantenían las potencias marítimas, Venecia y Génova. Durante una batalla naval librada el 7 de septiembre de 1298 la flota veneciana fue derrotada y Marco, junto con 7.000 de sus compatriotas, fueron tomados prisioneros. En esos años de cautiverio (1298-1299) Marco escribió su libro en las mazmorras genovesas.

"Redactada en el latín bárbaro de la época y en un estilo que deja mucho que desear, la narración de Polo fue inmediatamente traducida al latín culto, a los dialectos italianos y a todas las lenguas de Europa, inclusive el gaélico de la lejana Irlanda. Alcanzó así el manuscrito, en poco tiempo, una popularidad sorprendente que aumentó sobremedida al aparecer en Nuremberg la primera edición impresa (1477) y que se iría acrecentando en sucesivas ediciones gracias a las grandes ventajas que ofrecía la imprenta." (Manuel Komroff, en *Los viajes de Marco Polo*, Peuser, Buenos Aires, 1961.)

Sería fundamental destacar la influencia que los *Viajes* provocaron en vastísimos campos del saber a través de importantes lectores. Uno de ellos, el geógrafo Toscanelli, confeccionó un mapa del Oriente basándose en los cálculos de Polo, donde el Japón aparece a casi la mitad de su distancia real de Europa. Y hoy se conoce, asimismo, que por las calles de China la gente jamás llevó vestimentas de oro puro y que el palacio del Emperador nunca estuvo empedrado con diamantes.

Pero tanto lo auténtico como las exageraciones llamaron la atención de Cristóbal Colón, de quien se sabe guardaba celosamente un ejemplar de los *Viajes* con numerosas anotaciones personales, un libro que, mientras buscaba la ruta de Marco Polo y sus imperios legendarios, lo llevaría finalmente a descu-

brir América. Curiosamente, Colón, que vivió casi dos siglos después que Marco Polo, le prestó más fe que los contemporáneos del viajero, para quienes éste era un mentiroso, gigantesco embustero, cuya casa fue bautizada burlescamente la "Corte de los Millones" (por las cifras que daba de las riquezas de China). Terrible miopía de los hombres que persistió después de la muerte de Polo, conservada en el teatro de títeres veneciano, uno de cuyos muñecos, fanfarrón y vocinglero, lleva por nombre *Il Milione*.

Parece increíble que los objetos que trajo Polo no fuesen suficiente prueba de sus afirmaciones: no lo fueron la lana del yak, el almizcle, las semillas de plantas exóticas y hasta alguna cabeza diseada de animal. Habló —y probablemente haya sido el primero en Europa— del

papel moneda, la mágica fórmula para crear riquezas (tan exagerada y basteada en el siglo XX). ¿Quizá dudaron porque afirmó que los chinos se bañaban todos los días y sus contemporáneos creían que tal costumbre era nociva?

Dijo —y no fue más creído que antes— de las "nueces de la India", "más grandes que la cabeza de un hombre", llenas de una sustancia comestible, dulce y agradable, blanca como la leche. Casi alucinado insistía con el recuerdo de "un árbol cuya corteza es de harina y que puede alimentar a media Europa". Siglos después, los cocos comenzaron a conocerse en el continente y el "árbol del pan" motivó varias expediciones, entre ellas la del capitán Cook.

¿Hay, acaso, mejor historia para el cine? La historia sigue...





La película

Marco Polo ha sido interpretado por distintos actores, algunos tan improbables como Gary Cooper (1938), Rory Calhoun (1962) y Horst Buchholz (1966). Desde hace tres años, en un operativo multinacional, espectacular y plagado de dificultades, *Marco Polo* ha venido preparándose como una miniserie de ocho o diez horas de duración (según las versiones), en China, Mongolia, Marruecos y Venecia y otros exteriores de Yugoslavia, Israel y Japón. La miniserie (costó 30 millones de dólares) y es una coproducción conjunta de compañías de diversos países: las principales son la NBC estadounidense y la RAI italiana. Dirigidos por

Giuliano Montaldo (*Sacco y Vanzetti*), se alinearon frente a las cámaras una Babel de actores, como por ejemplo los anglosajones Anne Bancroft (la madre de Marco), Tony Vogel y Denholm Elliot (Maffeo y Nicolo), Burt Lancaster (Gregorio X) y Sir John Gielgud (el Patriarca de Venecia), el más cotizado actor de su país, como Kublai Kan. Para el papel de Marco Polo, Montaldo debió afrontar las renuncias de último momento (y postergaciones del rodaje) de Michael Ontkean y Mandy Patinkin (creador del papel del Che en *Evita*, el Padre en *Ragtime*) para finalmente incorporar al relativamente conocido Ken Marshall, un actor

norteamericano de 28 años que acredita en su carrera dos papeles importantes en *Tilt* (junto a Brooke Shields) y *La Piel*, de Liliana Cavani. Y más detalles.

"Hemos concretado esfuerzos extraordinarios para recrear el mundo que Polo descubrió", asegura el productor ejecutivo Vincenzo Labella. Profesor de historia en la Universidad de Florencia, Labella actuó previamente como asesor en las producciones de *Moisés* y *Jesús de Nazareth*. "No sólo filmamos en los mismos lugares en que vivió Polo, sino que hicimos exhaustivas investigaciones para asegurarnos de que la película sea tan cercana a la verdad histórica como fuese posible." (Sobre esto último haremos una referencia final.)

Luego de hurgar en la Biblioteca de Venecia y en los archivos del Vaticano, Labella se sentó a escribir el guión junto con David Butler (redactor de varias de las mejores miniseries de la BBC) y el director Montaldo. El rodaje comenzó en diciembre de 1980 en Italia, y terminó a principios del corriente año: hacia estos días se estrenaba en China, Italia y los Estados Unidos. Escenas sobre la infancia de Marco se filmaron en Venecia (cuya plaza San Marcos, como era en el siglo XIII, se reprodujo en interiores) y en Lazzaretto, una isla desierta del siglo XII donde se dejaba a los leprosos para que murieran. Cuando la historia exigió batallas nava-

les, se armaron réplicas a escala normal de las galeras venecianas y genovesas.

Debido a la inestabilidad política del Irán (la antigua Persia) y Siria, los cineastas se trasladaron a Marruecos, mientras que el poblado bereber de Erfoud reemplazaba a Jerusalén, dado que la Ciudad Santa hoy día está poblada de cables telefónicos y antenas de televisión.

La fotografía en China llevó seis meses y el director Montaldo aprovechó escenarios naturales jamás vistos con tal detalle por las audiencias occidentales. El rodaje comenzó en la Gran Muralla, en las afueras de Pekín.

Vestuarios y edificios fueron reconstruidos minuciosamente y a gran tamaño. Entre abril y julio de 1981, 30 italianos y 50 chinos construyeron una "nueva" ciudad sagrada del Kan que incluyó la corte real, refugios de la guardia, dos pabellones y los aposentos privados de Polo. La caballería mongol y la Horda Dorada permitió la intervención de jinetes mongoles y del ejército chino.

Y hubo problemas ideológicos y compromisos: aunque se cree que las tropas del Kan (sobre esto difieren los historiadores) arrasaban con cuanto se les cruzaba por el camino, en el film aparecen como un grupo de -casi- cruzados por la unidad social. Las mentiras siguen rondando al Marco de los Millones...



LIBROS

La Exhibición de Atrocidades
(The Atrocity Exhibition)
Traducción de Marcelo Cohen y F. Abelenda
Minotauro, Barcelona 1981; 177 págs.

Alguna vez, Isidore Ducasse, conde de Lautréamont, describió "la emocionante sorpresa producida por la reunión de un paraguas y una máquina de coser sobre una mesa de operaciones". La frase, que encierra toda una estética del absurdo, se convirtió luego en divisa del surrealismo, quizás el más influyente movimiento estético del siglo XX. A más de cincuenta años de su lanzamiento, el surrealismo mantiene su fuerza y aún se está introduciendo en la cultura de masas.

Volvemos a encontrar la frase de Lautréamont en este libro de Ballard, junto con inequívocas alusiones a los pintores surrealistas: Ballard es considerado un verdadero erudito en este tema, y ha firmado numerosos artículos sobre la estética surrealista.

Pero los traductores también tienen que ver

con esto: en efecto, "F. Abelenda" no es otro que Paco Porrúa, hispano-argentino, veterano surrealista y editor de Jarry; no es casual que su editorial, fundada en Buenos Aires, se llame "Minotauro": éste fue el nombre de una publicación surrealista de los años 30.

Ballard piensa hoy que la década del sesenta fue la más creativa de los últimos tiempos; por lo menos fue tan turbulenta como los años veinte, que vieron nacer el surrealismo.

Uniendo la estética del veinte con las obsesiones del sesenta, Ballard construyó *La exhibición de atrocidades*, una obra audaz aunque ya mellada por el paso del tiempo, que aparece bastante alejada de la sensibilidad actual.

Se trata de un texto de escritura experimental; un lujo que sólo escritores como él pueden darse sin peligro; esto parecen no haberlo entendido mu-

LA EXHIBICIÓN DE ATROCIDADES



J. G. Ballard

chos imitadores suyos y de Burroughs que se han lanzado a escribir en forma "automática" cuando aún no sabían redactar una frase coherente. En cuanto a Ballard, este período de experimentación puede considerarse superado: las obras que le siguieron fueron *Crash*, *High-Rise* y *Concrete Island*, trilogía urbana que si bien retoma pistas ya señaladas aquí transita por los carriles de una lógica más diurna.

Se reconoce la maes-

tría de Ballard hasta en sus mayores atrevimientos, aunque la laboriosa lectura de estos textos reiterativos y esquemáticos no nos produce por cierto una experiencia enriquecedora. Más bien hay que armarse de paciencia para persistir en la lectura, una vez que, luego de tres páginas, ya hemos vislumbrado cuál es el esquema y asistimos a su repetición hasta la náusea. En particular, el lector comienza a pensar que están burlándose de él cuando llega al capítulo 13, "Las generaciones de América", donde la idea de la violencia crónica se traduce en tres páginas seguidas de nombres propios: si alguien pudo leerlos *todos*, rogamos que nos lo haga saber...

En algún momento, Ballard quiso ser cirujano; lo fascina la frialdad impersonal de los quirófanos y su prosa siempre ha querido ser científicamente objetiva: sus personajes son fantasmales "hombres huecos"; la acción y la emoción se han transferido al entorno físico. Esta especie de sadismo sublimado en el estilo, que luego alcanzaría su revulsiva culminación en *Crash*, se concentra aquí en pequeñas viñetas, textos breves concebidos como embriones de novelas o tramas condensadas, que encierran en germen los temas que más tarde desarrollarían.

En *La Exhibición de atrocidades* predomina la presencia de situaciones como la guerra de Vietnam, el asesinato de Kennedy, el pansexualismo,



la violencia tecnológica; la decadencia de Occidente, digamos. Para tratar estos temas ha elegido el lenguaje del *pop-art*, al cual ha perseguido hasta sus fuentes surrealistas. Su receta es pues sumamente compleja; algo así como:

(Marshall MacLuhan + Joyce) + (Dalí-Breton-Artaud) x (Jane Fonda + Andy Warhol + ciencia-ficción).

La actitud de Ballard es evidentemente pesimista y crítica aunque, como suele ocurrir con algunas creaciones de los locos años 60, el resultado sea ambiguo, y no se sepa a favor de quién está.

En efecto, cuando los viejos surrealistas exhibían ruedas de bicicleta o pintaban una enorme pipa con la inscripción "esto no es una pipa", estaban tratando de provocar a la sociedad de su tiempo; en cambio, si artistas *pop* como Warhol, Rauschenberg o Lichtenstein amplían cuadros de historia o entronizan latas de cerveza o paquetes de jabón están rindiendo homenaje a la sociedad de consumo. Ballard asume esta última actitud, a pesar de sus intenciones. Su impugnación de los ídolos de la sociedad tecnológica es tan sutil que se parece al conformismo y revela cierto deleite sádico.

La *Exhibición de atrocidades* es un *collage* de textos más que una "novela"; carece totalmente de peripecias y hasta de personajes. Las clásicas

figuras de Ballard, caracterizadas por su pasividad, aquí han sido reducidas simplemente a sus nombres: Travis, Tallis, Talbot, Nathan, Novotny, Koester, etc. No hay acción, ni trama; tan sólo imágenes, compuestas a la manera de los cuadros cubistas, deliberadamente frías, donde el tema erótico es neutralizado por la descripción de objetos técnicos: autos, interiores, laboratorios, informes científicos, enumeraciones caóticas. Omnipresentes, están los grandes íconos de la cultura de masas y los medios de comunicación: Marilyn Monroe, Elizabeth Taylor, Jacqueline Kennedy, J. F. Kennedy, Reagan o Ralph Nader concebidos como parte de nuestro entorno urbano.

Si bien el sexo impregna casi todas sus pá-

ginas, difícilmente podría concebirse un libro menos erótico: el sexo está casi más congelado que en un texto de medicina, y se presenta en una obsesiva conjunción con la violencia, la velocidad, y otras obsesiones del mundo industrial.

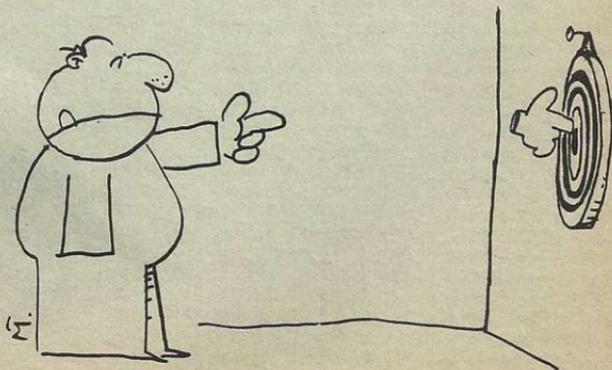
Esto tampoco es nuevo. "La belleza convulsiva será erótico-velada, explosivo-fija, mágico-circunstancial o no existirá", escribía Breton en 1937; "¿Qué es la violación?", preguntaba Breton en 1939, y Péret le contestaba: "El gusto por la velocidad".

Pero la "revolución" de los viejos surrealistas era ante todo literaria; disfrutaban con el escándalo que producían el "amor loco", "la unión libre" o la "libertad sexual"; proponían abrir los manicomios e inundar Occidente con las drogas

del Oriente. Hoy tenemos psicólogos que sostienen seriamente lo primero y lo segundo es una realidad: en cuanto al sexo, se ha convertido en el opio universal.

Ballard pertenece a una generación más golpeada, que en el curso de pocos años ha visto crecer la manía autodestructiva de la sociedad occidental, y erigir el sexo como única gratificación, la droga para olvidarse de la Bomba: lo ha visto asociarse con la violencia, como en tantos diarios o películas.

En algunos párrafos, expresa con lucidez y cinismo este estado de cosas: "El significado real de estos actos de violencia se encuentra en todas partes, en lo que podemos denominar 'la muerte del afecto'... Sólo podemos comunicarnos en términos conceptuales.



La violencia es la conceptualización del dolor. De acuerdo a este mismo canon, la psicopatología es el sistema conceptual del sexo" (p. 116). "Ahora que el sexo se está convirtiendo en un acto cada vez más conceptual, una intelectualización divorciada tanto del afecto como de la fisiología, conviene recordar los aspectos positivos de las perversiones sexuales" (p. 85).

Esta "Exhibición de atrocidades" que encierra el germen de la obra posterior de Ballard, quiere ser una denuncia de los horrores cotidianos pero su objetividad forzada la vuelve ambigua.

Cualquier parecido con una novela de ciencia ficción es puramente casual, si prescindimos de su profecía sobre Ronald Reagan. Cuando se escribió el libro, el conocido actor era tan solo gobernador de California y espantajo de los estudiantes contestatarios. Ballard lo incluyó en su irónico análisis de las fisonomías de grandes figuras norteamericanas, caracterizando su imagen como "anal", y afirmando que su personalidad llegaría a dominar a los Estados Unidos en los próximos años (p. 172).

Pocos son los que hoy pondrían en duda el carácter "anal" de la política exterior de su administración; quizás habría que pedirle a Ballard un análisis similar del rostro de Mrs. Thatcher...

Pablo Capanna

Stanislaw Lem

Vacio perfecto
(A Perfect Vacuum)
Traducción de
Jadwiga Maurizio,
Bruguera, 1981;
251 págs.

La crítica de libros figura, junto con la traducción, entre las artes literarias menos tenidas en cuenta. Al lector sólo le interesa que el libro se entienda y suene aceptablemente a su oído. ¿A quién le importan las penurias del traductor, "bailarán encadenado", al decir de Nietzsche, que por lo general es remunerado más como un galeote que como un bailarín? ¿Y qué decir del crítico de libros, que según Stanislaw Lem está "encadenado como un presidiario a su carretilla"? La gente apenas tiene tiempo de leer las críticas de cine, y sólo lo hace para eludir aquellas películas que el comentarista elogia como profundas y dificultosas. En cuanto a la crítica bibliográfica, generalmente aparece cuando uno ya compró el libro o cuando ya no está en las librerías. Además, es tan común encontrarse con elogios amistosos o textos de gacetas distribuidas por los editores (quienes tampoco leen los libros), que ya no se confía en ella. La crítica de libros sirve en general para que los Jefes de Prensa puedan acopiar recortes con qué apaciguar a los Gerentes y los críticos puedan hacerse de unos cuantos libros gratis, con los cuales algún día ter-



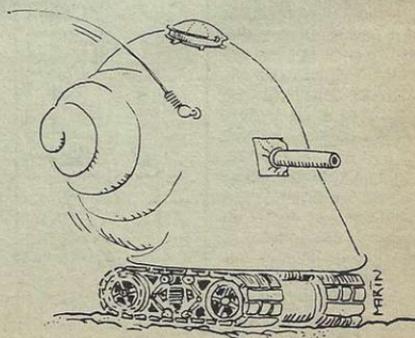
minarán una monografía u obtendrán una licenciatura. Recensiones, críticas, brulotes y pedanterías dormirán por años en las páginas de las revistas hasta que vengan otros, también en pos de monografías y licenciaturas, que hojearán las colecciones para copiar alguna idea o comprobar cómo desconocieron entonces al autor en cuestión.

El único camino para que el crítico pueda trascender su condición car-

celaria y convertirse en autor es uno que requiere mucho talento: consiste en escribir sus propios libros o bien emprender la crítica de libros imaginarios. Esto sólo puede hacerlo gente como Borges o Stanislaw Lem, y constituirse una vez más en creadores.

Es precisamente en Borges en quien se inspira Lem para este *Vacio perfecto*: cita el "Examen de la obra de Herbert Quair" (pág. 7) y "Pierre Ménard, autor del Quijote" (pág. 82); con esto halaga nuestra rioplatense vanidad; un escritor nuestro es conocido en la lejana Polonia, aunque como veremos no se conoce el país.

Lem compone pues su último libro como una admirable colección de críticas de obras imaginarias, incluyendo *Vacio perfecto*; adicto a la lógica de clases, Lem no ha resistido la tentación de



introducir esta versión de la paradoja de Russell (el barbero que se afeita a sí mismo, o la crítica que se autocritica).

Este puede ser un recurso útil para la sátira, tanto como para esbozar argumentos que uno no se siente capaz de desarrollar como novelas, o teorías delirantes que no admiten un tratamiento "serio". Lem hace todo eso de un modo tan excepcional que nos regala una de las experiencias intelectuales más gratificantes que hayamos tenido en los últimos tiempos; su humor se zambulle tanto en lo grotesco, como es capaz de esbozar una sonrisa digna de Leonardo. Su acidez no llega nunca a ser destructiva, y nos reconforta al pensar que algo de la cultura occidental sigue vivo...

Hay que advertir de una vez por todas que éste, como otros recientes libros de Lem, no es fácil; sus sutilezas, para ser captadas plenamente, exigirían un lector ideal que tuviese la misma curiosidad omnívora de que hace gala el autor, y también su enciclopédica cultura. Un sector se divertirá mucho con ciertos textos, porque ha leído a Joyce y conoce la novela objetivista francesa. Otros, disfrutarán de las divagaciones científicas y las ironías en torno del teorema de Gödel y el principio de indeterminación, pero para apreciarlo plenamente habría que tener siquiera una vaga idea de ambas cosas, habría que ser tan universal como lo es esta especie de Leonardo polaco.

Para los cultos de la lingüística, que conocen el "grado cero de la escritura", las metalecturas y la alquimia de signos y significantes, Lem ofrece algunos sabrosos platos de la cocina francesa: *Toi (Tú)*, una novela concebida como pura agresión al lector, a quien se insulta y se persigue para provocarle revulsión; *Rien de tout, ou la conséquence (Nada, o la consecuencia)*, un teorema que demuestra la imposibilidad de escribir una novela sin personajes, acción, lugar ni tiempo, pero que Lem se da el lujo de explicarle en interminables páginas, remedando el lenguaje de los semiólogos.

En este género, pero dentro de un marco más estrambótico, también encontramos *Les Robinsonades*, cuyo tema, la vida sexual de Robinson Crusoe, engendra una

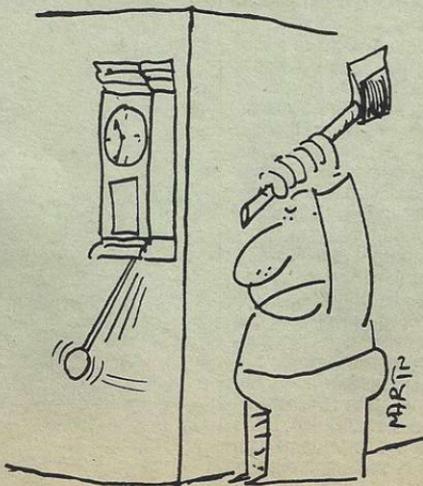
verdadera avalancha de personajes imaginarios que acaban por superopolar la isla desierta.

Este gusto por el grotesco y la hipérbolo, que a veces perjudica a muchas obras de Lem (cuando exagera) alcanza su culminación en *Gigamesh*, descripción de un libro que quiso imitar al *Ulyses*, de Joyce, y a la vez de toda la literatura erudita que se ha empeñado en desentrañar símbolos, cifras y claves en una obra que pretendía abarcar el universo. Lem despliega una retahíla de interpretaciones bastante coherente, demostrando cuánto se puede hacer cuando se trata de buscarle cinco pies al gato (literario). Más contenida es la ironía de *Idiotia*, sobre un intento de reescribir a Dostoiewsky.

Otra familia de textos se dedica a generalizar las fobias y angustias del

mundo industrializado occidental. *Sexplosión* (parodia de la *Contraexplosión*, de Marshall Mac Luhan) extrapola hasta el absurdo el negocio de la pornografía: las consecuencias accidentales de un conflicto entre los monopolios del erotismo, hacen decaer totalmente el interés por el sexo y toda la sensualidad se desplaza hacia la comida: se descubren las fantasías y perversiones de la gula. *Do Yourself A Book (Haga Ud. mismo un libro)* propone un sistema de instrucciones y módulos narrativos para que cada cual componga sus propias obras maestras. *Percyalypsis* señala el peligro que representa la marea de libros, revistas y publicaciones que nos inunda y propone como solución el impuesto progresivo a la escritura, acompañado de premios para quienes no publiquen nada. *Being, Inc. (Ser y Cia.)* imagina una empresa que ofrece cualquier modelo de vida y fabrica circunstancias para que se realicen todos los proyectos, hasta que la competencia con empresas rivales neutraliza su acción y todo queda igual.

El último grupo de textos se interna decididamente en la filosofía, la epistemología y aun en la teología; el distanciamiento que le permite la crítica de libros imaginarios y el clima farsesco predominante, permite a Lem enunciar hipótesis contradictorias y defenderlas con igual fuerza, a tiempo que en su calidad de crítico expone sus re-





paros a una y otra. Así en *Die Kultur als Fehler (La cultura como error)* defiende la opinión según la cual el desarrollo científico-tecnológico habrá de tornar obsoleta toda la cultura humanística, que ha sido originada por el azar y debe ser reemplazada por la programación. Pero en *De Impossibilitate prognoscendi (De la imposibilidad de pronosticar)* ataca la propia idea del azar, mediante una laboriosa (y agobiante) reconstrucción de las innumerables cadenas causales que llevaron a la existencia de una sola persona. En el prólogo ficticio, Lem ironiza consigo mismo: "Lem, adorador de la ciencia, postrado a los pies de su santa metodología, no podía asumir el papel de su mayor herejarca y apóstata" (p. 11). También in-

sinúa que aquí desarrolló "conceptos que lo deslumbraron y lo asustaron... tras estos textos, se oculta la serie-dad".

Efectivamente, es en los dos últimos trabajos, *Non serviam* y *La nueva cosmogonía*, donde hace metafísica en clave irónica y arroja hipótesis inquietantes.

Non serviam es una experiencia con simuladores matemáticos, que introduce en el mundo inespacial de una computadora una serie de personalidades humanas que interactúan, desarrollan una cultura y se interrogan sobre su creador, transitando los caminos de Pascal; el científico, cuyo presupuesto se acaba y debe decidir cuándo aniquilarlos, comienza a sentirse Creador y responsable de sus "vidas";

es una idea que algún lector recordará haber leído, en forma más popular, en el cuento "The Tunnel Under the World", de Frederik Pohl.

Por último, tenemos *La nueva cosmogonía*, ingenioso discurso del Premio Nobel Alfredo Testa, quien despliega una teoría lúdica del universo; esta idea no es nueva en Lem; ya la hemos visto en el *Manuscrito encontrado en una bañera*, y otros relatos. El Cosmos es creado, pero tiene Creadores. A partir del conflicto entre múltiples lógicas y físicas disímiles, nacieron las actuales leyes naturales, que no son más que jugadas en un juego universal. Todos los procesos físicos son intencionales, porque son expresión de la voluntad de unos Jugadores que mueven sus piezas, pero

no son constantes: las leyes físicas pueden cambiar, y lo están haciendo, como lo demuestran ciertas asimetrías (ej.: vida-entropía); estamos en medio de un Juego cósmico que alguna vez acabará dando origen a otros Jugadores y otro juego, en el eterno retorno.

Hemos dejado para el final la única *gaffe* del libro, imperdonable en una persona de la inteligencia y la erudición que tiene el autor. Se trata del cuento *Gruppenführer Luis XVI*, que por otra parte es una ingeniosa trama destinada a demostrar cómo una impostura puede convertirse en estilo de vida. El cuento se desarrolla en la Argentina, en cuya "región interior" un grupo de criminales nazis construye un reino ficticio del siglo XVIII, sobre la base de unas ruinas aztecas (!) hasta que son detenidos por la policía local, armada de Colts y con grandes sombreros tejanos (!). Puesto que ningún escolar argentino cometería el error de ubicar la torre de Pisa en Cracovia, podemos decir que aquí la ignorancia de Lem más parece digna de la Royal Navy...

Este error, que queremos disculpar en mérito al talento de Lem, se compensa con una agradable medida de la Editorial Brujuela, que por una vez *no* nos castiga con los habituales prólogos de Carlo Frabetti. ¡Albricias!

Pablo Capanna

El pozo de Shiuan



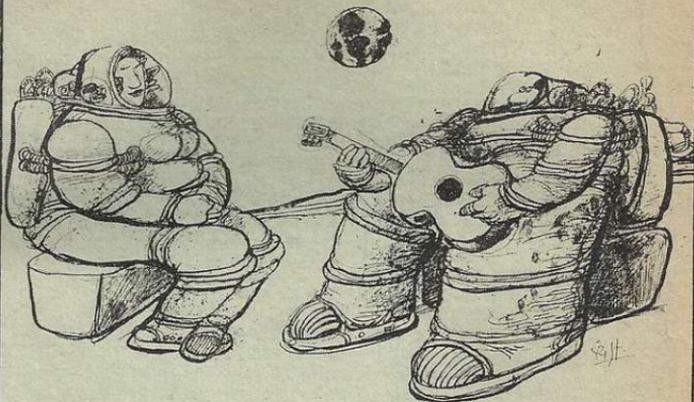
C. J. Cherryh

El Pozo de Shiuan
(Well of Shiuan)
Traducción de Anibal
Carlos Leal
Ediciones Lidiun
Buenos Aires, 1981;
299 p.

Esta novela es la segunda parte de una trilogía que se iniciara con *La Puerta de Irvell* y que debería culminar con *Los Fuegos de Azeroth* si la fiebre imperante de transformar trilogías en tetralogías no ataca a Cherryh, tal como ya lo hiciera con Farmer, Herbert y Piets Anthony.

Los mismos personajes que abandonaran Irvell (Morgana, Vanye y Roh) reaparecen en Shiuan, un mundo condenado a la destrucción a causa del resquebrajamiento del suelo y del avance del mar sobre la tierra. Los objetivos, a pesar del cambio de escenario, son los mismos: cerrar las Puertas e impedirlo.

La intriga (aunque tal denominación no cuadre para un desarrollo moroso y previsible desde la



primera a la última página) se apoya en las personalidades casi antagónicas de los protagonistas. Morgana es la fría voluntad, inquebrantable y amorosa, al servicio de una misión obsesiva y excluyente. Vanye, en cambio, es débil, vulnerable, excesivamente atado a simples (y atendibles) pasiones humanas. La inversión de roles no aporta originalidad: Cherryh es una mujer y debe haberle divertido la ecuación hembra/fuerte, macho/débil, pero no hay en la trama una sola justificación válida por la que la heroína "carga" con semejante inservible.

Si *La Puerta de Irvell* era medianamente soportable en función del descubrimiento de las claves de la existencia de las Puertas, de la tecnología "qujalín", del poder de las armas de Morgana y

de la descripción de las características de los clanes de Baian-an, la reiteración en que se precipita *El Pozo de Shiuan* induce a leer saltado, a menos que al lector le interesen, por sí mismas, las largas marchas, las intrigas entre príncipes, los códigos de honor y los combates al mejor estilo de la fantasía heroica.

Para colmo de aridez, la relación entre Morgana y Vanye es asexual y aburrida. Si fuera masoquista (no lo soy) habría llevado una estadística de las veces que Vanye se recuerda que es *ilin* de su *liyo* (esclavo de su ama) y que está sujeto por el honor más allá de su propia vida... En resumen, van dos novelas en las que no se tocan ni con un dedo.

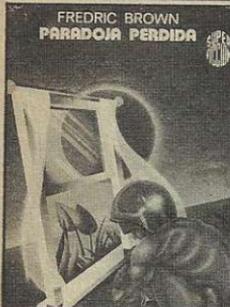
Sólo resta descubrir si *Los Fuegos de Azeroth* marcará un final-final o un final condicional. En

ese caso, la lectura podría conllevar cierto misterio, algún encanto. Pero el "andante" que nos ocupa es soporífero y de ningún modo anticipa un "finale" a toda orquesta.

Mi última pregunta se dirige a los escritores: ¿por qué se empecinan en planear obras cíclicas y terminan colocando toda la pimienta en la primera parte (*Dune*, *A vuestros cuerpos dispersos*) o en la última, condenando las intermedias a un rol de nexo, a una variación con personajes y situaciones repetidas, que estimulan a malquistarse con el conjunto?

No espero respuesta. Frank Herbert "regaló" a sus editores los derechos de *Dune*, y por la cuarta (*Dios emperador de Dune*) recibió un anticipo de 750.000 dólares.

Sergio Gaut vel Hartman



FREDRIC BROWN
PARADOJA PERDIDA

Fredric Brown

Paradoja perdida
(Paradox Lost)
Traducción de Margarita
González Tréjo
Martínez Roca,
Barcelona, 1981; 171 p.

Fredric Brown falleció en 1972, luego de regalarle a la literatura de ciencia ficción clásicos como *Marciano, ¡vete a casa!*, *Universo de locos*, *Por sendas estrelladas*, *La mente asesina de Andrómeda*, además de varias colecciones de relatos cortos y ultracortos: *Luna de miel en el infierno*, *Amo del espacio*, *Pesadillas* y *geezestacks*.

Paradoja perdida reúne los cuentos postreros del autor, presentados y prologados por su esposa Elizabeth, en una deliciosa confesión de intimidaciones inocentes y preferencias personales.

De los relatos en sí, pueden destacarse "Teatro de títeres": el clásico tópico de la incorporación de la Tierra a la Comunidad Galáctica, tratado con humor socarrón; "No sucedió": en torno al solipsismo organizado como una "mafia" (tema

muy caro a Brown: véase *El Péndulo 4*, primera época); "Llamada", una recreación del tema del último hombre en la Tierra; "La doble moral", una aguda disgresión acerca de la censura, enfocada desde la TV (las imágenes reprimidas por los códigos de la ficción observan desde un aparato, que los humanos olvidaron apagar, una escena de amor inconcebible en su realidad) y "Algo ver-

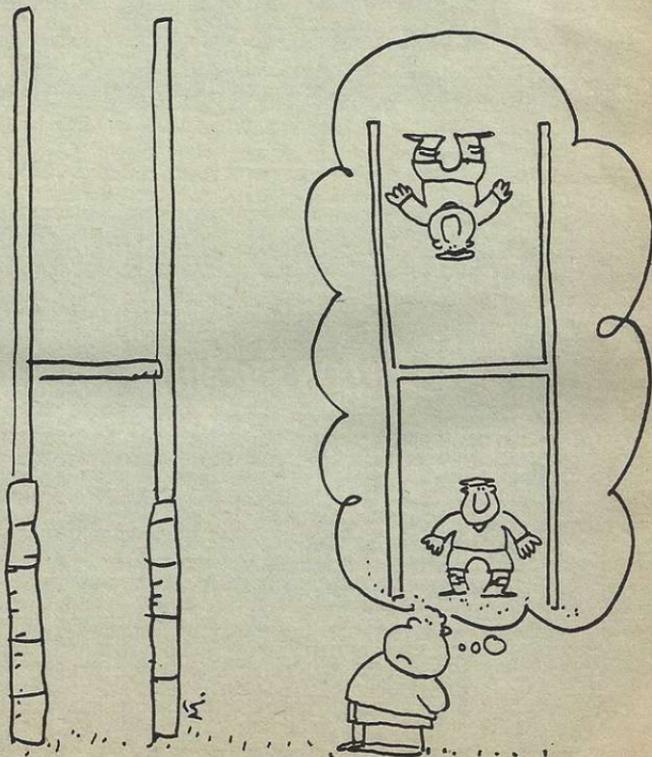
de", otro caso de solipsismo, esta vez a cargo del náufrago que no reconoce ni acepta a sus rescatadores.

Pero esta enumeración selectiva no constituye una actitud excluyente. Dentro del tono ligero que Brown imprimió siempre a sus relatos, todos éstos, los trece contenidos en *Paradoja perdida*, son por lo menos atrayentes, simpáticos o legibles.

Cabe una disgresión

final sobre el interés del autor por trascender las realidades aparentes sin, por cierto, la corrosividad y el nerviosismo de un Dick; un rodeo al decorado; una visita guiada a la trastienda, amable y cordial, para revelar los soportes y puntales que sostienen un cartón pintado: el de nuestra rígida, estólida (y aparente) cotidianidad.

Sergio Gaut vel Hartman





TUTTLE WOLFE ANDERSON BISHOP

LOS PREMIOS NEBULA

Los premios Nebula a las mejores obras de cf publicadas en 1981 fueron anunciados el 24 de abril en el hotel Claremont de Oakland, California, durante el banquete anual organizado por el Science Fiction Writers of America.

- Mejor novela: *The Claw of the Conciliator* (*La garra del Conciliador*), de Gene Wolfe, segundo volumen de una pentalogía llamada *The Book of the New Sun* (*El Libro del Nuevo Sol*)

Finalistas: A. A. Attanasio, Suzy McKee Charnas, John Crowley, Russell Hoban y Julian May.

- Mejor novela corta: "The Saturn Game" ("El juego de Saturno"), de Poul

Anderson.

Finalistas: Gregory Benford, Jack Dann, Phyllis Eisenstein, Vernor Vinge y Kate Wilhelm.

- Mejor cuento largo: "The Quicquing" ("Vivificación"), de Michael Bishop.

Finalistas: Mildred Downey Broxon, Edward Bryant, Parke Godwin, Michael Swanwick y James Tiptree, Jr.

- Mejor cuento: "The Bone Flute" ("La flauta de hueso"), de Lisa Tuttle.

Finalistas: Jack Dann, Gardner Dozois, George Florance-Guthridge, William Gibson, Kim Stanley Robinson, Timothy R Sullivan y John Varley.



STURGEON



SANYU



SOUTO



SPINRAD

ESTE NUMERO

Theodore Sturgeon (Filadelfia, 1918) fue marino mercante, gerente de un hotel, vendedor ambulante, guitarrista, agente literario, maquinista de un bulldozer (de esta última experiencia nació su famoso cuento "Killdozer!"). Su primer cuento fantástico apareció en 1939 en la revista *Astounding*. Durante algunos años, junto con Heinlein, van Vogt, Asimov y de Camp, alimentó las revistas de John Campbell, especialmente la famosa *Unknown*. En la década del 50, su período más fértil, fue uno de los puntales de *Galaxy*, la sofisticada y renovadora publicación de Horace Gold, y publicó novelas tan admirables como *Más que humano* y *Los cristales soñadores*, y cuentos como "Un platillo de soledad", que une los oscuros e inmensos vacíos cósmicos con nuestros oscuros e inmensos vacíos cotidianos.

Claudio Ferrari (v. EP 4) es un maestro del cuento corto,

como lo demuestra en "Por fin", donde el tiempo objetivo y el tiempo subjetivo se superponen y se ajustan sorpresivamente, revelando una imagen verdadera de la realidad.

Norman Spinrad (v. EP 5) es uno de los escritores más realistas de la ciencia ficción. "En el ojo de la tormenta", crónica de una involuntaria visita a un infierno implacable y cercano, nos muestra claramente a dónde va a parar buena parte de los esfuerzos y recursos de nuestro mundo actual.

José Pedro Díaz (Montevideo, 1921) es profesor de literatura francesa, autor de un famoso ensayo sobre la vida y la obra de Bécquer, de las novelas *Los fuegos de San Telmo* y *Partes de naufragios* y de un inclasificable volumen, *Tratados y ejercicios*, al que pertenecen los cinco textos que ofrecemos hoy.

Robert Silverberg (v. EP 3, 5 y 8) ha vuelto a escribir des-

pues de cinco años de vacaciones. Uno de sus últimos relatos antes de ese silencioso paréntesis fue "Schwartz entre las galaxias", sobre la aburrida e inevitable uniformidad cultural de nuestra "aldea global" del futuro.

Richard A. Lupoff (v. EP 7) concluye en "Remonta la marea de la muerte" la historia de Jirtzu, héroe celestial que se zambulle gozosamente en el estrellado infinito, para siempre.

John Sladek, en la penúltima parte de *Los nuevos apócrifos*, nos explica cómo funcionan las mejores máquinas de movimiento perpetuo, y nos demuestra que descifrar los más impenetrables códigos es fácil, si seguimos el ejemplo de valientes criptólogos.

Además, retratos de tres seres imaginarios, la historia de Marco Polo y la televisión, libros recientes y polvo de estrellas.



1982

Mares pequeños, mares grandes.

Los mismos mensajes,

los mismos secretos.

THEODORE STURGEON

UN PLATILLO DE SOLEDAD

Ilustró FATI

Si está muerta, pensé, nunca la encontraré en esta blanca lluvia de luna en el mar blanco, con la espuma lamiendo la pálida, pálida arena como un gran champú. Casi siempre, los que se suicidan de una puñalada o un balazo en el corazón se descubren cuidadosamente el pecho; el mismo impulso extraño generalmente incita a los que se suicidan en el mar a ir desnudos.

Un poco más temprano, pensé, o un poco más tarde, habría sombras para las dunas y el ímpetu jadeante del oleaje. Ahora la única sombra real era la mía, una cosa diminuta a mis pies, pero tan negra como para alimentar la negrura de una sombra de dirigible.

Un poco más temprano, pensé, y habría podido verla caminar en la orilla plateada, buscando un lugar solitario para morir. Un poco más tarde y mis piernas se rebelarían contra este trote lento en la arena, la arena enloque-

cedora que no podía frenar y no quería ayudar a un hombre apurado.

Entonces las piernas se me aflojaron y caí de rodillas sollozando, no por ella, todavía no, sólo para respirar. Había tanta agitación a mi alrededor: viento, y espuma enmarañada, y colores sobre colores y matices de colores que no eran colores sino variaciones de blanco y plata. Si esa luz fuera sonido, sonaría como el mar en la arena, y si mis oídos fueran ojos, verían esa luz.

Me agazapé allí, jadeando en la turbulencia, y una ola me golpeó chata y veloz, subiendo y desparramándose como pétalos alrededor de mis rodillas, luego empapándome hasta la cintura con su burbujeo y su fragor. Me hundí los nudillos en los ojos para que se abrieran de nuevo. Tenía el mar en los labios con el gusto de las lágrimas y toda la noche blanca gritaba y lloraba.

Y allí estaba ella.

Sus hombros blancos eran una loma más alta en la espuma. Debió de notar mi presencia —tal vez grité— porque se volvió y me vio arrodillado allí. Se apoyó los puños en las sienes y torció la cara, y soltó un penetrante aullido de furia y desesperación, y después se lanzó al mar y se hundió.

Me quité los zapatos y corrí hacia las olas, gritando, persiguiéndola, manoteando ráfagas de blancura que se disolvían en sal y frialdad entre mis dedos. Pasé a su lado al zambullirme, y su cuerpo me golpeó el flanco cuando una ola me azotó la cara y nos tumbó a los dos. Jadeé en el agua sólida, abrí los ojos bajo la superficie y vi una luna déforme, blanco verdosa, desplomándose mientras yo giraba. Después volví a sentir la succión de la arena bajo los pies y mi mano izquierda se enredó en el pelo de ella.

La ola la arrastró llevándosela, y por un momento se me escurrió de la mano como vapor de un silbato. En ese momento la di por muerta, pero al posarse en la arena forcejeó y se levantó penosamente.

Me pegó, un puñetazo húmedo en la oreja, y un dolor inmenso y agudo me punzó el cráneo. Tironeó, alejándose, mientras mi mano seguía atrapada en su pelo. No habría podido soltarla aunque hubiera querido. Giró hacia mí con la siguiente ola, me golpeó y me rasguñó, y nos adentramos más en el mar.

—¡No... no... no sé nadar! —grité, y ella me rasguñó de nuevo.

—Déjame en paz —aulló—. Oh Dios, ¿por qué no puedes —dijeron sus uñas— *dejarme* —dijeron sus uñas— *en paz?* —dijo su puño pequeño y duro.

Entonces le tiré del pelo bajándole la cabeza hasta los hombros blancos; y con el canto de la mano libre le pegué dos veces en el cuello. Flotó de nuevo, y la llevé a la costa.

La arrastré hasta donde una duna nos separaba de la lengua ancha y ruidosa del mar, y el viento se perdía allá arriba. Pero la luz era igualmente brillante. Le froté las muñecas y le acaricié la cara y le dije: “Ya está bien” y “Vamos” y algunos nombres que yo usaba para un sueño que había tenido mucho, mucho antes que hubiera oído hablar de ella.

Aún yacía de espaldas y respiraba con rabia, arqueando los labios en una sonrisa que sus ojos tericamente cerrados convertían no en sonrisa sino en tortura. Hacía un buen rato que estaba bien y consciente y aún respiraba con rabia y mantenía los ojos cerrados.

—¿Por qué no pudiste dejarme en paz? —preguntó al fin. Abrió los ojos y me miró. Había en ella tanta desolación que no le quedaba lugar para el miedo. Volvió a cerrar los ojos y dijo:— Tú sabes quién soy.

—Lo sé —dije.
Rompió a llorar.

Esperé, y cuando ella cesó de llorar, había sombras entre las dunas. Un largo rato.

—Tú no sabes quién soy —dijo ella—. Nadie sabe quién soy.

—Estaba todo en los diarios —dije yo.

—¡Eso! —Abrió los ojos despacio, y su mirada recorrió mi cara, mis hombros, se detuvo en mi boca, me tocó los ojos un segundo. Torció los labios y miró hacia otro lado.— Nadie sabe quién soy.

Esperé a que se moviera o hablara, y al fin dije:

—Cuéntame.

—¿Quién eres tú? —preguntó ella, aún mirando hacia otro lado.

—Alguien que...

—¿Y bien?

—Ahora no —dije—. Más tarde, tal vez.

Se irguió de repente y trató de cubrirse.

—¿Dónde están mis ropas?

—No las vi.

—Oh —dijo ella—. Ya recuerdo. Las tiré y les eché arena, para que una duna viniera a taparlas, a esconderlas como si nunca hubieran estado... odio la arena. Quería ahogarme en la arena, pero no me dejó... ¡No debes mirarme! —gritó—. ¡No aguanto que me mires! —Sacudió la cabeza de un lado a otro, buscando.— ¡No puedo quedarme así! ¿Qué puedo hacer? ¿Adónde puedo ir?

—Aquí —dije.

Dejó que la ayudara a levantarse y luego arrancó la mano, se apartó de mí.

—No me toques. No te acerques.

—Aquí —repetí, y caminé cuesta abajo hacia donde la duna se curvaba en el claro de luna, bajaba en el viento y ya no era duna sino

playa—. Aquí. —Señalé detrás de la duna.

Por último me entendió. Atisbó por encima de la duna cuando le llegó al pecho, y de nuevo cuando le llegó a la rodilla.

—¿Allí atrás?

Asentí.

—Tan oscuro... —Cruzó la duna baja inter-nándose en la dolorosa negrura de esas sombras lunares. Avanzó con cautela tanteando delicadamente con los pies, hasta la parte más alta de la duna. Se hundió en la negrura y desapareció. Me senté en la arena a la luz.

—Quédate lejos de mí —escupió.

Me levanté y retrocedí.

—No te vayas —jadeó, invisible en las sombras. Esperé, luego vi surgir su mano de las sombras nítidas—. Allí —dijo—, allí. En la oscuridad. No seas más que una... Quédate lejos de mí ahora... No seas más que una voz.

Hice lo que me pedía, y me senté en las sombras a dos metros de ella.

Me contó todo. No como estaba en los diarios.

Ella tendría diecisiete años cuando sucedió. Estaba en el Central Park de Nueva York. Hacía demasiado calor por ser un día de principios de primavera, y las lomas escalonadas y pardas tenían una capa verde con la misma consistencia de la blanca escarcha que esa mañana cubría las piedras. Pero la escarcha no aguantó y la hierba sí, y tentó a varios cientos de pares de pies a dejar el asfalto y el cemento para pisarla.

Entre esos cientos estaban los suyos. El suelo fértil era una sorpresa para sus pies, como el aire para sus pulmones. Sus pies dejaron de ser zapatos mientras caminaba, su cuerpo supo que era algo más que ropa. Era uno de esos días que incitan a la gente de ciudad a alzar la vista. Ella la alzó.

Por un instante se sintió apartada de la vida que vivía, donde no había fragancia, ni silencio, donde nada cuajaba ni encajaba. En ese momento el mal ceño de los edificios que rodeaban el parque pálido no podía afectarla; durante dos, tres limpias inhalaciones ya no le importó que todo el ancho mundo perteneciera en realidad a imágenes proyectadas en una pantalla; a las diosas mimadas que ocupaban

esas torres de acero y cristal; que perteneciera, en pocas palabras, siempre, siempre a otros.

De modo que alzó la vista, y encima tenía el platillo.

Era bello. Era dorado, con el lustre polvoriento de una uva inmadura. Emitía un sonido tenue, un acorde compuesto por dos tonos y un silbido ronco como el viento en un tragal. Revoloteaba como una golondrina, subiendo y bajando. Giraba y caía y oscilaba como un pez titilante. Era como todas esas cosas vivas, pero a esa belleza sumaba el encanto de las cosas acariciadas y bruñidas, medidas, mecanizadas, y exactas.

Al principio no sintió asombro, pues esto era tan diferente de todo lo que había visto antes que tenía que ser un engaño visual, una falsa evaluación del tamaño y la velocidad y la distancia que pronto se resolvería en un destello de sol sobre un avión o la llamarada vibrante de un soldador.

Miró hacia otro lado y de pronto comprendió que muchas otras personas lo veían —veían algo— también. A su alrededor la gente había dejado de caminar y hablar y miraba hacia arriba. La rodeaba una esfera de callado asombro, y fuera de ella captó el jadeo vital de la ciudad, esa gigante asmática que nunca respira.

Alzó la vista de nuevo, y al fin empezó a comprender cuán grande era el platillo y cuán lejos estaba. No: mejor dicho, cuán pequeño era y cuán cerca estaba. Tenía justo el tamaño del mayor círculo que ella habría podido trazar con ambas manos, y flotaba a medio metro de su cabeza.

Entonces sintió miedo. Retrocedió y alzó el antebrazo, pero el platillo seguía colgante allí. Se ladeó, se escabulló, brincó, se volvió para ver si había escapado. Al principio no pudo verlo; luego, cuando miró más y más arriba, allí estaba, cercano y reluciente, trémulo y roncoteante, justo sobre su cabeza.

Se mordió la lengua.

Por el rabillo del ojo, vio que un hombre se resignaba. Lo hizo porque me vio parada aquí con una aureola sobre la cabeza, pensó. Y eso fue lo más grandioso que le había ocurrido jamás. Nadie le había hecho nunca un gesto de respeto, ni siquiera una vez, nunca. A

través del terror, a través del pánico y el asombro, el consuelo de ese pensamiento anidó en ella, para esperar a que lo tomaran y lo miraran de nuevo en momentos de soledad.

Pero ahora el terror era aplastante. Retrocedió, clavando la mirada en el cielo, bailoteando absurdamente. Tendría que haber chocado con otras personas. Había allí muchas personas, jadeando y observando, pero no tocó a nadie. Giró sobre sí misma y descubrió con horror que era el centro de una multitud apiñada que la señalaba. La multitud tenía un mosaico de ojos desorbitados y movía todas las piernas del círculo interior para alejarse de ella.

La nota suave del platillo se hizo más profunda. El platillo se ladeó, bajó un par de centímetros. Alguien gritó, y la multitud corrió, dio vueltas, y se asentó en un nuevo equilibrio dinámico, extendiéndose a medida que más y más personas corrían a engrosarla pese a los esfuerzos del círculo interior por escapar.

El platillo zumbó y se ladeó, se ladeó...

Ella abrió la boca para gritar, cayó de rodillas, y el platillo bajó.

Le cayó en la frente y se le pegó. Casi pareció elevarla. Ella se irguió de rodillas, forcejeó para arrancárselo, y luego los brazos le cayeron a los costados, tiesos, sin que las manos tocaran el suelo. Durante tal vez un segundo y medio el platillo la mantuvo rígida, y luego le transmitió un cosquilleo extático y la soltó. Ella se desplomó en el suelo, golpeándose violentamente los tobillos y los talones con la parte posterior de los muslos.

El platillo cayó a su lado, rodó de canto, sólo una vez, y allí quedó. Allí quedó, opaco y metálico, diferente y muerto.

Brumosamente, ella se quedó mirando el azul grisáceo del buen cielo de primavera, y brumosamente oyó silbidos.

Y algunos gritos tardíos.

Y un vozarrón estúpido bramando "¡Denle aire!" que hizo acercar a todo el mundo.

Luego no hubo tanto cielo, a causa de la mole vestida de azul con los botones metálicos y la libreta de cuerina.

—Bueno, bueno, qué pasó aquí. No se acerquen.

Y las ondas crecientes de observación, inter-

pretación y comentario: "La derribó a golpes." "Algún fulano la derribó." "El la derribó." "Algún fulano la derribó y..." "A plena luz del día este fulano..." "El parque está empujando a ser..." Más y más, los hechos adulterados hasta perderse totalmente porque el alboroto es mucho más importante.

Alguien más corpulento que los demás abriendo paso a codazos, también con su libreta, su mirada inquisitiva, dispuesto a cambiar "una morena hermosa" por "una morena atractiva" para las ediciones vespertinas, porque "atractiva" es lo menos que puede ser una mujer si figura como víctima en los diarios.

La placa reluciente y la cara rubicunda acercándose:

—¿Está malherida, hermana?

Y los ecos rebotando en la multitud. Malherida, malherida, herida de gravedad, le pegó a plena luz del día...

Y otro hombre más sereno y resuelto, gabardina color habano, barbilla hendida y sombra de barba:

—Plato volador, ¿eh? De acuerdo, agente, yo me haré cargo.

—¿Y quién diablos se cree para hacerse cargo?

El centelleo de una cartera de cuero marrón, y detrás una cara, tan cerca que apretaba la barbilla contra el hombro de la gabardina. La cara dijo, pasmada, "F.B.I." y eso también fue un eco ondulante. El policía cabeceó, el policía entero cabeceó en una genuflexión servil.

—Ayúdeme a despejar el área —dijo la gabardina.

—¡Sí, señor! —dijo el policía.

—F.B.I., F.B.I. —murmuró la multitud, y hubo más cielo para mirar allá arriba.

Ella se incorporó y tenía la cara radiante.

—El platillo me habló —cantó.

—Cállese —dijo la gabardina—. Más tarde no le faltará ocasión de hablar.

—Eso es, hermana —dijo el policía—. Cielos, este gentío podría estar lleno de comunistas.

—Usted también, cállese —dijo la gabardina.

Alguien en la multitud contó a otro que un comunista había golpeado a la muchacha,



mientras otro comentaba que la habían golpeado porque ella era comunista.

Trató de levantarse, pero manos solícitas la obligaron a quedarse en el suelo. Ya había treinta policíacas en el lugar.

—Puedo caminar —dijo ella.

—Quédese donde está —le dijeron.

Trajeron una camilla y la acostaron en ella y la taparon con una manta grande.

—Puedo caminar —dijo ella mientras la llevaban a través de la multitud.

Una mujer se puso blanca y se volvió gimiendo:

—¡Dios mío, qué espanto!

Un hombrecito de ojos redondos la miraba y la miraba relamiéndose los labios.

La ambulancia. La metieron adentro. La gabardina ya estaba allí.

Un hombre de chaqueta blanca con manos muy limpias:

—¿Cómo sucedió, señorita?

—Ninguna pregunta —dijo la gabardina—. Seguridad.

El hospital.

—Tengo que volver al trabajo —dijo ella.

—Desvístase —le dijeron.

Entonces tuvo un dormitorio para ella sola por primera vez en su vida. Cuando la puerta se abría, había un policía afuera. Se abría a menudo para dejar entrar a esos civiles que tratan muy cortésmente a los militares, y a esos militares que tratan aún más cortésmente a ciertos civiles. Ella no sabía qué hacían ni qué querían. Cada día le hacían cuatro millones quinientas mil preguntas. Aparentemente nunca hablaban entre sí porque cada cual le hacía las mismas preguntas una y otra vez.

—¿Cómo se llama?

—¿Qué edad tiene?

—¿En qué año nació?

A veces la empujaban por caminos extraños con sus preguntas.

—Bien, su tío. Se casó con una mujer de Europa central, ¿verdad? ¿Qué parte de Europa central?

—¿A qué clubes o confraternidades pertenecía usted? ¡Ah! ¿Y esa tienda de cosas usadas de la calle 63? ¿Quién estaba realmente detrás de ese asunto?

Pero, una y otra vez: —¿Qué quiso decir cuando dijo que el platillo le habló?

—Me habló —decía ella.

—¿Y qué dijo? —decían ellos.

Y ella meneaba la cabeza.

Había muchos que gritaban, y muchos que eran amables. Nadie la había tratado con tanta amabilidad, pero pronto comprendió que nadie era amable con ella. Sólo querían que se relajara, que pensara en otras cosas, así de pronto podían dispararle esa pregunta:

—¿Qué quiso decir cuando dijo que le habló?

Pronto fue como la casa de mamá o la escuela o cualquier otro lugar, y ella se sentaba con la boca cerrada y los dejaba aullar. Una vez la tuvieron sentada durante horas en una silla dura con una luz en los ojos, matándola de sed. En su casa había una ventanilla sobre la puerta del dormitorio y mamá dejaba que la luz de la cocina se filtrara por allí toda la noche, cada noche, para que ella no tuviera miedo. Así que la luz no le molestaba.

La sacaron del hospital y la encerraron en la cárcel. Algunas cosas valían la pena. La comida. La cama también era cómoda. A través de la ventana veía muchas mujeres haciendo ejercicios en el patio. Le explicaron que todas ellas tenían camas más duras.

—Usted es una jovencita muy importante.

Al principio fue halagador, pero como de costumbre resultó que no se referían precisamente a ella. Seguían apremiándola. Una vez le trajeron el platillo. Estaba en una gran caja de madera con candado, que adentro tenía una caja de acero con una cerradura Yale. Sólo pesaba cuatro kilos, el platillo, pero cuando terminaron de empaquetarlo se necesitaron dos hombres para cargarlo y cuatro hombres armados para custodiarlo.

Le hicieron representar toda la escena tal como había pasado con algunos soldados sosteniéndole el platillo sobre la cabeza. No era lo mismo. Habían arrancado un montón de astillas y fragmentos del platillo, y además tenía ese color gris muerto. Le preguntaron si sabía algo sobre eso y por una vez decidió hablar.

—Ahora está vacío —dijo.

El único con quien conversaba era un hom-

brecito con ella que la primera vez que estuvo solo con ella le dijo:

—Escuche, pienso que la han tratado vergonzosamente. Pero entienda esto: tengo un trabajo que hacer. Mi trabajo es averiguar por qué no quiere contarnos qué dijo el platillo. No quiero que usted sepa qué le dijo y nunca se lo preguntaré. Ni siquiera quiero que me lo cuente. Tan sólo averigüemos por qué usted mantiene el secreto.

Averiguar por qué resultó en horas de hablar sobre la neumonía y la maceta que hizo de segundo grado, que mamá tiró por la escalera de emergencia, y la reclusión en la escuela y el sueño en que sostenía una copa de vino con ambas manos y miraba a un hombre por encima de la copa.

Y un día ella le dijo por qué no quería contar lo del platillo, sin vueltas:

—Porque me habló a mí, y es cosa mía.

Incluso mencionó al hombre que ese día se había porsignado.

Eran las únicas cosas que le pertenecían de veras.

El fue comprensivo. Fue él quien la previno sobre el juicio.

—No tengo por qué decírselo, pero se hará con todas las de la ley. Juez y jurado y todo lo demás. Usted diga sólo lo que quiere decir, ni más ni menos, ¿entiende? Y no les dé el gusto. Usted tiene derecho a poseer algo.

Se levantó y maldijo y se fue.

Primero vino un hombre y le habló un buen rato sobre la posibilidad de que la Tierra fuera atacada desde el espacio exterior por seres mucho más fuertes e inteligentes que nosotros, y tal vez ella tenía una clave para la defensa. De modo que tenía que revelarla al mundo. Y aun en caso de que la Tierra no fuera atacada, debía pensar en la ventaja que podía dar a su país sobre sus enemigos. Luego la encañonó con el dedo y dijo que lo que hacía ella equivalía a colaborar con los enemigos del país. Y resultó ser el hombre que la defendía en el juicio.

El jurado la encontró culpable de desacato y el juez recitó la larga lista de penas que podía aplicarle. Aplicó una sola y la levantó. La encerraron en la cárcel unos días más, y un buen día la soltaron.

Al principio fue maravilloso. Consiguió un empleo en un restaurante, y un cuarto amueblado. Había salido en los diarios tanto tiempo que mamá no la quiso de vuelta en casa. Mamá estaba casi siempre borracha y a veces escandalizaba a todo el vecindario, pero no obstante tenía ideas muy especiales sobre la respetabilidad, y salir en los diarios por espía no le parecía decente. Así que puso su apellido de soltera en el buzón de abajo y avisó a su hija no fuera allí nunca más.

En el restaurante conoció a un hombre que la invitó a salir. La primera vez. Gastó hasta el último centavo en una cartera roja que hiciera juego con los zapatos rojos. No eran del mismo tono, pero al menos todo era rojo. Fueron al cine y después él no trató de besarla, ni nada, sólo trató de averiguar qué le había dicho el platillo. Ella no le contó. Volvió a su casa y lloró toda la noche.

Luego hubo unos hombres que ocupaban una mesa y charlaban, y cada vez que pasaba ella callaban y ponían cara de pocos amigos. Le hablaron al dueño, y él le dijo que eran ingenieros electrónicos que trabajaban para el gobierno y tenían miedo de hablar de asuntos profesionales cuando la tenían cerca. ¿No era espía o algo por el estilo? Así que la despidieron.

Una vez vio su nombre en un tocadiscos automático. Puso una moneda y apretó ese número, y el disco contaba que "el platillo volador bajó un día, y le enseñó a ella un nuevo modo de jugar, y no te diré cómo era, pero ella me llevó a otro mundo". Y mientras estaba escuchando, una persona del local la reconoció y la llamó por el nombre. Cuatro individuos la siguieron y tuvo que bloquear la puerta.

A veces estaba bien varios meses, y después alguien la invitaba a salir. Tres veces de cada cinco, los seguían a ella y al fulano. Una vez el hombre que la acompañaba arrestó al hombre que los seguía. Dos veces el hombre que los seguía arrestó al hombre que la acompañaba. Cinco veces de cada cinco, el hombre con quien salía trataba de tirarle la lengua sobre el platillo. A veces ella salía con alguno y fingía que era una verdadera cita, pero no la ayudaba en mucho.

Así que se mudó a la costa y se empleó para

limpiar oficinas y tiendas de noche. No había muchas que limpiar, pero eso significaba que no había muchas personas que recordaran su cara de los periódicos. Cada dieciocho meses, nunca faltaba el periodista que sacaba a relucir todo de nuevo en una revista o un suplemento dominical; y cada vez que alguien veía un faro de coche en una montaña o una luz en un globo meteorológico tenía que ser un platillo volador, y tenía que haber un trasnochado comentario sobre los secretos que quería contar el platillo. Entonces ella, en dos o tres semanas, no pisaba la calle durante el día.

Una vez pensó que lo tenía resuelto. La gente no la quería, así que empezó a leer. Las novelas la conformaron un tiempo hasta que descubrió que la mayoría eran como las películas: sobre la gente linda que en realidad maneja el mundo. Así que aprendió cosas: animales, árboles. Una ardilla pijoosa atascada en una alambrada la mordió. Los animales no la querían. Los árboles no la tenían en cuenta.

Entonces se le ocurrió lo de las botellas. Junió todas las botellas que pudo y escribió notas que guardó en las botellas. Recorría kilómetros de playa y arrojaba las botellas tan lejos como podía. Sabía que si la persona indicada encontraba una, esa persona tendría la única cosa en el mundo que podría ayudar. Esas botellas la sostuvieron tres años. Todos necesitan hacer algo en secreto.

Y por último llegó el momento en que ya no le sirvió de nada. Una puede tratar de ayudar a alguien que *tal vez* existe; pero pronto no puede fingir más que existe esa persona. Y no hay vuelta de hoja. Es el fin.

—¿Tienes frío? —le pregunté cuando terminó de contarme.

El oleaje era más apacible y las sombras más largas.

—No —respondió ella desde las sombras. De pronto dijo— ¿Criste que me enfurecí contigo porque me viste desnuda?

—¿Por qué no?

—¿Sabes una cosa? No me importa. No habría querido... no habría querido que me vieras ni siquiera en traje de fiesta o ropa de trabajo. No puedes taparme el cuerpo. Se ve; está allí de todos modos. Simplemente no quería que me vieras. En ninguna forma.

—¿Yo, o cualquiera?

Ella titubeó.

—Tú.

Me levanté, me desperecé y caminé un poco, pensando.

—¿El F.B.I. trató de impedirte que arrojaras esas botellas?

—Claro que sí. Gastaron no sé cuánta plata de los contribuyentes para recogerlas. Aún registran la zona de vez en cuando. Pero se están cansando. Todas las notas dicen lo mismo.

—Rió. Me sorprendió que supiera reír.

—¿De qué te ríes?

—De todos ellos... jueces, carceleros, cantantes... la gente. ¿Sabes que no me habría ahorrado ninguna molestia aunque les hubiera contado todo desde un principio?

—¿No?

—No. No me habrían creído. Lo que ellos querían era una nueva arma. Superciencia de una superraza, para borrar del mapa a la superraza si se presenta la oportunidad, o a la nuestra si no se presenta. Todas esas lumbreras —jadeó, con más asombro que desprecio—, todos esos mandamases. Piensan “superraza” y traducen “superciencia”. ¿No piensan que una superraza también tiene supersentimientos... supertriste, tal vez, o superhambre? —Hizo una pausa.— ¿No es hora de que me pregunte qué dijo el platillo?

—Te lo diré —barboté.

*Hay en ciertas almas
una indecible soledad,
tan grande que deben compartirla
como el resto comparte compañía.
Así es mi soledad. Ahora ya sabes
que en la inmensidad
alguien está más solo que tú.*

—Dios santo —dijo devotamente, y rompió a llorar.— ¿Y a quién está dedicado?

—Al ser más solitario...

—¿Cómo lo supiste? —susurró.

—Es lo que pusiste en las botellas, ¿verdad?

—Sí —dijo ella—. Cuando te pesa demasiado que a nadie le importe, que a nadie le haya importado nunca... arrojas una botella al mar, y allá va una parte de tu soledad. Te sientas a pensar en alguien que la encuentra... que aprende que lo peor que hay puede entenderse.

La luna bajaba y el oleaje callaba. Miramos hacia las estrellas.

—No sabemos qué es la soledad —dijo ella—. La gente pensó que el platillo era un platillo, pero no lo era. Era una botella con un mensaje adentro. Tuvo que cruzar un océano más grande, todo de espacio, sin demasiadas probabilidades de encontrar a nadie. ¿Soledad? No conocemos la soledad.

Cuando pude, le pregunté por qué había intentado suicidarse.

—Ya tuve suficiente —dijo— con lo que me dijo ese platillo. Quería... retribuirlo. Era demasiado mala para que me ayudaran. Tenía que saber que al menos era buena para ayudar. ¿Nadie me quiere? Bien. Pero no me digas que nadie, en ninguna parte, necesita de mí. Eso no puedo aguantarlo.

Inhalé profundamente.

—Encontré una de tus botellas hace dos años. Te he estado buscando desde entonces.

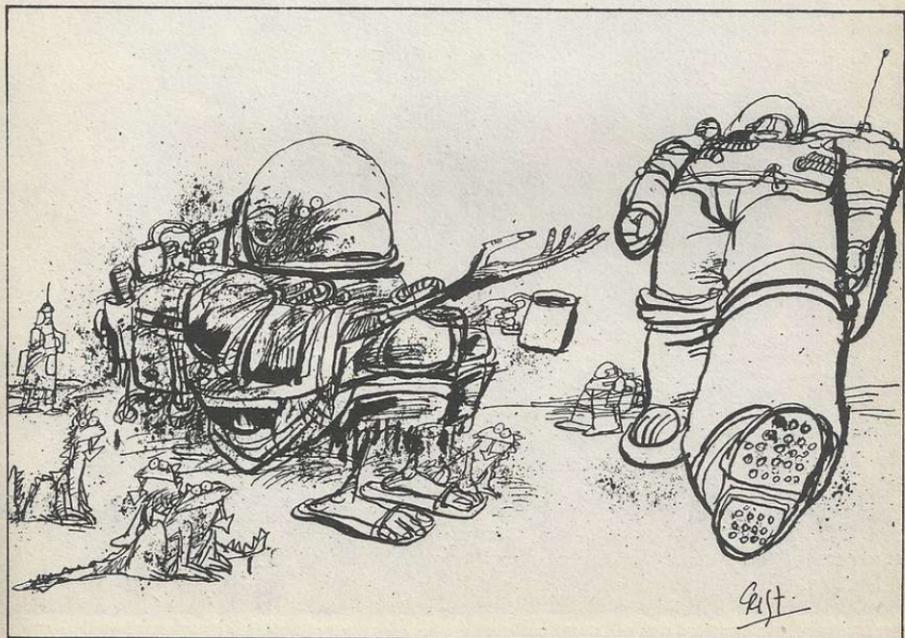
Cartas mareológicas, tablas de corrientes, mapas y... viajes. Oí hablar de ti y las botellas por aquí cerca. Alguien me contó que habías dejado de tirarlas, que ahora se te daba por vagabundear de noche en las dunas. Supe por qué. No paré de correr.

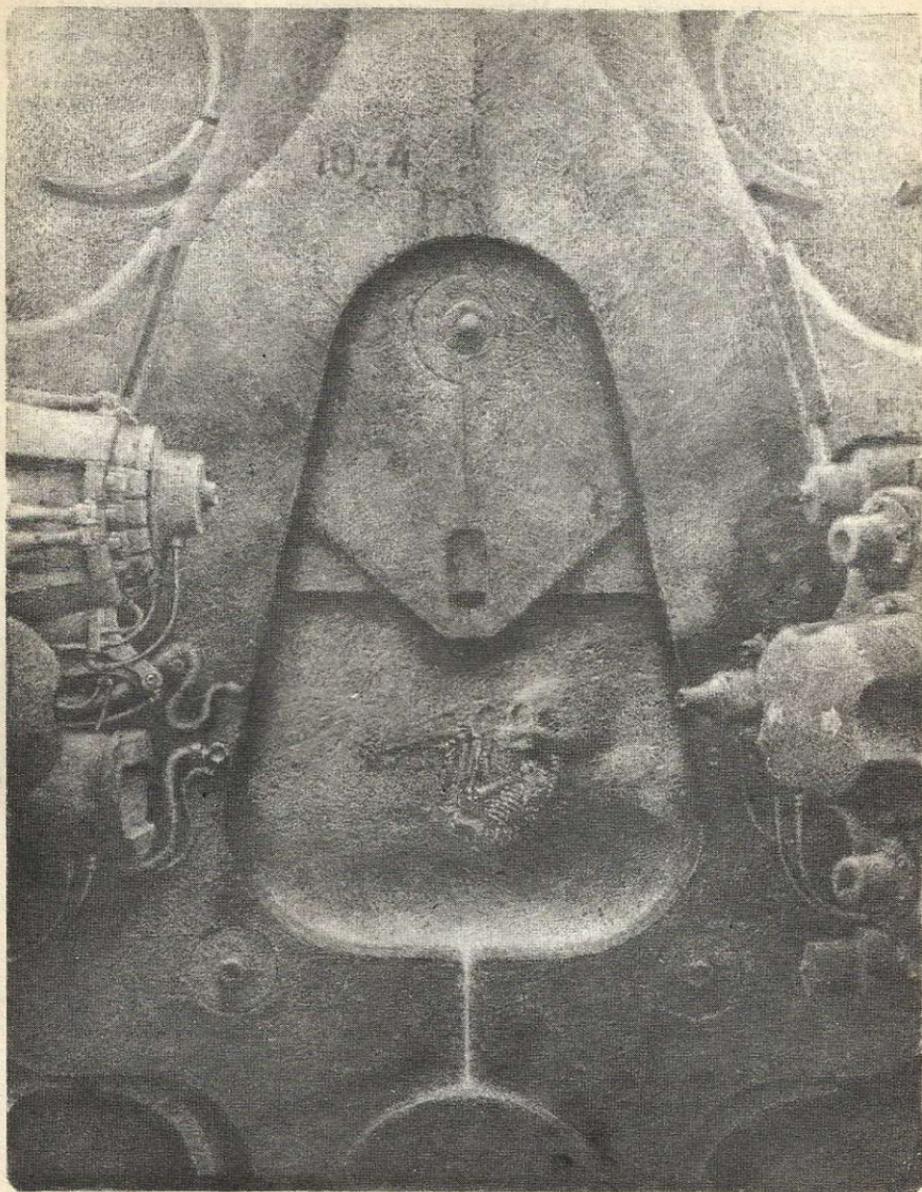
Tuve que inhalar de nuevo.

—Tengo un pie defectuoso. Pienso bien, pero las palabras no me salen por la boca tal como son dentro de mi cabeza. Tengo esta nariz. Nunca tuve una mujer. Nadie quiso contratarme nunca para trabajar donde tuvieran que mirarme. Tú eres bella —dije—. Eres bella.

Ella no dijo nada, pero fue como si irradiara una luz, más luz y mucha menos sombra de la que podía proyectar la ejercitada luna. Entre muchas otras cosas significaba que aún la soledad tiene un fin, para quienes están lo bastante solos, durante bastante tiempo.

Título del original en inglés: *A Saucer of Loneliness*
© 1953 by Galaxy Publishing Co. Traducción de Carlos Gardini





Los seres humanos van
y vienen.
El tiempo (no) permanece.

CLAUDIO FERRARI

POR FIN

Ilustró OSCAR CHICHONI

Un día,

cuando haya dejado de atribuir a los demás certezas envidiables, contaré mi historia.

Ahora sólo atino a evocar fragmentos, y todos tienen un mismo punto de partida, episodios sin principio pero con un fin.

A éste podría tratar de hacerlo comenzar en el andén del tren subterráneo de una ciudad que no es la mía. Aunque tal vez, sin embargo, se inicia en mi casa con el despertar algodónoso de todas las mañanas, con ese salto desde mi cama marinera y ese aterrizaje entre los objetos más insólitos, desperdigados caóticamente en el suelo.

Mi reloj se ha roto hace tiempo. Abro la ventana y hago un cálculo aproximado, por el color del cielo. A veces, en la calle, están las bolsas de basura, lo cual significa que aún no

pasaron los camiones de la municipalidad, a las ocho. O bien hay una señora que sacude las alfombras, con largos ecos polvorientos: eso significa que son las ocho y media.

Pero la hora más hermosa y exacta me la da ella, la muchacha que a las ocho y cuarenta, en punto, pasa por la esquina de abajo de mi casa y se dirige, por mi misma calle, hacia la misma estación de subterráneo.

Algunas mañanas la veo allá lejos, casi en la boca de la escalera descendiente: y significa que estoy retrasado; otras mañanas aparece justo unos pasos antes que yo llegue a la esquina, y recorremos toda la calle a la misma distancia, porque ella tiene el mismo paso que yo; en otras ocasiones debo volverme una y otra vez hasta verla aparecer, y entonces voy más despacio, aunque me gustaría demostrarle mi

juventud en una carrera obstinada; disminuyo la velocidad hasta que la oigo llegar y, con ella, se acerca mi hora justa.

Una vez que bajamos la escalera de la estación, nuestros caminos se separan: yo siempre tomo el tren que va en una dirección, ella el que va en la contraria. La veo en el andén de enfrente, de pie junto a la raya amarilla de peligro. Su tren casi siempre llega antes que el mío, y la veo subir, entrar y apoyarse en la puerta opuesta, descolgarse la cartera que lleva siempre y fijar la mirada en la lejanía. Cuando mi tren llega primero, lo dejo pasar, pues me gusta verla subir y alejarse; y me parece que me iría intranquilo si supiera que ella se queda esperando.

De cuando en cuando ha sucedido que ambos trenes tardaran mucho, y tuve más tiempo para mirarla. Le conozco el pelo, matas de rizos negros, aunque se lo oculte bajo una boina celeste: como la lleva inclinada, y siempre de un modo diferente, una mañana expone un rizo, otra mañana otro, y ya he trabado amistad con todos ellos. Le conozco las blusas de encaje, que asoman por la abertura del cuello de piel sintética del abrigo; una vez soñé con ella: en el sueño se quitaba el abrigo, y la blusa consistía solamente en ese minúsculo cuello de encaje en V, liviano como una telaraña blanca. Le conozco los rasgos claros, filosos, los ojos que parecen mirar siempre otra cosa, la boca de labios finos y pálidos.

No le conozco las manos: jamás las sacó de los bolsillos profundos y tibios; y no recuerdo un verano, ni la insinuación de un ademán, que jamás le hayan hecho agitar una mano.

Una mañana, mientras la miraba más allá de la doble fila de rieles, pensé en tirarme del andén: un bello salto, ágil, elegante. Tal vez, en el gesto instintivo de detenerme, habría alzado una mano por un instante. Porque a veces las manos hacen y dicen mucho más de lo que deseamos o sabemos. (Cada tanto vuelvo a ver en un cuarto lleno de cirios la mano de mi abuela muerta, que alguien me hizo besar: una mano huesuda que tal vez aún quería acariciarme, pero que en ese momento no era más que su primera palidez antes de convertirse en esqueleto. Cuando pienso en un esqueleto, evoco siempre una mano y

pienso que empezamos a morir cuando se empiezan a reseca las manos).

Y esta mañana no la encontré a lo largo de la calle. No la vi cerca de la escalera, ni la vi aparecer en la esquina; me volví infinidad de veces, y tardé una infinidad en hacer el trecho de costumbre, cada vez con mayor lentitud. Por primera vez detuve la mirada en la hilera de casas; sabía que eran opacas, ajenas, pero me sorprendió el hecho de descubrirlas aún más grises, más deterioradas. En una esquina me asombró descubrir un reloj que jamás había visto, en la punta de un poste verde sucio, agrietado como la esfera donde las manecillas indicaban una hora absurda: las cuatro (suplico, pues los números y caracteres de las horas no se distinguían bien). Habría querido detenerme para ver si andaba o si estaba parado desde quién sabía cuándo, pero preferí caminar; despacio, pero caminar hacia la estación.

Y abajo, en el andén, la vi. Ya no en la parte de enfrente, sino esperando el mismo tren que yo.

Me detuve a unos pasos de ella, viéndola de perfil por primera vez. Me pareció diferente, tan diferente como era ahora mi espera del tren, pues no comprendía si era ella quien había hecho tiempo, o si mi tiempo jugaba conmigo, con un retardo mío, justo en el día de un encuentro tal vez no desaprovechado aún.

No oí llegar el tren. Lo vi irrumpir a último momento en la claridad de la estación y debo haber pensado que no era el tren que esperaba: desvenecado, herrumbroso, se arrastraba con un traqueteo desganado que me había parecido el rumor de un tren que se alejaba.

Se me cruzó por la mente la idea de que hubiera venido de la dirección equivocada, y titubeé en subir, imaginando por un breve instante el choque frontal al cual se dirigía. Pero ella entró; y la seguí, antes que cerrasen las puertas.

Todos los asientos estaban ocupados; ella era la única persona de pie, apoyada como siempre en una puerta; me acerqué pensando en un modo de dirigirla, por fin, la palabra. Y en ese momento, lejos de mí, oí mi voz en medio de un grupo de muchachos que se

habían quedado en el andén: nítida, fresca, irritante como una broma irreflexiva de los muchachos, se esfumó luego en la distancia creciente, quizá enganchada ya en una escalera mecánica, en el vaivén de un molinete de salida.

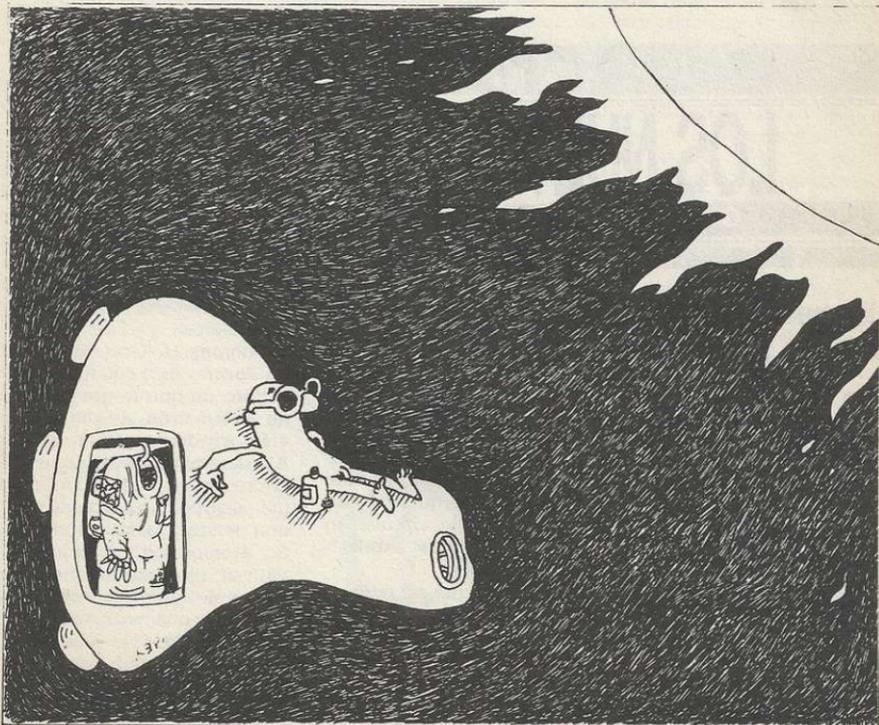
Mientras el tren aceleraba, eché una ojeada a los pasajeros sentados. Me sorprendió su rigidez antinatural, y su silencio: tal vez sus voces también habían quedado abajo, perdidas fuera del tren.

Pero ella, hoy, viajaba en el mismo tren, junto a mí, tan cerca que podía distinguirle cada hebra blanca de la trama de la blusa, que podía hacerle sentir la intensidad de mi mirada y comunicarme al menos con los ojos.

Y detuve los ojos, con toda la delicadeza que me fue posible, en su perfil, en la curva de los hombros, en la manga del abrigo. Y fue en ese instante cuando el brazo que estaba de mi lado esbozó, casi imperceptiblemente, el movimiento que hacía tanto tiempo anhelaba verle realizar: con suma lentitud lo animó una vibración, un temblor leve a la altura del codo, y de pronto el codo ya se flexionaba para separar, milímetro a milímetro, el extremo de la manga del borde del bolsillo.

En ese instante tuve la sensación de que mis ojos estaban induciendo en vano un gesto desesperadamente resistido. Y los bajé. Los bajé sobre mi mano: una mano marchita, blaucuzca, rugosa: la mano de un viejo.

Título del original en italiano: *Finalmente*.
© 1982, Claudio Ferrari. Traducción de Carlos Gardini.



Máquinas de movimiento perpetuo, dispositivos antigraavitatorios, combustibles mágicos; coincidencias sospechosas, ciclos sorprendentes, números misteriosos; criptogramas atacados por sabuesos iluminados e intrépidos.

John Sladek

LOS NUEVOS APOCRIFOS

Guía de ciencias extrañas y creencias ocultistas

Ilustró ALFREDO GRONDONA WHITE

¡Eureka! Delirio perpetuo

Para empezar, un catálogo de físicos extravagantes.¹

Valentino Hertz ha demostrado que la Tierra rota de este a oeste. Osborne Reynolds descubrió que el "espacio vacío" en realidad está atestado de esferas sólidas y diminutas, estrechamente apiñadas, y que la llamada materia es "simplemente burbujas de nada, moviéndose en este medio denso, elástico, granuloso".² Alguien que firmaba

su opúsculo "La Longitud" demostró que la Luna no es un cuerpo sólido, sino simplemente la imagen nítida de la Tierra. Otro desconocido explicó que los cometas no son más que volcanes que surcan el cielo impulsados por su propia energía; otro demostró que los planetas, como la circulación de la sangre, son impulsados por la luz.

La Tierra no se mueve, escribió el capitán Woodley, de la Marina Real, en 1834:

Nada puede ser más seguro que el hecho de que las estrellas no han cambiado su declinación ni latitud

en *un grado* en los últimos 71 3/4 años.³

Thomas H. Graydon, de California, está igualmente seguro de que la gravedad no es un tirón sino un envión irradiado por el Sol. Alexander Wilfred Hall, escribiendo en versos sin rima, arguye que el sonido es una sustancia compuesta por átomos sólidos. Charles Palmer demuestra que el Sol es de hielo: específicamente, es una lente de hielo que no emite luz, sino que aumenta el esplendor de Dios a la manera de una lupa.

Luego está la singular teoría biofísica de Peter D. Ouspensky de que los animales son simétricos porque los plegaron por la mitad en la cuarta dimensión, de modo que salieron como las manchas de tinta de Rorshach. Y si alguien se pregunta por qué Einstein estaba equivocado, que consulte a George Francis Gillette, quien dice: "Cada último es simultáneamente una parte integral de un sinfín de unidades de otroplano".⁴ Si eso no les resulta claro, es porque ustedes no entienden que un último es el enésimo plano subuniversal, mientras que la "gravitación es la tuerca en retroceso del tornillo de la radiación".⁵

De acuerdo con un libro de John Fenn Smith editado por el autor, la gravedad es la "respiración" de las partículas de energía normalmente ocultas dentro de los átomos. De estos átomos respiratorios deduce que los laser son artefactos anti-gravitatorios, y que "el tiempo no existe".⁶ Pero, de acuerdo con Alfred William Lawson, no hay tediosas fuerzas ni trozos de materia; el cosmos está, en cambio, repleto de cosas de mayor o menor densidad, y todos los fenómenos se explican por la Succión y la Presión. El ojo succiona la luz, la Tierra nos succiona a nosotros, los imanes succionan el hierro y las hembras succionan a los machos, hasta que todos alcanzamos el "Ecuaternequilibrio".

"No soy científico...", dijo una vez Roger Babson, y pasó a demostrarlo creando la Fundación para la In-

vestigación de la Gravedad, cuya meta original era crear un "escudo gravitatorio". Esta vieja pieza de utilería de la ciencia ficción es una plataforma fabricada con una aleación especial; cuando nos paramos en ella, perdemos peso. Si Einstein está en lo cierto, la gravedad no es una especie de radiación que pueda anularse de esa manera, pero eso no impidió a Babson buscar la "aleación apropiada". Como hay que poner a prueba millones y millones, la búsqueda se parece a la de la Piedra Filosofal, y ha tenido un éxito parecido.

Babson tiene la gravedad entre ceja y ceja. La Fundación estudia los efectos que ejerce sobre la personalidad (cambie su estado de ánimo poniéndose de cuclillas), sobre las elecciones y demás. En 1951 lanzó a la venta una píldora "antigravitatoria", presuntamente buena para la circulación, y Babson piensa que es mucho más fácil subir escaleras durante la marea alta, con la ayuda de la gravedad lunar. (En realidad, habría que tener más de cien lunas allá arriba para que en el momento de subir la escalera uno pesara treinta gramos menos.)

MAQUINAS DE MOVIMIENTO PERPETUO

Es sabido que no se puede construir una máquina que funcione continuamente sin ser alimentada con una energía externa. No obstante, en el último siglo se han presentado tantas solicitudes de patentes para máquinas de movimiento perpetuo en la Oficina de Patentes de los Estados Unidos que sus funcionarios tuvieron que contener la inundación exigiendo que cada solicitud fuera acompañada por un modelo funcional.

Todas las máquinas de movimiento perpetuo hasta la fecha parecen encajar en las categorías de Absurdos, Falacias y Fraudes de John Phin.⁷ Los Absurdos no son posibles siquiera por principio; las Falacias parecen posibles pero contienen violaciones ocultas de las leyes físicas; y los Fraudes son desde luego el único tipo donde pueden incluirse los modelos funcionales que se construyen.

La Figura 1 muestra dos versiones de un absurdo temprano (siglo XIII) que ha dominado los intentos escolares durante muchos siglos.

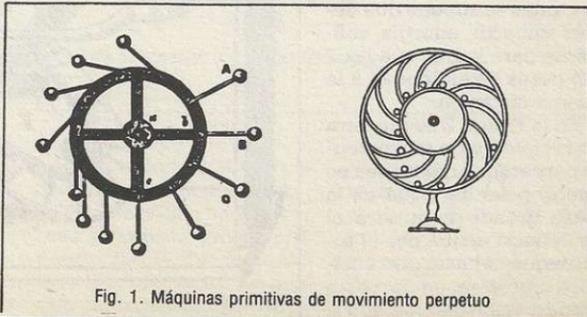
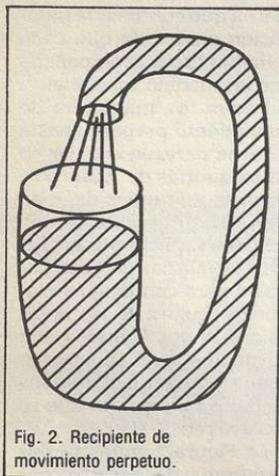


Fig. 1. Máquinas primitivas de movimiento perpetuo

Bolas, pesas o gotas de mercurio giran llevadas por el movimiento de la rueda, y oscilando o rodando se lanzan hacia afuera para mantenerla en desequilibrio, y por lo tanto en movimiento. El error es visible si trazamos una línea vertical a lo largo de cada rueda, y si contamos las pesas en los lados ascendente y descendente. En la primera rueda, se supone que $4 \frac{1}{2}$ pesas



descendientes levantarán $7 \frac{1}{2}$ pesas ascendentes. Que "oscilen más hacia afuera" no cambiará las cosas, pues se supone que deben impartir energía suficiente para lograr que las $7 \frac{1}{2}$ pesas se extiendan a la misma distancia.

En la Figura 2 se muestra un recipiente de movimiento perpetuo. Aquí la idea es que el peso del agua de la parte grande impulsará el agua hacia arriba por el tubo pequeño hasta que vuelva a verse en la parte grande. Cabe deducir que si

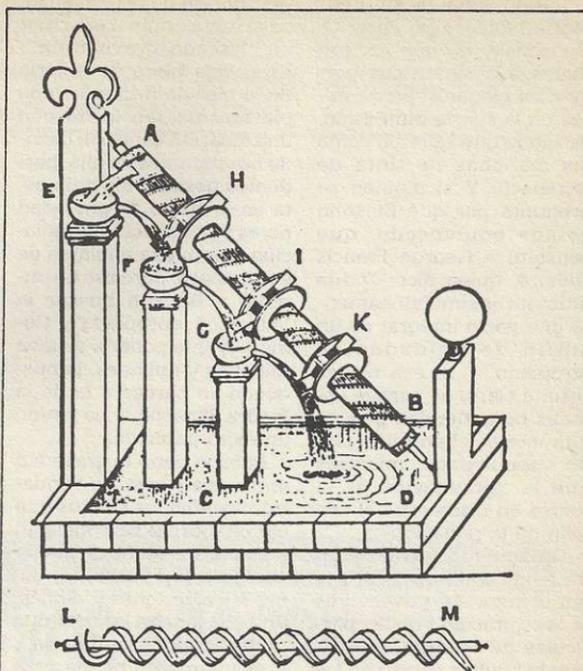


Fig. 3 (a). Molinos de agua de movimiento perpetuo

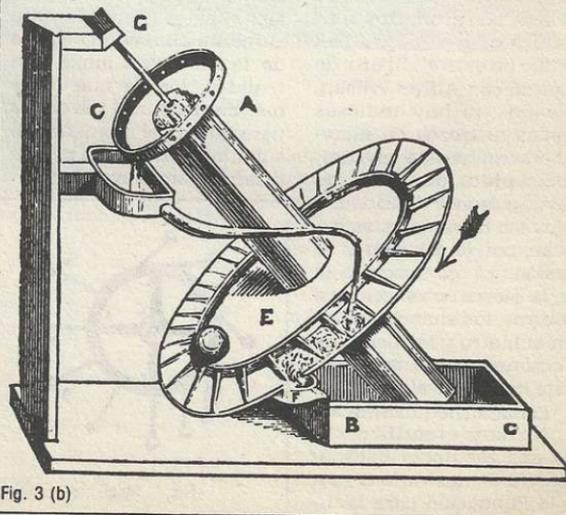


Fig. 3 (b)

enderezamos el tubo se formarán charcos en el cielo raso.

Los molinos de agua son un viejo favorito de los inventores m.p.; están acoplados a diversos artefactos para empujar el agua corriente arriba (Figura 3). Pero a menos que empujen *más* agua corriente arriba, obviamente no pueden vencer su propia fricción.

La acción capilar parece elevar el agua en tubos delgados desafiando la gravedad, de modo que el m.p. parece natural. Dos aparatos que lo utilizan se muestran en la Figura 4. El tipo (a) presume que el agua ascenderá por el tubo, desbordará por el orificio del costado y reiniciará el ciclo. Pero como la acción capilar es sólo la atracción de la superficie del agua hacia los costados del tubo, es obvio que no puede elevarse por encima del borde inferior del orificio. El tipo (b) muestra una cinta sinfín de esponja, con pesas añadidas, que corre sobre tres poleas (y en agua poco profunda). La acción capilar sube el agua a la esponja del lado AB, arrastrándola hacia abajo. La polea C exprime la esponja y la seca. Desde luego también ejerce una tremenda fuerza de fricción en el sistema, que no puede ser vencida jamás por el minúsculo peso del agua que sube.

Un absurdo final es el m.p. impulsado por imán que se muestra en la Figura 5. El imán atrae la bola de acero haciéndola subir hasta B por el plano inclinado, donde cae por un agujero y rueda por el plano curvo

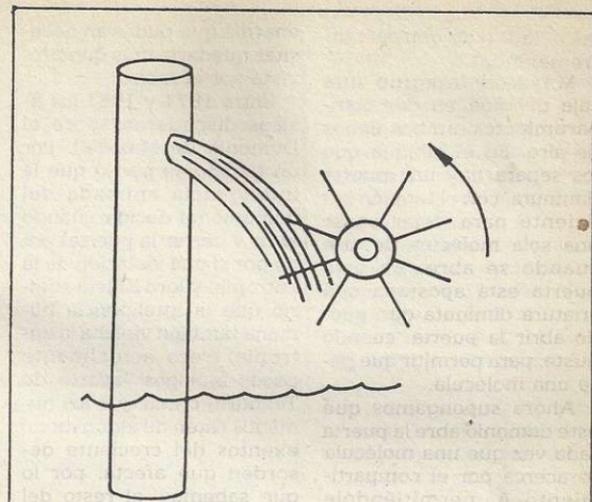
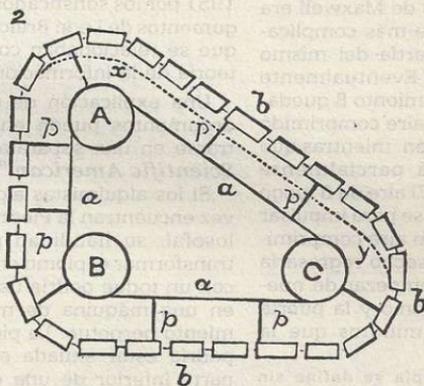


Fig. 4. Acción capilar perpetua
(a) Tubo simple con orificio



(b) Cinta de esponjas y pesas en las poleas

hasta A, donde aparece para ser subida nuevamente.

Tal vez la falacia de m.p. más ingeniosa jamás propuesta fue la del físico James Clark Maxwell, un aparato conocido durante un si-

glo como el Demonio de Maxwell. Tal como él lo proponía en su *Teoría del calor*, 1871, parecía perfectamente atinado en teoría, y sin embargo violaba la Segunda Ley de la Termodinámica.

mica, la ley de entropía incrementada*.

Maxwell imaginó una caja dividida en dos compartimientos, ambos llenos de aire. En el tabique que los separa hay una puerta diminuta, con el tamaño suficiente para dejar pasar una sola molécula de aire cuando se abre. En esta puerta está apostada una criatura diminuta que puede abrir la puerta, cuando guste, para permitir que pase una molécula.

Ahora supongamos que este demonio abre la puerta cada vez que una molécula se acerca por el compartimiento A, permitiéndole pasar al compartimiento B, pero nunca permite que una molécula de B vuelva a A. (El ejemplo de Maxwell era ligeramente más complicado, pero partía del mismo principio). Eventualmente el compartimiento B quedará lleno de aire comprimido a alta presión, mientras que A quedará parcialmente evacuado. El aire de B luego podría usarse para impulsar un motor de aire comprimido, y el desecho regresaría a A, para empezar de nuevo. El demonio y la puerta son tan diminutos que la

*La entropía se define sin mayor precisión como desorden. Por "incremento de entropía" los científicos aluden a lo que sucede cuando uno pone un cubo de hielo en un vaso de agua, o tira un huevo a un piso duro. Si viviéramos en un universo donde la entropía *decreciera*, cabía a esperar que el agua se separara en cubos de hielo y agua tibia, o que el huevo roto reuniera sus fragmentos y goterones formando un huevo entero que subiría del suelo a nuestra mano, como en una película proyectada al revés.

energía que pudieran necesitar quedaría más que provista por el motor.

Entre 1871 y 1951 los físicos discutieron sobre el Demonio de Maxwell. Por un tiempo se pensó que la inteligencia animada del demonio (al decidir cuándo abrir y cerrar la puerta) era de por sí una violación de la entropía, y lord Kelvin sugirió que la inteligencia humana también violaba la entropía. Pero actualmente pocos biólogos (aparte de Teilhard) creen que los humanos estén de algún modo exentos del creciente desorden que afecta, por lo que sabemos, al resto del universo.

Por último el Demonio de Maxwell fue derrotado en 1951 por los sofisticados argumentos de Leon Brillouin, que se relacionaban con la teoría de la información.

Una explicación de esos argumentos puede encontrarse en una separata del *Scientific American*.⁸

Si los alquimistas alguna vez encuentran la Piedra Filosofal, su habilidad para transformar el plomo en oro con un toque podría usarse en una máquina de movimiento perpetuo. La piedra podría estar situada en la parte inferior de una gran rueda tachonada de perillas de plomo, diseñada de tal modo que cada perilla la rozara, transformándose en oro. Como el oro es más liviano que el plomo, las perillas de plomo descendientes impulsarían hacia arriba las perillas de oro. Allí podría apostarse un escéptico que diría a las perillas de oro que están violando la Ley de

Conservación de la Materia, con lo cual volverían a convertirse en plomo para descender.

Chaucer advirtió que los alquimistas sacaban más oro de sus patrocinadores que de sus experimentos. Este tipo de alquimia parece ser practicada por nuestro tercer tipo de inventor, el embaucador de m.p.

¡PONGA AGUA EN EL MOTOR!

Phin menciona a un inventor decimonónico llamado Adams, que exhibió su máquina de p.m. en Inglaterra cobrando altas tarifas. Un día dos curiosos trataron de levantar la máquina del pedestal. Inmediatamente se oyó en el pedestal el sonido de un resorte de reloj. Cuando cesó el sonido, pusieron la máquina en su lugar y ofrecieron al dueño 50 libras si era capaz de ponerla nuevamente en marcha. No fue capaz. Un mecanismo de relojería oculto parece explicar la rueda diseñada por "Orffyreus" (Jean Ernest Elie-Bessler), que presuntamente giró cuarenta días en un cuarto cerrado.

Los posteriores inventores de fraudes nunca denominaron a sus aparatos "máquinas de movimiento perpetuo". John E. W. Keely llamó al suyo "generador vibratorio con motor pulsátil hidroneumático", pero fue más conocido como "motor de Keely".

Hizo la primera demostración en Filadelfia en 1874, en su laboratorio casero. La máquina por cierto funcionaba, aunque aparen-

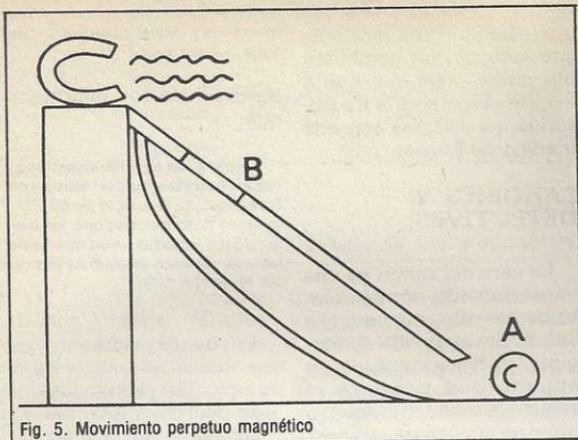


Fig. 5. Movimiento perpetuo magnético

temente no tenía ninguna fuente de alimentación. Un keelyita explicó que obedecía las "leyes de la fuerza etérea" y extraía energía de la fuente de todo conocimiento, y la asimiló con "el calórico y la electricidad".

Keeley dijo que con sólo aire, agua y su motor podía producir una

sustancia vaporosa [...] con una energía elástica de 10.000 libras por pulgada cuadrada. [...] Es más ligera que el hidrógeno y más poderosa que el vapor o cualquier explosivo conocido. [...] Una vez di a una máquina 800 revoluciones por minuto de cuarenta caballos de fuerza con menos de un dedal de agua y la mantuve andando quince días con la misma agua.⁹

De vez en cuando los inversores de la Keely Motor Company preguntaban si no estaban tirando el dinero. Keely siempre los persuadía de tirar un poco más.

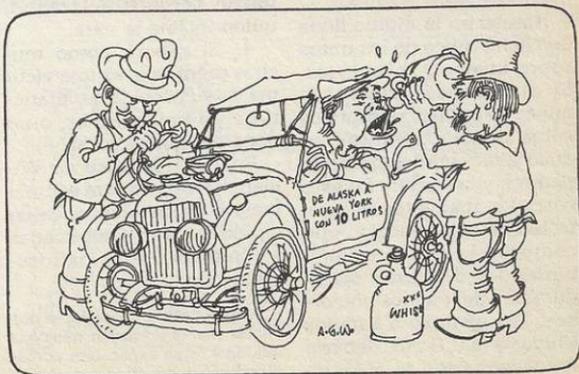
Las demostraciones siempre se realizaban en casa de Keely, donde el motor partía sogas y torcía barras de hierro, mientras los instrumentos indicaban

presiones enormes. Y todo con un poco de agua. Los comités de científicos e ingenieros eran invitados a ver las demostraciones, pero no a inspeccionar el motor. Lo hicieron, sin embargo, después de la muerte de Keely en 1898, y encontraron en el sótano el equipo de aire comprimido que en verdad lo hacía funcionar. Mucho, mucho después, uno de los administradores de la Fundación para la Investigación de la Gravedad de Babson, que obviamente

acababa de oír sobre el motor de Keely, pensó que quizá había algo en el asunto. Frank Edwards, en 1959, fue mucho más lejos, afirmando que "El secreto del misterioso motor de Keely murió con él. Los científicos nunca pudieron ponerse de acuerdo sobre su modo de funcionamiento".¹⁰

La fábula de un motor impulsado por agua barata aún fascina al público. Tuvo un breve auge en la década de 1930, cuando el *Daily Telegraph*, de Londres, informó que un italiano impulsaba su auto "descomponiendo agua y usando hidrógeno en el cilindro en vez de nafta".¹¹ Esta estafa se ha practicado durante años en Estados Unidos. El "inventor" llega a una estación de servicio, ostensiblemente llena el tanque de gasolina con agua, echa una píldora adentro y pone el motor en marcha. Naturalmente, luego cuenta a los ingenuos cómo funciona. Huelga aclarar que el motor se alimenta con combustible común de un segundo tanque que está oculto.

Las viejas trampas siem-



pre sirven para nuevas tentativas. Esta columna se publicó en el *Sunday Times* de Londres del 7 de febrero de 1971:

El domingo pasado hablé del motor español de 10 libras esterlinas que capacitaba a un auto para recorrer hasta 540 millas con un galón de agua, y la gente empezó a meñar la cabeza tristemente. [...] No así los sudafricanos. La semana pasada dos ingenieros, Tullio Stermin y Giovanni Zabbia, dieron una demostración en Ciudad del Cabo con un motor de gasolina de 250 centímetros cúbicos que recorría cinco millas con gas de hidrógeno liberado, por un simple proceso químico, de vulgar agua de la canilla. Oyeron sobre el invento español casi idéntico y se apresuraron a tomar opciones provisionales sobre los derechos mundiales de patentación.

El motor es fácil de adaptar a un auto, afirman los inventores [...] El auto podría estar equipado con un depósito de agua, un tanque de presión y un cargador que automáticamente arroja tabletas —que contienen un metal común y una sustancia química de uso doméstico— al tanque de presión cuando baja el nivel de gasolina. Como Zabbia señaló tímidamente, el agua es más barata que la nafta. Si estos inventos son genuinos podemos levantar apuestas sobre cuál compañía petrolera vendrá primera al galope para comprarlo.¹²

Nótese en la última línea un cliché típico de los mitos sobre inventos milagrosos. Si el milagro prometido nunca se realiza, siempre es culpa de los "intereses industriales" que compran la patente y la anulan. En este caso, los magnates del petróleo no sólo tendrían que comprar la patente, sino burlar los intereses considerables de muchos gobiernos. Por ejemplo a Estados Unidos y la U.R.S.S. debería entusiasmarles la idea de

impulsar sus grandes flotas submarinas con combustible gratis, mientras que a los franceses podría interesarles ir a la Luna con una medida de Perrier.

ZAHORIES Y DETECTIVES

La vara del zahorí es una vara bifurcada, normalmente de castaño, duraznero o sauce. Sin el auxilio de ninguna ley física conocida, se supone que capacita al zahorí (adivino de agua o brujo de agua) para localizar capas subterráneas de agua, minerales e incluso petróleo. Cuando pisa el lugar indicado, la vara se inclina. Aunque hay cientos de libros sobre el tema, no ha surgido ninguna teoría comprensiva. Cuatro hipótesis tentativas son:

1. La vara es movida inconscientemente por el zahorí, que en realidad percibe el agua por clarividencia.
2. La vara es atraída por vibraciones electromagnéticas.
3. Las vibraciones afectan el cerebro del zahorí, quien inclina la vara.
4. El zahorí, como muchos médiums, es una víctima de su propia charlatanería o un embaucador, o un poco de ambas cosas.

En 1897 el físico sir William Barrett hizo un estudio masivo de doscientos casos donde las varas bifurcadas se habían usado exitosamente.

Varios casos [...] según se descubrió por observación geológica del lugar, eran explicables porque el zahorí podía detectar rápida-

mente los indicios superficiales de agua subterránea.¹³

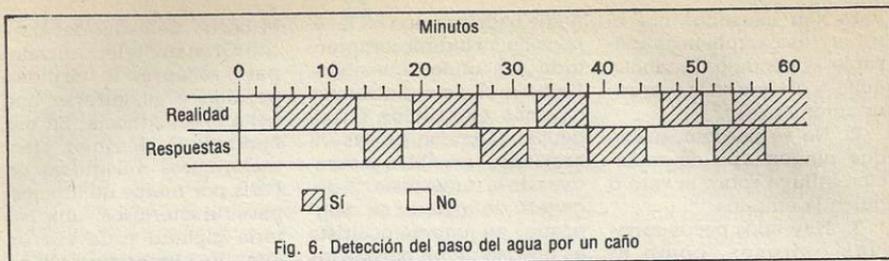
En 1927, *Nature* informaba que:

La cuestión ha sido investigada por los funcionarios del Instituto de Investigación Geología de EE.UU., quienes descubrieron que los éxitos de los zahoríes, eran menos de los que habrían permitido prever las leyes del azar.¹⁴

En un experimento de esa índole, el zahorí falló, aunque las probabilidades eran de 10 a 1 a su favor.

Una serie de pruebas dadas a conocer por el *Journal of the Royal Society of Arts*¹⁵ mostró que los zahoríes eran reacios a aceptar condiciones experimentales excepto la obviamente costosa de realizar una perforación por cada hallazgo (aun entonces siempre podían alegar que el hoyo no tenía la profundidad suficiente). Hubo tres que cooperaron: a A y B se les pidió que detectaran una fuente oculta dentro de un cuarto. Lo intentaron tres veces cada uno, pero sólo uno de los seis lugares indicados estaba a diez pies —unos tres metros— de la fuente (diecinueve pies era el mayor margen permitido, sin chocar con una pared). El sujeto C trató de adivinar cuándo circulaba agua en un caño, y cuándo no, en condiciones elegidas por él mismo. La Figura 6 muestra el resultado. C tuvo razón sobre el estado del agua durante sólo 17 minutos sobre 60. Si tan sólo hubiera arrojado una moneda, habría acertado 30 minutos sobre 60.

En otro experimento de



1911, la teoría de que los zahoríes localizan el agua mediante pistas geológicas visuales fue examinada llevando a un zahorí al terreno de una finca y permitiéndole detectar agua en 11 lugares que estaban marcados. Luego le cubrieron los ojos y lo condujeron por la misma ruta, pero partiendo de un lugar diferente. También esta vez señaló los 11 lugares, pero ninguno estaba cerca de los 11 originales.

En 1913 un comité de científicos, algunos de los cuales creían en las varas bifurcadas, pusieron a prueba a 7 zahoríes en tres áreas. Los creyentes fueron convertidos al escepticismo por los bajos resultados de los siete sujetos, que no atinaron a encontrar (entre otras cosas) cloacas, un gran depósito subterráneo, y un manantial del cual brotaban unos cincuenta mil galones por hora.¹⁶

Ackermann cita muchísimos experimentos de esa índole, que por cierto indicarían que las varas bifurcadas han sido sometidas a pruebas justas y que cada vez que las condiciones experimentales son escrupulosas, los zahoríes tienen un desempeño muy pobre. No obstante es posible que la radiestesia (adivinación

mediante varas bifurcadas y péndulos) cuente hoy con más adeptos que nunca.

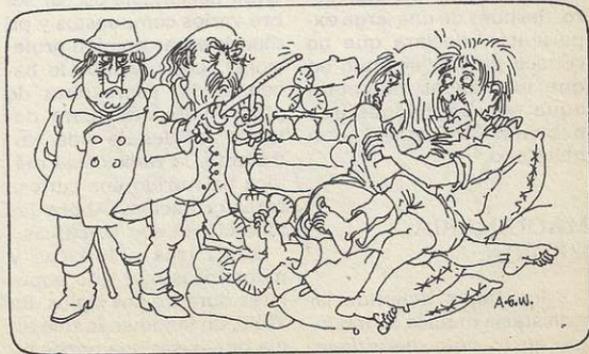
Los péndulos se han usado para encontrar metales y agua, para averiguar el sexo de los nonatos, y para diagnosticar enfermedades. Como las varas, también se han usado para perseguir criminales buscados, lo cual indujo a un investigador a preguntarse cómo hace un zahorí habilidoso para distinguir si la vara está indicando una guarida de delincuente o un gorgoteo de agua corriente.

Un libro sensacionalista de Kenneth Roberts¹⁷ nos cuenta los éxitos adivinatorios de Henry Gross, que usaba varas y péndulos. Gross no tiene dificultad en encontrar agua en la zona

donde ha sido guardián de cotos de caza durante años, y que él conoce tan bien como un nigromante conoce la palma de su propia mano. Roberts también lo sometió a varias pruebas, pero de algún modo, los fracasos reiterados sólo sirvieron para convencer al novelista de los poderes de Gross. No lograba distinguir recipientes con agua de recipientes con arena, ni detectar monedas en ciertos sobres; se equivocó al diagnosticar el sexo de nueve nonatos sobre diecinueve; falló en un experimento con un caño de agua; y encontró oro en la muestra de un filón donde no había una sola pepita. Roberts nunca renegó de su fe.

Lo que se sabe sobre la radiestesia es que:

1. Los movimientos de la



vara son causados por el zahorí (esto también es aplicable al péndulo, la tablilla ouija, y el lápiz en la escritura automática).¹⁸

2. No se ha demostrado que ningún tipo de radiación influya sobre la vara o quien la empuña.¹⁹

3. Hay unos pocos zahoríes exitosos, como el mayor C.A. Pogmore, de Bombay, que llegó a localizar 47 manantiales sobre 49 pruebas, y en terrenos dificultosos. Esas personas quizá detectan el agua por indicios en la superficie (como el color y la humedad del suelo, la vegetación y su distribución, la temperatura e incluso el olfato), fenómeno del que tal vez no sean del todo conscientes.²⁰

4. La gran mayoría de los presuntos zahoríes no demuestran ninguna habilidad especial; no son zahoríes genuinos. Simplemente ignoran los fracasos y publicitan los éxitos, o de lo contrario trabajan en zonas donde el agua es abundante. Si se abre un hoyo bien profundo en alguna parte dará con una napa de agua.

Las posibilidades de contratar a un buen zahorí parecen escasas. Un ingeniero, después de una larga experiencia, declara que no conoce ningún ejemplo en que un adivino detectara agua en condiciones que hubieran sorprendido a un hidrólogo.²¹

MAQUINARIA MEDICA

Brian Inglis defiende la radiestesia médica diciendo que en el siglo diecinueve

nadie habría creído en la televisión, ni habría comprendido sus ondas invisibles. Pero en el siglo diecinueve muchos científicos inteligentes sí creían en las vibraciones invisibles y curativas de la radiestesia. Si degeneró de método de diagnóstico en juguete ocultista es precisamente porque los experimentos de ellos fracasaron.

Algunos diagnosticadores pendulares suspenden el disco del péndulo sobre el paciente, otros sobre la fotografía o la muestra sanguínea, y otros sobre una tablilla ouija especial, donde puede balancearse para indicar la enfermedad correcta. Otros simplemente interrogan el disco, dejando que se balancee, por ejemplo, en círculo para Sí, en vaivén para No. El hecho de que funcione tanto para cualquiera de estos sistemas como para otros suscita un interrogante sobre la inteligencia del péndulo: ¿cómo sabe cuál sistema se está usando?

Los métodos pendulares ya han penetrado en otros campos del ocultismo. Los homeópatas pueden prescribir haciéndolo oscilar sobre varios compuestos y pidiéndole una opinión profesional. Los ufólogos lo hacen oscilar sobre fotos de platos voladores para detectar señales de vida. Entretanto, la radiestesia médica ha sufrido una curiosa transformación. Ahora las vibraciones son eléctricas.

Las curas eléctricas y magnéticas han sido populares durante dos siglos. En 1780, un londinense sólo tenía que pasar una noche en

el Lecho Celestial del Doctor Graham (electrificado) para recobrar la virilidad perdida y asegurarse una bella descendencia. En esa época F. A. Mesmer efectuaba curas milagrosas en París por medio de imanes, pases misteriosos, una batería gigante y de vez en cuando hipnotismo. Y en Norteamérica, los "tractores metálicos" del doctor Elisha Perkins, pares de varillas de metal, arrancaban la enfermedad del cuerpo del paciente con una ineluctable fuerza magnética cuando se los pasaba sobre la piel.

Hubo contratiempos. Mesmer aprendió que los imanes no desempeñaban ningún papel real en sus curas. Luego las atribuyó al "magnetismo animal" que emanaba de las yemas de sus dedos, una idea que prosperó.* En cuanto a los "tractores" de Perkins, se descubrió que las réplicas de madera daban el mismo resultado, siempre que el paciente creyera que eran de metal.

No obstante, al público le gustaban tanto las ideas básicas de "extraer la enfermedad" y "restaurar la fuerza vital" que siguió comprando cinturones electropáticos, arneses y cosas por el estilo hasta fines del siglo diecinueve (para restaurar la f.v.) y todavía com-

*Casi un siglo después de Mesmer, Mary Baker Eddy sospechó que su esposo había sido asesinado con "veneno mesmérico" por anónimos enemigos de la Ciencia Cristiana. Cuando viajaba en tren, la señora Eddy hacía añadir una locomotora extra delante del convoy, para ahuyentar de los rieles el "magnetismo animal malicioso".

pra brazaletes magnéticos (para extraer la artritis).

Inevitablemente, esas chifladuras fueron sintetizadas con las misteriosas vibraciones de los péndulos médicos. El doctor Albert Abrams, en 1910, descubrió que podía diagnosticar la falta de f.v. eléctricamente, detectando vibraciones con su "dinamizador".

Era una caja que contenía una demencial jungla de cables. Un cable llegaba hasta una fuente eléctrica, y otro era conectado a la frente de una persona sana. Al paciente se le sacaba una gota de sangre, que se ponía en un papel de filtro y se metía dentro de la caja. Luego Abrams percutía el abdomen de una persona saludable que estaba [...] mirando hacia el oeste.²²

Con este método no sólo podía diagnosticar, sino determinar la edad, el sexo y la religión del paciente, con una muestra de sangre despachada por correo.

La Asociación Médica Norteamericana despachó a Abrams una gota de sangre de un cobayo macho sano, diciendo que procedía de una tal "señorita Bell". Abrams diagnosticó cáncer, sinusitis y una infección de la trompa de Falopio izquierda. Más tarde descubrió que un pavo tenía cáncer, malaria, diabetes y gonorrea.

La sucesora de Abrams* fue Ruth B. Drown, una osteópata de Los Angeles que afirmaba que podía irradiar vibraciones curativas a pacientes de cualquier parte del mundo, usando técnicas similares con muestras san-

guíneas. En 1950 la radioterapia de Drown fue puesta a prueba por científicos de la Universidad de Chicago. En vez de intentar cualquier subterfugio, le enviaron muestras de sangre de diez pacientes con enfermedades reales. Drown erró tanto con los tres primeros que desistió. Sus vibraciones tampoco sirvieron para detener la hemorragia de un animal de laboratorio anestesiado, aunque se obstinó en intentarlo durante un tiempo insoportablemente largo.

Martin Gardner enumera una variedad de aparatos matasanos, todos los cuales emiten radiaciones curativas, incluyendo: los cilindros de "vrilio" de Robert T. Nelson, usados por el paciente para aplacar el dolor (resultó que estaban llenos de raticida)*; la Máquina

*El vril, o *wril*, era un poder inventado por Bulwer-Lytton en un cuento de ciencia ficción de 1871. Madame Blavatsky afirmó que sus atlántidas lo usaban, y que era el secreto del motor de Keely. En el siglo diecinueve, el rival del vril era Odyle ("fuerza ódica"), el poder etéreo inventado por el barón von Reichenbach, físico.

Sinutérmica, del doctor Fred Urbuteit, que cura la artritis a todo el mundo menos a él; el Automótrono del "profesor" William Estep, que proyecta luz coloreada sobre el agua común para transformarla en una medicina potente; y el coronel D. P. F. Ghadiali, que una vez aconsejó a un diabético que comiera almidón y azúcar negra en abundancia, que se bañara en luz amarilla y magenta, y que dejara de tomar insulina (el paciente vivió tres semanas más).²³

Brian Inglis conserva la fe en esos sistemas, y se las ingenia para responsabilizar a la comunidad médica cuando los matasanos como Ghadiali matan a la gente:

Parte de la culpa debe echarse a la comunidad médica por negarse a considerar que pueda haber en la radiestesia algo que falta en la medicina ortodoxa, y por lo tanto dejan el campo librado a los charlatanes.²⁴

Sin duda los físicos son igualmente culpables de no considerar que puede haber "algo" en el movimiento perpetuo, y tal vez deberían entregar doctorados en física a todos los inventores de



*Omitiendo varios vibradetectores como el osciloclata, el reflexófono, el patoclasta y el emanómetro.

m.p. que no son lisa y llanamente embaucadores.

El algo que Inglis encuentra en la caja de Abrams fue puesto a prueba en 1924 por un comité dirigido por sir Thomas (más tarde lord) Horder. Pero Inglis olvida mencionar cuáles pruebas se realizaron, o cómo funcionó la caja. Sólo dos cosas quedan en claro. Primero, increíblemente, la prueba parece haberse realizado con integrantes del comité. Segundo, Horder y otro miembro enfatizaron que sintieron "una alteración de los músculos abdominales" en el momento apropiado. Por lo visto, el experimento no parece muy auspicioso. Más tarde, lord Horder comentó que en su opinión la radiestesia "no merecía nuevos estudios".²⁵

¡INVENTOR CASERO ASOMBRA A LA CIENCIA!

Durante los treinta y cuatro años en que dirigió una destacada revista de ciencia ficción, parece que el difunto John W. Campbell nunca se cansó de buscar al genio casero capaz de ensamblar unas cuantas piezas en desuso para hacer un descubrimiento estremecedor. Sus editoriales están plagadas de alusiones a las luchas de Galileo contra la ortodoxia, a la condición de aficionados de los hermanos Wright, a la falta de educación de Edison. Insiste en que el método científico es imbecilizante y poco imaginativo, y está amordazado por la obsoleta lógica aristotélica, mientras que métodos alternativos de ensayo

y error nos han dado el curare, el opio y el digitalis. Campbell dedicó mucho espacio en su revista a dos inventos que, según le decían sus corazonadas, podrían ser el próximo gran adelanto de la ciencia casera: la máquina Hieronymus y el impulso Dean.

La Figura 7 muestra la máquina Hieronymus y el diagrama de sus circuitos. Inventada por Thomas G. Hieronymus, se supone que detecta la "radiación eléptica" de los minerales. En la parte superior de la caja hay un dial y una lámina de plástico. Se presenta un trozo de metal al detector, y una persona hace girar la perilla con una mano mientras tantea la lámina de plástico con la otra. Cuando las vibraciones son correctas, la lámina empieza a ponerse pegajosa. Esto sucede pese a que eléctricamente la máquina tiene tanto sentido como la caja de Abrams. Martin Gardner comenta:

Entre los ingenieros electrónicos, la patente de Hieronymus (N° 2.482.773) es objeto de bromas profesionales y pertenece a la misma especie de la famosa patente de Sócrates Scholfield, de 1914 (N° 1.087.186), que consistía en dos helicoides [en realidad, resortes] entrelazados para demostrar la existencia de Dios.²⁶

A partir de las especificaciones de la patente, Campbell construyó una máquina Hieronymus. Escribe:

De las primeras doce personas que probaron el aparato, nueve obtuvieron reacciones que iban de la "débil pero definida" hasta la de una joven que quedó realmente pasmada cuando notó que al pare-

cer los dedos le quedaban casi inextricablemente pegados a la lámina.²⁷

La denominó una máquina psíquico-electrónica, o "psiónica", emparentada con la tablilla ouija y la caja curativa de Drown. De acuerdo con el inventor funcionaba tanto con fotos de minerales como con objetos reales. Campbell descubrió que funcionaba cuando no estaba enchufada a un tomacorriente eléctrico, pero no cuando cualquiera de sus componentes electrónicos fallaba.

Para ponerla a prueba, Campbell permitió a su hija de diez años que usara el aparato, cuidándose de no advertirle que el plástico se pondría pegajoso. Ella descubrió que "se ponía como alquitrán" cuando el dial, que está calibrado de 0 a 50, indicaba "entre 42 y 46". Luego le pidió que probara de nuevo, ocultándole el dial. Asombrosamente, "ella pudo volver a la misma lectura, con un par de grados de diferencia".²⁸ Esto es casi tan insólito como sacar 7 con un par de dados.

Lo que es insólito, sin embargo, es el diseño del segundo modelo que hizo Campbell de la máquina Hieronymus. Alguien había sugerido que realizara el test de Blondlot: quitar o alterar partes esenciales. Fue más lejos, y construyó un modelo que no contenía ninguna pieza eléctrica, sino, en cambio, un diagrama de circuitos dibujado en tinta. Cuando este modelo siguió produciendo sensaciones pegajosas, no llegó, co-

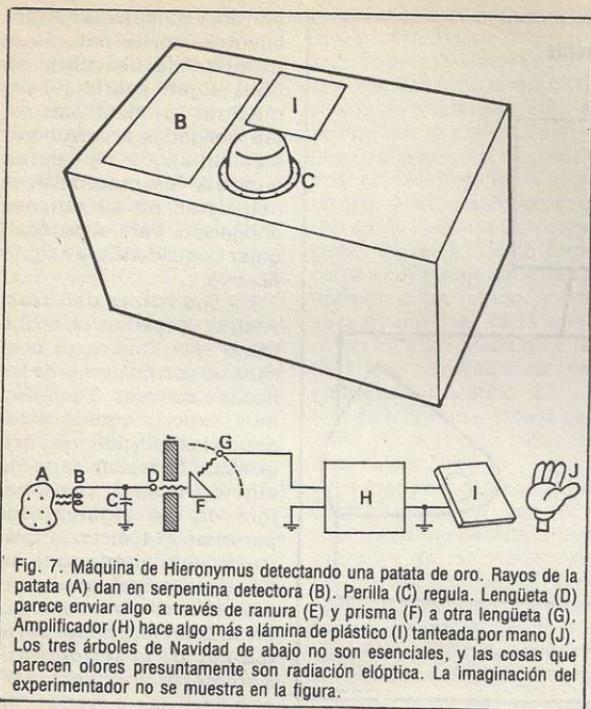


Fig. 7. Máquina de Hieronymus detectando una patata de oro. Rayos de la patata (A) dan en serpentina detectora (B). Perilla (C) regula. Lengüeta (D) parece enviar algo a través de ranura (E) y prisma (F) a otra lengüeta (G). Amplificador (H) hace algo más a lámina de plástico (I) tanteada por mano (J). Los tres árboles de Navidad de abajo no son esenciales, y las cosas que parecen olores presuntamente son radiación eléptica. La imaginación del experimentador no se muestra en la figura.

A partir de esto, predijo viajes espaciales, aviones sin alas, submarinos voladores y la transformación del auto familiar en nave lunar.

Aparentemente Campbell y Dean pensaban que en el punto crítico de la rotación las dos paletas perdían peso. Luego sería simple para la solenoide (un émbolo magnético) levantarlas del suelo. En la revolución siguiente, las (y se) levantaría más, y así sucesivamente.

Esa es la teoría. En la práctica, los modelos de Dean nunca hicieron más que un poco de barullo sobre las mesas, aunque hicieron vibrar su aparato de medición —una balanza de baño— lo suficiente para hacerle creer que estaban perdiendo algunos kilos. Y cuando probó con equipos experimentales más sofisticados, él se bastó solo para ver resultados significativos. Campbell no vio más que estos modelos que no volaban y fotos de modelos que volaban y que Dean, ay, había "destruido en sus experimentos". En sus columnas, Campbell siguió atacando al gobierno y a la industria por no prestar atención. En verdad, varias organizaciones examinaron los modelos, los equipos experimentales y la matemática falaz de Dean, y llegaron a la conclusión de que a Dean le faltaba un tornillo.

No pretendo comprender el impulso Dean, y dado que no funciona sospecho que Campbell y Dean tampoco lo comprendieron. Pero un aparato que se eleva empujándose a sí mismo se pa-

mo Adrian Hope, a la apresurada conclusión, de que

se deben más, probablemente, a las leyes de la fricción que a la magia de la radiación. Inténtelo usted mismo, acariciando repetidamente cualquier superficie lisa (con o sin los circuitos de Hieronymus) y notará que el tacto se le altera.²⁹

Por el contrario, Campbell vio que la máquina en verdad operaba gracias a una "relación-en-sí misma", de modo que los circuitos imaginarios eran tan eficaces como los reales. En tal caso, sería posible demostrarlo con experimentos imaginarios, y podría imaginarse que ya los realizaron científicos dibujados en tinta.³⁰

En 1961 Campbell descu-

bró el impulso Dean, invento del no-científico Norman L. Dean. El impulso consiste, según la patente (N° 2.886.976), en poco más que dos paletas rotativas y una solenoide que se sacude. La idea es que cuando las paletas calibradas llegan a la posición de la Figura 8, la solenoide da un tremendo sacudón y eleva el armazón donde están montadas. El resultado, pensaban Dean y Campbell, era la antigravedad.

El impulso Dean es simplemente un aparato que genera una fuerza unidireccional; se levanta [a sí mismo] si uno señala hacia arriba, pero se orienta en cualquier dirección deseada, sin necesidad de algo que sufra la reacción. No hay reacción.³¹

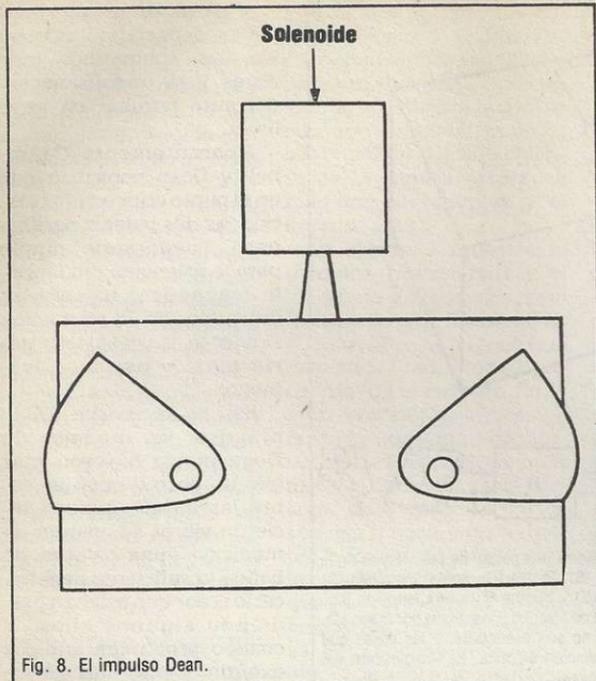


Fig. 8. El impulso Dean.

rece demasiado a un motor eléctrico que impulsa una dinamo para suministrarse energía, o un molino de agua que empuja el agua corriente arriba para poder funcionar, o una rueda que se hamaca con pesas de tal modo que, por citar a un inventor, "el lado derecho de la máquina siempre está más alto que el izquierdo".

Campbell nunca dejó de buscar al genio casero. Por erróneo que haya sido su sueño, debe haber sido una grata ensoñación.

Alguien, en alguna parte, alguna vez, inventará un artefacto para negar la gravedad con una tabla de amasar. Y alguien más ensamblará alguna máquina descabellada para la clarividencia... con perillas de control.³²

Números irracionales

La ubicuidad de las supersticiones numéricas dice algo sobre la confianza del hombre en su propia razón. Podemos creer que fuerzas misteriosas intentan destruirnos, pero confiamos en poder burlarlas con simples fórmulas. La mala suerte sólo puede funcionar en serie de tres, o por intermedio del número 13. Desde luego, esta magia blanca sólo nos afecta a nosotros; normalmente no suponemos que una computadora que rompe un espejo sufrirá 111 años binarios de mala suerte.

Tanto los científicos como los magos analizan los

patrones numéricos que encuentran en la naturaleza tratando de descubrir en ellos algún sentido. Pero mientras los científicos están obligados a corroborar sus hallazgos de vez en cuando, los matemáticos ocultistas no sufren esa obligación. Para ellos, cualquier coincidencia es significativa.

En *Las raíces del azar*, Arthur Koestler describe cómo Paul Kammerer buscaba un patrón detrás de los hechos azarosos. Todos hemos experimentado algunas de las coincidencias que él estudió: recibir carta de alguien cuando pensábamos en ese alguien, dos personas que dicen la misma palabra al mismo tiempo, dos amigos que cumplen años el mismo día, etc. En su *Das Gesetz der Serie (La Ley de la serialidad)*, Kammerer enumera 100 coincidencias extrañas, tales como: un aficionado a los conciertos descubre que tiene la butaca nro. 9 y el talón de guardarropa nro. 9; a la noche siguiente, en otro concierto, recibe la butaca y el talón de guardarropa nro. 21.

Dos soldados ingresan a un hospital: ambos tienen diecinueve años, ambos nacieron en Silesia y ambos se llaman Franz Richter.

En la sala de espera de un médico, alguien está leyendo una revista donde hay reproducciones de un pintor llamado Schwabach. En ese momento, la recepcionista abre la puerta y llama a Frau Schwabach.

Kammerer entendía que estas coincidencias eran gobernadas por alguna ley

misteriosa fuera de las leyes de la causalidad física. Koestler también piensa que tiene que haber *algún* significado en estas grandes y nimias improbabilidades (al margen del interés estético que podrían tener para un Ripley o un Fort).

Si tales coincidencias son tan improbables es muy otra cuestión. El problema del aficionado a los conciertos es trivial. Es verdad que para que se produjera ese hecho tendría que haber asistido a muchos pares de conciertos, entre treinta mil y un millón. Pero millones de personas asisten regularmente a conciertos, así que es probable que otros se hayan topado con esa coincidencia. En cualquier concierto dado, si hay tantas butacas como talones de guardarropa, hay dos probabilidades sobre una de que alguien consiga el mismo número.

Hay aún más probabilidades de que en cualquier grupo de 23 personas dos cumplan años el mismo día. Con 35 personas, las probabilidades se elevan a 5:1 en favor de la repetición. Probando esto con una lista de celebridades de un viejo almanaque, descubrí los dos primeros gemelos (Larry Adler y Judith Anderson) en los primeros 24 nombres; los primeros 64 nombres incluían cuatro pares.

Otras clases de coincidencia, como la de los dos soldados de Silesia, son difíciles de determinar. En su columna del *Scientific American*, Martin Gardner menciona un experimento en EE.UU. donde se puso a prueba el problema de "el

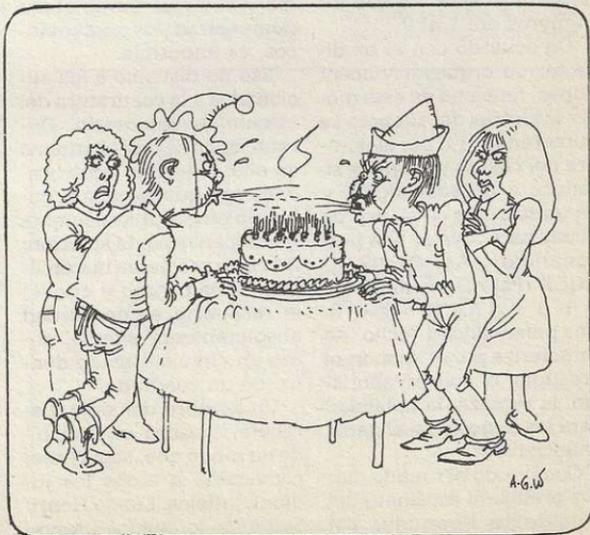
mundo es pequeño". El problema consiste en cuán alejado está cualquier conocido de todos los demás. El psicólogo Stanley Milgrams seleccionó gente totalmente extraña entre sí en ciudades norteamericanas distantes, y les envió cartas a través de cadenas de conocidos. Es decir, envió cada carta a un amigo, que se la entregó a un amigo, y así sucesivamente, cada cual seleccionando al amigo que tenía más probabilidades de conducir al blanco. En el test de Milgrams, toda la cadena nunca requirió más de diez eslabones.¹

La vida parece plagada de coincidencias, tal vez porque todos tendemos a ver patrones en las yuxtaposiciones más triviales. Dos antropólogos que trabajan juntos, llamados Lionel Tiger y Robin Fox, se conocieron en un zoológico.* La ac-

* *Lion*: león. *Tiger*: tigre. *Robin*: petirrojo. *Fox*: zorro. (N.d.T.)

triz Lily Langtry murió a la edad de 77 (sus iniciales invertidas) y las dos y en que terminan sus nombres se convierten, reflejadas en un espejo, en dos lambdas griegas, o sea de nuevo LL. No hace mucho, durante la investigación de un delito, se descubrió que dos sospechosos tenían huellas digitales "idénticas" (en realidad muy similares, pero idénticas según los métodos de clasificación habituales).

Las estadísticas sobre presidentes norteamericanos nos revelan varios Eureka. John Adams y Thomas Jefferson murieron ambos el 4 de julio de 1826, exactamente cincuenta años después del Día de la Independencia. Desde 1840, todos los presidentes elegidos en un año terminado en 0 (1840, 1860, 1880, 1900, 1920, 1940 y 1960) murieron durante su período presidencial. Más aún, son los únicos presidentes muertos



durante el período presidencial, excepto Zachary Taylor, que murió en un año terminado en 0.

NUMEROLOGIA

La gematría era el sistema griego y hebreo de asignar un número a cada letra del alfabeto, y luego sumar palabras para hallar correspondencias ocultas. Así, en la Cábala, *Achad* (unidad) equivalía a *Ahebah* (amor), pues:

$$\begin{array}{r} A \quad Ch \quad D \\ 1 + 8 + 4 = 13 \end{array}$$

$$\begin{array}{r} A \quad H \quad B \quad H \\ 1 + 5 + 2 + 5 = 13 \end{array}$$

Luego la gematría degeneró en una forma torpe de adivinación llamada numerología, que "puede ayudarlo a usted a conocer su verdadero yo, oculto en los números que usted ha usado toda la vida", o sea los números del 1 al 9.

De acuerdo con el ex director de orquesta Vincent López, funciona de este modo: las letras del alfabeto se numeran de 1 a 26; el nombre del cliente se suma y se reduce a un solo dígito, y luego se busca en el libro de López para revelar una personalidad. Así DONALD DUCK (Pato Donald) = 89: $8 + 9 = 17$ y $1 + 7 = 8$. Una personalidad "ocho" se caracteriza por el "honor, el prestigio, el conservadorismo, la riqueza, la habilidad para los negocios y el genio financiero".²

Como todo el mundo, López predijo el asesinato del presidente Kennedy. Tal

vez lo hizo a partir del nombre, más su "Senda del Destino" (el número obtenido con la fecha de nacimiento). Pero como millones de personas deben ser guiadas por números idénticos (todos los que se llaman "Bill Jones" o "Eric Brown", por ejemplo), ese día debió de haber una tasa de homicidios muy elevada.

López enumera, entre otras predicciones exitosas: que Hitler *no* moriría en 1940; que la Segunda Guerra Mundial terminaría alguna vez, y así sucesivamente. Un acierto tras otro.

LA CUADRATURA DEL CIRCULO Y EL RECTANGULO AUREO

El problema antiguo era: dado un círculo, construir un cuadrado de la misma superficie, usando sólo regla y compás. Como ahora demuestran los matemáticos, es imposible.

Eso no disuadió a los aficionados a la cuadratura del círculo de intentarlo. Durante años se han obstinado en ello, creyendo equivocadamente que (a) algún gobierno ofrece una suculenta recompensa por la solución; (b) es un problema matemático fundamental; y que (c) la respuesta es en verdad absolutamente simple, como un círculo trazado dentro de un cuadrado.

Un hombre del siglo diecisiete "cuadró el círculo" de un modo que, según dijo, convertiría a todos los judíos e infieles. Luego Henry Sullamar lo cuadró usando

el número de la Bestia del *Apocalipsis*, 666.

En 1753, M. de Causans [...] cortó un trozo circular de jardín, lo cuadró, y dedujo el pecado original y la Trinidad [...]. Ofreció una recompensa por la detección de cualquier error.³

En el siglo siguiente, la cuadratura del círculo se transformó en un pasatiempo universal. Un francés quiso entablar un pleito al gobierno de Francia por no recomendar su solución, y un misionero jesuita viajó de Sudamérica a Inglaterra con la esperanza de cobrar su recompensa.

Cualquier solución que se intente producirá un valor para la proporción circunferencia/diámetro del círculo, *pi* (3,14159...). Este es un número irracional, o sea que no puede expresarse como fracción (ahora las computadoras han llegado hasta una solución con 100.000 decimales). Las soluciones de los diletantes invariablemente han producido valores fraccionales para *pi*, tales como $3 \frac{9}{64}$, $3 \frac{1}{4}$, $3 \frac{1}{21}$, e incluso $2 \frac{7}{9}$. James Smith de Liverpool defendió su valor de $3 \frac{1}{8}$ con un torrente inagotable de panfletos y libros incisivos que generalmente trataban sobre la estupidez de los matemáticos ortodoxos. En 1897 el estado de Indiana intentó decretar una ley que fijara oficialmente, y de una vez por todas, que *pi* valía un sensato $3 \frac{1}{5}$.⁴

Otro número irracional que sigue fascinando a las personas ídem es *phi*, la llamada áurea proporción, o sección áurea. Se obtiene

dividiendo una línea en dos segmentos, a y b, de modo

que $\frac{a}{b} = \frac{a+b}{a}$. Esto

da un valor de 1.61803...

Phi aparece en varias construcciones geométricas, y en formas naturales como la conchilla en espiral del nautilo y el espacio para las hojas de una planta a lo largo del tallo. A raíz de esto, y de su utilización en la escultura y la arquitectura griegas, los ocultistas han endiosado *phi* atribuyéndole una significación mística universal. Esta campaña se inició en 1884 con la publicación de *Der Goldene*

Schnitt; de Adolphe Zeising. Zeising decidió que el rectángulo más agradable posible era aquél cuyos lados tienen la proporción *phi* (el "rectángulo áureo") y que ese número brindaba una clave del arte, la arquitectura, la música y la anatomía humana. El forateo Frank A. Lonc de Nueva York

ha confirmado una de las teorías favoritas de Zeising midiendo la estatura de 65 mujeres y comparando estas cifras con la altura de sus respectivos ombligos, y descubriendo que la proporción promedio 1.618...⁵

Evidentemente los *phiólogos* piensan que 65 neoyorquinas representan una muestra estadísticamente significativa de los 1.500 millones de mujeres de todo el mundo.

Le Corbusier basó su sistema arquitectónico *Modulor* en rectángulos áureos cuyas longitudes derivan de una estatura de un metro ochenta, típica del "hombre

medio" (!), cuyo ombligo está desde luego a una apropiada altura *phi*. Al principio había optado por un hombre medio de uno sesenta, hasta que un amigo le recordó que *ésta era una estatura más bien francesa*:

"¿Has notado que en las novelas policíacas inglesas, los hombres bien parecidos, como los policías, siempre miden uno ochenta?"⁶

El eminente arquitecto se apresuró a reenumerar el sistema, proyectando sus magníficos edificios en proporción con la altura del ombligo de policías ficticios.

CICLOMANIA

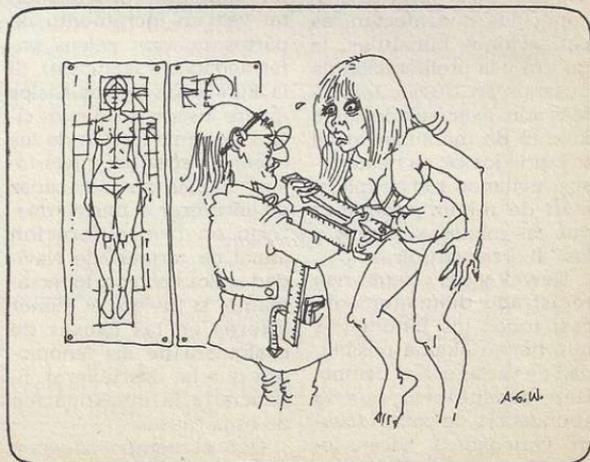
Giambattista Vico imaginó que veía la historia rotando a través de cuatro eras en un círculo incesante: la era de los dioses, la era de los héroes, la era de los hombres, y la desintegración en el caos (de la cual surgían nuevos dioses). Lamentablemente su teoría,

aunque noble en su delineamiento, era defectuosa en los detalles. Benedetto Croce escribió:

Vico se encontraba en un estado similar al de la embriaguez; confundiendo las categorías con los hechos, sentía una certeza absoluta y apriorística sobre lo que dirían los hechos; en vez de dejarlos hablar por sí mismos les ponía en la boca sus propias palabras. Comúnmente era víctima de la ilusión de ver relaciones donde no existía ninguna.⁷

Esto podría servir como descripción de casi cualquier científico excéntrico, pero se aplica con fuerza peculiar a los hacedores de ciclos. Oswald Spengler veía que la civilización occidental estaba en el final de una decadencia de mil años, y su *Decadencia de Occidente* explica detalladamente cómo la filosofía, el arte y la ciencia estaban muriendo.

Es suficiente por el momento que para nosotros haya pasado el tiempo de los *grandes* matemáti-



cos. Nuestra tarea en la actualidad es preservar, redondear, refinar y seleccionar, en vez de la gran creación dinámica.⁸

Pero tozudamente, la matemática, la filosofía, el arte y la ciencia occidentales han rehusado darse por muertas; de hecho, la física y la biología parecen haber renacido varios siglos antes de lo debido.

Aún nos persiguen teorías más modestas, pero más graciosas, sobre los ciclos históricos. La Fundación para el Estudio de los Ciclos, de Pittsburg, Pennsylvania, pergeña informes mensuales, además de libros y gacetillas, para explicar que casi todo es (o será, en cuanto ellos lo averigüen) cíclico.

Un trabajo seminal es *Ciclos: Fuerzas misteriosas que desatan acontecimientos*, de Edward R. Dewey,⁹ que pasa de la existencia de ciclos conocidos (palpitaciones cardíacas, menstruación, mareas) a la existencia de ciclos desconocidos que afectan las cotizaciones bursátiles, la guerra y la proliferación de gusanos en Nueva Jersey. Más aún, existe un decidido intento de mantener en el misterio los ciclos misteriosos, evitando toda explicación de menor magnitud que las manchas solares y las "fuerzas cósmicas".

Dewey y sus colegas han registrado diligentemente casi todos los fenómenos que tienen alguna posibilidad de variar con el tiempo. Han descubierto que la abundancia de zorros (cuatro variedades), lince, lobos, martas, visones, coyotes,

halcones y búhos en Canadá alcanza un tope cada 9.6/9.7 años, luego sufre un bajón. Como hechos aislados pueden parecer inexplicables, excepto que también sabemos que la incidencia de cierta enfermedad en los humanos de Norteamérica sigue el mismo ciclo. La enfermedad es la tularemia, o fiebre del conejo. Hmm. Desde luego, la abundancia de conejos sigue el mismo ciclo. Las obvias relaciones causa-efecto entre conejos, enfermedad relacionada con conejos y animales cazadores de conejos nos vienen a la mente.

Nuestros ciclotomaníacos señalarían que no sabemos por qué los conejos deberían estar controlados por un ciclo de 9.6 años. Pero innumerables factores posibles influyen en la proliferación de cualquier especie: alimentos, animales de presa, clima, enfermedades... hasta los efectos de la superpoblación pueden funcionar como mecanismo autorregulador (provocando tal vez un incremento de partos muertos, peleas, enfermedades e inanición). Si la Fundación de los Ciclos quiere insistir en que los ciclos de proliferación de los conejos *deben* ser misteriosos, tendría que ser capaz de encontrar el mismo misterio en la proliferación anual de tarjetas de Navidad en los correos. Inversamente, si tuviera el menor interés en las causas de cualquiera de los fenómenos que ha descubierto, financiaría la investigación de esas causas.

Que el tiempo depende de influencias celestiales, o

sea la gravedad y la radiación electromagnética, es indiscutible. Pero mientras los meteorólogos quisieran saber el peso de esa influencia, y por cuál cadena causa-efecto se produce, el grupo de Dewey se contenta con hablar de ciclos ya bien documentados y señalar el cielo.

Otros ciclos de 9.6/9.7 años incluyen la presión barométrica en París, el contenido de ozono del aire de Londres, la incidencia de afecciones cardíacas en Nueva Inglaterra y el crecimiento de círculos anuales en los árboles de Arizona. Los cuatro podrían ser fácilmente fenómenos relacionados con el tiempo climático. La "incidencia de afecciones cardíacas" probablemente no sea más que la incidencia de ataques al corazón. En un invierno con muchas precipitaciones, los hombres palean más nieve, causa de muchos ataques cardíacos en Nueva Inglaterra.

El tiempo parece explicar casi todos los ciclos de 9.6/9.7 años mencionados en *Ciclos*: superficie triguera, precios del algodón, abundancia de pájaros e insectos, etc. Dos que no explica en absoluto son las crisis financieras y la guerra. Y como Dewey dedica un capítulo entero a los ciclos económicos y otro a los ciclos bélicos, merecen un estudio más atento.

La economía, especialmente en relación con las finanzas, parece ser la clave inspiradora de la Fundación. Entre sus directores hay seis banqueros, tres directores de empresa y tres

hombres asociados con la inversión. Dewey mismo fue jefe de análisis económico del Departamento de Comercio de EE.UU.

El cuadro general de las fluctuaciones en el mercado financiero es aún más difícil de entender que el de la ecología animal o el tiempo. Cabe suponer que, con la información suficiente, los pronósticos meteorológicos alcanzarían una certidumbre razonable, pero los mercados financieros sufren la influencia del rumor y otros factores psicológicos para los cuales no basta ninguna cantidad de información. Si la abundancia de zorros dependiera de los rumores sobre la prosperidad de las compañías peleteras, predecirla dejaría de ser una ciencia para transformarse en una partida de póker.

Sin embargo, Dewey se abocó en 1944 a la confección de un pronóstico de diez años de los movimientos del índice del mercado financiero (de Standard & Poor's Corporation). El pronóstico de Dewey parece bastante razonable, como

muestra la Figura 1. De hecho, Dewey afirma que habría rendido a los especuladores 185 dólares por cada dólar que invirtieran.

Sin embargo, nótese que el mercado no muestra ninguna evidencia de un ciclo de altas y bajas rítmicas. ¿Entonces cómo le fue tan bien?

Primero, dejó un margen para un alza continua del 1,8 por ciento. Luego, su sistema sólo implica marcar 11 puntos (los puntos medios de cada año) y unirlos con una línea.

¿Cómo se compara este pronóstico con una predicción azarosa? Si concedemos un margen de alza continua del 2 por ciento, luego suponemos que el mercado suba o baje 10 puntos redondos cada año (arrojando una moneda para decidir si sube o baja), generamos una de las 2.048 curvas azarosas posibles. 95 de ellas son mejores que la de Dewey cotejadas con la curva "real". En otras palabras, si 22 monos arrojaron monedas al azar para realizar este pronóstico de diez años, uno de ellos casi segura-

mente obtendría mejores resultados que Dewey.

Esto no niega ni confirma que los mercados estén sujetos a fluctuaciones periódicas. La arrogancia de Dewey consiste en insistir en que ha develado el código, sin siquiera estar seguro de que exista un código para develar.

No soy el más indicado para cuestionar la presunta rentabilidad de 185 por 1, pero si es tan bueno él debe ser uno de los hombres más ricos del mundo. Si hubiera repetido el truco varias décadas consecutivas, ahora tendría más de 6 millones de dólares por cada dólar que tenía en 1944. De hecho, con un modesto principio de 1.000 dólares, en 1984 podría tener lo suficiente para liquidar la deuda nacional de Estados Unidos, y le sobrarían unos miles de millones para divertirse. Y lo mismo le pasaría a uno de nuestros monos.

Desde luego estas monedas serían dudosas. Los movimientos de grandes cantidades de dinero distorsionan el mercado, tal como afectan las probabilidades

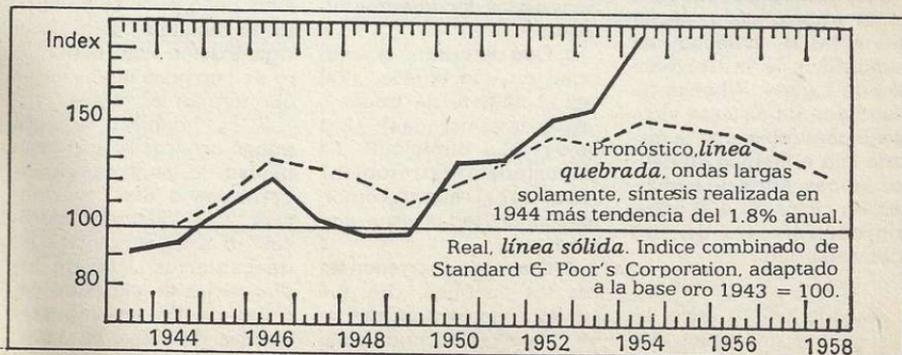


Figura 1. Pronóstico cíclico de Dewey para el mercado financiero (Fuente: *Cycles*)

en una carrera. Lo cual significa que cualquier sistema de pronóstico financiero a la larga se frustra a sí mismo. Si se descubre un ciclo confiable miles de inversores adoptarán ese sistema exitoso, hasta que la fuerza combinada de sus inversiones cancele el ciclo. La idea de un ciclo exitoso a largo plazo es tan paradójica como pensar el próximo pensamiento que uno está por pensar antes de pensarlo.

¿Y qué tal un éxito rotundo a corto plazo antes que cambie el ciclo? Bien, ése es también un sistema que, si tiene éxito, debe atraer inversores y frustrarse a sí mismo. De modo que la idea de un método matemático continuo para dominar el mercado retrocede ante los soplonos como un espejismo. No es sorprendente que Dewey cuente con la aprobación de ese viejo cazador de espejismos, Roger "antigravedad" Babson, a quien Dewey a su vez describe como "uno de los grandes genios norteamericanos en el campo de las inversiones".

El capítulo de Dewey sobre los ciclos bélicos se basa en el trabajo del profesor Raymond H. Wheeler, ex catedrático de la Universidad de Kansas. Wheeler ha elaborado un sistema viciniano para relacionar la historia con el tiempo climático. Ambos, afirma, se mueven en ciclos de 400 años, con cuatro fases de 100 años cada uno:

período frío y seco =
anarquía y gobiernos débiles

período cálido y seco =

gobiernos más fuertes y más organizados

período frío y húmedo =
dictaduras, decadencia económica

período cálido y húmedo =
disolución de estados,
"vuelta a la naturaleza".

Nótese que estas son categorías medievales que se corresponden con los cuatro elementos alquímicos.¹⁰ Realmente peliagudo, y muy enigmático: parece que Wheeler tiene acceso a informes meteorológicos que se remontan por lo menos al siglo dieciséis.

Wheeler también preparó un diagrama mastodóntico de todas las "batallas internacionales" documentadas del 600 a.C. al 1952 d.C., adjudicando a cada una un puntaje Wheeler de severidad (una batalla menor saca un punto; una mediana, dos; una importante, tres). **Ciclos** no explica:

1. Por qué se eligieron sólo batallas internacionales. Sin duda las guerras civiles de Inglaterra, Norteamérica y España cuentan para algo.

2. Qué margen se podría conceder a los errores históricos o a los documentos faltantes.

3. Qué determina la severidad de una batalla. ¿Tal vez el número de tropas o naves involucradas? ¿Las bajas? ¿La duración? ¿La importancia estratégica? ¿El costo? ¿O alguna combinación de todos esos elementos?

4. Qué sentido pueden tener los puntajes. ¿En qué sentido una escaramuza leve "vale" exactamente un tercio de una batalla de Gettysburg?

Dickens dijo que "un hombre que jamás leía ni tampoco escribía" puede llamar "estudio" su salita de fondo; supongo que Wheeler tiene igual derecho a denominar estudio de la guerra a su diagrama bélico; pero el resultado es más misterioso de lo que él se propone.

Dewey vuelve sus datos aún más sospechosos porque oculta algunos. Muestra ciclos que ocurren desde el 1050 de nuestra era a 1915, dejando fuera 1.687 años que no encajan en esos ciclos. Además aplica una curiosa ley del cazador de ciclos: si no puedes encontrar **un** ciclo en los datos, trata de encontrar **más de uno**. Así elabora y reelabora el diagrama de Wheeler hasta encontrar por lo menos ocho ciclos diferentes (de 5.98, 17.31, 17.71, 11.241, 21.98, 57, 142 y 163.5 años), todos arbitrarios. El método consiste en eliminar un ciclo largo y luego inspeccionar las fluctuaciones que nos quedaron para ciclos más cortos, y así sucesivamente, hasta que la línea del gráfico se endereza. El resultado tiene tanta significación como el número de verrugas en las caras que forman las nubes.

El ciclomaníaco siempre puede achacar la responsabilidad de las predicciones erróneas a las "tendencias", los "factores azarosos" o a nuevos ciclos no descubiertos. Uno de los diagramas de ciclos de batallas de Dewey muestra marcas definidas en 1804, 1861 y 1918. Sin embargo se detiene abruptamente en

1930, y justo a tiempo: si continuara, mostraría que los años 1940-44 constituyeron uno de los períodos más pacíficos de la historia.

GEOMETRA OVNI

Partiendo de la razonable presunción de que si un plato vuela, vuela de un lugar a otro, el periodista francés Aimé Michel empezó a registrar las visiones de OVNI's en un mapa de Francia. Descubrió que formaban un patrón de líneas rectas, con hasta cinco contactos (de veintinueve) en una sola línea. *¿Qué podía significar?*

Una cosa que no significaba era que los OVNI's vuelan en línea recta, pues

la aparición de los OVNI's en estas diversas visiones a lo largo de una línea puede variar mucho [...] Más aún, las horas en que se avistaron los OVNI's no indican un orden lineal de desplazamiento.¹¹

como la tendrían si un objeto sólido estuviera viajando a lo largo de esa línea. A este chorro de agua fría del Informen Condon, los ufólogos replican que el *patrón* de los contactos sin embargo debe significar algo, pues luce tan geométrico.

Esta red es asombrosa, no sólo por la presencia de esas líneas rectas indicadas por hasta siete contactos, sino por la convergencia de estas líneas rectas en figuras con forma de estrella. Que estas convergencias puedan explicarse por azar o coincidencia es extremadamente improbable [...]¹²

Michel no parece advertir que:

1. No estaba registrando la ubicación de los OVNI's, sino de quienes los ven. Si

los OVNI's fueran meteoros, por ejemplo, podrían estar a quince kilómetros de distancia.

2. Las interesantes "figuras con forma de estrella" pueden generarse con cualquier conjunto de puntos azarosos. Para 29 puntos hay 712 conexiones posibles con líneas rectas.

3. Utilizó un mapa de alrededor de un metro (representando 900 kilómetros) cuadrado. En esa escala, cada "punto" es en verdad un círculo de 1 1/4 pulgada de diámetro. Con 29 de esos círculos, se vuelve extremadamente improbable que 5 o más puedan estar en línea recta.

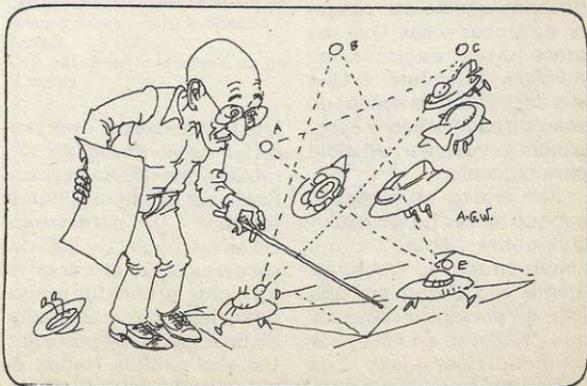
Con razón el sistema de Michel (que él denomina "ortotenia") ha sido rechazado hasta por algunos ufólogos, entre ellos un matemático.¹³

Otros buscadores de patrones OVNI han vuelto a los métodos de Dewey. John A. Keel ha preparado diagramas elaborados donde se coteja el contacto con la hora del día y el día de la semana, evidentemente partiendo de la teoría de

que los pilotos de los platos sincronizan los relojes y tienen el martes libre.¹⁴

Damon Knight ha elaborado diagramas de la "actividad OVNI" anual, según los informes de la Fuerza Aérea, y de los misterios mensuales, según los informes de Charles Fort.¹⁵ En el primer caso, lo que le parece significativo a Knight es la *ausencia* de un patrón. Entiende que el número de casos de OVNI's "no identificados" debería fluctuar año a año en relación con el número de casos "explicados". Yo no veo ninguna razón para que sigan ningún patrón.

Los datos forteanos incluyen acontecimientos extraños (lluvias de ranas, etc.) durante los años 1802-1931. Knight hizo un gráfico y escribió la línea irregular resultante para ver cuál planeta podía estar influyendo. Durante dieciséis años del gráfico (1877-92) Marte parecía ser el culpable, tal vez con una ayudita de Venus. En esta parte del diagrama, muchos picos estaban cerca de las veces en que Marte estaba en una de cuatro po-



siciones clave.¹⁶ A tal punto los ciclos planetarios concordaban con las lluvias de granos de café, tortugas, etc., que no podía suponerse que

el azar [...] produjera este resultado más de una vez sobre cien, es decir, en este caso, una vez en mil seiscientos años.¹⁷

Casualmente, basta con una vez sobre cien. Nótese que Knight ha seleccionado sólo un período de 16 años sobre 130 años de datos. Esta selección puede hacerse de 115 maneras, lo cual parece devolver este resultado inquietante al redil del puro azar.¹⁸

EL I CHING Y OTROS MISTERIOS

Esencialmente, el *I Ching* o *Libro de las mutaciones* es un compendio de proverbios ordenados, con un complejo sistema de acceso. Su actual popularidad en el mundo occidental parece tener tres causas: Que sea antiguo y chino lo hace recomendable para usuarios que no son ninguno de ambas cosas. Que sea matemático excita a los místicos del número. Que sus declaraciones a menudo sean turbadoramente apropiadas lo vuelve irresistible para cualquiera.

Por cierto es antiguo, aunque tal vez no tan exclusivamente "chino" como creen muchos. Originalmente el *I Ching* era una lista de presagios como los que proliferan en cualquier sociedad (ejemplos: "Los gatos negros traen mala

suerte", "Cuando te zumban los oídos alguien habla de ti", "Cielo rojo en la mañana, mal augurio para los marineros"). Arthur Waley¹⁹ divide esos presagios en tres clases: los relacionados con plantas y animales; los relacionados con sentimientos involuntarios, estornudos, tropezones, etc.; y los relacionados con fenómenos meteorológicos y naturales. Cita un conjunto de advertencias de tablas babilónicas del 2000 a.C.:

Quando un perro corre frente a ti,
seguirá una gran batalla.

Quando un perro se detiene frente a ti,
perderás la pelea.

Quando un perro obstruye tu camino,
la caída de la ciudad es segura.

Quando un perro cubre una piedra en tu casa,
tu casa será destruida.²⁰

Lo compara con este conjunto del *I Ching*:

Quando el trueno se acerca retumbando,
habrá risas y charla, jo, jo.

Quando el trueno despierta a la gente a cien leguas,
no perderás cucharón ni cuchara.

Quando el trueno suena ásperamente,
en tu recuento perderás una ciprea.²¹

Mucho más tarde, esas profecías cristalizaron en fórmulas adivinatorias específicas, por ejemplo, "Buena fortuna", "La perseverancia es favorable", y "No desespere". En el curso de los siglos, el libro fue revisado varias veces, y el resultado final fueron 64 profecías. Usando palillos (tallos de mil hojas) o monedas, el in-

teresado obtiene un conjunto de números azarosos que, tras tediosos cálculos rituales, lo remiten a una profecía específica. Los cálculos también le indican si la profecía permanece estable o se convierte en otra de las 63 restantes. Así el número total de lecturas posibles del *I Ching* es de 4.096. Pese al tamaño del libro, sin embargo, este sistema no parece incluir misterios numéricos interesantes. Es del mismo género matemático que otro oráculo consultado frecuentemente, los pétalos de la margarita.

La precisión inquietante del mensaje parece depender principalmente de la interpretación del usuario. El texto inerte, a menudo turbio en la traducción,²² puede actuar como una especie de mancha de Rorschach a la que el usuario adjudica la respuesta que desea o teme. La mejor prueba de ello está en que cuando la gente, por distracción o error de cálculo, lee la profecía equivocada, parece otorgarle tanta significación como a la correcta. Con esto no quiero negar que el *I Ching* puede ser una verdadera ayuda para los indecisos, o para tomar decisiones críticas. Quienes quieran usarlo que lo usen.

Por otra parte, no hay necesidad de embarcarse en discusiones ocultistas relacionadas con el tiempo y el espacio para "explicar" su funcionamiento, como hace Jung. Aunque consciente de los efectos psicológicos de la proyección y la selección en la utilización del libro, Jung se empeña en re-

lacionar el *I Ching* con su teoría de la "sincronicidad".²³ La "sincronicidad" es sinónimo de la "serialidad" de Kammerer; es un vago intento de otorgar significación a las coincidencias. Los chinos, explica él, no tienen problemas para comprender que el *I Ching* da la respuesta correcta al problema correcto en el momento correcto.

Sólo nosotros quedamos desconcertados, pues tropezamos una y otra vez con nuestro prejuicio, a saber, la noción de causalidad.²⁴

¿Así que nunca aprendemos de nuestros errores? ¿Pero cómo podríamos hacerlo si la causalidad fuera solamente un prejuicio?

Algunos creyentes en las coincidencias significativas encuentran en la manipulación numérica un modo satisfactorio de probarlas. C. Sklaire de Nueva York explica que los pulsares y cuasares (señales recibidas por los radiotelescopios que aún no han sido explicadas como estrellas) son extraterrestres superiores que tratan de comunicarse con nosotros. Empieza: "¡He descubierto la Mente en el Universo!"²⁵ A continuación nos demuestra que los pulsares y cuasares son mensajes de radio hábilmente codificados. Sólo él ha descifrado el código.

La numerología es la clave que identifica las piezas del rompecabezas y las sitúa correctamente en el Gran Diseño.²⁶

Estos mensajes son irradiados

por una supercivilización avanzada en una frecuencia de megaciclos

que corresponde al número de la Santísima Trinidad, 111.²⁷

Casi toda esta numerología depende de la repetición de la pulsación cada 1.3372795 segundos.

Asignando números atómicos a cada número consecutivo de dos dígitos en la [...] proporción llegamos a esta observación fascinante: 13 = aluminio, 37 = rubidio, 27 = cobalto y 95 = americio, o en otras palabras, el Rojo, Blanco y Azul de Estados Unidos. ¿Y el mensaje a Estados Unidos? Si unimos los dos primeros dígitos, 1 y 3, obtenemos B [ser], y ¿qué debe Ser* Estados Unidos? 37 veces 27 equivale a 999; Estados Unidos debe ser BENIGNA.²⁸

Tal vez el señor Sklaire ha tomado el rábano por las hojas. Sin duda Estados Unidos puede identificarse con el número de la Bestia, 666, que se puede obtener multiplicando las 6 franjas blancas de la bandera por el mágico 111. ¿Y habrá notado que el año del nacimiento de la nación, 1776, menos 666, nos da 1.110? De cualquier modo:

* La letra B es fonéticamente similar al *be*, "ser". (N. d. T.)

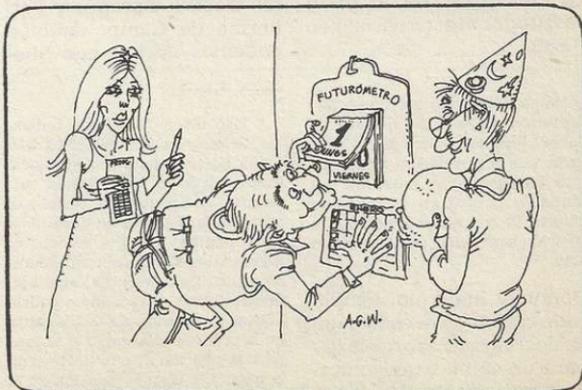
El número 727 representa las fuerzas espirituales en perfecto equilibrio. Esta verdad está confirmada en un nivel físico a través de la realidad del enorme Jet Boeing 727 [...] Aleph, el símbolo de la Fuerza Cósmica, suma 111 en hebreo. El F-111a de la Fuerza Aérea profana ese símbolo [...]!²⁹

Un periódico londinense, en una nota sobre un reciente accidente de aviación, parece tener en cuenta la idea de Sklaire, pues comenta que el accidente sucedió "a sólo una milla del extremo de la pista hacia la cual se creía que iba el Ser".*

Mensajes chiflados

Como acabamos de ver, hacer malabares con cifras para llegar a la respuesta deseada no es difícil. Sólo se necesita un vivaz interés en el descubrimiento de patrones, una creencia en la autoridad del cálculo y desde luego perseverancia. Las mismas cualidades capacitan el pseudocriptanalista

* El ser (*Being*) es en realidad una errata del diario por Boeing. (N.d.t.)



para encontrar y resolver códigos donde no existe ninguno, generalmente para "demostrar" su teoría favorita.

Hay modas de teorías favoritas. Así como los piramidólogos se empeñan en encontrar la Historia en el corredor, los arqueólogos improvisados se empeñan en encontrar OVNIs en las imágenes mayas y los radiestesistas se empeñan en encontrar vibraciones en todas partes, los pseudodecodificadores se empeñan en descubrir la mano espectral de Francis Bacon en las obras de Shakespeare. Las premisas son éstas:

1. Francis Bacon inventó y usó códigos.

2. Shakespeare es una figura relativamente oscura.

3. No tenemos ningún borrador de ninguna obra de puño y letra de Shakespeare.

Ignatius Donnelly, político populista, atlantólogo y estudioso de las catástrofes producidas por cometas, partió de estas premisas para llegar a una rimbombante conclusión en *El gran criptograma*, publicado en 1888.

Había empezado por una interpretación errónea de la clave de Bacon. Basado en esto, había buscado una interrelación numérica que localizara las palabras del mensaje oculto en el mensaje abierto de las obras mediante la posición serial en la página o en un acto.¹

Donnelly inició un complicado cálculo para cada página del Primer Folio hasta llegar a un número que indicara la posición de alguna pa-

labra de esta página.* En la página 75 dio con el principio de un mensaje cifrado: "Shakespeare nunca escribió una palabra de ellas", o sea las obras. En otra parte se topó con palabras que aludían a isabelinos eminentes: *seas-sill* (Cecil) y *More-low* (Marlowe).

Donnelly sólo se engañaba a sí mismo, pues los críticos no tardaron en replicarle. Joseph Gilpin Pyle escribió *El pequeño criptograma*, utilizando el método de Donnelly para deducir líneas como "El eminente nulo (Donnelly), autor, político y charlatán, desentrañará el secreto de esta obra..."². El reverendo A. Nicholson usó el sistema de Donnelly con exactitud, incluyendo sus amados "números radicales", para llegar a algo parecido a "Maese William Shakespeare escribió la obra y trabajó en el tablado".³ Más aún, llegó a este texto cinco veces, a partir de las mismas páginas que había usado Donnelly.

Desde luego una clave con tanta ambigüedad no es en absoluto una clave. Como dicen L. Sprague y Catherine de Camp, también podemos decidir que Sha-

* Usó cinco "números radicales" arbitrarios, 505, 506, 513, 516 y 523. Seleccionando uno de éstos, lo restaba de un "modificador" arbitrario. Al resultado le restaba el número de palabras en bastardilla de la página, luego le sumaba el número de palabras entre paréntesis o entre guiones, para llegar a su número clave. Este número podría indicar la posición de una palabra en la primera columna o la segunda, o la posición a partir del final de la página, o bien la posición en la escena o acto.

kespeare escribió el Salmo 46, pues en la versión inglesa la palabra número cuarenta y seis desde el principio es *Shake* y la número cuarenta y seis desde el final es *spear*.⁴

La baconología se resiste a morir. El doctor en medicina Orville Ward Owen, de Detroit ha "demostrado" que Bacon escribió todas las obras de Shakespeare, Marlowe, Spenser, Robert Green y George Peele, además de la *Anatomía de la melancolía*, de Burton. ¿Por qué? Simplemente para insertar una clave que demuestra que él era hijo ilegítimo de la reina Isabel y el conde de Leicester.⁵ (Esta teoría es atacada por otro doctor en medicina, Timothy Healy, quien sostiene que Isabel era Shakespeare, un travesti secreto.)⁶ El sistema de Owen usa las palabras clave "fortuna", "honor", "naturaleza" y "reputación". Su método consiste en investigar las obras citadas en busca de los miles de apariciones de cualquiera de esas palabras clave, para luego echar mano de cualquier texto cercano que parezca contribuir a su teoría. El enigmático Bacon así indujo al doctor Owen a cavar en el terreno del castillo de Chepestow en un vano intento por recobrar los manuscritos originales: un día el "código" nombró un lugar, y otro día —cuando no apareció ningún tesoro— lo condujo a otro.

Entre los que han encontrado el nombre "Bacon" oculto en las obras de Shakespeare está Walter Conrad Arensburg. Lo encontró

en *Hamlet*, I, iii, versos 70-73, que empiezan con las palabras *Costly, But, For* y *And*. De ellas tomó las letras *Co, B, F* y *An*, presunto anagrama de *F. Bacon*.

En *Las claves de Shakespeare examinadas*,⁷

dos criptólogos profesionales, William y Elizabeth Friedman, inspeccionan todas las supuestas claves de Bacon hasta 1950, aplicando dos sencillas pruebas de validez:

1. ¿El mensaje tiene sentido?
2. ¿Es una solución única?

Para el hallazgo de Arensburg, contaron

las letras iniciales de 20.000 versos del Primer Folio. Calcularon que el azar juntaría las letras *b, a, c, o* y *n* en ese orden sólo 0.0244 veces en los aproximadamente 100.000 versos del Primer Folio. Significativamente, Arensburg no encontró ningún acróstico directo como éste. En cambio, tuvo que ampliar el campo para incluir segundas letras, variantes como "Baco" y "F. Baco", y formar anagramas con ellas. Esto inmediatamente incluía las posibilidades del azar puro dentro del alcance del Primer Folio.⁸

En general, las concesiones a los anagramas incrementan enormemente la ambigüedad del presunto mensaje. Por ejemplo, *aemt* podría leerse como *meat* ("carne"), *mate* ("compañero", "copular", etc.), *meta* (el prefijo ídem), *team* ("equipo") o *tame* ("dócil", etc.). ¿Cómo determinar cuál es el presunto mensaje cifrado? Jonathan Swift lo expresó de este modo:

Si dijera en una carta a un amigo, *Our Brother Tom has just go the pules* ["Nuestro hermano Tom aca-

ba de contraer hemorroides"]. un descifrador sagaz descubriría que las mismas letras que componen la oración podrían articularse en las palabras siguientes: *Resist, a plot is brought home; The tour*. ["Resiste, traen una conspiración a casa; La visita"].⁹

Los baconólogos a menudo caen en la trampa de estas "decodificaciones". Tomando la palabra más larga de Shakespeare, *honorificabilitudinitatibus*, sir Edwin During-Lawrence la recombinó para formar *Hiludi F. Baconis nati tuiti orbi* ("Estas obras, vástago de F. Bacon, están preservadas para el mundo"). Los Friedman demostraron con un anagrama latino, igualmente convincente de la misma palabra, que el ver-

dadero autor era el fantasma de Dante. ¿Y por qué limitarse al latín? Con algunas manipulaciones, podemos obtener: *I, B. Johnson III, writ a lift'd batch* ["Yo, B. Johnson III, escribí una elevada tanda"].¹⁰

Las pseudoclaves a menudo pueden reconocerse por su elevado nivel de ambigüedad. Un buen ejemplo es el análisis del coronel Churchward de la evidencia lingüística de Mu. El Cuadro 1 muestra parte de su comparación del alfabeto griego con lo que él toma por el alfabeto maya. Se supone que los caracteres griegos están formados por las palabras seriales de un poema épico maya sobre la destrucción de Mu:

Griego	"Maya"	Traducción literal
alfa	al, pesado, páa, romper; ha, agua.	Rompen pesadamente las aguas
beta	be, caminar; ta, donde; lugar, llanura.	extendiéndose sobre las llanuras.
gamma	kam, recibir; ma, madre, tierra.	Cubren las tierras en lugares bajos, donde
delta	tel, hondura, fondo; ta, donde, lugar, llanura.	hay obstrucciones, se forman costas y charcos arremolinados...
épsilon	ep, obstruir; zil, formar bordes; onom, torbellino.	
ipsilon	i, abismo; pa, tanque, zi, frío; le, lugar, on, circular.	...ya abismos, honduras frías. En lugares circulares...

Cuadro 1. Griego y "maya" (Churchward)



Nótese que épsilon e ípsilon están separadas de un modo completamente diferente, para deducir mensajes diferentes. En otra parte nuestros olvidadizos muvianos-mayas cambian la palabra que significa "lugar" de *ta* a *le*; "obstrucciones" de *ep* a *ka*, y luego redefinen *ka* como "sedimentos volcánicos" (también alteran el significado de *zi*, de "frío" a "vapor"). Desde luego todos los idiomas verdaderos están plagados de ambigüedades, pero normalmente no esperaríamos tal apiñamiento en un tratado de 52 palabras. El equivalente inglés podría ser: *She bears each cross patiently. Time flies like an arrow.**

Unos pocos lingüistas, incluido Benjamin Lee Whorf, han seguido los tambaleantes pasos de Diego de Landa en su intento de establecer un alfabeto maya fonético. Los lingüistas rusos lo han puesto a prueba con computadoras, pero hasta ahora sólo consiguieron textos que se parecen muchísimo a poemas de computadora ("El joven dios del maíz moldea obras de alfarería con arcilla blanca"; "El fardo de la mujer es el dios de la guerra").¹¹ Los pseudolingüistas han ido mucho más lejos, y Peter Kolosimo menciona la teoría de que las palabras de Cristo en la cruz (*Eli, Eli, lama sabachthani?*, o "Señor, señor, ¿por qué me has abandonado?") eran en verdad mayas (*Hele, Hele, lamah sabac ta ni*, o "Ahora me siento débil y mi rostro está oculto en las tinieblas").¹² Esos malos retruécacos con un presunto idioma maya son tan ambiguos como los anagramas; un naturópata podría defender con la misma justificación la frase *Ailing, ailing, lemme see botany*,* una invocación para las curas con hierbas. Aceptar la versión de Kolosimo es aceptar que el pintor Constable fue en realidad, según el famoso retruécaco de Frank Muir, "más tarde promovido a Sargento".**

La mayoría de los eruditos creen que la escritura maya es pictográfica, y no tiene alfabeto fonético. I. J. Gelb escribe:

La mejor prueba de que la escritura maya no es un sistema fonético deriva del simple hecho de que aún no pudo descifrarse. Esta conclusión es ineludible si recordamos el principio más importante en la teoría de la decodificación: *Un sistema fonético puede y en definitiva debe ser descifrado si el idioma subyacente es conocido*. Como los idiomas de los mayas todavía se utilizan hoy, y por lo tanto son bien conocidos, nuestra incapacidad [...] significa que no representa una escritura fonética.¹³

Gelb también describe un error, común en la deducción de etimologías, que aparece una y otra vez en las teorías sobre la Atlántida y Mu: la presunción de

que porque dos escrituras tienen varios símbolos en común están estrechamente emparentadas. Toma ocho idiomas entre los cuales no existe ningún parentesco demostrado y los compara como las primeras ocho columnas de la Figura 1. La novena columna remata el argumento, pues muestra símbolos de un "idioma secreto" inventado por un escolar alemán. En la décima columna he incluido símbolos del alfabeto de Mu, según lo imaginó el coronel Churchward. Otros símbolos mívicos de Churchward parecen venir directamente del hebreo y los jeroglíficos egipcios, sin la más ligera modificación.

H. S. Bellamy, autoridad indiscutida sobre la teoría del hielo de Hörbiger, ha inventado una curiosa etimología para la cruz y la svástica. Empezando con la presunción de Hörbiger de que el cielo se estaba cayendo, deduce modos en que los antiguos debieron tratar de impedirlo. Nos cuenta que

los extremos [de la cruz] son los cuatro puntos cardinales, y están conectados por un sistema de vigas [sujetas a las puntas de postes erguidos] que proporcionan mayor fuerza. Los postes erguidos se dan por supuestos; mientras que en la svástica o gammadion, están pintados en un primitivo intento de perspectiva.¹⁴

Podemos imaginar a un Bellamy del futuro descifrando del mismo modo nuestro símbolo para el copyright: © sólo puede ser un signo primitivo donde la Luna se superpone al Sol para ahuyentar un temido eclipse.

* Que puede leerse: "Ella soporta cada cruz pacientemente. El tiempo vuela como una flecha"; o bien: "Cada osa cruza pacientemente. Las moscas del tiempo gustan de una flecha". (N.d.T.)

* Por su parecido fonético con las palabras de Cristo: "Enfermedad, enfermedad, déjame ver la botánica". (N.d.T.)

** *Constable* es en Gran Bretaña el agente de policía inmediatamente inferior al sargento.

1	2	3	4	5	6	7	8	9	10
1		7	1	7	7	^	7	^	7,^
Δ	▷	Δ		Δ				Δ	
≡			≡	≡		^			
Υ			Υ			Υ			
I	I		Z		I,Z		Z		7
H			H	H	H	N	H		
⊕			⊕					⊗	⊕
∟	L	L		L			∟		∟
⚡	†		4		N	4	4	4	4
≠			≠	≠					
o	o	o	o	o	o		o	o	o
9		9	9			9	9	9	9
w	w	w			w		w		w
+	+	+	+		+	+		x	+
Fenicio antiguo	Brahni	Yezidi	Húngaro antiguo	Coreano	Númdida	Runas anglosajonas	Somali	Idioma del niño alemán	Múvico de Church ward

Fig. 1. Comparación de símbolos de diez idiomas no emparentados (siguiendo a Gelb)

CODIGOS REALES, SOLUCIONES IRREALES

El manuscrito de Voynich, que toma su nombre del librero norteamericano Wilfred Voynich, que lo compró en 1912, vio la luz en Praga, en 1666. Consiste en 204 páginas escritas en

caracteres únicos e iluminadas con dibujos sobre temas astrológicos, botánicos y médicos. Algunos muestran mujeres diminutas que parecen sacadas de *Playboy*. Una de esas criaturas se yergue en un medio escroto que parece un bote en miniatura, y rema corriente abajo. ¿Esperma? ¿La fuer-

za de la vida? ¿Gonorrea? Nadie lo sabe, porque hasta ahora nadie descifró una palabra del manuscrito.

La tarea ha sido intentada no sólo por peritos en criptoanálisis sino por historiadores, botánicos, astrónomos y biólogos. Pero en vano. El fracaso confirma la declaración del profesor Gelb, pues el idioma del manuscrito de Voynich es desconocido.

Desde luego los pseudo-criptoanalistas también han tenido sus coqueteos con el misterioso documento. El ocultista William Romaine Newbold anunció en 1919 que era una obra arcana del monje Roger Bacon, del siglo trece. Aparentemente Bacon había anticipado muchos descubrimientos modernos, incluidos el microscopio y el telescopio.

Newbold se enteró de ello al encontrar lo que consideró "símbolos taquigráficos", diminutas formas que parecen hebras y rodean las letras del texto. Las sometió a un desconcertante sistema analítico de cinco fases, las cuales incluían cambiar las letras por sus equivalentes fonéticos (por ejemplo, *d* por *t*), formar anagramas, y un complicado método para unir pares de letras que en realidad nadie entendió (ni siquiera Newbold).

Los resultados fueron cuestionados por tres razones:

1. Bacon, por genial que fuera, no pudo haber usado este complejo sistema. Codificar un texto usando pares de letras unidos es absolutamente imposible; formar anagramas implica el riesgo de que se pierda el

mensaje completamente.

2. Newbold, como él mismo admitió, no pudo descifrar la misma parte del texto dos veces obteniendo el mismo mensaje.¹⁵

3. Lo peor de todo, lo que él suponía eran "símbolos taquigráficos" resultaron ser solamente tinta despararrada en la fibra tosca del pergamino.

En 1943 un abogado neoyorquino descubrió una solución aún más tonta en latín. Un fragmento traducido dice:

Lo feminado, habiendo sido feminado, presiona el límite delantero; los que presionan se humedecen; están cargados de venas; serán rotos; son disminuidos.¹⁶

Tal vez tenga algún sentido para los lectores de la *Occult Gazette*, pero no tanto para los demás. El Voynich sigue siendo un misterio.

Dos factores deberían intrigar a los ufólogos de la escuela conjetural de von Däniken. Tal vez esté escrito en un idioma artificial, y los botánicos han dicho que las plantas que representa son imaginarias. Sospecho que en poco tiempo tendremos jadeantes anuncios de que sólo puede ser obra de seres del espacio.

El compositor Edward Elgar, que era amante de los mensajes cifrados, nos legó varios enigmas que aún no se han resuelto. El más conocido es sus *Variaciones sobre un tema original*, música en la que el tema original nunca aparece. Se supone que el tema en cuestión es un mensaje musical cifrado, cuyo "oscuro de-

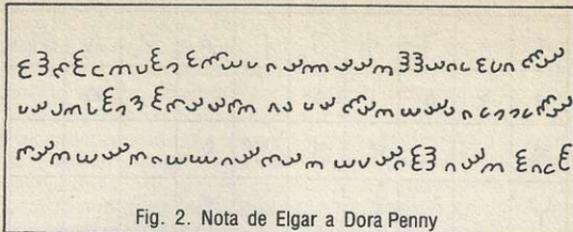


Fig. 2. Nota de Elgar a Dora Penny

cir", de acuerdo con Elgar, "debe dejarse irresuelto"

Elgar también envió una nota en clave a su amiga Dora Penny en 1897; ella no pudo descifrarla y desde entonces ha intrigado a criptoanalistas profesionales y aficionados. Un pasaje de la nota aparece en la Figura 2.

The Musical Times de febrero de 1970 publicó la tentativa del doctor Eric Sam para descifrarla:

COMIENZOS: ¡ALONDRAS! ES CAOTICO PERO UNA CAPA OSCURECE MIS NUEVAS LETRAS. A. B. ABAJO: POSEO LO OSCURO HACE SUSPIRAR A E.E. CUANDO TE HAS IDO POR MUCHO TIEMPO (T).

En una edición anterior de este libro consideré esa solución "ligeramente farragosa". Ahora lo he pensado mejor, después de enterarme de que el doctor Sams es un criptoanalista experimentado y después de leer dos artículos más de él sobre Elgar (*The Musical Times*, marzo y julio de 1970). En vez de repetir mis comentarios anteriores, creo que es más justo remitir a los lectores al artículo original de Sams, en el cual los "lectores son invitados a verificar y juzgar por sí mismos". Haya dado o no en la tecla, el doctor Sams es un

profesional habilidoso y no un baconólogo.

NOTAS BIBLIOGRAFICAS

¡EUREKA!

DELIRIO PERPETUO

¹ Estos ejemplos están tomados de Gardner, *Fads and Fallacies*; John Phin, *The Seven Follies of Science* (Londres, Archibald Constable, 1906); y Augustus de Morgan, *A Budget of Paradoxes* (Londres, Longmans Green, 1872).

² Gardner, *Fads and Fallacies*, p. 186.

³ de Morgan, *Paradoxes*, p. 186.

⁴ Gillette, citado por Gardner, *Fads and Fallacies*, p. 87.

⁵ *Ibid.*, p. 87.

⁶ John Fenn Smith, *The Laser* (Londres, edición del autor, 1971).

⁷ Phin, *Seven Follies*, p. 41.

⁸ W. Ehrenberg, "Maxwell's Demon", *Scientific American*, noviembre de 1967; también *Sci. Amer.*, separata N° 317.

⁹ John E. W. Keely, citado en Curtis D. MacDougall, *Hoaxes*, p. 71.

¹⁰ Frank Edwards, *Stranger Than Science* (Londres, Pan, 1959).

¹¹ A.S. Ackermann, *Popular Fallacies* (Londres, Old Westminster Press, 1950), p. 708.

¹² Peter Lennon en *Sunday Times* (Londres), 7/2/1971.

¹³ Ackermann, p. 586.

¹⁴ *Ibid.*, p. 586.

¹⁵ *Ibid.*, p. 586.

¹⁶ *Ibid.*, pp. 586-7.

¹⁷ Kenneth Roberts, *Henry Cross and His Dowsing Rod* (1951) es reseñado extensamente en Gardner, *Fads and Fallacies*, pp. 106-13.

¹⁸ Joseph Jastrow, *Error and Eccentricity in Human Belief* (Nueva York, Dover Publications, 1935).

pp. 128-9, sintetiza varias investigaciones de la tablilla ouija, el péndulo y aparatos similares.

¹⁹ D. H. Rawcliffe, *Illusions and Delusions of the Supernatural* (Nueva York, Dover Publications, 1959), pp. 359-60.

²⁰ *Ibid.*, pp. 338-48.

²¹ Jastrow, *Error*, p. 139.

²² Gardner, *Fads and Fallacies*, p. 205.

²³ *Ibid.*, pp. 210-11.

²⁴ Brian Inglis, *Fringe Medicine* (Londres, Faber, 1964), p. 257.

²⁵ Louis Rose, *Faith Healing* (Harmondsworth, Penguin, 1971), p. 167.

²⁶ Gardner, *Fads and Fallacies*, p. 347.

²⁷ John W. Campbell, editorial, *Astounding Science Fiction*, noviembre 1956, p. 91.

²⁸ John Campbell, *Astounding Science Fiction*, junio 1957, p. 53.

²⁹ Adrian Hope, *Why Didn't I Think of It First?* (Londres, David & Charles, 1972), p. 86.

³⁰ La revista *Astounding* de Campbell (ahora llamada *Analog* y dirigida por Ben Bova) sigue en la brecha. El número de diciembre de 1972 presenta un artículo del astrólogo Joseph A. Goodavage ("Magic: Science of the Future") que rescata una vez más la máquina Hieronymus. Goodavage asocia la máquina con otro material ocultista: la terapia Drown, Ted Serios, el mesmerismo, Odyle, la radiestesia y la percepción extrasensorial. Actualmente Hieronymus está exterminando plagas de insectos con fotos olépticas de cosechas infestadas, y trabajando con otro viejo amigo, Henry Gross. Hieronymus también tiene una advertencia para los astronautas: hay un "cinturón letal de radiación en la Luna", a unos cinco metros bajo la superficie (p. 31, el no-subrayado es mío).

³¹ John W. Campbell, *Astounding Science Fiction*, octubre 1960, p. 77.

³² *Ibid.*, noviembre 1956, p. 3.

NUMEROS IRRACIONALES

¹ Martin Gardner, "Mathematical Games", *Scientific American*, octubre 1972, p. 111.

² Vincent López, *Numerology* (Nueva York, New American Library, 1969), p. 101.

³ de Morgan, *Paradoxes*, p. 179.

⁴ Véase en Martin Gardner, "Mathematical Games", *Scientific American*, abril 1971, p. 115, una falsa "demostración" para terminar con todas las discusiones sobre *pi*; se prueba que *pi* equivale a 2. La falacia implícita se explica en el número del mes siguiente, p. 116.

⁵ Martin Gardner, *More Puzzles and Mathematical Diversions*, (Harmondsworth, Penguin, 1966), p. 179.

⁶ Le Corbusier, *Modulor*, trad. P. de Francia y A. Bostock (Londres, Faber, 1961), p. 56.

⁷ Benedetto Croce, citado en Jonathan Miller, *McLuhan*, p. 129.

⁸ Oswald Spengler, en J. R. Newman ed., *The World of Mathematics* (Nueva York, Simon & Schuster, 1956, 4 vol.), p. 2.347.

⁹ Edward R. Dewey, *Cycles: Mysterious Forces That Trigger Events* (N.Y., Hawthorne, 1971).

¹⁰ Tierra (frío-seco), aire (cálido-húmedo), fuego (cálido-seco) y agua (frío-húmedo).

¹¹ Informe Condon, p. 534.

¹² Aimé Michel, en David, *Flying Saucer Reacer*, p. 188.

¹³ Informe Condon, p. 535.

¹⁴ John A. Keel, en *Flying Saucer Review*, Special N° 2, junio 1969, pp. 14-18.

¹⁵ Knight, *Fort*, pp. 95-8 y pp. 114-7.

¹⁶ Las posiciones clave citadas son *oposición* (Marte y la Tierra alineados en lados opuestos al Sol); *conjunción* (alineados en el mismo lado del Sol); y *cuadratura* (Marte y la Tierra formando un ángulo recto con el Sol en el vértice).

¹⁷ Knight, *Fort*, p. 115.

¹⁸ "Mil seiscientos años" en una estimación excesiva. Como la pretensión es comparar ciclos, todo período posible de 16 años dentro de esos 130 años es relevante. Hay 115 de ellos, o sea más que suficientes para los propósitos de Knight.

¹⁹ Arthur Waley, "The Book of Changes", *Bulletin of the Museum of Far Eastern Antiquities*, Estocolmo, N° 5, 1934, pp. 121-2.

²⁰ *Ibid.*, p. 122.

²¹ *Ibid.*, p. 112.

²² ¿La profecía N° 25, por ejemplo, trata sobre el robo de una vaca y el infortunio, como asegura Wilhelm? ¿O sobre un ritual de chivo expiatorio

para ahuyentar la pestilencia, como asegura Waley? Compáranse éstas, y una tercera versión, en Waley, pp. 132-3 y Richard Wilhelm, *The I Ching or Book of Changes*, trad., C. F. Baynes (Londres, Routledge & Kegan Paul, 1968), pp. 102-3.

²³ C. G. Jung, prefacio a R. Wilhelm, *I Ching*, p. XXIV.

²⁴ *Ibid.*, p. XXXIX.

²⁵ C. Sklaire, folleto, s. fecha.

²⁶ *Ibid.*

²⁷ *Ibid.*

²⁸ *Ibid.*

²⁹ *Ibid.*

MENSAJES CHIFLADOS

¹ David Kahn, *The Codebreakers* (N.Y., Macmillan, 1968), p. 875.

² *Ibid.*, p. 877.

³ *Ibid.*

⁴ L. Sprague de Camp & Catherine de Camp, *Citadels of Mystery* (Londres, Fontana, 1972), p. 11.

⁵ Kahn, *Codebreakers*, p. 879.

⁶ Ray Nunn, "Queen of Drag", *The People* (Londres), 12/9/1971.

⁷ W. F. Friedman & E. S. Friedman, *The Shakespeare Ciphers Examined* (Cambridge, C.U.P., 1957).

⁸ Khan, *Codebreakers*, p. 880.

⁹ Jonathan Swift, *Travels by Lemuel Gulliver*, parte III, cap. VI.

¹⁰ Véase Kahn, *Codebreakers*, pp. 880-8 sobre muchas otras decodificaciones extralógicas de las obras y la lápida de Shakespeare, todas ellas refutadas por los Friedman.

¹¹ Kahn, *Codebreakers*, p. 917.

¹² Esta idea parece provenir de Augustine le Plongeon (1826-1908), quien trabajó con el "alfabeto" maya del obispo Landa (véase *El Péndulo 4*) para demostrar que tanto los mayas como los egipcios venían de Mu. Nadie más logró leer maya o egipcio usando sus métodos.

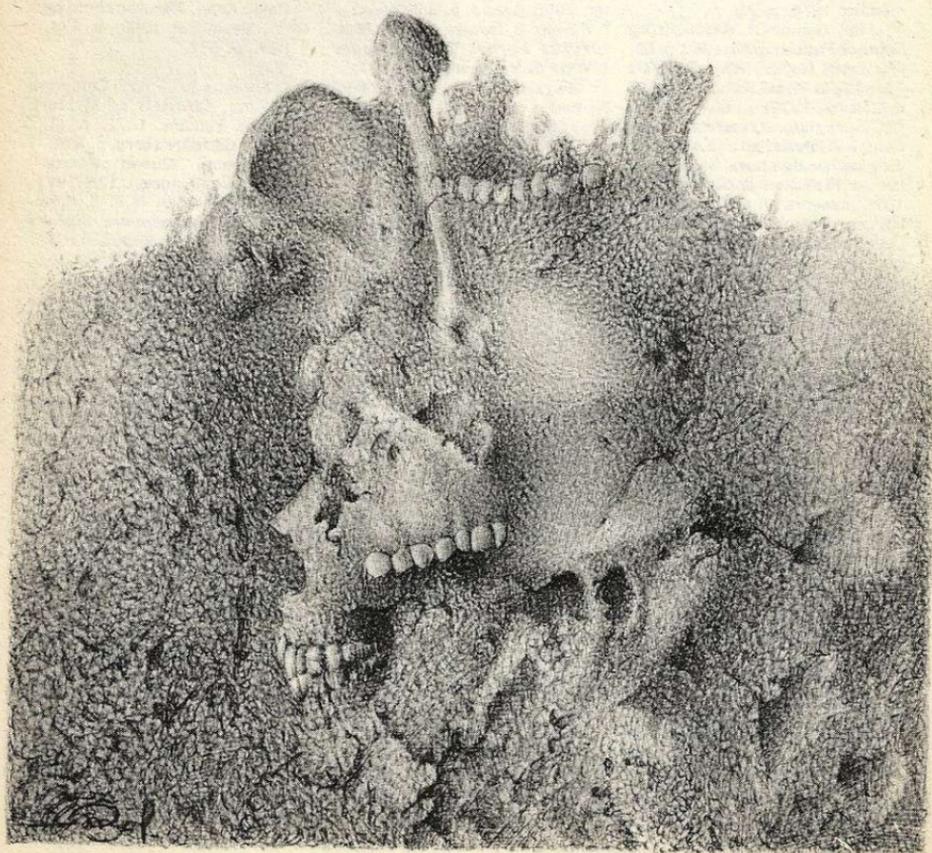
¹³ I. J. Gelb, *A Study in Writing* (Chicago, U. of C.P., 1963) p. 56.

¹⁴ H. S. Bellamy, *Moons, Myths and Man* (Londres, Faber, 1939), p. 180.

¹⁵ Kahn, *Codebreakers*, p. 869.

¹⁶ *Ibid.*, p. 870.

Título del original en inglés: *The New Apocrypha*. © 1973 by John Sladek. Traducción de Carlos Gardini.



Caben muchas imágenes...

NORMAN SPINRAD

EN EL OJO DE LA TORMENTA

Ilustró KIKE SANZOL

En Denver, Doug había cambiado los contactos y las bujías, limpiado el carburador y afinado la moto hasta el último detalle. El andar del motor debía ser sedoso como la laca negra del tanque y el cuadro, según todas las reglas divinas y humanas. Pero cada vez que un relámpago estallaba sobre el imponente espinazo de las Rocosas el motor hacía un ruido discordante, como si hubiera mugre suelta en los caños de combustible (y demonios si podía haberla) o tierra en el escape, o una de esas fallas eléctricas que a veces llevaba una semana localizar. Aunque la cuesta que trepaba serpeneando a los pasos altos era empinada, la carretera estaba casi desierta, y las curvas todavía eran suaves, de modo que Doug pudo probar todas las velocidades en todos los cambios, y no había ninguna relación entre la velocidad del motor y el extraño carraspeo de la Harley. Carraspeaba a treinta, a cuarenta y

cinco, a sesenta, a ochenta, cada vez que había un relámpago.

A Doug no le gustaba el asunto. Primero, porque nunca había oído que una tormenta eléctrica hiciera fallar un motor y, segundo, porque le tenía cierta aprensión a la electricidad.

Doug Allard no le hurtaba el cuerpo a cosas que hubieran convertido en gelatina las rodillas del ciudadano medio —eso era parte del emblema de los Vengadores—, pero creía que la electricidad lo tenía entre ceja y ceja y quería pescarlo de alguna forma. Una vez, él y Ted, un ex socio, avanzaban a través de la lluvia en Florida cuando de pronto un cable eléctrico se partió al lado de la carretera, pasó junto a la mejilla de Doug silbando como una cobra y escupiendo chispas, le dio a Ted en el pecho y lo dejó frito allí mismo. Y casi siempre que la máquina de Doug tenía algún problema que él

no podía solucionar, era una falla eléctrica. Doug y la electricidad no hacían buenas migas. Para él, la electricidad en todas sus manifestaciones era una serpiente de ojos fríos —como el cable que había liquidado a Ted— dispuesta a hincarle los dientes chispeantes en el pellejo tan a menudo y tan profundamente como pudiera.

De modo que la idea de que esas descargas que horadaban el cielo extrañamente claro estuvieran subvirtiendo de algún modo la lealtad de sus hermanitas del sistema de encendido de la moto, no sólo lo asustaba más de lo que quería admitir sino que lo sacaba de las casillas.

—¡Fuera de mi máquina, hija de puta! —le murmuró a la tormenta eléctrica que se acercaba, sintiéndose idiota por amenazar al aire, pero sintiéndose mejor por haberlo hecho pese a todo.

Doug se dirigía al oeste. Cruzaría las Rocosas para reunirse con los Vengadores en Los Angeles, después de vender una destartada tienda de comestibles que le había legado su tío Bill en St. Louis, y esa condenada tormenta eléctrica parecía dirigirse al este, quién diablos sabía por qué, de modo que en poco tiempo la tuvo directamente encima.

Los rayos bailoteaban en el cielo color pizarra, estallando y crujiendo como cañonazos, mientras Doug se inclinaba en las curvas, tomándolas a la mayor velocidad posible, tratando de cubrir una buena distancia antes que empezara el diluvio. El cielo se oscureció más y más, pero no llovía. Franjas de luz enceguedora rasgaban los cielos e iluminaban las boscosas montañas como fogonazos gigantescos cada treinta segundos, y el motor de la Harley estaba carraspeando con insistencia. Las detonaciones y estampidos de los truenos incesantes hacían vibrar la cabeza de Doug, y los sofocones de la válvula le dificultaban cada vez más el control de la moto.

¡Tormenta hija de perra!

Arriba y adelante, la carretera doblaba suavemente a la izquierda y trepaba por la curva de una colina arbolada. Mientras enfilaba hacia allá, Doug olió en el aire una electricidad tan espesa que casi lo asfixió. Mirando hacia la cima, vio cómo un rayo blanco y calcinante

besaba el asfalto a menos de veinte metros y caminaba literalmente hacia él antes de estruendarse en un estruendo ensordecedor.

Pronto estaba subiendo la colina y doblando a la izquierda a ochenta por hora, y de golpe el mundo fue amarillo e incandescente. Todo pareció ocurrir simultáneamente y en cámara lenta. A través de los manubrios, sintió un tremendo sacudón: todo el cuadro vibraba como si alguien lo hubiera golpeado con un martillo enorme. Le tintineó el cuerpo, el ozono lo ahogó, y el motor calló por completo. La moto empezó a perder estabilidad, pero un sexto sentido le avisó que si caía en ese instante, o siquiera rozaba la carretera con el pie, era hombre muerto. Todavía encandilado, se irguió sobre los pedales, ladeó el cuerpo a la derecha contra la inclinación de la curva, compensando la brusca pérdida de velocidad. La Harley corcoveó locamente, hubo un estruendo formidable, y la visión se le empezó a aclarar.

Vio vagamente que estaba patinando en la carretera, brincando y rebotando hacia una barranca abrupta que daba a la boscosa hondonada de la derecha. Se echó hacia atrás, hundió los frenos, las ruedas mordieron tierra y chillaron, el ímpetu fue muriendo, y la moto se le desprendió suavemente del cuerpo. Mientras rodaba alejándose de la moto y despellejándose un poco en el trayecto, soltó un grito de euforia.

¿Cuántos había sobrevivido a la caída de un rayo? ¡lujuuu!

Levantándose y cerciorándose de que no tenía ningún hueso roto, pensó en la Harley. La moto yacía de costado en la hierba alta del borde de la carretera, y por tres metros no había rodado al escarpado cañón. Gruñendo, la apoyó en el sostén, que estaba intacto, e inspeccionó los daños. El buje frontal derecho estaba torcido en un ángulo abrupto, y había un tajo pequeño en el cuero negro del asiento, y muchos raspones y rasguños en el flanco derecho de la moto, donde se había arrastrado por el suelo. Un fragmento de pintura con la crispada forma de un rayo había saltado del tanque, y abajo el metal era una muesca azul oscuro, como si la tormenta hubiera puesto su sello de fábrica en la moto. Pero en general la

moto había salido bastante bien librada; lo único que parecía necesario para poder montarla era martillar el buje para devolverle la forma. Una pintada, una mano de cromo, cuero nuevo, y quedaría tan flamante como antes del accidente. Pero trataría de conservar la marca del rayo en el tanque —tal vez con un laqueado más claro— pues era algo único; daba a la moto un carácter imposible de lograr con planeamiento, diseño o trabajo duro.

Sólo cuando hubo terminado de inspeccionar la moto notó la rareza del lugar donde estaba. Ante todo, el cielo estaba despejado, y además el sol estaba dos horas más bajo que cuando lo había golpeado el rayo, sólo unos minutos antes. Y la superficie de la carretera estaba rajada, agrietada, y llena de baches irregulares hasta donde podía ver. Los abetos también eran raros; más altos y más delgados de lo que debieran haber sido. Había muy pocas hojas en las ramas, pero tenían cuatro pulgadas de longitud y un repugnante color gris verdoso. El aire tenía como un regusto químico, y de ninguna manera esa deliciosa frescura de las Rocosas. Todo parecía viejo y enfermo y en general sucio.

Maçullando y mirando continuamente por encima del hombro por razones que ignoraba, Doug martilló el buje torcido con la llave más pesada, lo volvió a su posición, registró el carburador y los tubos de combustible, luego pateó el arranque.

No hubo nada, ni siquiera una tos. Pateó el arranque diez veces sin oír un mísero gorjeo. Se apeó de la moto, inhaló profundamente, echó una ojeada al bosque grisáceo y repulsivo, a la carretera poceada, tiritó, y trató de encontrar la falla. Sabía que era algo eléctrico. ¡Demonios, claro que sí!

Desde luego, se había quemado el fusible, y cuando sacó la cajita de cartón con los repuestos, también se habían quemado. La electricidad le había hecho otra mala pasada.

Pero Doug Allard podía darse por perdido si pensaba quedarse en ese lugar siniestro sólo porque no tenía fusibles en buen estado. Sudando, extrajo un paquete de cigarrillos medio vacío, sacó los cigarrillos, peló el papel metálico, hizo un bollo y lo encajó en la abertura del fusible. Quizá no fuera tan seguro como un

fusible verdadero, pero tenía que arriesgarse. O probaba suerte o se quedaba en ese maldito lugar hasta que pasara alguien. A juzgar por la carretera, podía esperar una eternidad.

Cuando esta vez pateó el arranque, el motor carraspeó enseguida. Cuidadosamente, empezó a subir por lo que quedaba del camino, esquivando los enormes boquetes y estrías irregulares cada pocos metros, trepando a sesenta por hora, lamentando que la moto no estuviera equipada para arrastrarse. Y preguntándose dónde cuernos estaba.

De acuerdo con el mapa, había un pueblo de mala muerte setenta kilómetros camino arriba; sin duda habría una estación de servicio y un sitio donde pedir un sandwich y una cerveza. Para este viaje Doug había sacado el pequeño tanque y había instalado uno grande que todavía estaba lleno en sus tres cuartas partes, pero no podía decirse lo mismo de sus tripas, que tenían un hueco del tamaño de una ración de comida. Y a la media hora de esquivar baches, fisuras y cráteres en la carretera ruinoso, tenía los brazos endurecidos por la tensión y sus nervios necesitaban unas cuantas cervezas frías.

El paisaje aún le parecía raro. Los abetos eran algo nunca visto, como caricaturas grotescas de los verdaderos, y el terreno estaba tachonado de setas gigantes y purpúreas y de hongos despellejados del color de la sangre seca. Mientras el sol se hundía en el horizonte montañoso, el cielo claro cobró un desagradable tono acerado, y Doug pudo oír el gemido zumbón de unos insectos pese al ronroneo de la Harley. En media hora de viaje por este paisaje aberrante, no había visto un coche, un camión ni una moto. No le gustaba en absoluto. Lo único que le impedía cavilar sobre la ominosa extrañeza del mundo donde se encontraba y sobre cómo diablos había llegado allí era la concentración total que necesitaba para conservar el equilibrio en esa carretera endiablada.

Por último, cuando el sol empezaba a hundirse detrás de las montañas, dobló en una cima y vio un pequeño apiñamiento de edificios a la derecha en el valle siguiente. Sólo un pantallazo, y luego la carretera bajó serpeando

por la ladera de la colina, ocultándole el pueblo hasta que llegó al lecho del valle, en las inmediaciones del poblado.

O lo que quedaba de él.

En sus tiempos no podía haber sido más que un caserío en la carretera: una gran estación Philips-66 junto a un café, unas tiendas rectangulares de material, una veintena de casas de madera. El pueblo era una cáscara quemada, una ruina. Las casas eran esqueletos chamuscados. Las vidrieras de las tiendas estaban astilladas, y por lo que veía, hacía tiempo que se habían llevado hasta el último trasto que pudiera tener algún valor. El frente del café estaba desgarrado por una explosión y el cemento agujereado por los cráteres de una munición de alto calibre. Había media docena de autos desparramados a lo largo de la calzada principal, cascajos viejos y herrumbrados, con las llantas podridas, las ventanillas rotas, la carrocería tan corroída que el color de la pintura ya era irreconocible.

Doug frenó junto a uno de los cascajos y sintió una punzada en el vientre. Le llevó un momento más comprender por qué esa carrocería le provocaba un escalofrío. La oxidación había perforado la carrocería, y cuando Doug golpeó la puerta delantera el metal podrido se hundió. Toda la carrocería era una frágil cáscara de herrumbre.

Pero era indudablemente un Chevrolet Vega, y General Motors había lanzado el Vega en 1971. Y esta ruina debía tener por lo menos diez años.

Se había estado formulando la pregunta errónea: no dónde diablos estoy, sino cuándo. ¡Esa maldita electricidad le había hecho una buena trastada esta vez! De alguna manera, ese rayo lo había pateado al futuro y, por el aspecto de ese lugar, era un futuro cuyos mejores días habían pasado hacía tiempo.

Bien, las quejas y lloriqueos no servirían de nada. Lo primordial era subsistir el tiempo necesario para llegar a alguna parte donde hubiera gente y después ingeniárselas de algún modo. Para continuar la marcha, necesitaría alimentos y gasolina. Las tres cuartas partes del tanque podían llevarlo o no hasta algún lado donde hubiera más combustible; sería estúpido desperdiciar la oportunidad de vaciar

las bombas de la ruinosa estación de servicio. En alguna parte tenía que haber tambores.

Echó a andar hacia la estación Philips-66 y frenó junto a las bombas de la izquierda. El edificio de la estación estaba acribillado de agujeros de bala, y daba la impresión de que habían saqueado el lugar. No se veían herramientas, llantas ni tambores de gasolina, y nada que pudiera usar para transportar gasolina extra.

Bien, tenía un cuarto de tanque vacío, y dos cantimploras. En las Rocosas sería mucho más fácil encontrar agua que gasolina. Desatormilló la tapa del tanque, encajó la punta de la manguera más cercana en el agujero, y apretó la manivela.

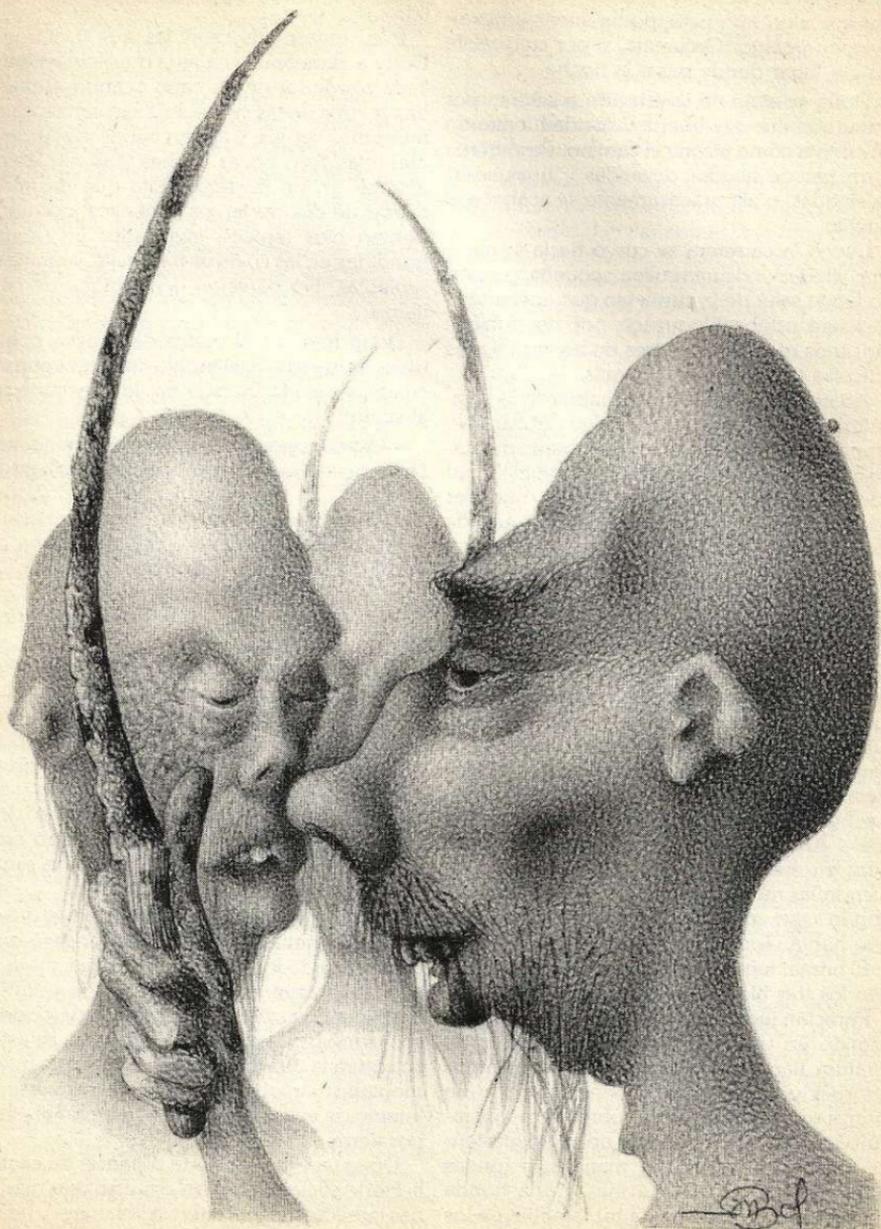
Nada. La bomba estaba vacía.

Probó suerte con todas las bombas de la estación, y el resultado fue el mismo. Era de esperar. Si una guerra atómica o algo por el estilo había provocado un colapso general, la gasolina sería una mercadería especialmente valiosa, y los saqueadores por cierto no iban a dejarla en las bombas. Y por el aspecto del pueblo, habían caído en manos de saqueadores muy eficientes. Aparentemente tendría que buscar y escarbar bastante para encontrar gasolina, quizá apropiarse de la ajena, si podía encontrar gente que tuviera un poco. Todavía le quedaba en el tanque gasolina suficiente para viajar más de ciento cincuenta kilómetros. ¡Por suerte no viajaba con ese tanquecito coqueto!

Montó en la moto, arrancó el motor, puso primera y empezó a salir de la estación. Fue entonces cuando vio la pila de huesos más allá de las bombas. Cuando se acercó a mirar, sintió un sudor frío en la frente.

Los huesos estaban desperdigados alrededor de una fogata apagada. Habían partido algunos para vaciarles la médula, y todos estaban bien pelados. Pero ejércitos de hormigas los recubrían, arrancando los diminutos colgajos de carne que todavía estaban adheridos a los huesos grasientos. Y había dos cráneos humanos cerca de la fogata. Les habían partido la crisma para devorar el cerebro.

Doug puso la Harley en marcha y se agazapó en el asiento, apretando el trasero y arremolinando la grava como si lo persiguieran los



sabuesos del infierno. Y a juzgar por esa pila de huesos, algo aún peor podía surgir en cualquier momento. Oscurecía, y por cierto éste no era lugar donde pasar la noche.

Doug se alejó de la estación a setenta por hora, que era una buena velocidad teniendo en cuenta cómo estaba el camino. Pasó frente a un par de tiendas derruidas y unas casas calcinadas, y allí prácticamente se acababa el pueblo.

Luego la carretera se curvó hacia la derecha, alrededor de una colina pequeña, y cuando Doug salió de la curva vio que adelante la carretera estaba bloqueada por tres fulanos rarísimos montados en tres de las motos más ridículas que había visto jamás.

Aparentemente las motos habían sido originalmente Yamahas 125 o algo similar. No eran nada estilizadas, pues les habían arrancado cada fragmento de metal prescindible y casi parecían bicicletas. Tenían llantas nudosas adelante y atrás, y descomunales tanques de combustible. Pero lo más grotesco eran los flotadores que sobresalían de ambos flancos detrás de esos asientos de bicicleta. Tubos de un metro de largo ensamblados en caños, y arriba y abajo se mantenían firmes gracias a varios juegos de resortes quizá arrancados de las horquillas de bicicletas de motor. En el extremo de los tubos, cada flotador tenía una ruedita de llanta gorda tomada de una bicicleta para niños y montada sobre horquillas de bicicleta. Cuando las motos estaban derechas, las rueditas quedarían a treinta centímetros del suelo. Ahora, los vehículos detenidos, las rueditas traseras se apoyaban en el suelo, sosteniendo las motos. Las motos ocupaban el segundo lugar en fealdad y rareza entre las cosas que había visto Doug Allard.

El primer lugar en fealdad y rareza lo ocupaban los tres bicharracos que las conducían.

Parecían jugadores de básquet que no han comido en un mes: más de dos metros de estatura, flacos como esqueletos, brazos largos y torpes y piernas que daban el aspecto de mantis rezadoras posadas sobre las motos raquíticas. Usaban pantalones de cuero grasiento, chaquetas negras sin mangas, y fundas largas sujetas a los cinturones. En la honda penumbra del poniente, la tez lampiña de los

motociclistas tenía un lustre cerúleo, verde pálido.

Pero fueron sus caras las que incitaron a Doug a manotear la cadena que llevaba enrollada alrededor de un caño cuando estuvo a tres metros de las criaturas. Eran calvos como manzanas verdes, y tenían barbillas blandas y menudas bajo bocas anchas, casi sin labios, abiertas en un bostezo idiota que mostraba hileras de dientes largos, amarillos, perrunos. Tenían ojos feroces, inyectados en sangre, hundidos en las cuencas bajo cejas lampiñas y simiescas. No parecían gente digna de confianza.

Doug hamacó el metro de cadena con la mano izquierda, haciéndolo tintinear contra el cuadro de la Harley mientras lo arrastraba por el suelo.

—Agradeceré que despejen el camino, muchachos —dijo—. Ustedes también lo agradecerán.

El bicharraco del medio olisqueó el aire.

—¡Gasolina! —jadeó—. Huelo mucha gasolina en la extraña máquina.

—¡Y mucha carne en sus huesos!

Rieron roncamente, y desenvainaron unas espadas largas y filosas.

—¡Ustedes lo pidieron, hijos de perra! —gritó Doug cuando las tres motos raquíticas se lanzaron hacia él como insectos torpes. A los estrafalarios motociclistas les costaba un poco manejar y manipular las espadas al mismo tiempo. Puso primera, aceleró un poco y dobló a la derecha, de modo que el verdoso de la izquierda se cruzó con él a medio metro de la mano que asía la cadena, blandiendo torpemente la espada.

Doug agitó la cadena en el aire y le dio de lleno en la nuca, cuando el flotador pasó zumbando a su lado. Curiosamente, la cabeza de la criatura reventó como un melón podrido, despidiendo astillas de hueso y una viscosidad gris verdosa. La moto descontrolada se estrelló contra la que iba al lado —el grandote que la montaba maniobró con increíble torpeza en su intento de evitar la colisión— y arrojó al piloto por tierra.

Doug ya estaba a cierta distancia de ellos, y la Harley dejaría atrás sin esfuerzo esas máquinas imbéciles, pero le hervía la sangre, y pensó

que lo más adecuado era terminar la faena. Estos bichos eran oponentes fáciles, y liquidar a los dos restantes no le costaría siquiera una gota de sudor decente.

Viró en redondo y se lanzó contra el que estaba en el suelo, que trataba pensosamente de incorporarse. Cuando Doug pasó al lado, asestándole un cadenazo en la espalda, la criatura gritó pero atinó a abrirle un inofensivo tajo en la bota. Cuando Doug volvió a girar, el verdoso había logrado ponerse de pie trabajosamente. Revolviendo los ojos, mostrando los dientes, babeándose, aguardó azotando el aire con la espada mientras Doug cargaba contra él.

A último momento, Doug viró hacia la derecha, se agachó bajo al espada sibilante, y le asestó un cadenazo en las rodillas. El verdoso chilló, se tambaleó, cayó de bruces.

Doug vio que la última moto aceleraba carretera arriba, alejándose. ¡El muy cobarde dejaba a los suyos en la estacada!

—¡No te servirá de nada, hijo de puta! —gritó Doug mientras se lanzaba a perseguirlo. Vaya, esa alimaña tenía que ser realmente estúpida para pensar que podría huir de una Harley en esa moto de mierda.

Estaba oscureciendo, de modo que Doug encendió el faro mientras perseguía al verdoso por la tortuosa superficie de la carretera poceada. A treinta metros, la moto pequeña y raquítica con su piloto esquelético se bamboleaba y contoneaba desbocadamente en el haz del faro, como una araña al acecho. El bicharraco era un inservible, y se tragaba la mitad de los baches y las piedras del camino, como si tuviera los reflejos de un viejo achacoso. Doug comprobó para qué servían las rueditas traseras, pues a cada momento una u otra rozaban el suelo unos segundos cuando la moto tocaba un hoyo o una piedra y se ladeaba de golpe. Eran como las rueditas que usa un niño para aprender a andar en bicicleta; sin ellas, ese engendro inútil se habría caído cada dos minutos en una carretera tan poceada como ésta.

De hecho, Doug tuvo que explotar a fondo su habilidad, sus reflejos y la fuerza de sus brazos para no irse al suelo en ese camino endemoniado. Notó que hacía cinco minutos que perseguía al bicharraco, y no lograba

acortar la diferencia. Era increíble, una despreciable 125 huyendo de su potente máquina. Pero en esa carretera endiablada Doug no podía ir a más de sesenta o setenta sin estrellarse. A esa velocidad, la otra moto tal vez no daba más mientras a él le quedaba la mitad de la potencia. Pero no le servía de mucho.

Notó que, por descabellado que pareciera, ese diseño estrafalario tenía sentido en estas condiciones. Un camino así imponía una máxima de setenta de un modo u otro, así que ese motor potente sólo le servía para consumir más combustible por kilómetro a la misma velocidad. ¡Ese canalla podía llevarle la delantera toda la noche, y adivina quién se quedaría primero sin combustible!

Doug perdía los estribos pensando que ese bicharraco pudiera ganarle montado en ese insecto. ¿Qué dirían los Vengadores, si alguna vez volvía a verles las jetas feas y hermosas? ¡No se cansarían de tomarle el pelo!

Allá adelante, la moto estrafalaría desapareció un instante en una curva a la derecha...

De pronto, Doug oyó un rugido ronco, gritos de gargantas más o menos humanas, un chillido estridente. Luego la moto con flotadores reapareció, brincando alocadamente en la carretera y dirigiéndose hacia él. Al piloto le faltaba el brazo izquierdo, y litros de zumo verde le manaban del muñón. La moto se desvió de la carretera y se estrelló contra un árbol, y el piloto agonizante salió despedido hacia las malezas.

Y entonces, lanzándose contra él, Doug vio los faros de más de una docena de motos. Un instante más tarde, las distinguió con toda claridad: unas quince motos con flotadores, cada cual pilotada por un esqueleto alto y verde, ojos chispeantes y espadas brillosas en el haz de los faros.

Doug no tuvo tiempo de reflexionar demasiado. Lanzándose a toda la velocidad, se agazapó sobre el tanque, rogó para no tropezar con un hoyo o una piedra en los diez metros siguientes, y trató de enfilar hacia los espacios vacíos en esa turba de motos diabólicas que cargaban contra él.

Sin dejar de acelerar, se metió entre dos motos, y una ruedita le golpeó el muslo izquierdo mientras el filo del acero siseaba sobre

su cabeza. La rueda delantera se hundió en un bache, la rueda trasera rodó en el aire mientras él luchaba por dominar la moto. Patinó de costado medio metro, rozando la rueda delantera de otra máquina, recobró el control mientras la máquina chocaba contra otra, esquivó otra estocada que pasó lejos del blanco, y de pronto tuvo el camino libre. Irguiendo el trasero, se lanzó hacia la carretera oscura y sinuosa alejándose del caos y la algarabía que dejaba atrás.

Doug tenía la impresión de haber viajado durante días, aunque no habían pasado más de un par de horas. Adelante, todo era negro como la tinta excepto el cono de luz que su faro recortaba en la oscuridad. La carretera, poceada y fisurada como siempre, trepaba a lo alto de las Rocosas, y lo único que podía hacer era mantener la velocidad en sesenta por hora. Le ardían los brazos del esfuerzo y la tensión prolongados, y la pierna izquierda le dolía como el demonio después del golpe con la rueda. Estaba empezando a ver cosas que no existían, y a no ver las que tenía delante. Un par de veces se leadeó para doblar a la izquierda cuando debía doblar a la derecha, y los árboles y el haz temblequeante del faro le hacían jugarretas a su visión. Ansiaba parar, al menos cinco minutos.

Pero le bastaba echar una ojeada por encima del hombro y ver esos catorce faros a cien metros para saber que cinco minutos de descanso serían los últimos cinco minutos de su vida. Cien metros. Gracias a la confusión que había sembrado con su embestida había abierto una brecha, pero desde entonces no había podido sacarles más ventaja, aunque tampoco habían podido alcanzarlo.

Era la carrera de motos más endiablada de que tenía noticia. Un par de kilómetros de carretera recta, o siquiera unos kilómetros de curvas bien pavimentadas, y su máquina dejaría atrás a esos armatostes. Pero en este camino de herradura no importaba que su moto valiera tres veces más que las otras, y el piloto valiera tres veces más que esos bichos. Pese a toda su destreza y su potencia, no podía ir a más de sesenta, y esos cascajos de juguete seguían ronroneando parejamente, bamboleándose en las rueditas, alcanzando la misma

velocidad y consumiendo la mitad del combustible.

Y eso lo asustaba de veras.

Con esos tanques descomunales y esas máquinas de morondanga, esos monstruos cuando menos duplicaban su radio de acción. A menos que hubieran iniciado la persecución con más de medio tanque vacío, él se quedaría primero sin combustible, y entonces sería su cadena contra catorce espadas. Cuatro o cinco de esos bichos no lo habrían asustado, pero había catorce. Le sorberían la médula ósea y le comerían los sesos.

Doug echó otro vistazo hacia atrás, y en eso un rayo alumbró el escenario como un estroboscopio. En el hueco a sus espaldas, vio las catorce motos raquíticas brincando y saltando como un ejército de hormigas, y la carne de esos insectos reluciendo con un verdor húmedo y nauseabundo. Oscuridad y un trueno, luego otro fogonazo.

¡Oh no! Otra tormenta eléctrica no. Y mientras lo pensaba, tres franjas luminosas rasgaron el cielo en rápida sucesión, como si la electricidad, su vieja enemiga, hubiera acudido para ver cómo le pelaban los huesos. Un trueno lento y prolongado le revolvió las tripas.

—¡Todavía no, hijo de puta, todavía no! —le gritó al cielo.

Espoleado por la furia, aceleró, golpeó una piedra, patinó de costado, y tuvo que usar la pierna lastimada para no caer. Hizo una mueca, soltó un juramento, y vio que el resbalón le había costado unos metros de ventaja sobre sus perseguidores. El rayo golpeó un risco a su derecha.

Y su máquina se detuvo unos segundos.

Otro rayo cayó a su izquierda, más cerca esta vez. De nuevo el motor carraspeó y titubeó. ¡Diantre, lo único que le faltaba era pararse ahora! Vio que había perdido un par de metros más.

¡Slam! ¡Bang! Los rayos lo acosaron por ambos flancos, el trueno lo ensordeció. El motor de la moto tosió, escupió y murió.

Oía el chillido de esos catorce cacharros jadeantes abatiéndose sobre él como un enjambre de avispas gigantes. Con un aullido inarticulado, volvió la cabeza para ver cómo

los demonios verdes en las motos con flotadores se perfilaban contra la luz de otro rayo a menos de diez metros mientras él pateaba el arranque con todas las fuerzas. El motor respondió; puso el cambio y aceleró.

Aumentó la distancia a veinte metros antes de resbalar en una grieta del camino, patinando de costado y perdiendo nuevamente la distancia que había ganado.

Trepó a una colina y bajó rugiendo a un pequeño valle tras doblar a la izquierda con las motos diabólicas a diez metros, mientras un rayo hendía el cielo. El motor tosió de nuevo, vaciló, casi se detuvo, pero volvió a arrancar. Los bicharracos verdes ganaron entretanto unos cuantos metros. Ahora estaban tan cerca que oyó los gritos escalofriantes que soltaban al oler la presa.

Otro rayo, otro carraspeo del motor, y una espada le silbó sobre la cabeza, hundiéndose tres pulgadas en un árbol del costado del camino. Una segunda espada rebotó en la barra trasera del asiento, se remontó en el aire, y al bajar estuvo a punto de tajarle la espalda. Una tercera espada le mordió el hombro izquierdo rasgándole el emblema.

Doug Allard supo que había sonado su hora. Ya no sentía miedo ni desesperación, ni siquiera sabía qué diablos estaba haciendo, excepto en un nivel instintivo. Era todo furor: furor contra los engendros que estaban mastigándolo en pocos minutos, furor contra el chisporroteante dragón del cielo que lo había arrojado a este mundo infernal.

El rayo lo encandiló cuando otra espada le zumbó por encima de la cabeza. En un gesto final y desafiante, arrancó el cable del faro y alzó la punta cortada gritándole al cielo:

—¡Ven a buscarme, amarillo hijo de puta!
¡Te desafío!

De golpe el mundo fue amarillo e incandescente. Todo pareció ocurrir simultáneamente

y en cámara lenta. Le tintineó el cuerpo, el ozono lo asfixió, y el motor calló por completo. La moto empezó a perder estabilidad, pero sabía que si caía en ese instante, o siquiera rozaba la carretera con el pie, era hombre muerto. Todavía encandilado, se irguió sobre los estribos, ladeó el cuerpo a la derecha contra la inclinación de la curva, compensando la brusca pérdida de velocidad. La Harley corcóveo locamente, hubo un estruendo formidable, y la visión se le empezó a aclarar.

Vio vagamente que estaba patinando en la carretera, brincando y rebotando hacia una barranca abrupta que daba a una hondonada boscosa a la derecha. Se echó hacia atrás, hundiéndose los frenos, el impetu fue muriendo, y la moto se le deslizó bajo el cuerpo. Cayó rodando, despeleándose un poco en el trayecto.

Se incorporó y vio que la Harley yacía de costado en la hierba alta del borde de la carretera, y por tres metros no había caído en un cañón escabroso. Era de día, los árboles eran abetos comunes, la carretera estaba en buen estado, no había demonios verdes ni motos con flotadores, y la tormenta eléctrica se retiraba hacia el este surcando el cielo.

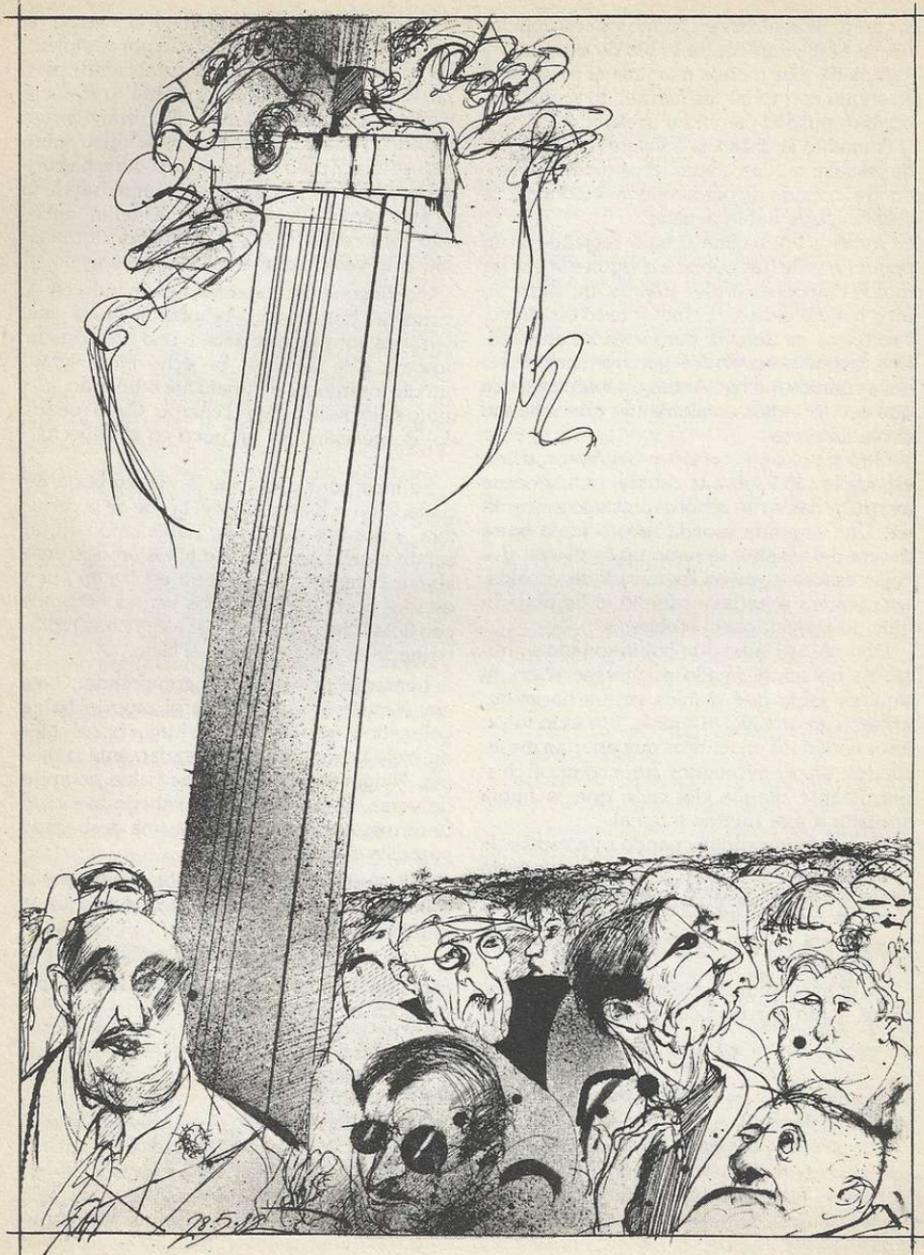
Lentamente, empezó a comprender. Este era el mismo lugar donde el rayo lo había golpeado la primera vez, y a juzgar por el color del cielo la hora era aproximadamente la misma. Ninguna de esas locuras había ocurrido de veras. El rayo debía de haberlo atontado unos minutos sumiéndolo en una desbocada pesadilla eléctrica.

Sólo entonces notó el dolor agudo que le punzaba el hombro izquierdo, el tajo en el emblema, la sangre debajo.

Y cuando examinó la moto, encontró el cable del farol arrancado y un bollo de papel metálico en vez del fusible.

Titulo del original en inglés: *In the Eye of the Storm*. © 1974, Universal Publishing and Distributing Company.

© 1975, Norman Spinrad. Traducción de Gregorio Cáceres.



...antropológicos, que hacen
resonar los contenidos arcaicos
de la conciencia.

José Pedro Díaz

CINCO EJERCICIOS

Ilustró FATI

Grandeza

Nada admiran más que la grandeza y, ciertamente, la idea que de ella se hacen es muy alta. Es difícil determinar qué ha podido salvar hasta ahora, en ellos, esa capacidad de devoción. En algún sentido ésta se nutre de lejanía; por eso quizá se complacen en afirmar siempre, empecinadamente, y estén donde estén, que están lejos. Sin duda esto implica virtudes y cualidades muy loables: nada que sea real logra interesarlos. A esto le llaman ser realistas. En este aspecto son implacablemente exigentes. Así, teorizan de modo incansable sobre proyectos de vastas obras complejas y ambiciosas; a veces, cuando se cansan de ello, hojean historietas infantiles o se reúnen para jugar a la bolita, reconociendo que no siempre se puede estar preocupado por empresas de tan alta envergadura. Si alguno, contrariando

el sentir general, inicia alguna obra concreta —digamos: un verdadero edificio o un nuevo sistema de comunicaciones— ellos se duelen de su orgullo y, al contemplar su resultado material y palpable, se alejan compadeciéndose de su fracaso. Entonces vuelven a su primero y más alto empeño: la verdadera grandeza, y hablan de ella animadamente en grupos que forman en los baldíos mientras se espulgan al sol.

Distancias

Todo es un problema de distancias. A alguien le oí decir, alguna vez, que veo lejos. Pero es lo cierto que hasta hoy no puedo saber si son torres o cortes bruscos de lejanas montañas lo que veo desde las murallas. Acaso sean simplemente nubes. Delante de nuestra ciudad yo distingo otra, que veo nítidamente, y cuyo

alcázar dorado por el sol de la tarde me gusta contemplar. Alguna vez, mientras lo contemplaba, se lo describía a un amigo y éste me dijo luego: "Me gusta mucho tu interpretación. Es hermoso pensar que en el horizonte sigue habiendo ciudades y alcázares. Aunque... debo decirte que no todos opinan como tú". Yo le aclaré que no hablaba del horizonte, que hablaba de la ciudad que hay delante de la nuestra, que, en realidad, yo no sé qué hay en el horizonte. "Es prudente tu aclaración", me dijo mi amigo.

Quemados

Admiran sobre todo el fuego. Cuando un incendio estalla en los bosques, afirman que la bendición de los dioses cae sobre ellos. Por su similitud con un incendio lejano reverencian al poderoso Dios de los ponientes, y en lugares ostensibles y de preferencia cuelgan en sus casas troncos chamuscados, despojos de incendios o de hogueras. En los altares veneran la piedra del carbón. Sólo que, cuando advierten en alguien signos de una quemadura lo persiguen y acosan. En algunas tribus aún se procura cazar a los quemados para sacrificarlos en una hoguera. Por eso ellos deben llevar escondidas las huellas de sus llagas. Lo más que sus amigos pueden hacer —sabiendo que están quemados— es no aludir a ello: hacer como si nada supieran. Nadie habla allí de los quemados.

Grietas

Sostienen que lo que importa son las grietas. No todos las conocen, sin embargo. Algunos pasaron largos años trabajando sus campos sin encontrar ninguna. Cuando otros hablan de grietas cambian de conversación o hacen como que no oyen bien. En realidad no creen que existan. Porque los que realmente las co-

nocen son pocos. Se dice que es frecuente que quien encuentra una caiga en ella. Y entonces no suele vérselo más. Un cierto número, sin embargo, aunque muy escaso, reaparece. En general tienen marcas visibles de las magulladuras que se hicieron al trepar de nuevo por sus bordes. Cultivan sus campos alegremente y con provecho cierto. Pero, para desilusión de quienes quieren saber, no hablan de grietas, sino de extensos sembrados, de altas montañas y de mares luminosos, aunque es notorio que no salieron de aquel país.

Cometas

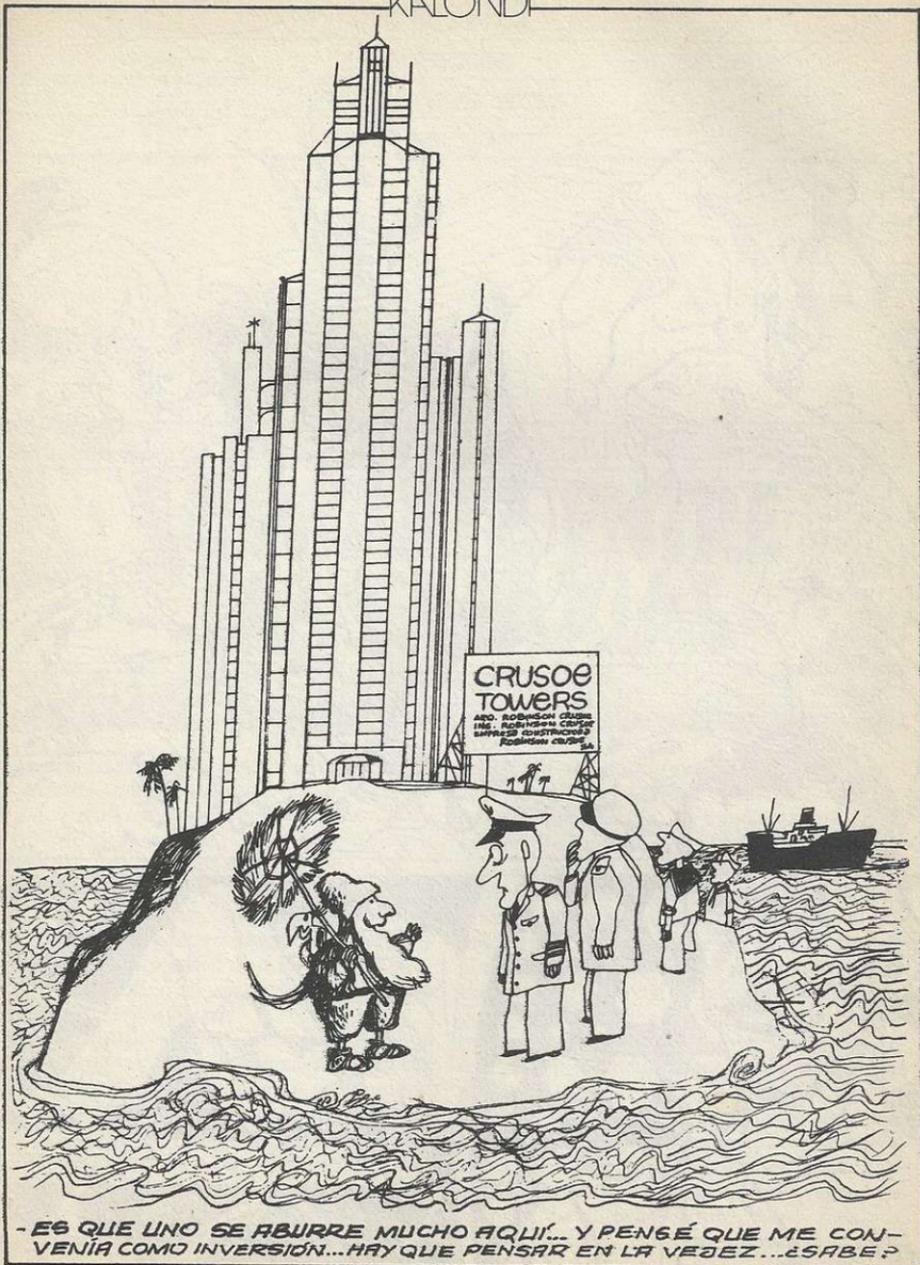
La ciudad sorprende porque en ella se ve un número abrumador de cometas. En los árboles, en los hilos telefónicos, enredadas en las astas de las banderas, en los cables de los trolley buses, en los anuncios de las casas de comercio, en los altos pretiles; es difícil encontrar un lugar donde no haya restos de ellas, si bien, por lo general, muy deterioradas. Hasta en las calles, junto a las paredes o en el borde de las calzadas se descubren esqueletos ya descompuestos: dos varillas cruzadas, fragmentos de papel, restos de hilos.

Por su parte los habitantes de esa ciudad suelen formar grupos y dialogar en las calles mientras mantienen uno de sus brazos en alto, y aún hacen con él, algunos, el gesto de tirar; pero de sus manos sólo cuelgan fragmentos de hilos que arrastran por el suelo.

En las conversaciones usan con frecuencia la palabra cometa y cada uno presume de tener la propia. Cuidan de sus pequeñas hebras de hilo con verdadera devoción; no las sueltan ni cuando se acuestan. Y cuando duermen los cabos de hilo penden de sus manos, al borde de la cama, y dibujan en el suelo, junto a los zapatos, pequeños jeroglíficos en los que ellos no ponen atención.

© 1982, José Pedro Díaz.

KALONDI



-ES QUE UNO SE ABURRE MUCHO AQUI... Y PENSÉ QUE ME CONVENÍA COMO INVERSIÓN... HAY QUE PENSAR EN LA VEJEZ... ¿SABE?



SANYAL. 1982.

Todo parece igual
en todas partes.
Pero la diversidad existe:
en el espacio interior.

ROBERT SILVERBERG

SCHWARTZ ENTRE LAS GALAXIAS

Ilustró SANYU

Esto es realidad: Schwartz está cómodamente encerrado —pasivo, suspendido— en una cabina de pasajeros de primera clase a bordo de un cohete de Aerolíneas Japonesas, a nueve kilómetros de altura sobre el Mar de Coral. Y esto es fantasía: el mismo Schwartz está a bordo de una brillante nave estelar que surca tersamente los abismos del espacio, viajando a nueve veces la velocidad de la luz de Betelgeuse IX a Rigel XXI, o tal vez de Andrómeda a la Nube Magallánica Menor.

No hay naves estelares. Tal vez no las haya nunca. Aquí estamos, a varias décadas del vuelo de la Apolo 11, y ningún ser humano viaja a ninguna parte excepto de un extremo a otro de la faz de esa pequeña O, la Tierra, pues los planetas son yermos y las estrellas son inalcanzables. Esa pequeña O es demasiado pequeña para Schwartz. Con frecuencia cobra un brillo esmaltado, se transforma en un frag-

mento de porcelana muerta; y últimamente él ha adquirido la costumbre, cuando el mundo se vuelve esmaltado, de refugiarse en la nave estelar. De modo que el Vuelo 411 de Aerolíneas Japonesas sólo encierra su yo físico, su caparazón, que ocupa un costoso cubículo privado en una elegante nave para 200 pasajeros que partió de Buenos Aires poco después del desayuno, voló un par de horas hacia el oeste a lo largo del Trópico de Capricornio, y pronto aterrizará en el puerto aéreo de Torres, en Papuasía. Pero su conciencia, su ánima, su schwartzidad esencial, vuela entre las galaxias.

¡Vaya nave estelar! ¡Qué maravillosos son sus miles de pasajeros! Por los corredores atestados hormiguea un sinfín de enormes y multicolores criaturas galácticas, nativas de los mundos de Capella, Arturo, Altair, Canopo, Polaris, Antares, seres inteligentes y articula-

dos, que respiran metano o nitrógeno o argón, de piel delgada o sin piel, con muchos brazos o muchas cabezas o totalmente incorpóreos, cada cual producto de un legado cultural extraño, singular y singularmente único. Entre esta variedad de seres se mueve Schwartz, la superestrella de los antropólogos, auténtico heredero de Kroeber y Morgan y Malinowski y Mead, observando gozosamente esa deliciosa diversidad. Mientras que a bordo de este coheste prosaico, esta aguja estratosférica atada a un planeta, es imposible diferenciar a los canadienses de los portugueses, a los portugueses de los rumanos, a los rumanos de los irlandeses, a menos que abran la boca, y aun así no siempre.

En sus ensoñaciones Schwartz dialoga con criaturas del sistema de Fomalhaut sobre la circuncisión digital; graba las melodías de la flauta ocular aquemariana; aprende sobre la magia nasal de Acrux, los éxtasis oníricos de Aldebarán, los escultores de asteroides de Thuban. Entonces una sonriente azafata abre la cortina del cubículo y se asoma, arrojándolo de una realidad a otra. La azafata tiene ojos azules, pelo ensortijado, nariz recta, labios delgados, piel bronceada: un enredo genético, la típica mezcla humana del siglo veintiuno, tal vez melanesia-sueca-turca-boliviana, tal vez polaca-berberí-tártara-galesa. El tránsito intercontinental barato ha consumado su obra fatídica: la Tierra entera es un crisol, todas las reservas genéticas se han fundido en un fluido confuso. Schwartz cavila sobre la recesividad de esos ojos azules y no llega a ninguna solución satisfactoria. Ella es hermosa, de cualquier modo. Se llama Alba —¡oh dulce nombre neutral y aculturalizado!— y ambos han flirtado, ella y él, Alba y Schwartz, de vez en cuando durante el breve vuelo. Pestañeando, ella dice suavemente:

—Estamos preparándonos para aterrizar, doctor Schwartz. ¿Sus restrictores están en posición?

—Nunca los desconecté.

—Bien. —Los ojos azules, cálidos, interesantes se cruzan con los de Schwartz.— Esta noche debo quedarme en Papuasía.

—Me alegro.

—Tomemos una copa mientras esperamos a que descarguen el equipaje —sugiere ella

con risueño desenfado—. ¿De acuerdo?

—Supongo —dice él casualmente—. ¿Por qué no? —Esa disponibilidad lo aburre: en cierto modo disfruta de los placeres obsoletos de la seducción. En un tiempo una mujer tan accesible lo habría excitado, pero ahora no. Schwartz tiene cuarenta años, es alto, robusto, corpulento, típica muestra de los genes campesinos de su sufrida madre irlandesa. Tiene el pelo negro y abundante matizado de gris; a muchas mujeres les resulta interesante. Hoy día rara vez se ve pelo gris. Viste simplemente pero bien, sandalias y túnica socrática. Previsiblemente, su atractivo físico, tanto dentro como fuera de su séxtupla doméstica, ha aumentado con el éxito profesional. Es confiado, autosuficiente, e irradia una seguridad contagiosa. Tan sólo este mes, ochenta millones de personas han oído sus conferencias.

Ella detecta el ligero hartazgo en la voz.

—No parece interesado. ¿No le gusta?

—No es eso.

—¿Qué ocurre entonces? ¿Deprimido, profesor?

Schwartz se encoge de hombros.

—Terriblemente deprimido. El cuerpo como un hueso seco. La mente como cenizas muertas. —Sonríe de oreja a oreja, quitando todo sentido a esas palabras.

Ella capta el tono irónico.

—Es una lástima —dice—. Es terrible.

—Sólo citaba a Chuang-tzu. No me haga caso. En verdad me siento bien, sólo un poco cansado.

—¿Demasiados vuelos?

Schwartz cabecea.

—Demasiada uniformidad en todos los lugares que visito. —Piensa en una cubierta con cúpula transparente moteada de estrellas, donde tres espicanos sin huesos ejecutan una descoyuntada danza propiciatoria para distraerse en las horas lentas de viaje ultralumínico.—Me repondré —le dice a la azafata—. Nos veremos luego.

La cara híbrida de la muchacha está radiante de alivio y excitación.

—Lo veré en Papuasía —le dice, guiñándole el ojo, y se aleja ágilmente por el corredor.

Papuasia. A la hora del cóctel Schwartz estará en Port Moresby. Esta noche hablará en la Universidad de Papuasía; ayer fue Montevi-

deo, pasado mañana será Bangkok. Está haciendo el gran circuito académico. Este es su año: de pronto es muy respetado en los círculos antropológicos, desde la publicación de *La máscara bajo la piel*. Vuela de un continente a otro, compartiendo su sapiencia, el lunes en Montreal, el martes en Veracruz, el miércoles en Montevideo. El jueves... ¿el jueves? Esta mañana cruzó la línea horaria internacional y no recuerda si pasó al jueves o al martes, aunque ayer sin duda fue jueves. Schwartz sólo está seguro de que el mes es julio y el año 2083, y hay momentos en que ni siquiera está seguro de eso.

El cohete entra en la fase final del descenso. Papuasía espera, reluciente y vítrea. El mundo tiene de nuevo un lustre cristalino. Schwartz deja que su espíritu se escabulla feliz a la reluciente nave estelar que se desliza velozmente entre las constelaciones arremolinadas.

Se encontró en el atestado salón de la cubierta inferior de la nave estelar, bebiendo una copa con su compañero de viaje, Pitkin, el economista de Yale. ¿Por qué Pitkin, ese hombrecillo grosero y pomposo? ¿Por qué, pudiendo elegir entre toda la humanidad real e imaginaria, su inconsciente decidió hacerle compartir esta fantasía con semejante pesado?

—Mira —dijo Pitkin, guiñándole el ojo—. Allá está tu amiga.

El iris de ingreso se había abierto, y había entrado la no-macho de Antares.

—Olvidálo —dijo Schwartz—. Sabes que no hay nada entre nosotros.

—¿No hace días que la persigues?

—Ella no es "la" —dijo Schwartz.

—¡Vaya precisión! —se burló Pitkin—.

¡Vaya erudición! *Ella no es la*, dice. —Codeó a Schwartz—. Para ti ella es ella, amigo, y no trates de engañarme.

Schwartz tuvo que admitir que había algo de cierto en las vulgaridades de Pitkin. La antariana —una humanoide esbelta, de ojos amarillos, piel de ébano, erguida, sinuosa y lustrosa, con piernas largas y ahusadas y la gracia escumidiza de una foca— le resultaba tremendamente atractiva. Tampoco él podía evitar considerar femenina a la antariana. Sabía que esa actitud era producto de sus prejuicios culturales y biológicos; de hecho "ella" le

había advertido que las distinciones sexuales terrestres eran irrelevantes en el sistema de Antares, que si Schwartz insistía en clasificarla dentro de un género sólo podía considerarla un macho negativo, sin que ello implicara femineidad biológica.

—Te lo he dicho —dijo pacientemente—. La antariana no es macho ni hembra según nuestros conceptos. Si la percibimos como femenina, es resultado de nuestro condicionamiento cultural. Si quieres creer que mi interés en esa criatura es sexual, adelante, pero te aseguro que es puramente profesional.

—Claro. Sólo estás estudiándola.

—En cierto modo sí. Y ella me estudia a mí. En su mundo nativo tiene la jerarquía de "observadora-de-vida", que parece ser el equivalente antariano de un antropólogo.

—Qué maravilla para ambos. Ella es tu primera alienígena y tú eres su primer judío.

—Deja de llamarla *ella* —rezongó Schwartz.

—¡Pero tú lo has hecho!

Schwartz cerró los ojos.

—Mi abuela me advirtió que nunca me codeara con economistas. Tienen ideas sucias y mal aliento, decía. También decía pestes de los egresados de Yale. Perversos del intelecto, los llamaba. Y heme aquí, encerrado en una nave estelar con 500 criaturas de otros mundos y un congénere humano, y tenía que ser un economista de Yale.

—La próxima vez viaja con tu abuela.

—Lárgate —dijo Schwartz—. Deja de arruinar mis fantasías. Vé a predicar tus estériles conocimientos a otra parte. ¿Ves a esos nativos de Delta Auriga? Entra en ese frasco y háblales del producto global bruto. —Schwartz le sonrió a la antariana, que había pedido una bebida, algo que irradiaba un resplandor azul iridiscente, y se le acercaba. —Vete —masculó Schwartz.

—No te preocupes —dijo Pitkin—. No quiero importunar. —Desapareció en la abigarrada multitud.

—Los capellanos están bailando, Schwartz —dijo la antariana.

—Me gustaría verlo. De cualquier modo, aquí hay demasiado bullicio. —Schwartz miró los ojos verticales y alimonados de la criatura. Ojos de gato, pensó. Ojos de pantera. La mira-

da de la antariana estaba fija, como de costumbre, en la boca de Schwartz: otros mundos, otras costumbres. Sintió un extraño y turbador temblor de deseo. Pero ¿deseo de qué? Era una sensación de necesidad pura, no específica, por cierto no sexual.— Creo que echaré una ojeada. ¿Me acompañas?

El cohete de Papuasía acaba de aterrizar. Schwartz, apoyado en la mesa angosta de la sala del puerto aéreo, le dice a la azafata, con voz baja e intensa:

—Mi vida estaba en crisis. Todos mi valores perdían significación. Descubría que la profesión que había elegido era hueca, tonta, tan inútil como... como jugar ajedrez.

—Qué espanto —susurra dulcemente Alba.

—Tú entiendes la razón. Viajas por todo el mundo, ves mil puertos aéreos por año. Todo es igual en todas partes. Las mismas ropas, la misma jerga, las mismas revistas, los mismos estilos de arquitectura y decoración.

—Sí.

—Homogeneidad internacional. Uniformidad mundial. ¿Puedes entender cómo es para un antropólogo un mundo donde no quedan primitivos, Alba? Aquí estamos, en la isla de Papuasía (tú sabes, cazadores de cabezas, animismo, pintura corporal, tambores al caer el sol, un hueso en la nariz) y mira a los papúas con sus túnicas de ejecutivo a nuestro alrededor. Escucha cómo intercambian datos financieros, cómo hablan de béisbol, cómo se recomiendan restaurantes de París y barberos de Johannesburgo. Y en otras partes es igual. En sólo un siglo hemos transformado el planeta en un enorme y sofisticado estado industrial y occidental de plástico. Los satélites de retransmisión televisiva, los cohetes que van de un continente a otro en dos horas, el colapso del exclusivismo religioso y los tabúes genéticos, han bastardeado todas las culturas, ¿te das cuenta? Visitas a los zuni y tienen máscaras africanas de plástico en la pared. Visitas a los bosquimanos y tienen ceniceros con motivos hopi fabricados en Japón. Son simples decoraciones de interior, y por debajo de los motivos primitivos cuidadosamente seleccionados existe la misma sensibilidad pseudoamericana universal, ya estés en el Kalahari o en la selva

húmeda de Amazonia. ¿Comprendes lo que ha pasado, Alba?

—Es una pérdida tremenda —dice ella con tristeza. Ella se esfuerza por demostrar comprensión, pero Schwartz presente que sólo espera que él termine su sermón y la invite a compartir su cuarto de hotel. La invitará, desde luego, pero nada puede detenerlo una vez que ha abordado su tema favorito.

—La diversidad cultural ha desaparecido del mundo —dice—. La religión ha muerto, la verdadera poesía ha muerto, la inventividad ha muerto, la individualidad ha muerto. Poesía. Escucha esto. —Con tono monocorde declara:

*En la belleza camino
con la belleza ante mí camino
con la belleza detrás de mí camino
con la belleza encima y alrededor de mí camino
todo termina en belleza
todo termina en belleza*

Ahora está empapado de sudor. Su cántico ha creado una rara esfera de silencio alrededor; las cabezas se vuelven, los ojos se entrecierran.

—Navajo —dice—. El Camino de la Noche, un cántico de nueve días, una visión, un hechizo. ¿Donde están ahora los navajo? Si vas a Arizona cantarán para ti, sí, por dinero; pero no saben qué significan las palabras, y es muy posible que los cantores sean sólo un cuarto de navajo, o un octavo de navajo, o quizá sean hopi contratados para vestirse de navajo, porque los verdaderos navajo, si queda alguno, están en Ciudad de México, contratados para ser aztecas. Se ha perdido tanto. Escucha. —Canta de nuevo, ahora con más estridencia:

*El animal corre, pasa, muere. Y es
el gran frío.
Es el gran frío de la noche, es la oscuridad.
El pájaro vuela, pasa, muere. Y es...*

—VUELO 411 DE AEROLINEAS JAPONESAS. EL EQUIPAJE SE ESTA DESCARGANDO EN SALA CUATRO —anuncia una potente voz mecánica.



... el gran frío.
Es el gran frío de la noche, es la oscuridad.

—VUELO 411 DE AEROLINEAS...

El pez nada, pasa, muere. Y...

—La gente está mirando —dice Alba, incómoda.

—... EN SALA CUATRO.

—Que mire. No le vendrá mal. Ese es un canto pigmeo, de Gabón, África ecuatorial. ¿Pigmeos? Ya no hay pigmeos. Todos tienen dos metros de estatura. ¿Y qué cantamos nosotros? Señala irritablemente la nube de diminutos parlantes dorados que flotan cerca del cielorraso. Irradian una papilla musical: la canción popular de moda. Masculla salvajemente las palabras. —Estrella... lejana... aquí... cerca. Y se toca en cada puerto aéreo en este momento, en el mundo entero.

—Ella sonríe tímidamente, alarga la mano, toma la de Schwartz, la cubre, presiona los nudillos. El está mareado. La multitud, los ojos, la música, la bebida. El plástico. Todo reluce. Porcelana. Porcelana. El planeta se vitrifica.

—¿Tom? —pregunta ella, inquieta—. ¿Te pasa algo? —El ríe, parpadea, tose, tiritá. Oye que ella pide ayuda, y luego siente que su alma se escabulle, se hunde en la negrura galáctica.

Con la no-macho antariana a su lado, Schwartz atisbó por la tronera, admirando con reverencia y fascinación la seductora visión de los capellanos que se contorsionaban fuera de la nave. No todos los viajeros tenían acogedores camarotes como el suyo. Los capellanos eran demasiado grandes para subir a bordo; y en todo caso preferían no dejarse encerrar nunca entre paredes de metal. Viajaban a lo largo de la nave estelar, retozando como ballenas escurridizas en las ardientes radiaciones del espacio. Mientras se mantuvieran a veinte metros del casco estarían dentro del campo de acción del Efecto Rabinowitz, que impulsaba la nave y el contenido y los viajeros que la rodeaban hacia Rigel, o la Magallánica Menor, o tal vez una de las Pléyades, a una serena velocidad nueve-luz.

Observó a los capellanos que se movían más allá de la sombra de la nave en hileras de blanco brillante. De color azul, verde lustroso y negro aterciopelado, zigzagueaban y nadaban, y cada estela era un relámpago de fuego dorado.

—Tienen una belleza peligrosa —susurró Schwartz—. ¿Oyes su llamado? Yo sí.

—¿Qué dicen?

—Dicen “¡Ven a mí, ven a mí, ven a mí!”

—Vé a ellos, entonces —dijo simplemente la antariana—. Sal por la escotilla.

—Moriría.

—Y entrarías en tu próxima transición. ¡Pobre Schwartz! ¿Tanto amas tu cuerpo actual?

—Mi cuerpo actual no es tan malo. ¿Piensas que algún día tendré otro?

—¿No?

—No —dijo Schwartz—. Este es todo lo que tengo. ¿No ocurre lo mismo con vosotros?

—En el Tiempo de las Aperturas recibiré mi próxima morada. Eso será en cincuenta años. Lo que ves es la quinta forma que me han concedido.

—¿La próxima será tan bella como ésta?

—Todas las formas son bellas —dijo la antariana—. ¿Me encuentras atractiva?

—Desde luego.

Un guiño vertical. Un gesto hacia la tronera.

—¿Tanto como esos?

Schwartz rió.

—Sí. De un modo diferente.

—Si yo estuviera allí afuera —dijo coquetamente la antariana—, ¿saldrías al espacio?

—Tal vez. Si me dieran un traje espacial y me enseñaran a usarlo.

—¿De lo contrario no? Supón que estuviera allí en este momento. Que pudiera vivir cinco, diez, quizá quince minutos. Estoy allí y digo: “¡Ven a mí, Schwartz, ven a mí!” ¿Qué haces?

—No creo ser tan autodestructivo.

—¡Pero morir por amor! Hacer una transición por devoción a la belleza.

—No. Lo siento.

La antariana señaló a los capellanos ondulantes.

—Si ellos te lo pidieran, irías.

—Me lo están pidiendo.

—¿Y rechazas la invitación?

—Por ahora. Por ahora.

La antariana soltó una risa antariana, un ronquido grueso y plateado.

—Nuestro viaje durará muchas semanas más. Uno de estos días, creo, irás a ellos.

—Estuviste inconsciente por lo menos cinco minutos —dice Alba—. Asustaste a todo el mundo. ¿Estás seguro de que te conviene dar la conferencia de esta noche?

—Me repondré —dice Schwartz, cabeceando—. Estoy un poco cansado, es todo. Demasiados cambios horarios en una semana. —Están en la terraza del cuarto de hotel. Anochece en pleno atardecer; es invierno en el hemisferio sur, aunque la fragancia de las flores tropicales perfuma el aire. Han despuntado las primeras estrellas. En realidad Schwartz nunca supo cuál estrella es cuál. Esa brillante, piensa, podría ser Rigel, y ésa podría ser Sirio, y tal vez aquélla es Deneb. ¿Y ésta? ¿Podría ser la roja Antares, en el corazón del Escorpión, o es sólo Marte? Gracias al desmayo en el puerto aéreo ha podido sortear la recepción habitual de los profesores y la cena formal; alegando su necesidad de descanso, ha optado por una cena ligera en el cuarto, *a deux*. En dos horas pasarán a buscarlo y lo llevarán a la Universidad para que hable. Alba lo escruta atentamente. Tal vez está preocupada por su salud, tal vez sólo espera que él tome la iniciativa. Después habrá tiempo para todo eso, supone él. Ahora prefiere hablar. Ejercitándose para la conferencia, continúa con su charla de antes:

—Durante mucho tiempo no entendí qué había sucedido. Crecí en el aislamiento, separado de la realidad, un muchacho de Nueva York con una mente brillante y un carnet de biblioteca. Leí todos los clásicos de la antropología, *Patrones culturales*, *La mayoría de edad en Samoa*, *Vida de una tribu sudafricana* y el resto, y soñé con viajes de exploración, para recopilar mitos y gramáticas y tradiciones y artefactos y todo eso, hasta que a los veinticinco años, cuando al fin inicié mis viajes de exploración, empecé a descubrir que había estudiado una ciencia muerta. Ahora no sólo tenemos una cultura mundial con variantes locales pero sin divergencias básicas: no queda nada primitivo en la Tierra, y no hay otros planetas. Planetas habitados, quiero decir. No

puedo ir a Marte o Venus y estudiar a los nativos. ¿Qué nativos? Y no podemos llegar a las estrellas. Mi único material de trabajo es la Tierra. Tenía treinta años cuando comprendí cabalmente la situación y supe que había desperdiciado mi vida.

—Pero sin duda tenías algo que estudiar en la Tierra —dice ella.

—Una cultura sin raíces, homogénea. Eso es trabajo para un sociólogo, no para mí. Soy un romántico, un exotista, me gusta lo extraño, lo diferente. Mira, nunca podemos tener una perspectiva real de nuestra época y nuestra vida. Los sociólogos tratan de alcanzarla, pero sólo amontonan datos indigeribles. La comprensión viene más tarde... dos, cinco, diez generaciones más tarde. Pero un modo de comprendernos a nosotros mismos ha sido siempre estudiar las culturas extrañas, estudiarlas a fondo, y definimos a nosotros mismos determinando qué son ellos que nosotros no somos. Pero las culturas tienen que estar aisladas. El antropólogo mismo corrompe ese aislamiento en el sentido de Heisenberg, cuando llega con su cámara y sus aparatos y se pone a hacer preguntas; pero hasta cierto punto podemos compensar el daño inevitable que produce un observador solitario. No hay compensación cuando nuestra cultura entera choca con otra, la absorbe y la elimina. Y eso hicimos en todas partes nosotros, los hijos de la tecnología. Un día desperté y vi que no había más culturas extrañas. ¡Ja! ¡Una revelación aplastante! ¡Schwartz se quedó sin trabajo!

—¿Qué hiciste?

—Durante años fui una piltrafa. Enseñaba, estudiaba, me movía mecánicamente, sabiendo que no tenía ningún sentido. Mi trabajo se limitaba a examinar los registros de culturas desaparecidas legados por observadores anteriores y a tratar de elaborar nuevos significados. Fuentes secundarias, descubrimientos pasados: era un evaluador de huesos secos, no un recopilador de evidencias. Paleontología. Los dinosaurios son interesantes, ¿pero qué te dicen sobre el mundo contemporáneo y el significado de sus conductas? Hueso secos, Alba, huesos secos. Desesperación. Y luego una pista. Tenía una estudiante nigeriana, una ibo (bueno, básicamente ibo, pero con un po-

co de sangre israelí y creo que china), y hubo una gran afinidad entre nosotros; ella era tan afín a mí como cualquiera de mi séxtupla, y le conté mis problemas. Renunciaré a todo, dije, porque no es lo que esperaba. Ella se rió de mí y dijo: "¿Qué derecho tienes a enfadarte porque el mundo no es lo que esperabas? Cambia tu vida, Tom; no puedes cambiar el mundo. ¿Pero cómo?, dije. Y ella dijo: "Mira hacia adentro, encuentra al primitivo en ti mismo, investiga qué te hizo como eres, qué hizo la cultura tal cual es hoy, investiga cómo han confluído esos arroyos extraños. Nada se perdió, sólo se ha fundido." Me dio que pensar. Me dio un nuevo modo de mirar las cosas. Me lanzó hacia una búsqueda interior. Tardé tres años en captar los patrones, en llegar a una comprensión de lo que es ahora nuestro planeta, y sólo después que acepté el planeta...

Tiene la impresión de que ha estado hablando una eternidad. Pero ya no puede oír su propia voz. Sólo un zumbido distante.

—Después que acepté...

Un zumbido distante.

—¿Qué estaba diciendo? —pregunta.

—Después que aceptaste el planeta...

—Después que acepté el planeta —dice—, que pude empezar... —Un zumbido. Un zumbido.— Que pude empezar a aceptarme a mí mismo.

También lo atraían los espicanos, no tanto por ellos mismos —eran personajes oblicuos, elípticos, reservados y arrogantes, elusivos— como por la droga aparentemente psicodélica que ingerían de un modo sacramental antes del comienzo de cada una de sus interminables danzas rituales. Cada vez que los había mirado tomar la droga, aparentemente ellos se la habían ofrecido, como invitándolo, como tentándolo, antes de tragarla. Le parecía un señuelo, una compulsión.

Había tres espicanos a bordo, criaturas esbeltas de dos metros y medio de largo, de cuerpos flexibles y cilíndricos y patas cortas y regordetas. La piel era reptilica, seca y tersa, muy verde, con franjas amarillas; pero los ojos eran extrañamente humanos, ojos pardos, grandes y líquidos, tristes ojos levantinos, los ojos de infortunados viajeros medievales transformados en serpientes por algún encan-

tamiento. Schwartz había hablado con ellos varias veces. Entendían inglés bastante bien, como todas las razas galácticas; Schwartz suponía que se convertiría en la *lingua franca* interestelar, tal como había ocurrido en la Tierra, pero la estructura de los órganos vocales les impedía hablarlo, y por lo tanto debían utilizar pequeñas máquinas traductoras que les colgaban del cuello y convertían los susurros sibilantes en palabras ambarinas que vibraban en una pantalla.

Cautelosamente, la tercera o cuarta vez que habló con ellos expresó un amable interés en la droga. Le contaron que los capacitaba para establecer contacto con las fuerzas centrales del universo. Schwartz replicó que en la Tierra también había drogas parecidas, y que él las usaba a menudo, que le permitían comprender el funcionamiento del cosmos. Ellos demostraron cierta curiosidad, tal vez incluso una curiosidad intensa; leerles los ojos era difícil y el tono de las voces no daba ninguna pista. Schwartz sacó un elegante maletín de cuero del zurrón y les mostró lo que tenía: learitonina, psilocerebrina, siddhartina y ácido-57. Describió los efectos de cada una y sugirió un intercambio, cualquiera de ellas por una dosis equivalente del rugoso fungoide naranja que mordisqueaban ellos. Conferenciaron entre sí. Sí, dijeron, haremos el cambio. Pero no ahora. No hasta el momento adecuado. Schwartz sabía que no era conveniente preguntar cuántos. Les dio las gracias y guardó sus drogas.

Pitkin, que había observado la conversación desde la otra punta de la sala, se le acercó a grandes trancos mientras los espicanos se escabullían.

—¿Qué te propones ahora? —preguntó.

—¿Por qué no te metes en lo que te importa? —dijo cordialmente Schwartz.

—Estás cambiando píldoras con esas vibras, ¿verdad?

—Llamémoslo investigación de campo.

—¿Investigación? ¿Investigación? ¿Qué harás? ¿Drogarte con esa cosa naranja?

—Tal vez —dijo Schwartz.

—¿Cómo sabes qué efecto puede causar en el metabolismo humano? Podrías terminar ciego, paralítico, loco o...

—O iluminado —dijo Schwartz—. Esos son los riesgos de la investigación. Los viejos an-

tropólogos que no vacilaron en probar el peyote, el yage, el ololiuqui, aceptaron esos riesgos, y...

—Pero esas drogas eran usadas por humanos. No tienes manera de saber cómo... Oh, ¿para qué diablos, Schwartz? Investigación. Lo llama investigación —se burló Pitkin—. ¡Drogadicto!

—¡Economista! —replicó Schwartz con el mismo desprecio.

Hoy hay bastante gente, casi tres mil personas, todas las butacas del auditorio con forma de herradura de la Universidad están ocupadas, y un relé de video además transmite la conferencia a toda Papuasía y a la mitad de Indonesia. Schwartz se yergue en la tarima como un semidiós bajo una luz brillante que no encandila. Pese a su fatiga de antes ahora se ha recobrado. Sus ademanes son amplios y enérgicos, su mirada perentoria, su voz profunda y resonante, sus palabras fluidas.

—Sólo un planeta —dice—, un pequeño y atestado planeta donde todas las culturas convergen en una monótona y deprimente uniformidad. ¡Qué triste es esto! ¡Cómo nos empequeñecemos cuando nos esforzamos por parecernos unos a otros! —Alza los brazos bruscamente.— ¡Miren las estrellas, las inalcanzables estrellas! ¡Imaginen, si pueden, los millones de mundos que rodean esos soles ardientes más allá de la oscuridad de la noche! Especulen conmigo sobre otros pueblos, otros modos de vida, otros dioses. Seres de todas las formas imaginables, de aspecto extraño pero no grotesco, ni abominable, pues toda forma de vida es hermosa; seres que respiran gases raros para nosotros, seres de tamaño inmenso, seres con muchas extremidades o sin ninguna, seres para quienes la muerte es la culminación divina de la existencia, seres que nunca mueren, seres que crían camadas de mil vástagos, seres que no se reproducen... ¡todas las infinitas posibilidades del infinito universo!

”Tal vez en cada uno de esos mundos ocurre lo que ha ocurrido aquí: una especie inteligente, una cultura, la convergencia eterna. Pero el conjunto de los muchos mundos ofrece una amplia gama de variedad. Y ahora, ¡compartan conmigo esta visión! Veo una nave

viajando de una estrella a otra, un crucero espacial del futuro, y a bordo de esa nave hay un muestrario de muchas especies, muchas culturas, una selección azarosa de la diversidad fantástica de la galaxia. Esa nave es como un microcosmos, un mundo en pequeño, cerrado en sí mismo. ¡Cuán excitante es abordarla, encontrar en ese pequeño recinto tanta riqueza de variación cultural. Ahora bien, nuestro propio mundo fue una vez como esa nave estelar, un microcosmos donde viajaban todos los miles de culturas de la Tierra, los hopi y los esquimales y los aztecas, los kwakiutl, los arapesh, los orokolo y todos los demás. En el curso de nuestro viaje hemos llegado a parecernos demasiado, y así las vidas de todos nosotros se han empobrecido, pues... —De pronto titubea. Se siente débil, manotea los flancos del estrado.— Pues... —La luz, piensa. En mis ojos. Se supone que no debe encandilar así, pero me está encegueciendo. Tengo que pedir que la quiten.— En el curso... el curso de nuestro viaje... —¿Qué está pasando? Ahora sudo. Me duele el pecho. ¿El corazón? Espera, cálmate, recobra el aliento. Esa luz en los ojos...

—Cuéntame —dijo Schwartz ansiosamente— qué se siente al saber que tendrás diez cuerpos sucesivos y vivirás más de mil años.

—Primero cuéntame —dijo la antarianana— qué se siente al saber que vivirás noventa años o menos, y morirás para siempre.

Se las arregla para continuar. El dolor en el pecho se agudiza, no puede focalizar la mirada, cree que en cualquier momento perderá el conocimiento, y tal vez ya lo perdió por lo menos una vez, pero continúa. Aferrando el estrado, delinea el programa que desarrolló en *La máscara bajo la piel*. Un renacimiento del tribalismo sin la vuelta del odioso nacionalismo. La busca de una renovada sensación de parentesco con el pasado. Una reducción abrupta de los viajes no esenciales, especialmente el turismo. Altos gravámenes sobre artículos importados, incluyendo filmes y espectáculos de video. Una tentativa de crear unidades independientes en la Tierra, aunque conservando el nivel actual de interdependencia

económica y política. Revisión de los valores materialistas de la era tecnológico-industrial. Nueva busca de significados fundamentales. Un renacer étnico, antes que sea demasiado tarde, entre esas culturas humanas que sólo recientemente se han apartado de sus tradiciones particulares. (Repíte y ornamenta especialmente este ítem, pensando en ese público de papúas, los tataranietos de los caníbales.)

La incomodidad y la confusión vienen y van mientras él expone sus temas. Elabora y reelabora, clamando apasionadamente por el fin de la homogeneización de la Tierra, y gradualmente los síntomas físicos desaparecen, sólo queda un vértigo leve. Pero un malestar diferente lo acucia cuando se acerca al final. Su propia voz le parece un graznido lejano, insignificante y ridículo. Ha dicho esto mil veces, recibiendo ovaciones, pero ¿quién escucha? ¿Quién escucha? Todo parece hueco esta noche, mecánico, absurdo. ¿Un renacer étnico? ¿Esta gente volverá al taparrabos y el asado de cerdo? La nave estelar es un fantaseo; el sueño de una Tierra diversificada no es más que una tontería. Lo que es será. Y sin embargo él sigue avanzando hacia la conclusión. Vuelve con su audiencia a la nave estelar, crea para ella una horda de seres fabulosos, redondea la metáfora bosquejando la estructura de varias culturas "primitivas" desaparecidas de la Tierra, entona los cánticos de los navajo, los pigmeos de Gabón, los ashanti, los mundugumor. Final. Cataratas de aplausos lo rodean. Se queda donde está hasta que miembros del comité patrocinador se acercan para ayudarlo a bajar; ellos han notado su desazón.

—No es nada —jadea—. Las luces... demasiado brillantes... —Alba está a su lado. Le alcanza un trago, algo fresco. Dos patrocinadores mencionan un agasajo en el Salón Verde.— Bien —dice Schwartz—. Con gusto.—Alba murmura una protesta. El la hace callar.—Mi obligación —le dice—. Conocer a los jefes de comunidad. Los catedráticos. Ahora me siento mejor. De veras.—Tambaleando, temblando, se deja guiar.

—Judío —dijo la antarianana—. Te llamas judío, pero ¿qué significa eso exactamente? ¿Un clan, una secta, una subdivisión, una

tribu, una nación, que? ¿Puedes explicarlo?

—¿Entiendes qué es una religión?

—Desde luego.

—El judaísmo, la religión israelita, es una de las principales en la Tierra.

—¿Entonces eres sacerdote?

—De ningún modo. Ni siquiera practico el judaísmo. Pero mis ancestros sí lo practicaban, y por lo tanto me considero judío, aunque...

—¿Una religión hereditaria, entonces —dijo la antarianana— que no exige que sus fieles observen los ritos?

—En cierto modo —dijo desesperadamente Schwartz—. En verdad, se trata más bien de un subgrupo cultural hereditario, que ha surgido de una perspectiva religiosa común que ya no tiene relevancia.

—Ah. ¿Y las características culturales que definen el judaísmo y lo distinguen de la mayoría de los seres humanos son...?

—Bien... —Schwartz titubeó.— Hay un complejo código dietético, un rito de circuncisión para los varones recién nacidos, un rito de iniciación para los adolescentes varones, caracteres de escritura, un idioma vernáculo comprendido más o menos por todos los judíos del mundo y muchas cosas más, incluyendo cierto apego a un intangible sentido tribal y ciertas actitudes, tales como un especialísimo sentido del humor para burlarnos de nosotros mismos.

—¿Observas el código dietético? ¿Comprendes los caracteres de la escritura?

—No exactamente —admitió Schwartz—. De hecho no hago nada específicamente judío, excepto considerarme judío y adoptar muchas afectaciones característicamente judías, que sin embargo ya no son únicamente judías... pueden encontrarse entre los italianos, por ejemplo, y hasta cierto punto entre los griegos. Estoy hablando de los griegos e italianos del pasado siglo veinte, claro. Hoy día... —La exposición era terriblemente engorrosa.— Hoy día...

—Pareciera —dijo la antarianana— que eres judío sólo porque tus dadores genéticos paterno y materno eran judíos, y ellos...

—No, en absoluto. No mi madre, sólo mi padre, y él era judío sólo por ascendencia paterna, pero ni siquiera mi abuelo observaba las costumbres, y...



—Creo que esto se ha vuelto demasiado confuso —dijo la antarian—. Desisto del interrogatorio. Hablemos en cambio de mis propias tradiciones. El Tiempo de las Aperturas, por ejemplo, puede entenderse como...

—En el Salón Verde un centenar de papúas distinguidos se apretujan para felicitarlo.

—Absolutamente correcto —dicen—. Una catástrofe planetaria. La última oportunidad de salvar nuestra cultura.

Tienen la piel chocolate pero las caras delatan la mezcla genética de su ascendencia: pueden considerarse arapesh, mundugunor, tchambuli, mafulu, tal como él se considera judío, pero han recibido un generoso aporte de cromosomas chinos, japoneses, europeos, africanos y demás. Visten ropas Contemporáneas e Internacionales. Hablan un inglés rico en inflexiones. Schwartz siente un mareo.

—Tienes mal aspecto —susurra Alba. El sonríe animosamente. El cuerpo como un hueso seco. La mente como cenizas muertas. Le presentan a un jefe de tribu, alto, canoso, con aire y vocabulario de profesor, abogado, banquero. ¿Estas personas regresarán a las colinas para la ceremonia de la cosecha del ñame? ¿Las niñas recién nacidas serán abandonadas con el cordón umbilical sin cortar, la piel sin lavar, si los padres no necesitan más hijas mujeres? ¿Los varones a punto de ser hombres se someterán a los costosos servicios del iniciador que los escarificará con dientes de cocodrilo? Ya no hay cocodrilos. Los chamanes se han convertido en corredores de bolsa.

De pronto no puede respirar.

—Sácame de aquí —masculilla Schwartz, asfixiándose.

Alba, con eficacia de azafata, le abre camino en medio de la multitud. Los patrocinadores, preocupados, acuden a ayudarlo. Regresa rápidamente al hotel en un reluciente cocheburbuja. Alba lo lleva a la cama. Reanimándose, él le tiende los brazos.

—No te sientas obligado —dice ella—. Tu viste un día agotador.

El insiste. La abraza y la penetra rápida y ferozmente. Se mueven juntos unos minutos, todo termina y él se recuesta, exhausto, aton-

tado. Ella trae un paño frío, le palmea la frente, lo incita a descansar.

—Tráeme mis drogas —dice él. Quiere siddhartina, pero ella lo malinterpreta, tal vez a propósito, y le ofrece algo azul y grueso, una píldora para dormir, y él, demasiado cansado para resistirse, la toma. Aún así, el sueño parece tardar horas en venir.

Sueña que está en el puerto aéreo, abordando el cohete para Bangkok, e instantáneamente está desembarcando en Bangkok —igual a Port Moresby, sólo que más húmedo— y discurre para una horda de tailandeses entusiastas, mientras los cohetes centellean alrededor, llevándolo de puerto en puerto, y los tailandeses se borronan y se vuelven japoneses, que se vuelven mongoles, que se vuelven uligures, que se vuelven iraníes, que se vuelven sudaneses, que se vuelven zambianos, que se vuelven chilenos, y todos se parecen, todos se parecen, todos se parecen.

Los espicanos se erguían sobre él, girando, cabeceando, meciéndose como cobras al acecho. Pero los ojos, tibios y líquidos, irradiaban comprensión: incluso afecto. Sintió el resplandor de su compasión. Supo que si hubieran tenido la musculatura necesaria para poder sonreír, estarían sonriendo tiernamente.

Uno de los alienígenas se le acercó. El pequeño aparato traductor se balanceó frente a Schwartz como un medallón sagrado. Entornó los ojos, concentrándose todo lo posible en las palabras ambarinas que centelleaban en la pantalla.

“... ha llegado. Cambiaremos...”

—De nuevo, por favor —dijo Schwartz—. Perdí algunas palabras.

“El momento ha llegado. Cambiaremos ahora los sacramentos.”

—¿Sacramentos?

—Drogas.

—Drogas, sí, sí, claro. —Schwartz hurgó en el zurrón. Palpó el cuero liso del maletín. ¿Cuero? Piel de víbora, tal vez. En fin. Lo sacó. — Hélas aquí. Siddhartina, learitonina, psicocerebrina, ácido-57. Elegid. — Los espicanos eligieron tres pequeñas siddhartinas azules. — Muy bien —dijo Schwartz—. La más trascendental. Y ahora...

La criatura más larga le alcanzó una bola de hongo naranja seco del tamaño de la uña del pulgar de Schwartz.

—Es una dosis equivalente. Te la damos.

—¿Equivalente a mis tres tabletas, o a una?

—Equivalente. Te dará paz.

Schwartz sonrió. Había un tiempo para formular preguntas, y un tiempo para una acción decidida. Aceptó el hongo y buscó un vaso de agua.

—¡Espera! —gritó Pitkin, apareciendo de pronto—. ¿Qué estás...?

—Demasiado tarde —dijo serenamente Schwartz, y tragó la droga espicana de un sorbo feliz.

Las pesadillas siguen y siguen. Recorre la Tierra como el Holandés Errante, o como el Judío Errante, de puerto en puerto, un viaje interminable de ninguna parte a ninguna parte. Comités aduladores lo reciben y lo llevan al hotel. A veces los integrantes del comité tienen ese aspecto contemporáneo, imposible de individualizar, con caras standard, ropas standard, el unihumano híbrido último modelo y multifuncional, y a veces son escrupulosamente étnicos, con penachos, pinturas y complicados emblemas tribales, pero las caras también son standard bajo las insignias multicolores, la jerga es la jerga de Uganda y Tierra del Fuego y Nepal, y a Schwartz le parece que estos disfrazados son, en todo caso, menos auténticos, menos honestos que los otros, que al menos son fieles representantes de su tiempo. De modo que no hay esperanzas. Manotea la almohada, gruñe, despierta. Instantáneamente los brazos de Alba lo rodean. El sollozo frases incoherentes en la clavícula de Alba y ella le murmura frases tranquilizadoras en la frente. Comprende que sufre una especie de colapso, una nueva crisis de valores, una destrucción de la síntesis filosófica que le ha permitido salir a flote en los últimos años. Está atado a la rueda: gira y gira y gira, atravesando continentes, sin llegar a ninguna parte. No hay adonde ir. No. Hay un solo lugar donde encontrará la paz, donde el universo será como él necesita que sea. Vé allí, Schwartz. Vé y quédate mientras puedas.

—¿Puedo ayudarte en algo? —pregunta Alba.

Schwartz tiritó y sacude la cabeza.

—Toma esto —dice ella, y le da una píldora. Otro tranquilizante. Bien. Bien. Le ayudará a ir donde debe ir. El mundo se ha vuelto de porcelana. La piel de Schwartz parece una costra de plástico. Andando, andando, a la nave. ¡A la nave!

—Hasta pronto —dice Schwartz, y se esca-bulle.

Frente a la nave los capellanos serpean y giran en su danza ritual. Sin peso y sin masa, son arrastrados hacia el confin de la galaxia a nueve veces la velocidad de la luz. Ondulan con una gracia sorprendente en criaturas tan voluminosas. Una luz deslumbrante que emana del centro del universo les roza la piel lustrosa y, rebotando, resuena en todo el espectro, astillándose en estrías brillantes de ultrarrojo, infravioleta, exoamarillo. Todo el cosmos reluce y titila. Una nota perfecta y única brota de la lejanía y, acercándose, se hincha en un crescendo infinito. Schwartz tiembla ante la belleza de todo lo que percibe.

A su lado está la antariana, satinada como una foca. Ella —definitivamente ella, no hay ninguna duda— le toma el brazo y susurra:

—¿Irás a ellos?

—Sí. Sí, desde luego.

—También yo. Dondequiera que vayas.

—Ahora —dice Schwartz. Tiende la mano hacia la palanca que abre la escotilla. La baja. El flanco de la nave estelar se abre.

La antariana lo mira profundamente a los ojos y dice jubilosamente:

—Nunca te he dicho mi nombre. Mi nombre es Alba.

Juntos atraviesan la escotilla, salen flotando al espacio.

La negrura los recibe blandamente. No hay escozor, ni presión en los pulmones, ningún malestar. Schwartz está rodeado por surtidos luminosos, por túnicas palpitantes de color puro, como si hubiera llegado al centro de una aurora boreal. El y Alba nadan hacia los capellanos, y los enormes seres los saludan con gritos alborotados y joviales. Alba se une inmediatamente a la danza, moviendo las extremidades sinuosas con turbadora agilidad; Schwartz hará lo mismo en un momento, pero primero se vuelve hacia la nave estelar, que

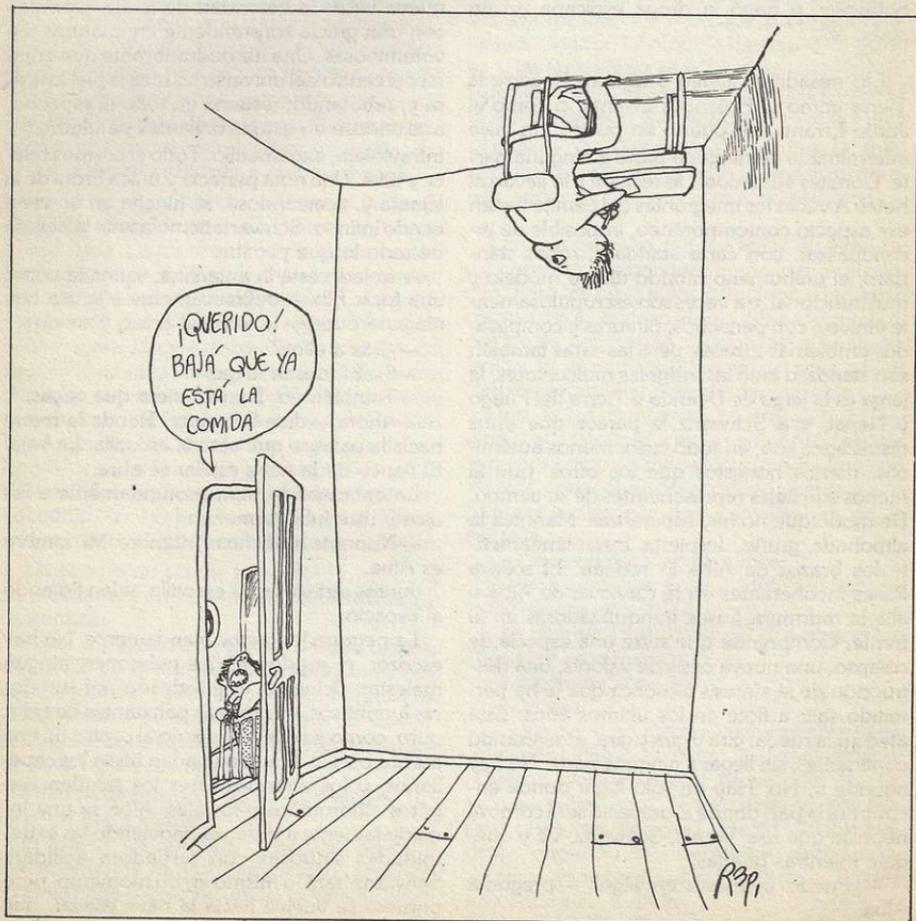
cuelga a su lado en el espacio como una gran aguja de cobre, y en una voz que podría sacudir universos grita:

—¡Venid, amigos! ¡Venid todos! ¡Venid a bailar con nosotros!

Y vienen, saliendo en tropel por la escotilla, los espicanos primero, luego todo el resto, la infinita multitud de seres, los viajeros de Fomalhaut y Aquernar y Acruz y Aldebarán,

de Thuban y Arturo y Altair, de Polaris y Canopo y Sirio y Rigel, cientos de criaturas siderales derramándose felices fuera de la nave, saliendo a borbotones, todas ellas, incluso Pitkin, el pobre Pitkin, todos tomándose las manos y los tentáculos y los zarcillos y lo que fuere, formando un gran círculo de luz en el espacio, cada cual trabado en una armonía cósmica, cada cual bailando. Bailando. Bailando.

Título del original en inglés: *Schwartz Between the Galaxies*.
© 1974 by Robert Silverberg. Traducción de Alberto D'Angelo.



Uno de los juegos favoritos de los autores de ciencia ficción es la creación de seres extraños, para admiración, asombro o aburrimiento del lector. A continuación veremos tres versiones fundamentales: el extraterrestre puro (verdaderamente inasible), la implacable inteligencia artificial y una posible versión del ser humano, adaptado a las crueles leyes físicas de otro mundo.

Marcial Souto

SERES IMAGINARIOS

Ilustró CARLOS NINE

LA PRIMERA ABUELA

Un grupo de terrestres aventureros descendió, poco antes del siglo XXX, en Proavitus, un asteroide colmado de riquezas potenciales, dispuesto a saquearlo mediante una combinación de las más probadas técnicas del oficio: la persuasión, el engaño y la fuerza, en orden creciente de eficacia.

Los proavitoi no eran humanoides. Andaban en posición vertical y vestían túnicas, debajo de las cuales no costaba sospechar piernas, aunque en opinión de algunos expedicionarios "bien podían andar sobre

ruedas". Tenían manos asombrosamente móviles, que creaban la ilusión de un número infinito de dedos. Manejaban herramientas complejas, y a veces hasta las propias manos *eran* herramientas complejas. Algunos de los terrestres estaban convencidos de que esos proavitoi andaban siempre con máscaras puestas, y que en realidad nunca les habían visto las caras. Lo que veían, razonaban, bien podían ser máscaras rituales: quizá los proavitoi, no mostrasen de su cuerpo más que las manos,

que tal vez... bueno, hasta podían ser las verdaderas caras.

Un día, en una conversación casual con un nativo, los terrestres se enteraron de un hecho asombroso: los proavitoi no mueren. "La muerte", se apresuró a explicarles el nativo, "es una tonta costumbre de otros, que nosotros no tenemos por qué imitar. En Proavitus sólo mueren los seres inferiores." Los proavitoi, según parecía, perdían energías y se reducían de tamaño a medida que envejecían. Cada uno conservaba

en su casa milés de antepasados.

Los bravos expedicionarios comprendieron entonces que tenían al alcance de la mano una inesperada riqueza, tal vez la más grande: el secreto de la inmortalidad y, quizá más interesante aún, testigos del Comienzo. Si no había muerto ningún proavitoi, uno, o varios, tenían que haber asistido al comienzo de las cosas. Había que dar con él, o ellos, e interrogarlos.

Los proavitoi les informaron que todos los años se realizaba una ceremonia, que ellos llamaban el Ritual, en la que podían participar los que tenían más de diez generaciones de descendientes. En esa ceremonia los más viejos contaban, a los que todavía no lo sabían, cómo había sido el principio. Y todos reían y se divertían hasta más no poder.

Los terrestres, desesperados por el secreto, decidieron actuar enseguida, y arrancarlo si fuera necesario por la fuerza. Además,

querían oírlo por boca del más viejo, para que no quedasen dudas.

Entraron en una casa cualquiera y empezaron a hacer preguntas, convencidos de que no sería fácil llegar al fondo del asunto. Después de todo, un secreto es un secreto, especialmente si se trata nada menos que de la inmortalidad. Pero los proavitoi eran los seres más corteses y serviciales del universo. Llevaron a los terrestres por corredores y les mostraron habitaciones repletas de estantes con hileras de abuelos y abuelas, abuelitos y abuelitas, figuras como muñecos cada vez más diminutas, todos los proavitoi de todos los tiempos que empezaban a moverse y hablar, despertando de su modorra senil. "¿Es el Ritual?", preguntaban. "Qué descendientes más raros", decían, señalando a los terrestres. "Parece que el final va a ser tan divertido como el principio". Un zumbido de colmena flotaba en el aire: los viejitos se reían

sin parar. Ante la insistencia de los terrestres, una figura no mayor que una abeja se identificó como la primera abuela, de la que todos descendían. No tuvieron que forzarla para que hablase del Comienzo.

"¿Cómo llegué a ser? ¡Ah, fue tan gracioso como empezaron todas las cosas! ¡Qué chiste! ¡Qué chiste!" Los abuelitos y abuelitas reían sin pausa. "Pero no puedo contárselo porque veo que no son de los nuestros, y morirían de risa. No quiero quedarme con ese cargo de conciencia."

De nada sirvieron los ruegos, los insultos, la fuerza. Los terrestres tuvieron que irse del asteroide con su desesperación.

En Proavitus siguen celebrando todos los años el Ritual, y los viejos se ríen con ganas, sin cuidarse, porque saben que ni siquiera la risa los puede matar.

[Más información en "Noventa y cinco abuelas", de R. A. Laferty.]

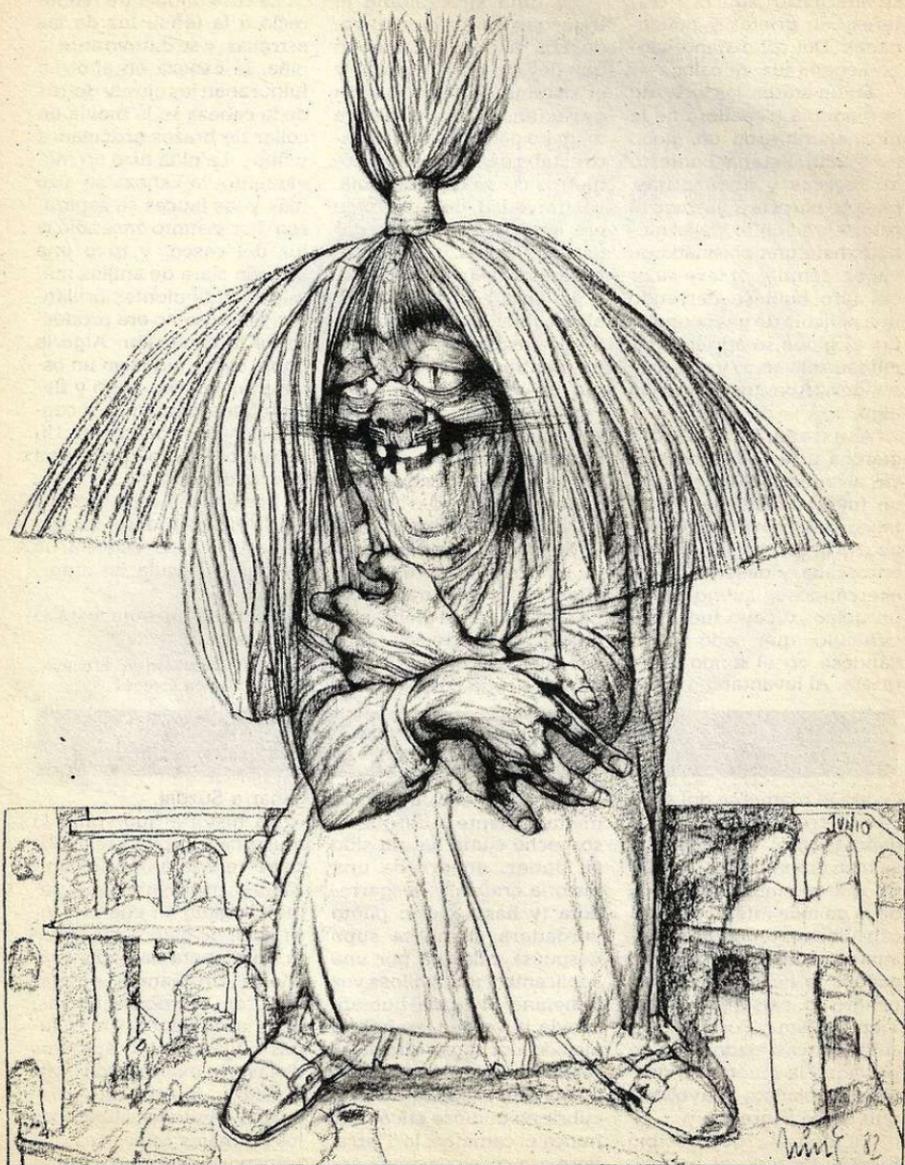
EL NUEVO ENEMIGO

Se sabe que alrededor del siglo XXV existió en el espacio un pueblo humano errante. Expulsado de "los mundos grandes y verdes" (seguramente la Tierra y tal vez Venus y Marte, transformados por el hombre en sitios habitables), ese pueblo vagaba sin descanso entre los astros. Asentado en cinco grandes ciudades armadas por ellos en el vacío, y en frágiles colonias sembradas en los satélites de los

planetas exteriores del sistema solar, luchaba por su existencia con verdadera desesperación. Eran pocos, y su vida dura y breve. Todos sus integrantes estaban obligados a hacer cosas difíciles desde pequeños.

En una ocasión, con toda naturalidad, dejaron sola en un asteroide a una niña de quince años, durante diez meses, con la misión de buscar zonas ricas en minerales y señalarlas para una

futura explotación. La niña vivía en una burbuja de plástico, en la que tenía un equipo de radio para comunicarse con la cápsula de emergencia que pasaba por encima cada unos pocos minutos, en órbita alrededor del asteroide. En caso de necesidad, podía hacerla descender. Exploraba el lugar en un vehículo de seis patas retráctiles terminadas en ruedas, que podía moverse por las superficies



más abruptas.

En el pesadillesco paisaje se alternaban agujas y cráteres con grietas y hondonadas. Del sol distante casi no llegaba luz, ni calor.

En un cráter, las luces de la máquina trepadora de la niña alumbraron un globo metálico. Estaba cubierto de marcas y abolladuras, pero no parecía aplastado ni roto. Al recibir la luz, el globo exhaló una bocanada de vapor, como si el leve calor del faro hubiese derretido una película de gas congelado. El globo se agrietó (por allí salía el vapor) y se partió en dos. Adentro se movió algo.

Asustada, la niña dio marcha atrás. Cuando volvió a enfocar el objeto, vio un fulgurante destello metálico, los movimientos de una gruesa espiral que se enroscaba y desenroscaba, acercándose. Luego sintió un golpe, y cayó fuera del vehículo, que rodó estrellándose en el fondo de la grieta. Al levantarse vio có-

mo la figura sinuosa se alejaba volviendo al globo.

La niña se examinó el traje, que estaba bien cerrado. Los tanques de oxígeno que llevaba en la espalda y el sistema de recirculación parecían intactos. Tenía oxígeno para seis horas, pero estaba a casi sesenta kilómetros de su casa-burbuja. La gravedad del asteroide era muy baja, y podía dar grandes saltos, pero el terreno era casi intransitable.

La cosa empezó a sacar objetos del globo, y a montar una estructura que la niña identificó enseguida como un vehículo espacial. Pensó en el peligro que ese ser metálico e implacable representaría para su pueblo si lograba de algún modo salir al espacio, o despertar a otros y multiplicarse.

Se acercó con cautela en la oscuridad, y esperó. Mientras la criatura buscaba algo más en el globo, empujó la estructura con todas sus fuerzas. El aparato se movió y rodó cuesta abajo,

hasta romperse en el fondo del cráter.

La cosa ondulante reapareció a la tenue luz de las estrellas, y se detuvo ante la niña, la cabeza en alto. Le fulguraban los ojos, y detrás de la cabeza se le movía un collar de brazos articulados y finos. La niña hizo un movimiento: la cabeza se alzó más y las fauces se separaron. Por instinto encendió la luz del casco, y tuvo una imagen clara de anillos metálicos y de dientes brillantes. Esa cosa no era producto de la evolución. Algo la había construido con un oscuro fin: cuerpo largo y flexible para perseguir y capturar; fauces para matar. Un terror de acero que nadie podría detener.

Por encima de la cabeza de la serpiente se movía, imparable, una estrella: la ya inútil cápsula de emergencia.

La casa-burbuja estaba muy lejos.

[Más información en "El enemigo", de Damon Knight.]

LOS KLOPTS

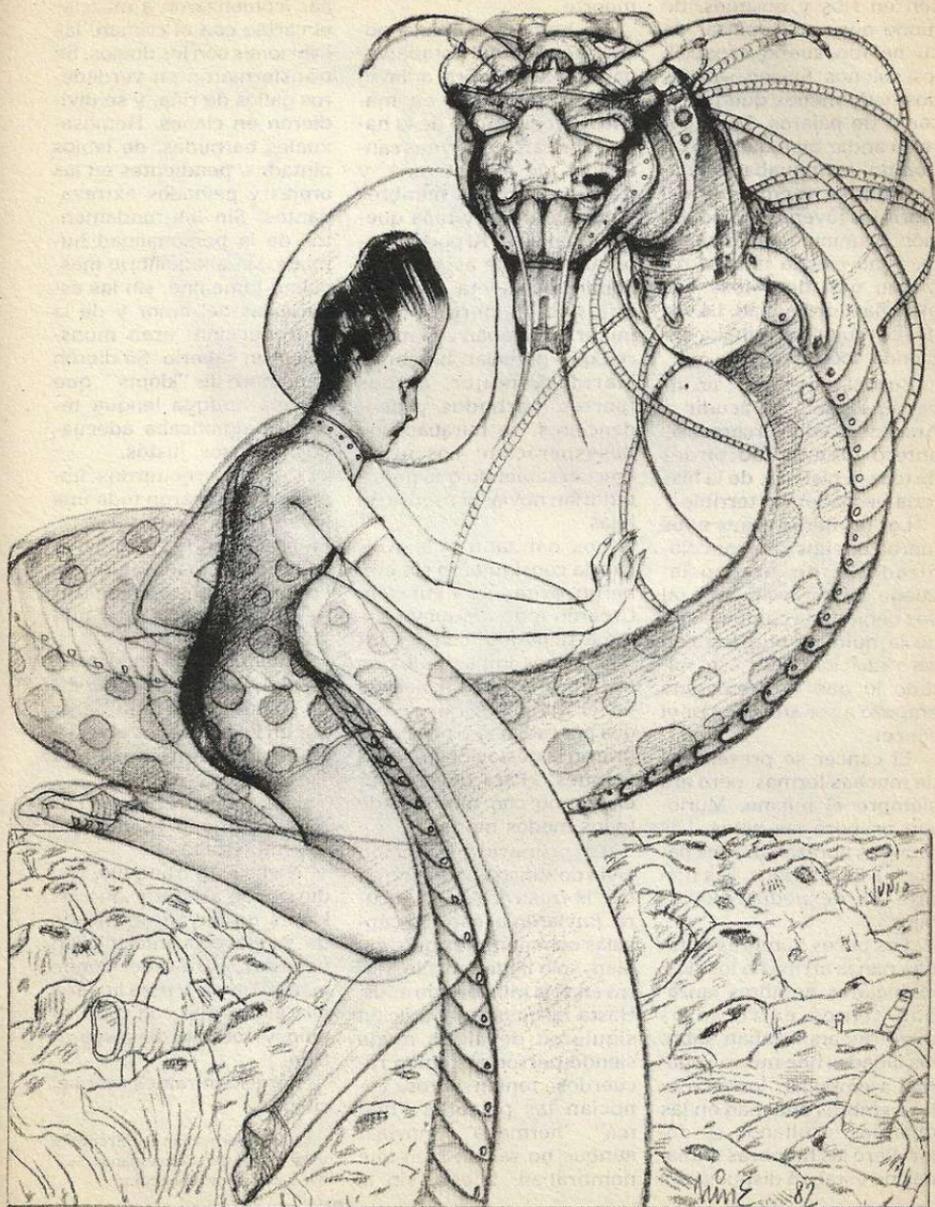
En algún momento del siglo ciento treinta, el Comandante Suzdal, miembro de la Instrumentalidad terrestre que exploraba el borde de la galaxia interceptó una cápsula con un mensaje telepático que lo sedujo, lo engañó y lo llevó a poner en peligro la existencia de la Tierra misma. Por ese descuido fue castigado con algo peor que la muerte: el destierro al planeta Shayol, del que nadie regresa.

El mensaje que recibió Suzdal, lanzado al espacio

desde algún sitio inmensamente distante, y del que no sospechó como habría sido su deber, encerraba una historia creíble y desgarradora (y hasta cierto punto verdadera, como se supo después), relatada por una suplicante y maravillosa voz femenina. Si Suzdal hubiera sabido la verdad, se habría alejado del lugar sin dejar rastros para que la cosa malévolamente que acababa de descubrir no pudiese encontrar nunca el camino a la Tierra. Pero esa cosa consiguió en-

gañar a Suzdal.

La historia que contó la mujer de la cápsula telepática se refería a unos colonizadores terrestres que habían llegado en una inmensa nave de planoforma hasta un planeta llamado Arachosia. Un planeta agradable, con hermosas playas, altos acantilados y dos lunas brillantes. Los aparatos de la nave examinaron la atmósfera, que resultó adecuada, y entonces liberaron los animales terrestres que transportaban para que se



esparciesen y se multiplicasen en ríos y bosques, de modo que, al despertar, de su helado sueño espacial, los colonos fuesen saludados nada menos que por el canto de pájaros. Todo pareció andar bien durante un tiempo, continuaba el relato. Y entonces empezaron a morir los jóvenes. La población disminuía rápidamente, y no existía ningún remedio que detuviese esa extraña enfermedad. La voz de la mujer terminaba pidiendo socorro.

Suzdal, sin pensar, sin investigar, decidió acudir a Arachosia. Al acercarse, se enteró (demasiado tarde) de toda la historia, de la historia verdadera y terrible.

Los primeros veinte años fueron buenos para los colonizadores de Arachosia. Luego, misteriosamente, tal vez debido a la combinación de la química humana con las radiaciones de ese sol, todo lo que era femenino empezó a ser atacado por el cáncer.

El cáncer se presentaba de muchas formas, pero era siempre el mismo. Murieron primero las niñas. Las mujeres abrazaban a los padres, a los maridos. Las madres se despedían de los hijos.

Los peces hembras flotaban panza arriba en los ríos, los pájaros hembras lanzaban trinos estridentes mientras agonizaban sobre las nidadas que nunca llegarían a empollar, los animales hembras aullaban en las guaridas, ocultando su dolor. Pero las hembras humanas no estaban dispuestas a

ser tan sumisas con la muerte.

La hembra humana podía hacer lo que estaba vedado a la hembra animal. Podía convertirse en macho. Con el equipo de la nave, fabricaron enormes cantidades de testosterona, y transformaron en hombres a cuanta mujer y niña quedaba con vida. Al poco tiempo, un horrible espectáculo dominó el planeta: hombres que habían perdido a la mujer trabajaban con mujeres que parecían hombres. Marido y mujer, ambos fuertes, barbudos y pendencieros, se miraban con desesperación. Los niños crecían sabiendo que nunca tendrían novia, ni esposa, ni hijas.

Los habitantes de Arachosia consiguieron sin embargo evitar su extinción. Crearon todo un nuevo sistema genético: con tejidos masculinos implantados en un útero artificial colocado en el abdomen, inseminados por radiación, pronto lograron la gestación de niños varones. ¿Para qué perder el tiempo con niñas, si de todos modos morían?

La primera generación vivió dominada por la tragedia, la frustración y la locura. Enviaron al espacio cápsulas con mensajes que, sabían, sólo llegarían a la Tierra en seis millones de años. Hasta la quinta generación siguieron de algún modo siendo personas: tenían recuerdos, tenían libros, conocían las palabras "mamá", "hermana", "novia", aunque no sabían bien qué nombraban. Luego, sin la

recompensa de la vida familiar, comenzaron a mezclar el cariño con el crimen, las canciones con los duelos. Se transformaron en verdaderos gallos de riña, y se dividieron en clanes. Homosexuales barbudos, de labios pintados, pendientes en las orejas y peinados extravagantes. Sin los fundamentos de la personalidad humana, sin el equilibrio masculino-femenino, sin las esperanzas del amor y de la reproducción, eran monstruos sin saberlo. Se dieron el nombre de "klopts", que en una antigua lengua teherrestre significaba adecuados, precisos, justos.

Con sus recuerdos imperfectos, crearon toda una leyenda de la Vieja Tierra. En esa leyenda las mujeres eran deformidades infectas, engendros que debían ser borrados de la faz del universo.

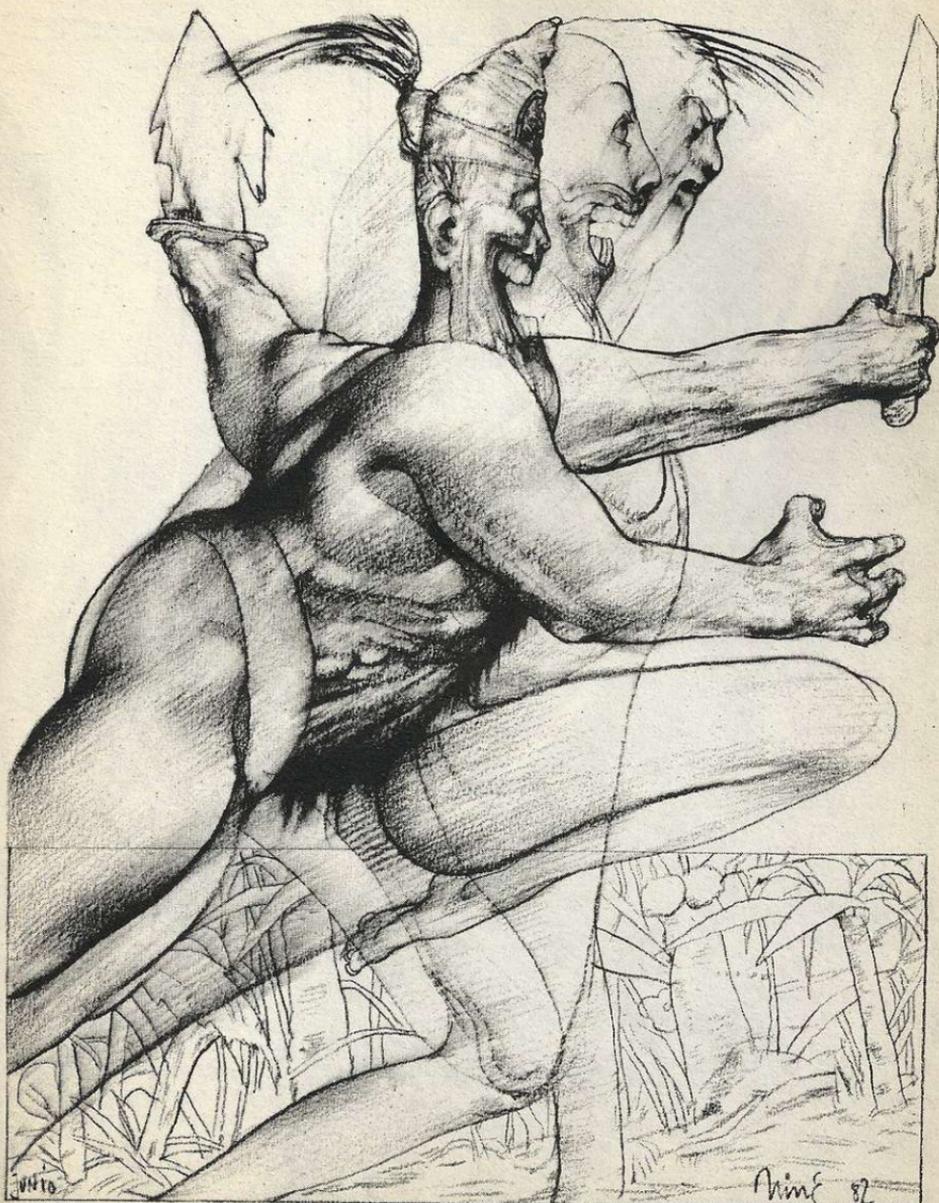
Cuando supo todo esto, Suzdal empleó los recursos de su nave para neutralizar por un instante a los klopts y poder huir de regreso a la Tierra.

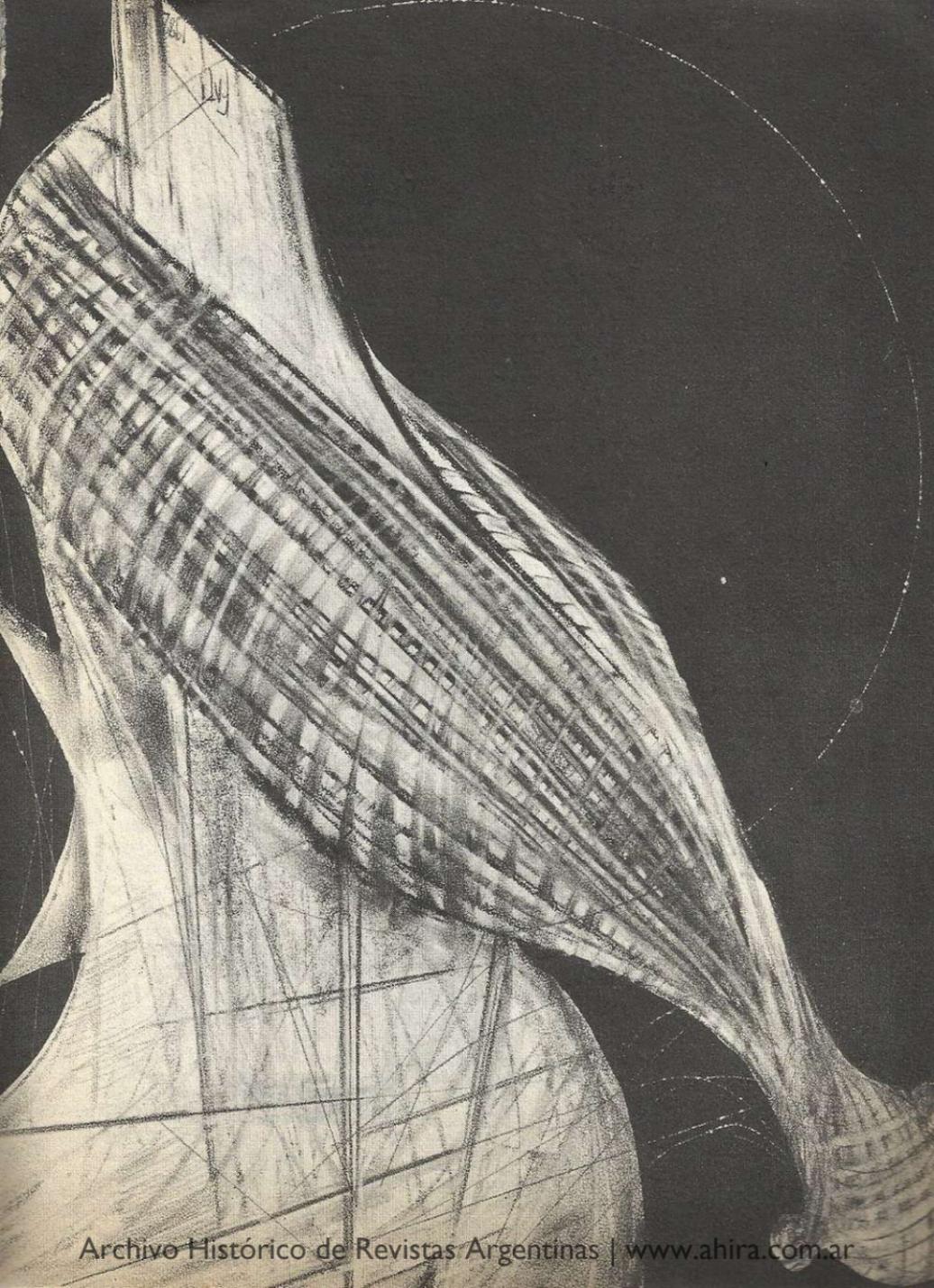
Ese fue su crimen. Por eso lo juzgó y condenó la Instrumentalidad.

Nadie está tranquilo. Nadie puede asegurar que los klopts no hayan arrancado de su nave la información necesaria para saber dónde está la Tierra, y para llegar a ella algún día, con todo su odio y toda su desesperación.

Por eso miramos tanto el cielo.

[Más información en "El crimen y la gloria del Comandante Suzdal", de Cordwainer Smith.]





Hacia la Serpiente Arco Iris,
hacia la Era del Sueño.

RICHARD A. LUPOFF

REMONTA LA MAREA DE LA MUERTE

Ilustró FATI

El capitán Nurundere ordenó que su chalupa fuera izada de la bodega del *Djanggalwul* y preparada para que la usara Jiritzu. Los héroes celestiales redoblaron sus esfuerzos, la piel negra lustrosa de sudor, los pantalones blancos y las alpargatas de suelas nudosas manchadas por la suciedad del trabajo.

Se pensaba mucho en esas faenas y las razones para realizarlas, pero se decía muy poco. La gente de Yurakosi no era muy locuaz: la parquedad y la reserva formaban parte de la herencia de la raza, desde los días de aislamiento en los desiertos de Australia, en V'Tierra.

Entre los desperdigados hijos del Sol sólo ellos llevaban el gen que les permitía tripular las naves de membrana. Sólo ellos llevaban en la piel el pigmento que filtraba la radiación mortífera de las rutas estelares, que les permitía trepar mástiles y jarcias como lo hacían sus

ancestros en las pacíficas aguas de V'Tierra siglos antes, mientras los hombres del espacio de otras razas se movían desmañadamente en macizas armaduras de protección.

La luz brillante de la estrella múltiple Yirkalla giraba allá arriba; el *Djanggalwul* había completado su gran viraje y apuntaba el mascarón de proa hacia la patria, Yurakosi, llevando la historia melancólica del viaje a N'Jaja y N'Ala y la muerte de un pasajero, Ham Tamdje de N'Jaja a manos del héroe celestial Jiritzu.

El *Djanggalwul* llevaba aún las cicatrices de la tentativa de las reses de apoderarse de la nave de membrana y obligar a la tripulación a revelar el secreto de la supervivencia en el espacio sin traje protector. En N'Ala había despachado a las reses sobrevivientes a la estación orbital de Puerto Corley, junto con los cadáveres de los muertos en el motín.

Y ahora, después del gran viraje de Yirrkalla, el *Djanggawul* enfiló hacia el titánico viento solar que le inflaría todas las velas que sobresalían de la arboladura de las tres cubiertas chatas. La nave ganaba impulso a ojos vistas. Diestramente piloteada por la primer oficial Uraroju navegaría a Yurakosi llevada por ese impulso y la fuerza de los vientos interestelares que encontraba en su gran itinerario curvo. No habría necesidad de encender los motores auxiliares, de aniquilar ningún fragmento de la preciosa vara de materia densificada que colgaba suspendida a través del largo eje del *Djanggawul*, donde suministraba a la nave gravedad artificial.

Los héroes Celestiales se apiñaban en la bodega de la nave, preparando la chalupa de Nurundere para Jiritzu. Aprovisionaron la nave diminuta con alimentos concentrados, revisaron los recicladores, registraron los aparejos del mástil y aseguraron los mástiles en el casco de la chalupa mientras esperaban a que la catapultaran de la cubierta del *Djanggawul*.

Cuando la chalupa estuvo totalmente preparada, el héroe celestial Baime fue al puente del *Djanggawul* para informar a Nurundere y Uraroju. Otros de la cuadrilla izaron la chalupa desde su atracadero en la bodega, acomodaron las amarras ahora libres que la habían sostenido y trasladaron la pequeña nave por una gran escotilla hasta la cubierta principal del *Djanggawul*.

Muy por encima de la cubierta, Jiritzu estaba de pie en una verga cerca de lo alto de un mástil principal. Estaba vestido como cualquier héroe celestial de la tripulación del *Djanggawul*, con pantalones blancos y alpagatas, una gorra negra tejida y un blusón de cuello volcado, que según la tradición de Yurakosi había sido la indumentaria de los ancestros de los héroes celestiales de V'Tierra.

Le habían implantado una radio diminuta detrás de una oreja, y llevaba un generador de aire sujeto al muslo. La mezcla oxigenada que emitía lentamente se adhería a Jiritzu, suministrándole el aire que necesitaba para respirar, aislándolo de las temperaturas extremas del espacio, brindándole un traje de presión invisible que lo protegía del vacío de alrededor.

Observó la escotilla que se deslizaba cerrándose despacio en la cubierta de allá abajo, de

las tres cubiertas exteriores idénticas del *Djanggawul*, la más accesible desde el atracadero de la chalupa, y observó cómo los otros héroes celestiales izaban la chalupa. Mantuvo la radio apagada, y por acuerdo tácito ningún hombre ni mujer de la tripulación del *Djanggawul*, ni siquiera Dua, la mitad kunapi de Jiritzu, se acercó al mástil donde él había trepado ni manifestó saber de su presencia.

Nurundere en persona caminó desde el puente de la nave para inspeccionar la chalupa, que ahora estaba vacía en la cubierta. Jiritzu pudo distinguirlo con facilidad, no sólo por la gorra blanca con la ancha faja negra, sino por la tez pálida, casi despojada de la pigmentación protectora de los yurakosi, blanqueada por los años y una larga exposición a la radiación de las estrellas desnudas.

Pronto Nurundere tendría que regresar a Yurakosi, iniciar la vida de los reptantes, arrastrarse con los niños y ancianos de Yurakosi, los únicos habitantes del planeta cuyos habilidosos hijos eran tan necesarios para tripular las naves de membrana entre los astros.

No así Jiritzu.

Una y otra vez su memoria volvía a la escena atroz en el tanque de pasajeros del *Djanggawul*, los momentos en que las reses, los pasajeros cuyos pagos financiaban el vuelo de las naves de membrana y llenaban las arcas del planeta natal de los héroes celestiales, habían mostrado armas de fuego —un acto sin precedente en esas naves pacíficas y neutrales— y por un tiempo habían apesadado a buena parte de la tripulación.

Una vez más Jiritzu revivió el horror de encontrar a su prometida, Miralaidj, hija de Wuluwaid y Bunbulama, muerta a manos de Ham Tamdje.

Una vez más Jiritzu revivió el placer, el espantoso placer de matar a Ham Tamdje con sus propias manos. Al evocarlo sintió que el sudor le brotaba de la cara y las palmas. La pierna herida, donde una bala disparada por Ham Tamdje le había desgarrado la carne, le palpitaba de dolor.

Cerró los ojos con fuerza, volvió la cara de la cubierta de abajo a la negrura de arriba, abrió los ojos de nuevo.

En lo alto brillaba la constelación de Yirrkalla, por debajo de la cual el *Djanggawul* había

hecho su gran viraje. Las estrellas de color formaban los rasgos faciales de la Serpiente Arco Iris: los ojos pálidos, verde amarillentos, las feroces narices blancas, los colmillos venenosos y rojos de sangre. Y más allá de Yirkalla, diluyéndose en la inmensidad del cielo, el cuerpo de la Serpiente Arco Iris, agitándose y arqueándose en el vacío que separaba las galaxias.

Una gota de sudor cayó de la frente de Jiritzu, le rodó por el rabillo del ojo, donde lo picó como un insecto, y luego siguió rodando, engrosada por una lágrima.

Miró hacia abajo, vio que en cubierta el trabajo había concluido y la chalupa estaba preparada. Abatido, bajó lentamente a la cubierta del *Djanggawul*, evitando los saltos acrobáticos que habían sido su gran alegría desde sus primeros días en las naves de membrana.

Atravesó lentamente la cubierta de la gran nave, se detuvo ante la chalupa del capitán. Un grupo de héroes celestiales se había reunido ante la chalupa. Jiritzu les examinó las caras y encontró en ellas una mezcla de tristeza por la pérdida de un amigo y compañero y resignación por lo que sabían que sucedería.

El mismo Nurundere estaba allí. El capitán del *Djanggawul* abrió los brazos, encarando directamente a Jiritzu. Movi6 los labios para hablar pero Jiritzu dejó apagada la radio. Lo que quería decir Nurundere era claro sin palabras.

Jiritzu se acercó al capitán. Se abrazaron. Jiritzu sintió la presión de los fuertes brazos del viejo en los hombros. Luego el capitán lo soltó y él retrocedió.

Junto a Nurundere estaba Uraroju, la primer oficial del *Djanggawul*. Entonces había quedado algún oficial más joven en el puente. Uraroju era una persona más joven que Nurundere, y la pigmentación protectora aún era fuerte y apenas empezaba a blanquearse; todavía le quedaban muchos años entre los héroes celestiales, sin duda llegaría a capitana del *Djanggawul* cuando Nurundere se retirara a Yurakosi.

Se abrazaron, y Jiritzu cerró los ojos un instante, permitiéndose fingir que Uraroju era su propia madre, que estaba visitando a su

gente en el pueblo de Kaitjougá en Yurakosi. La ternura de Uraroju, su femineidad, confortaron a Jiritzu. Luego se separaron, y Jiritzu se volvió hacia otros hombres y mujeres que nunca más vería, hombres y mujeres que deberían volver a Yurakosi con la historia de las cosas trágicas que habían acontecido entre Puerto Upatoi y Yirkalla en la curva exterior del itinerario, y con la historia del final de Jiritzu.

Abrazó a Watilun, maquinista y héroe de la batalla contra los amotinados.

Abrazó a Baiame, un marinero común que comía con Jiritzu.

Abrazó a Kutjara, con quien a menudo había trabajado en las arboladuras del *Djanggawul*.

Sólo Dua, la mitad kunapi de Jiritzu de los aranda, habló en el abrazo de despedida. Las radios apagadas, Dua habló en el momento en que su vaina de aire se fundió con la de Jiritzu, cuando las palabras podían transmitirse sin ayuda electrónica.

—Bidjiwara no está aquí —dijo Dua. Sólo Jiritzu podía oírlo—. La pérdida de Miralaidj, su mitad aranda, es demasiado para la pequeña Bidjiwara. La pérdida de ti, Jiritzu, es demasiado para Bidjiwara. Se ha quedado abajo, llorando a solas. Yo también he llorado por ti, mi mitad aranda, pero no pude quedarme abajo. No podía pasar por alto la despedida.

Besó a Jiritzu en la mejilla, rozando con los labios el maraiin, las escarificaciones concéntricas que llevan todos los kunapi y aranda, cuyo significado sólo él, Dua, comprendía entre todos los compañeros de Jiritzu.

Jiritzu tomó ambas manos de Dua entre las suyas, sin decir nada. Luego se volvió y fue a inspeccionar la chalupa que le había dado Nurundere. Encontró todo en orden, trepó a la cubierta de la pequeña nave de membrana, hizo señas a los héroes celestiales de la cubierta del *Djanggawul*.

El mismo Watilun operó la catapulta.

Jiritzu se sintió despedido del *Djanggawul*, hacia adelante y hacia arriba, y la distancia entre la gran nave de membrana y la pequeña chalupa crecía a ojos vistas. Suspiró sólo una vez, luego se abocó a la tarea de tripular su nueva embarcación.

Arriba se extendía el cuerpo ondulante de la Serpiente Arco Iris. En una conferencia de muchos días con Nurundere y Uraraju se había convenido que Jiritzu no regresaría a Yurakosi con el *Djanggawul*. Era comprensible que hubiera matado a Ham Tamdje. No cabían los juicios, las acusaciones, ni siquiera la insinuación de criminalidad.

Pero la tradición de los héroes celestiales consideraba sagrado a cualquier pasajero de las naves de membrana.

La muerte de las reses, los pasajeros de las naves, los reptantes que viajaban entre los astros en los tanques de las naves de los héroes celestiales y no encerrados en el vientre de las macizas naves convencionales, era algo insólito. Estaba la historia semilegendaria de Elyun El-Kumarbis, viajero del Imperio Pansemita de V'Tierra que había viajado en el *Makarata* a Al-ghoul Phi, quien se había hecho pasar por héroe celestial y había muerto por la radiación, y más tarde había sido sepultado en el espacio como lo había pedido al morir.

Y estaba la nueva tragedia de Ham Tamdje y su matador Jiritzu, quien nunca más podría navegar en las naves de membrana como héroe celestial.

Debajo de Jiritzu y la chalupa, el *Djanggawul* se reducía, las grandes velas de membrana hinchadas por los vientos estelares, la piel áurea reflejando las luces multicolores de la constelación de Yirkalla.

Y encima de Jiritzu, Yirkalla misma, la cara de serpiente, burlesca y brillante.

Irguió los mástiles de la chalupa, los hincó en las tres cubiertas equilaterales de la chalupa, trepó por turno a cada mástil, haciendo rotar las vergas móviles y dejándolas perpendiculares a los mástiles. Las velas, las membranas hermosas y casi monomoleculares que recibirían los vientos estelares e impulsarían la chalupa, las dejó recogidas por el momento.

Desde lo alto de un mástil se lanzóosamente, paralelo a la cubierta de la chalupa. Bajó flotando grácilmente y aterrizó con las rodillas flexionadas para amortiguar el ligero impacto de su cuerpo esbelto contra la cubierta.

Abrió la escotilla y entró en el interior atestado de la chalupa para revisar los instrumentos y provisiones que sabía estaban allí: las racio-

nes compactas, el telescopio multirradiacional que emplazaría en la cubierta, la computadora en miniatura para guiarse.

En cambio, aún antes de encender la luz de la cabina, vio dos fugaces reflejos del colorido centelleo de Yirkalla: lo que sin duda eran dos ojos.

Encendió la radio incorporada y quiso saber la identidad del polizón.

—No te enfades, Jiritzu —dijo una voz trémula—. Tenía que venir.

—¡Bidjiwara! —exclamó él.

Ella se lanzó a través de la cabina, cruzándola con gracia y agilidad. Tomó la mano de Jiritzu entre las suyas, se la llevó a la cara, apretó la palma de él contra los maraiin, las gráciles escarificaciones de la mejilla.

—No te enfades conmigo —repitió.

El se dejó caer en el suelo de la cabina, de espaldas a la escotilla, al pasaje que llevaba a la cubierta exterior de más arriba, por donde llovía la luz. Se sacudió, se volvió para mirar a Bidjiwara en la cara, la joven Bidjiwara, quien apenas empezaba a ser mujer, cuyo viaje en el *Djanggawul* era para ella el primero entre los héroes celestiales, el primero fuera de su planeta, el primero lejos de Yurakosi.

—¿Enfadarme? —repitió Jiritzu estúpidamente—. No, Bidjiwara, mi... mi querida Bidjiwara. —Acercó la cara a la de ella, sintió el roce de sus mejillas contra las palmas de la muchacha. Meneó la cabeza. — No podría enfadarme contigo. Pero ¿entiendes? ¿Sabes adónde se dirige esta pequeña nave?

De pronto se apartó de ella, regresó a la cubierta de la chalupa, miró hacia el *Djanggawul*. ¿Acaso era esa mota distante? ¿Esa era la gran nave, o una estrella débil y remota?

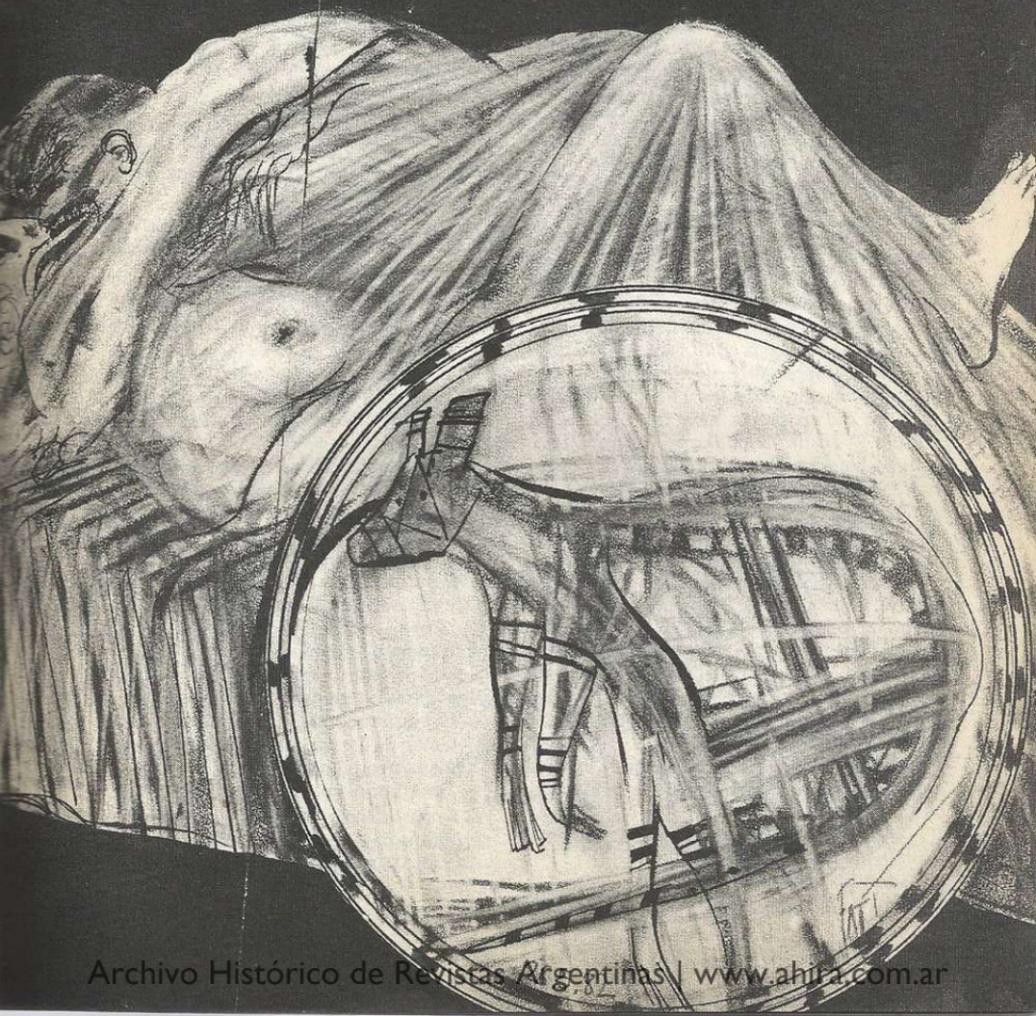
Aún tenía la radio encendida. Se paró en la cubierta de la chalupa, llamó a gritos al *Djanggawul* y su tripulación.

—¡Dua! ¡Nurundere! ¡Uraraju!

No hubo respuesta, sólo un crepitar débil y azaroso en su cráneo, señales de radioemanaciones cósmicas irradiadas por la colisión de nubes de gas interestelar.

Volvió a entrar en la cabina de la chalupa por la escotilla.

Buscó a Bidjiwara, le tomó la mano extendida, la llevó consigo a la cubierta de la nave.



—Tú sabes por qué estoy aquí —dijo, medio preguntando, medio afirmando.

Ella cabeceó, masculló una palabra de asentimiento.

—Moriré —dijo él, sin embargo—. Estoy aquí para morir.

Ella no respondió, le apoyó la cara en el blusón, le puso las manos en los hombros. El la miró, observó el cuerpo delgado, las curvas femeninas apenas perceptibles en la figura delgada y huesuda de la niña revoltosa que su difunta Miralaidj había amado como hermana.

Jiritzu sintió lágrimas en los ojos.

—No podría regresar a Yurakosi —dijo—.

Soy joven, todavía tengo la piel lisa y negra, aún me protege del veneno de las estrellas. No podría transformarme en reptante, estar solo en un mundo de niños y viejos. Me habría arrojado con todas mis fuerzas desde el mástil más alto del *Djanggalawul*. Habría escapado de la nave, habría caído para siempre en el espacio como el cadáver de El-Kumarbis. Nurrundere dijo que no. —Jiritzu se interrumpió, miró a Bidjiwara, la melena lustrosa y nocturna que se espacia desde la gorra tejida, la frente negra y redondeada. Por un momento se agachó y apretó la mejilla contra la coronilla de la muchacha, luego alzó nuevamente los ojos hacia la Serpiente Arco Iris y habló: —Nurrundere me dio su propia nave, su chalupa de capitán. “Toma la chalupa, Jiritzu”, dijo, “puedo bajar en Puerto Bralku con los otros, en trاسبador. No necesito una gloriosa nave de capitán. Navega eternamente”, dijo Nurrundere, “un destino mejor del que me espera a mí”. ¿Entiendes, Bidjiwara? Me propongo remontar la Serpiente Arco Iris, la marea que fluye entre las galaxias. Navegaré mientras duren las raciones a bordo. Moriré en esta pequeña nave, mi alma regresará a la Era del Sueño, mi cuerpo continuará viajando, impulsado por la Serpiente Arco Iris. Nunca repararé por la Nunca regresaré a Yurakosi. Ningún mundo sabrá mi camino... jamás.

Bidjiwara volvió el rostro, apartando los ojos del blusón rayado de Jiritzu para mirarlo directamente a los ojos.

—Muy bien, Jiritzu. Remontaré la Serpiente Arco Iris contigo.

¿Adonde más podía ir?

Jiritzu rió amargamente.

—Eres una niña. Debiste haberte quedado a bordo del *Djanggalawul*. Tenías muchos años por delante entre los héroes celestiales. Mírate la piel —dijo, alzándole la mano para ponerla delante de ambos. Ninguna luz de a bordo iluminaba la pequeña nave, pero los colores de Yirkalla emitían fulgores blancos, amarillos verdosos, rojo sangre—. Negra, Bidjiwara, negra con el precioso escudo que sólo nuestros pueblos poseen.

—¿Y la tuya? —repuso ella.

—Mi propio pigmento... sí, yo también tenía muchos años por delante entre los héroes celestiales. Pero maté a Ham Tamdje. Falté a un deber sagrado. Ya no podía tripular las grandes naves de membrana.

Le soltó la mano y se alejó unos pasos. Se quedó de espaldas hacia ella y las radios diminutas implantadas en ambos cráneos transmitieron sus palabras.

—Y Miralaidj —casi susurró—. Miralaidj... en la Era del Sueño. Y su padre Wuluwaid en la Era del Sueño. No.

Se volvió y miró a través de la arboladura desnuda las estrellas brillantes de Yirkalla y la Serpiente Arco Iris.

—Tendríamos que aparejar las velas —dijo.

—Entonces me quedaré contigo —dijo ella—. No me echarás, no me enviarás de vuelta.

—¿Dua sabía que estabas escondida?

Ella cabeceó.

—Mi amigo más íntimo, la mitad kunapi de mi ser aranda. Dua me mintió.

—Yo se lo imploré, Jiritzu.

Por un momento él la fulminó con la mirada, dominado por la furia.

—¿Por qué deseas morir?

Ella meneó la cabeza.

—Deseo estar contigo.

—Morirás conmigo.

—Regresaré contigo a la Era del Sueño.

—Crees en las viejas historias.

Ella se encogió de hombros.

—Tendríamos que aparejar las velas.

Y se puso a abrir cajones, a sacar pliegues de membrana casi monomolecular, se encaramó a un mástil y empezó a colgar las velas de las vergas.

Jiritzu se quedó en la cubierta, observando.

Luego cruzó a otra de las tres cubiertas equilaterales de la chalupa y siguió el ejemplo de Bidjiwara.

Trabajó hasta haber completado el apareamiento de los mástiles de la cubierta, luego cruzó de nuevo, hasta la tercera cubierta de la chalupa, abrió un cajón, extrajo membrana y trepó a la cima de un mástil. Allí se colgó, plegando las rodillas sobre el mástil vertical, los brazos tendidos por encima de la verga más alta, aparejando la vela.

Completó la tarea, miró hacia el mástil más alejado, cerca de la proa de la chalupa. La Serpiente Arco Iris ofrecía un fondo brillante y policromo. El mástil se perfilaba contra la serpiente, y de pie en la verga más alta, una mano tendida y aferrada al mástil, el otro brazo y la otra pierna paralelos a la verga, estaba Bidjiwara.

Su vaina de aire titilaba con la refracción de los colores de Yirrkalla. Jiritzu se aferró a las jarcias donde había estado trabajando, pasmado y conmovido por la belleza de la muchacha. Se preguntó por qué ella no lo veía, luego comprendió paulatinamente, ayudado por la brumosa luz sideral de la región, que ella estaba de espaldas a él, el rostro vuelto hacia la gran marea que fluía entre las galaxias, la mente totalmente alejada del contorno y olvidada de la presencia de Jiritzu.

Jiritzu descendió silenciosamente entre las vergas y las jarcias de la chalupa, entró por una escotilla y se introdujo en la diminuta cabina de la nave. Allí preparó una comida liviana y la dejó aparte, se tendió a descansar y esperó el regreso de Bidjiwara.

Debió adormilarse y atisbar la Era del Sueño, pues vio las siluetas de Miralaidj y su padre Wuluwaid flotando en un confuso farrago de formas y movimientos lentos y ondulantes. Abrió los ojos y vio a Bidjiwara entrando en la cabina por la escotilla, primero las alpagatas blancas, luego los pantalones ceñidos a las piernas largas y flacas y las caderas angostas, luego el blusón de rayas negras.

—Nuestra nave no tiene nombre —dijo ella.

Jiritzu reflexionó un momento, se encogió de hombros.

—¿Lo necesita?

—En cierto modo... pienso que estaríamos más cerca de nuestra gente —repuso Bidjiwara.

—Bien, si lo deseas. ¿Cómo la llamaremos?

—¿No tienes más opción?

—Ninguna.

—¿De veras remontaremos la gran marea? ¿La Serpiente Arco Iris?

—Ya la estamos remontando.

—Entonces daré a la nave el nombre del pez sagrado. Que nos lleve a la Era del Sueño.

—*Baramundi*.

—Sí.

—Como deseas.

Ella se le acercó y se sentó al lado, en silencio, las manos entrelazadas en el regazo.

—La comida está lista —dijo él.

Ella miró la mesita que en la chalupa hacía las veces de lugar de trabajo, escritorio y mesa para comer. Jiritzu la vio sonreír, se quedó intrigado ante esa mezcla de niñita y mujer sabia. En cierta forma se parecía a lo que él pensaba debía ser la Gran Madre si hubiera creído en la Gran Madre.

Bidjiwara cruzó la pequeña distancia y trajo dos pequeñas tajadas de bizcocho caliente. Se las alcanzó a Jiritzu. El tomó una, le obligó a aceptar la otra.

Comieron el bizcocho en silencio.

—Jiritzu —dijo ella después—, ¿debemos hacer algo más?

—Tendríamos que confirmar nuestra posición —dijo él. Desenvolvió el telescopio de la nave y lo llevó a la cubierta del *Baramundi*.

Bidjiwara lo ayudó a emplazarlo en el pedestal móvil que había a ese efecto. Jiritzu buscó la estrella más brillante de Yirrkalla como referencia: era un astro reluciente y carmesí que indicaba el final de un colmillo de la serpiente, llamado Sangre de Héroe por la tradición de Yurakosi.

En el tubo del telescopio donde estaban los indicadores conectó todos los sensores radiacionales, para que los filtros funcionaran por ciclos y el ocular registrara la Serpiente Arco Iris bajo radiación óptica, radial, de rayos equis y de rayos gamma en forma sucesiva.

Apoyó el ojo en el ocular y observó la serpiente que parecía palpitar con vida mientras sus regiones reaccionaban ante la sensibilidad cíclica del telescopio.

Se apartó y Bidjiwara acercó el ojo al telescopio, quedándose fascinada unos minutos hasta que al fin se apartó también y se volvió a Jiritzu.

—La Serpiente vive de veras —dijo—. ¿Es una auténtica criatura?

Jiritzu meneó la cabeza.

—Las mareas de las galaxias se atraen. La Serpiente es un flujo de materia. Estrellas, polvo, gas. Seguiría implicaría un viaje de billones de años hasta alcanzar a la siguiente de su clase. Para navegar con los vientos estelares que llenan la Serpiente Arco Iris, alcanzaremos una velocidad maravillosa. Mientras podamos tripular nuestra nave, podemos virar de un viento a otro. Y una vez que hayamos ido a la Era del Sueño, el *Baramundi* seguirá flotando en la marea, a lo largo de la Serpiente Arco Iris. Tal vez un día llegue a una playa distante.

Miró a Bidjiwara, sonrió, repitió la frase.

—¿Y si no llega? —replicó Bidjiwara.

—Entonces quizá sea destruido de algún modo, o simplemente siga viajando a la deriva una eternidad. Una eternidad.

Jiritzu vio que la muchacha se desperezaba y bostezaba. Ella lo obligó a bajar a la cabina, se acurrucó contra él y se durmió.

El se recostó con ella en sus brazos, maravillándose ante tanta confianza, observando el juego de luz sideral que se reflejaba a través de la escotilla y arrojaba una luz pálida en la cara de la muchacha.

Extendió un dedo y siguió suavemente los maraiin de la mejilla, intrigado por su significación. De nuevo apretó la cara contra la cabeza de ella, quitándole la gorra tejida y soltándole el cabello, sintiendo su tersura, oliendo su perfume.

El también se durmió.

Despertaron juntos, moviéndose y desperezándose, y se miraron a la cara y rieron. Usaron los artefactos sanitarios de la chalupa y desayunaron algún bocado y subieron a cubierta. Inspeccionaron juntos la arboladura del *Baramundi*, operaron el telescopio multirradiacional, alimentaron con datos la pequeña computadora.

La computadora trazó itinerarios con las luces diminutas y fluctuantes de la pantalla y Jiritzu y Bidjiwara reorientaron las velas del *Baramundi*.

Se sentaron en la cubierta, bañados por el crepúsculo perpetuo del tenue fulgor de los colores de la Serpiente Arco Iris.

Hablaron de sus infancias en Yurakosi, de familiares con la piel blanqueada por años de navegación en las naves de membrana retirados al planeta natal para criar a los niños mientras los vigorosos adultos de la raza tripulaban las grandes naves, bogaban entre los astros llevando cargamento y pasajeros ocasionales encerrados en los cascos, riéndose de las naves torpes y las tripulaciones torpes de los que no eran aranda ni kunapi.

Treparon entre las jarcias del *Baramundi*, encaramándose ágilmente a los mástiles, haciendo equilibrio sobre las vergas, cayendo —o saltando— ocasionalmente desde las alturas de la nave, para descender suavemente a la cubierta.

Comían y bebían lo menos posible de las provisiones de la chalupa, estirando al máximo las raciones, reciclando cuidadosamente los residuos para prolongar aún más el tiempo de viaje.

A veces se tendían en la cubierta del *Baramundi*, cuando llegaba el período que habían acordado para descansar, Bidjiwara acurrucada contra el alto Jiritzu, durmiéndose tan plácidamente como una niña, Jiritzu cada vez más intrigado por esta muchacha que lo había seguido, hacía pocas preguntas, vivía cada hora como si esto fuera el comienzo de una vida larga y feliz más que el acto final de una tragedia.

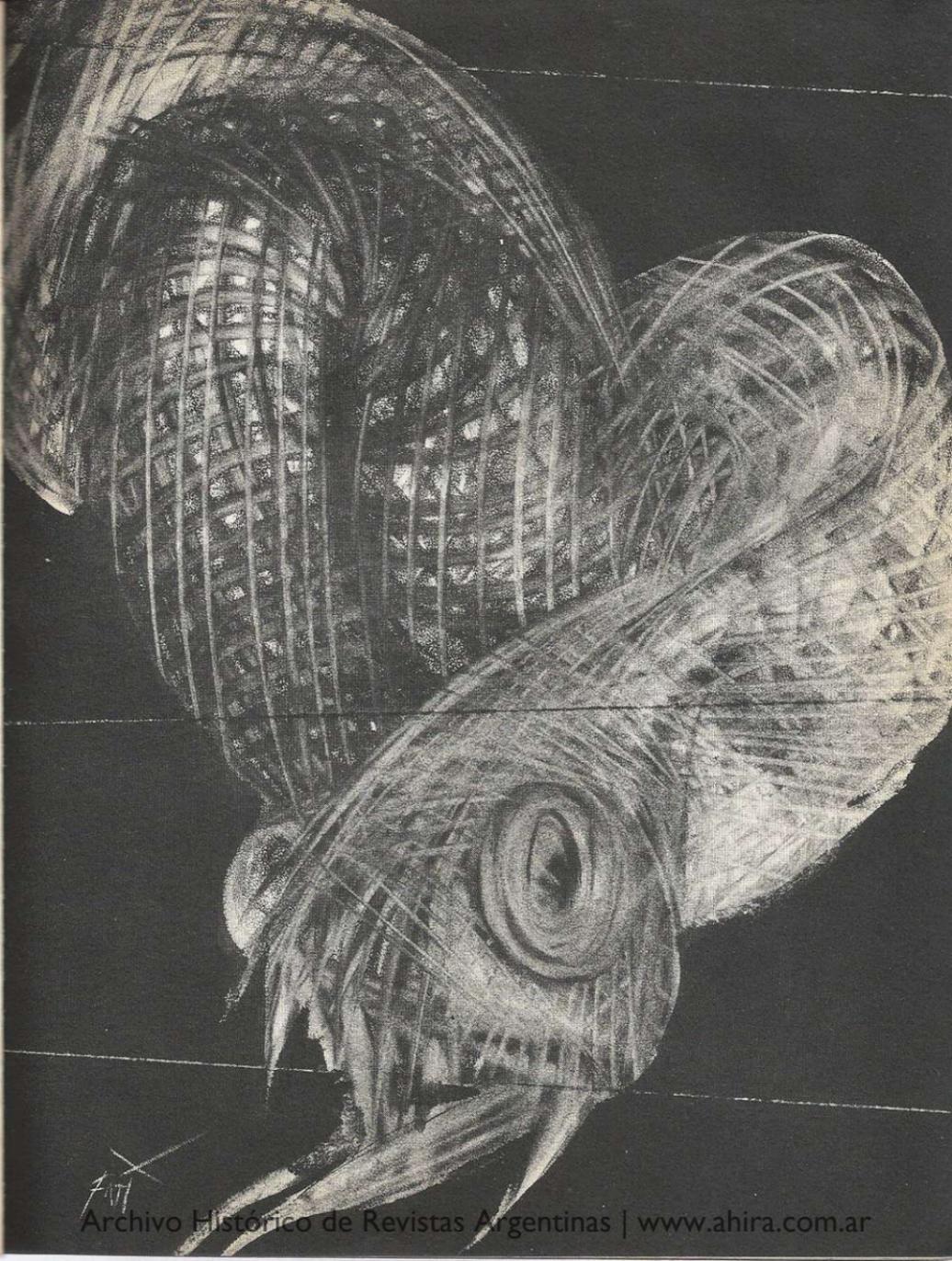
Jiritzu se sentía muy viejo.

Tenía casi veinte años según la antigua y arbitraria escala de edad traída a los mundos estelares desde V Tierra, la escala de las estaciones y los años en la vieja Tierra de Arnhem, en el gran desierto de su patria ancestral. Seis años mayor que Bidjiwara, había recorrido durante cinco las rutas estelares, había tripulado naves de membrana durante miles de millones de kilómetros en ese tiempo.

Y Bidjiwara le pedía poco. Eran más compañeros de juegos que... que cualquier otra cosa, pensaba él.

—Háblame de El-Kumarbis —dijo ella un día, encaramada en un mástil del *Baramundi*.

—Lo sabes todo sobre él —repuso Jiritzu.



—¿Dónde está ahora?

Jiritzu se encogió de hombros con fastidio.

—En alguna parte más allá de Al-ghoul, nadie sabe dónde. Lo sepultaron en el espacio.

—¿Y si encontramos su cuerpo? —dijo Bidjiwara, temblando.

—Imposible.

—¿Por qué?

—¿En el espacio infinito? ¿Cuántas posibilidades hay de que dos objetos desplazándose al azar se encuentren?

—¿Ninguna?

El meneó la cabeza.

—¿La computadora podría encontrarlo?

El se encogió de hombros.

—Si supiéramos exactamente cuándo lo sepultaron, y dónde, y su trayectoria y velocidad y aceleración... No, aún así es imposible.

—Hora de cenar —dijo ella—. Espera aquí, yo prepararé todo.

Regresó con los bizcochos de costumbre, y una jarra llena de un líquido oscuro. Jiritzu tomó la jarra, la sostuvo contra la luz de las estrellas. Rara vez usaban las luces del *Baramundi*.

—Vino —dijo Bidjiwara.

El se sorprendió.

—Encontré unas pocas cápsulas entre las provisiones de la nave. Sólo hay que añadirles un poco de agua.

Comieron y bebieron. El vino era cálido, el aroma suave. Cuando terminaron los bizcochos se quedaron tendidos en la cubierta del *Baramundi*, pasándose la jarra, saboreando el vino.

Cuando lo bebieron todo, Bidjiwara se acurrucó contra Jiritzu; esta vez, en lugar de dormir lo miró a la cara, tomándole la cabeza entre las manos.

Dijo el nombre de él en voz baja, luego apagó su radio y acercó los labios al cuello de Jiritzu de modo que las vainas de aire fueron una, y el sonido pasó directamente de los labios al oído, y susurró de nuevo el nombre de él.

—Bidjiwara —dijo él—, nunca respondiste por qué viniste a bordo del *Baramundi*.

—Para estar con Jiritzu —dijo ella.

—Sí, ¿pero por qué? ¿Por qué viniste a morir conmigo?

—Alto Jiritzu —dijo ella—, fuerte Jiritzu. Me viste a bordo del *Djanggaluul*, eras amable conmigo pero como se es amable con los niños. Los hombres no saben nunca, sólo las mujeres conocen el amor.

El rió, sin crueldad.

—Tú eras sólo...

—Una mujer —dijo ella.

—¿Y quieres...?

Ahora fue ella quien rió.

—Hombre, hombre fuerte. Tú no entiendes que todos los hombres son hijos de mujer.

Se apartó de él, se pasó el blusón de rayas negras por encima de la cabeza y lo arrojó a la cubierta. El le puso las manos en la espalda desnuda, temblando, luego la recorrió toda, tocándole los pechos pequeños, apenas desarrollados, acariciándole los pezones blandos.

Ella le hundió la frente en el costado del cuello, le susurró junto a la garganta:

—Para esto, Jiritzu, vine a bordo del *Baramundi*, para esto.

El le pasó los pulgares por la clavícula, bajó al ombligo, a los pantalones de lona blanca, y se los quitó, y la poseyó.

Y al día siguiente estaban casi sin bizcochos y redujeron las raciones a la mitad para prolongar las provisiones.

Jugaban como niños, gritando y persiguiéndose por los mástiles de la nave.

Brincaban y flotaban desde las cubiertas, más allá de las velas de membrana, saltando al vacío, donde colgaban un instante antes de caer suavemente al *Baramundi*.

Jiritzu brincó con demasiada fuerza, demasiada, y temió haberse apartado de la nave. Miró hacia arriba —o hacia abajo—, hacia los anillos de la Serpiente Arco Iris. Sintió que giraba despacio, suspendido impotentemente en el vacío, sólo y desprotegido excepto por el aire del generador y el pigmento que llevaba en la piel.

Pensó en pedir ayuda a gritos, luego se contuvo. Si estaba flotando, Bidjiwara no podía ayudarlo. Se volvió despacio, hacia el *Baramundi*, hacia las membranas henchidas por el viento estelar, la cubierta que reflejaba las luces de la Serpiente; no pudo ver a Bidjiwara.

Se volvió despacio, hacia la Serpiente Arco Iris, sintiendo que podía caer eternamente en esas franjas de color, esos largos anillos que

abarcaban una distancia no inferior al abismo entre las galaxias.

Se volvió despacio, girando en el eje de su propio cuerpo, sin sentir movimiento sino observando los astros y la Serpiente y *Baramundi* el pez sagrado que rotaban despacio alrededor de él, girando, girando cuando su brazo extendido tocó un objeto tan duro y frío como el hielo final del mundo de una estrella muerta.

Se retrajo, giró involuntariamente, miró.

Era... sí.

Miró de nuevo hacia el *Baramundi*, giró usando sus propias extremidades como contrapeso, se ubicó entre el cadáver y la chalupa y pateó suavemente con las suelas de las alparagas el cadáver duro y frígido.

Regresó lentamente al *Baramundi* y, girando de nuevo mientras se deslizaba, vio que el cadáver se alejaba hacia arriba o hacia abajo perdiéndose en las luces de la Serpiente Arco Iris.

Al acercarse al *Baramundi* se preguntó si debía o no hablarle a Bidjiwara de su hallazgo. Por último decidió que sí: lo increíble había sucedido.

Más tarde subieron a la cubierta más alta para amarse, y regresaron a la diminuta cabina para dormir.

Y pronto las provisiones del *Baramundi* se agotaron, y sin embargo, Jiritzu y Bidjiwara continuaban. Les quedaba agua, y algunas cápsulas. Tomaban vino de vez en vez. Se esforzaron menos por cuidar la nave, dejaron de jugar en las jarcias, dejaron de brincar.

A Jiritzu empezó a dolerle intermitentemente la herida de la pierna. Se hacía masajes, o se los hacía Bidjiwara, y así se aplacaba el dolor.

Hacían el amor, aparentemente, con creciente frecuencia. Las sensaciones de placer parecían aumentar a medida que la falta de alimentos les acercaba aún más los cuerpos, les agudizaba aún más la mutua percepción.

Yacían juntos casi todo el tiempo, y rara vez se vestían del todo.

Bebían solamente agua, pues las cápsulas de vino se habían terminado.

Dormían cada vez más.

En la cabina del *Baramundi*, Jiritzu alimentó con datos telescópicos la computadora de la chalupa, leyó las respuestas en la pequeña pantalla iluminada. Después que los ojos se le

habían acostumbrado a la luz sideral, hasta las luces diminutas de la pantalla lo encandilaban: sombras de color le palpitaron en los ojos durante minutos.

Le costó trepar de la cabina a la cubierta.

Bidjiwara lo esperaba allí, descalza, sentada en la cubierta con las muñecas asidas alrededor de las rodillas, vestida sólo con los pantalones blancos y la gorra negra. Lo recibió con una sonrisa, le hizo una pregunta sin palabras.

—Aquí —dijo él, encogiéndose los hombros—. Aquí es donde estamos. Donde hemos estado. Remontando la Serpiente Arco Iris. Remontando la marea. Bogando en los vientos estelares.

Se sintió mareado un momento, extendió una mano para apoyarse contra el pedestal del telescopio, luego cayó sentado junto a Bidjiwara.

Ella lo rodeó con los brazos y él se tendió en la cubierta, la cabeza en el regazo de la muchacha. La miró a la cara. Ella era Bidjiwara la niña adorable, Miralaidj su mitad aranda, era la propia madre de Jiritzu en Yurakosi, la Gran Madre.

Abrió y cerró los ojos, incapaz de distinguir qué mujer era ésta.

Siguió con los dedos los maraiin de la mejilla.

Ella cabeceó, le habló suavemente, contándole el significado de las escarificaciones.

Cuando hubo terminado él le tomó la mano, y se la apoyó en el pecho, y le contó lentamente el significado de sus propios maraiin. Hablaba con los ojos cerrados, los abrió cuando sintió una gota de humedad, la vio sollozar suavemente, atrajo el rostro de ella al suyo para besarla.

Ella se recostó a su lado y se abrazaron suavemente, luego ambos durmieron.

Después de eso prestaron menos atención a las necesidades del *Baramundi*. Jiritzu y Bidjiwara se fueron debilitando. Dormían más, limitaban su actividad a ocasionales paseos cortos por las cubiertas del *Baramundi*. Ambos adelgazaban, se consumían. La creciente debilidad parecía casi equilibrada por las decrecientes exigencias de la gravedad artificial de la nave.

Pasaban horas tendidos en la cubierta, observando el fulgor de la Serpiente Arco Iris.

Ahora estaban mucho más allá de la cabeza de la Serpiente, y las estrellas de Yirkalla se apiñaban en un fárrago confuso y chispeante a los lejos, muy adelante del *Baramundi*.

Jiritzu estaba despierto, había bebido un pequeño sorbo de la poca agua que les quedaba, había dejado a Bidjiwara dormida, los rasgos demacrados enmarcados por la guinalda fúnebre de los cabellos. Jiritzu avanzó tambaleándose hasta la proa del *Baramundi*, apoyándose en mástiles y montantes.

Miró por el telescopio de la nave, gozando con distante languidez de los incesantes cambios calidoscópicos de las formas multirradiacionales de la Serpiente Arco Iris. Por último se alejó del telescopio y se volvió hacia Bidjiwara. No podía distinguir si ella respiraba. No podía distinguir con certeza quién era ella.

Regresó hacia el telescopio, tecló los controles para que el aparato superpusiera sus imágenes múltiples en vez de proyectarlas secuencialmente. Miró, embelesado, la serpiente por un tiempo, luego volvió el telescopio hacia arriba, escrutando el cielo por encima del *Baramundi*.

Lo fijó sobre una mancha negra que flotaba recortada contra el fulgor de la Serpiente. Por un rato la vio crecer.

Apartándose del telescopio miró la cubierta de la chalupa. Bidjiwara había despertado y se había levantado; caminaba despacio hacia él.

En el fulgor de la Serpiente Arco Iris las escarificaciones se habían transfigurado en una transparencia que destacaba cada línea, cada músculo bajo la piel. Usaba el blusón y los pantalones; Jiritzu pudo verle los senos erguidos, su gracia violenta acentuada por el blusón rayado, los pezones descollando como puntos de referencia para la belleza del torso.

Los pantalones blancos aún la ceñían pese a la mala alimentación; Jiritzu discernió las líneas de los muslos, la comba del pubis sobre la entrepierna.

El rostro, siempre delgado, ahora parecía formado sólo por planos verticales, frente y sien, nariz y mejilla. Las franjas de las cejas, las líneas de la boca, estaban como dibujadas en la cara.

Los ojos parecían haber cobrado un brillo intenso.

Mientras cruzaba la cubierta dirigiéndose a Jiritzu ganaba en fuerza y firmeza.

Le tendió las manos sonriendo, y él sintió que también recuperaba las fuerzas. Dio los pasos necesarios para llegar a ella, le tomó las dos manos, las apretó en las suyas. Se abrazaron, pronunciando cada cual el nombre del otro.

La figura oscura de Elyun El-Kumarbis cayó en la cubierta del *Baramundi*. Se acercó a Jiritzu y Bidjiwara.

—¡Amantes! —dijo—. ¡Héroes celestiales!

Se volvieron a él, sin dejar de abrazarse. Cada cual le extendió una mano, sintió la de él: fría, fría.

—En todos mis años —dijo el v' terrestre—, sólo quise tripular una nave de membrana. Ser un héroe celestial.

—Sí —dijo Jiritzu—, todos los héroes celestiales te conocen, Elyun El-Kumarbis. Tu fama recorre la galaxia.

—¿Y hacia dónde vais, héroes celestiales?

—Remontamos la marea, remontamos la Serpiente Arco Iris.

—¿A bordo de vuestra nave?

—El *Baramundi* nos ha traído hasta aquí, pero no más lejos. Ahora nosotros debemos regresar a la Era del Sueño.

Elyun El-Kumarbis asintió.

—¿Puedo... puedo saludaros como hermanos, héroes celestiales? —preguntó.

—Sí —respondió Jiritzu.

—Sí —respondió Bidjiwara.

Elyun El-Kumarbis los besó a ambos en la mejilla, en las escarificaciones de cada maraiin. Y el beso era frío, frío.

Llenos de fuerza, Jiritzu y Bidjiwara brincaron al mástil más alto del *Baramundi*, treparon por las jarcias hasta la verga más alta de la nave.

Se volvieron hacia Elyun El-Kumarbis, quien esperaba asombrado junto al telescopio.

Se tomaron las manos, se acomodaron en la verga más alta, y juntos brincaron con todas las fuerzas de sus piernas de héroes celestiales, endurecidas y fortalecidas por años de entrenamiento entre las arboladuras de las naves de membrana.

Volaron desde el mástil, subieron desde Ba-

ramundi el pez sagrado, y volviéndose vieron que el pez daba un coletazo de despedida.

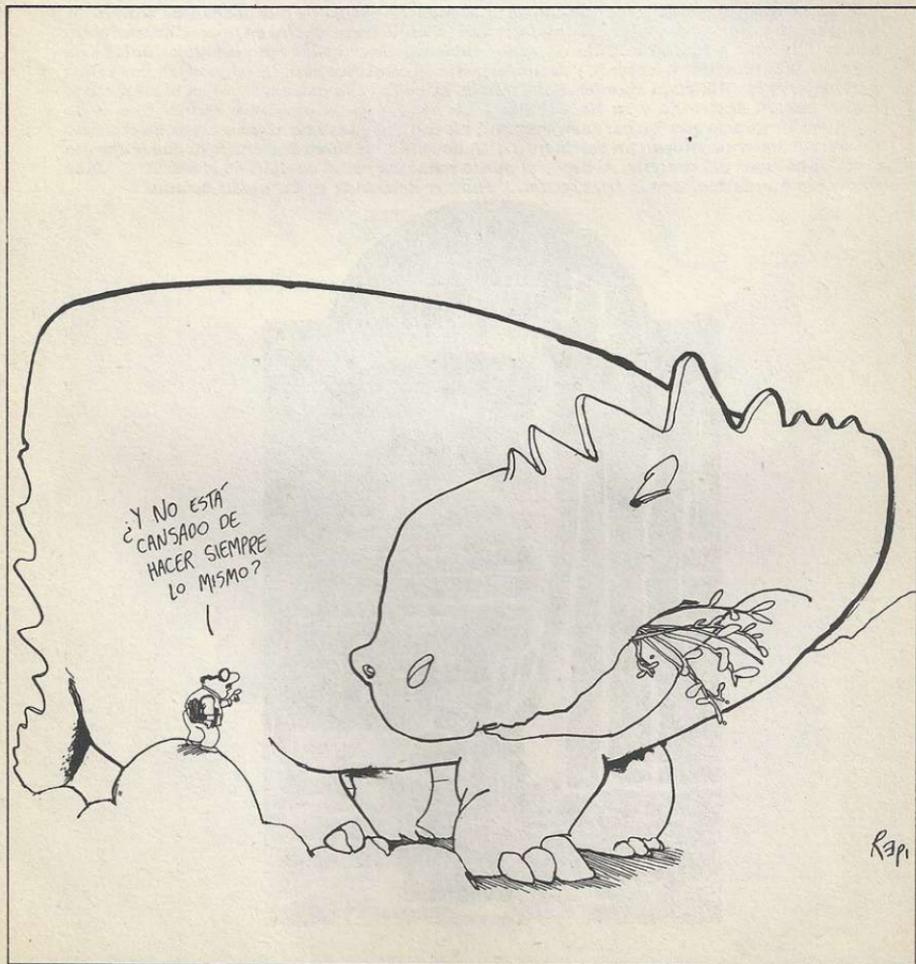
Miraron hacia adelante, hacia la Serpiente Arco Iris, la vieron avanzar sinuosamente hacia las galaxias lejanas, oyeron la voz sibilante que los incitaba, dándoles la bienvenida.

Rieron en voz alta, muy alta, sintiendo fuerza, calor y alegría. Se zambulleron, hendiendo

la marea de la Serpiente Arco Iris, sintiendo que la fuerza de los aranda, de todos los de Yurakosi, de todos los héroes celestiales, les palpitaba en la sangre.

Se abrazaron riendo de alegría y volaron hacia la Serpiente Arco Iris, hacia las galaxias más allá de las galaxias, hacia la Era del Sueño, para siempre.

Título del original en inglés: *Sail the Tide of Mourning*.
© 1975 by Robert Silverberg. Traducción de Pedro Kavalán.

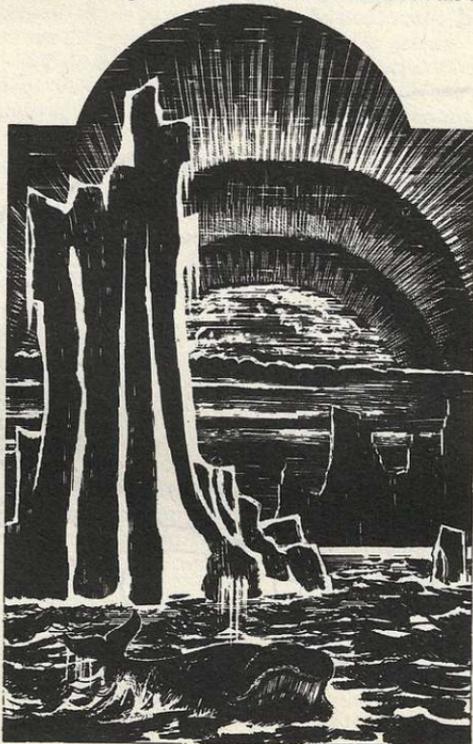


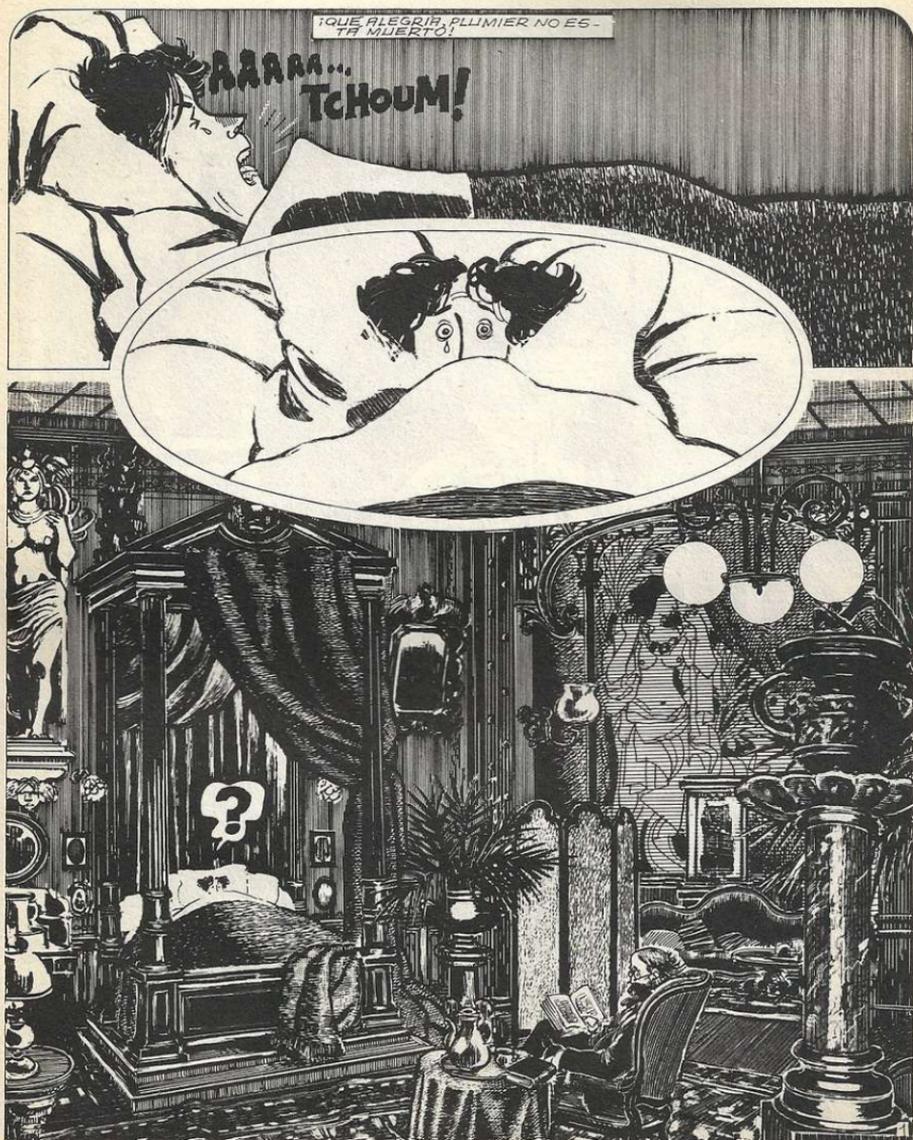
Jacques Tardi

EL DEMONIO DE LOS HIELOS

Resumen de lo publicado:

Jerome Plumier ha visto el "Iceland Loafer", extraño barco clavado en la cima de un glaciar con toda la tripulación congelada: el capitán muerto señala un punto (tal vez la clave del misterio) en un mapa desplegado sobre el escritorio. De vuelta en Francia, Plumier va a la casa de su tío L.-F. Chapoutier, inventor y marginado de la familia. Se entera de que acaban de enterrarlo. Visita su laboratorio y descubre allí animales horripilantes conservados en formol. En una pieza oscura hay una máquina erizada de caños cubiertos de... ¡hielo! Los periódicos hablan de choques de barcos contra icebergs, y de una expedición científica para estudiar el fenómeno que partirá de Brest. Allí viaja Plumier. En el tren, la extraña vieja que encontró en el cementerio donde habían enterrado a su tío, asesina a un hombre en el camarote vecino. Una carta anónima le anuncia que "va por buen camino", y le insinúa que su tío no ha muerto. En el puerto de Brest, Plumier sustituye a un marinero del "Julio Verne", el barco de científicos que se apresta a viajar al lugar del misterio. Al llegar al punto señalado por el capitán en el mapa, el "Julio Verne" se hunde con toda la tripulación. J. Plumier desciende en las aguas heladas...





QUE ALEGRIA, PLUMIER NO ES-
TA MUERTO!

AAAAA...
TCHOUM!

?

¡MI TÍO!

¡JÉRÔME!



PERO... DIME,
¿DÓNDE ESTAMOS?

¡ESTAMOS...

...EN
EL CENTRO DE UN
ICEBERG!

¿QUÉ?
?



EN LA UNIVERSIDAD, JOVENES E INGENUOS, TUJIMOS LA INTENCION PUERIL DE OBRAR EN BIEN DE LA HUMANIDAD PERO CON EL CORRER DEL TIEMPO Y DESPUES DE HABER SUFRIDO LAS MISMAS HUMILLACIONES NOS DIMOS CUENTA DE QUE ERA INUTIL QUE GENTE TAN VALIOSA INTENTARA MEJORAR LA EXISTENCIA DE ESOS IDIOTAS, INDEFERENTES A LOS OBJETIVOS DE NUESTROS DESCUBRIMIENTOS Y CUYA UNICA REACCION ERA LA DE HABLAR PESTES DE NOSOTROS



NO VOLVI A VER A GELATI CUANDO REAPARECIO FUE PARA EXPONERME SU GRANDIOSO PROYECTO: TRABAJAR APARTADOS DE ESTE MUNDO REPLUGNANTE, BUSCAR SU PERDICION HACIENDOLE PAGAR SU INCAPACIDAD



PARA RECONOCER A LOS VERDADEROS ESPIRITUS SUPIERON RES...

... ¡Y NOS REENCONTRAMOS!
¡JAJA!



SI HUBIERAMOS CONSUMADO NUESTRAS INVESTIGACIONES PARA LA PERDICION DEL MUNDO, SEGURO QUE HUBIERAMOS RECOGIDO LAURELES. SIN BUSCAR SER PREMIADOS POR ESOS IMBECILES DECIDIMOS

**¡ANIQUEL-
LARLOS!**



NO SE PUEDE TRATAR ETERNAMENTE DE HACER EL BIEN A LA HUMANIDAD, EN VANO.
¡UNO SE CANSA!



¡JAJAJA!



¡Qué decepción! Jerôme ha buscado obstinadamente a su tío para encontrarse con dos locos agrios, de espíritu vengativo y destructivo, ¡dos deplorables individuos de la más miserable especie!



**¡MARAVILLOSO!
ESE PROYECTO
ES MARAVILLOSO!**

**¡JAJAJA!
¡JAJA!
¡BRAVO!
¡BRAVO, QUERIDO!
¡TÚ SI QUE ERES MI SOBRINO!**

¡Ah! ¿Por qué el mal tienta siempre a los hombres?
¿Por qué Plumier se nos revela como alguien distinto del simpático estudiante que creímos conocer?
¿Por qué siempre nos decepcionan aquéllos que apreciamos?



BUENO, JEROME, VAMOS A VISITAR EL "ICEBERG" ¡LEVANTATE! HAY ROPA DE TU TALLE AHI...

¡SEÑORES! LOS DEBO, VOYA SU- PERSIVAR LOS TRA- BABOS. NOS VERE- MOS ABAJO...

HAY CIERTOS HECHOS QUE DEBES CONOCER AHORA QUE ESTÁS CON NOSOTROS. PARA LLEVAR A CABO ESTE PROYECTO DEBÍ DESAPARECER. UN AMIGO ZOOGLIMICO TOMÓ MI IDENTIDAD Y OCUPÓ MI CASA DE PARÍS, ASÍ NADIE PUDO CONSTATAR MI DESAPARICIÓN. ESTE AMIGO HABÍA HECHO ALGUNAS MALAS PASADAS Y DESEABA SER OLVIDADO. ESA SITUACIÓN LE CONVENÍA. POR OTRA PARTE, NO HABÍA PELIGRO POR EL LADO DE LA FAMILIA PORQUE, COMO SABES, HACE MUCHO CORTE TODOS LOS LAZOS. ME ACABO DE ENTERAR, POR INTERMEDIO DE ALGUNOS COMPLICES QUE SE QUEDARON...

...EN PARÍS, DE LA MUERTE DE ESE AMIGO... ASÍ QUE HE MUERTO CON ÉL. NO CONOCÍA EL SECRETO DE NUESTRA EMPRESA... COMENZAMOS LA CONSTRUCCIÓN DE NUESTRO "ICEBERG" EN UN FIORDO AL LADO DE NORUEGA, DONDE INSTALAMOS UN VERDADERO AGUILLERO. FUE TERMINADO EN EL MAR, LEGOS DE LAS RUTAS FRECUENTADAS. RECLUTAMOS NUESTRA TRIPULACIÓN ENTRENADA EN EL PUERTO. NO FALTO GENTE AMARGADA PARA SEGUIRNOS. AL PRINCIPIO NOS ASEGURAMOS LA COOPERACIÓN DE SAMUEL FULTON, AL BORDO DE SU CLIPPER, EL "ICELAND LOAFER".



¡EL ICELAND LOAFER!

AHORA COMPRENDO POR QUÉ LA TRIPULACIÓN ESTABA FUGA EN SUS PIES. TOS: EL GAS TENÍAS RAZÓN EN DUDAR DE ESE FULTON, YA QUE SABÍENDO QUE EL ICEBERG ESTABA INMOVILIZADO POR CIERTO TIEMPO, HUBIERA SEÑALANDO SU POSICIÓN EXACTA SOBRE UN MAPA.

...PERO SE PRODUCIÓ UN DESACUERDO ENTRE NOSOTROS, Y FULTON NOS ABANDONÓ. TODAVÍA NO HABÍAMOS PUESTO EN MARCHA NUESTRAS PIEZAS DE ARTILLERÍA, SUBMARINA Y EL "ICELAND LOAFER" SE NOS ESCAPO SIN QUE LO PUDIÉRAMOS HUNDIR. FULTON NO HUBIERA DEBIDO DAR A CONOCER NUESTROS PROYECTOS. POR SUERTE TUVIMOS TIEMPO DE LANZAR SOBRE EL NAVIO UN GAS TÓXICO PARALIZANTE, Y EL NAVIO DESAPARECIÓ. ALGUNOS MESES MÁS TARDE, EL "ICELAND LOAFER" REAPARECIÓ. PENSIONERO EN EL HUELLO; ESE DÍA HUNDIMOS EL "ANJOU".

¡AHH!
¡INDIVIDUO INNOBLE!





HAY OTRO PERSONAJE CUYO PAPEL EN ESTA HISTORIA NO COMPRENDO, UNA ESPECIE DE VIEJA HORRIBLE QUE DA ALERGIA Y QUE APARECE DOS VECES. LA PRIMERA CERCA DE TU TUMBA EN EL CEMENTERIO DE MONTPARNASSE; LUEGO EN EL PARIS-BREST, CUANDO ACABABA DE MATAR A UN TIPO QUE LA HABÍA ATAÇADO, POR LO MENOS SEGUN LO QUE ELLA DIJO. ADEMÁS, UN MENSAJE, TAL VEZ SUYO, QUE ME ESPERABA EN EL HOTEL, ANUNCIANDOME QUE IBA POR BUEN CAMINO Y QUE TÚ NO ESTABAS MUERTO...



¡ES SIMONE! ¡SIMONE POLIFFIOT! ESA COSA VIEJA QUE QUERÍA DESTRUIR EL MUNDO CUANDO GELATI Y YO QUERIAMOS LA FELICIDAD DE LA HUMANIDAD. AHORA LA QUEREMOS DESTRUIR TODO, ELLA TRABAJA POR EL BIEN, A SUELDO DEL GOBIERNO; NOS BUSCA... SE ENTERO DE NUESTROS PROYECTOS, Y HA DECIDIDO IMPEDIRNOS HACER DAÑO... ERA UNO DE NUESTROS HOMBRES, EL QUE MATO EN EL TREN. DESDE HACER ALGUN TIEMPO LA HACEMOS SEGUIR DE CERCA. TENEMOS UNA VERDADERA RED DE INFORMANTES ALREDEDOR DEL MUNDO. ¡MORIRA!

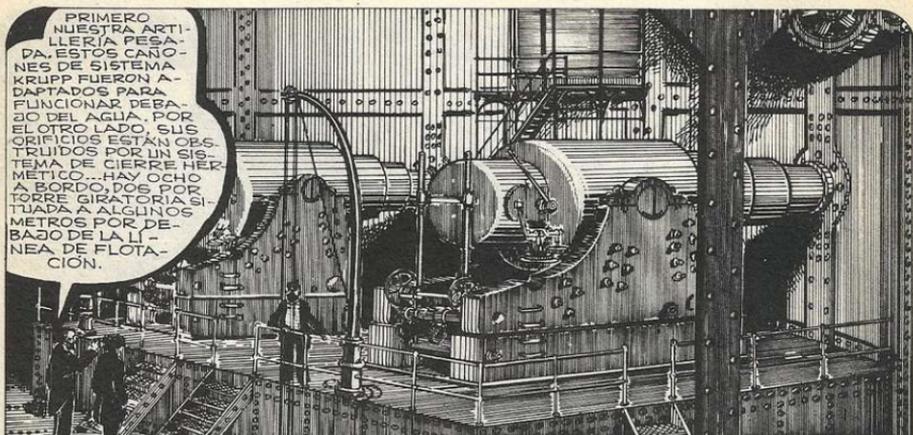


DETRAS DE ESTAS PUERTAS ESTAN LOS CAMAROTES DEL PERSONAL DEL ICEBERG, Y TAMBIEN LAS GALAS DE JUEGOS SALONES Y UN GIMNASIO. SIN ESTO LA VIDA SERIA MUY ABURRIDA A BORDO... HAY SEIS PISOS

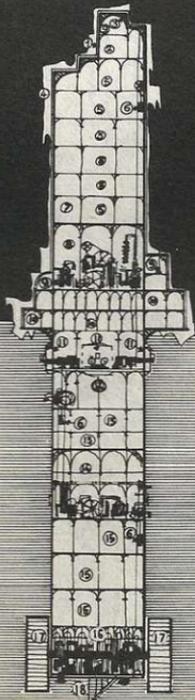


A PROPOSITO, ¿COMO ME RECOGIERON DESPUES DEL NAUFRAGIO DEL "S. VERNE", CUANDO ME FUI A PIQUE?

YA VERAS DESPUES... MIENTRAS, VISITAREMOS LOS LUGARES MAS IMPORTANTES DEL "DEMONIO DE LOS HIELOS"...

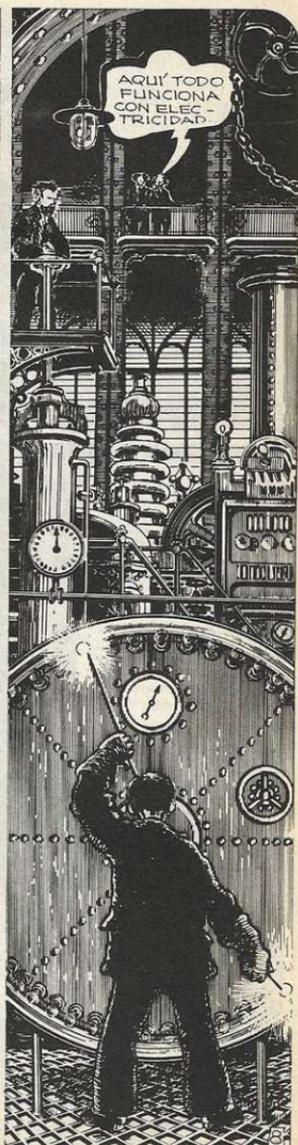
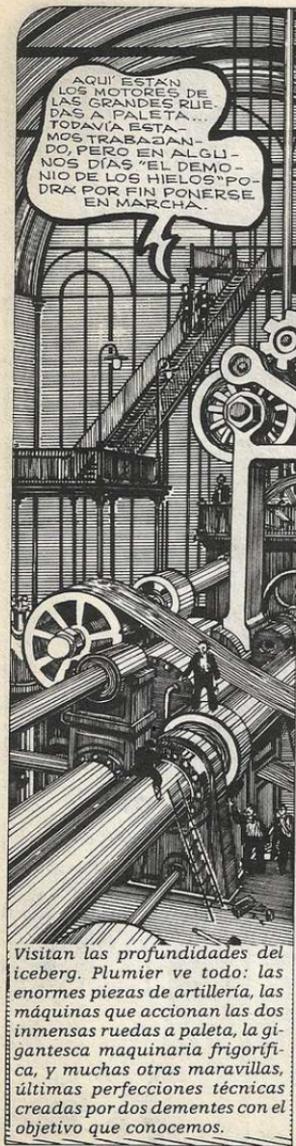


- 1 Sistema de refrigeración de las paredes externas del "iceberg".
- 2 Habitaciones de Carlo Gelati.
- 3 Estructura metálica.
- 4 Hielo formado en las paredes.
- 5 Piso de camarotes y diversas salas.
- 6 Ascensores.
- 7 Habitaciones de Chapoutier.
- 8 Salas de máquinas frigoríficas.
- 9 Observatorios.
- 10 Polvorines y depósitos varios.
- 11 Torres armadas de

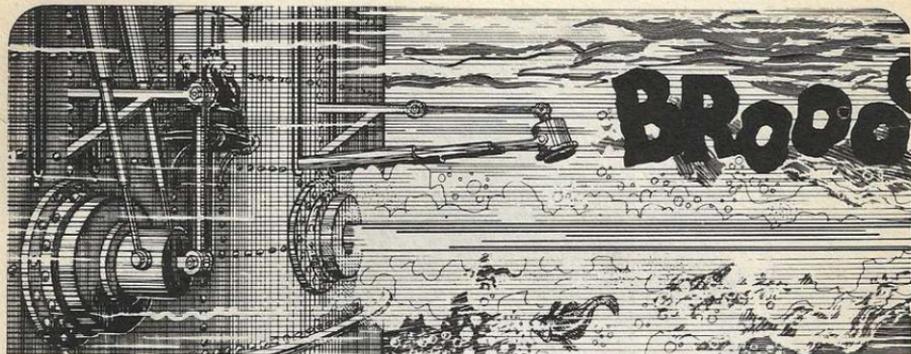


- cañones.
- 12 "Gran salón acústico".
- 13 Laboratorios diversos donde trabajan C. Gelati y sus ayudantes.
- 14 Salas de máquinas que suministran electricidad a todo el "iceberg".
- 15 Bodegas y hangares.
- 16 Sala de máquinas que accionan las grandes ruedas a paletas.
- 17 Ruedas a paletas.
- 18 Escaleras de salida utilizadas para las profundidades.









Tan pronto como Gelati dio la orden, un obús submarino fue lanzado por uno de los cañones.



El innoble proyectil se dirige hacia el navío, dejando tras de sí una estela que a los ocupantes del barco les hubiera dado trabajo distinguir si hubieran previsto lo que les esperaba. Pero el navío es embestido, sin que puedan hacer nada para evitar el terrible mecanismo que siembra la muerte, cobrando víctimas inocentes.





Detrás de la ventana submarina, los tres hombres observan cómo el navío se hunde lentamente hacia el fondo sembrado de siniestros restos...



PERO, ¿PARA QUÉ ECHAR A PIQUE A TODOS ESOS BARCOS? EFICAZ QUE EL OTRO, ADEMÁS, ESOS NAVIOS CONTIENEN VERDADEROS TESOROS EN LAS BODEGAS. AHORA QUE NUESTRO ARMAMENTO ESTÁ A PUNTO, CONTINUAMOS HUNDIENDOLOS, PORQUE NO PUEDES IMAGINAR LA SATISFACCIÓN ANTE TAMANO ESPECTÁCULO.



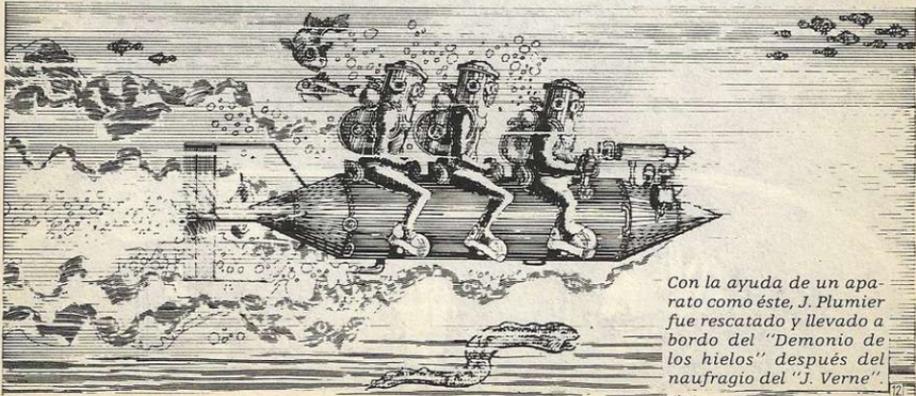
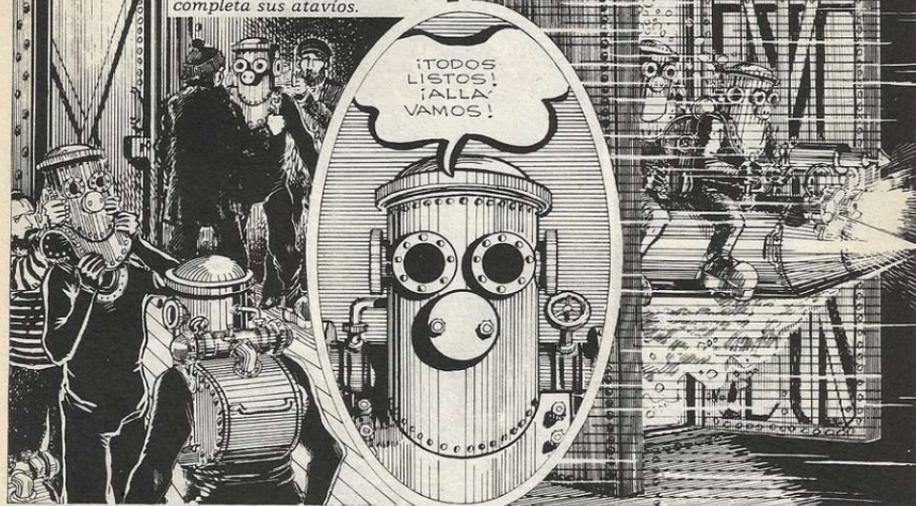
VOLVAMOS ABAJO. SALDREMOS A BORDO DE UN OBÚS.

¿UN OBÚS?

YA VERÁS. UNA PEQUEÑA MARAVILLA.

Chapoutier, Gelati y Plumier entran a un reducto donde unos hombres los ayudan a vestirse con unos uniformes impermeables y herméticos para desplazarse bajo el agua. Una especie de depósito metálico dorsal, conteniendo suficiente oxígeno, les permitirá permanecer durante una hora en las aguas heladas. Un casco de metal completa sus atavíos.

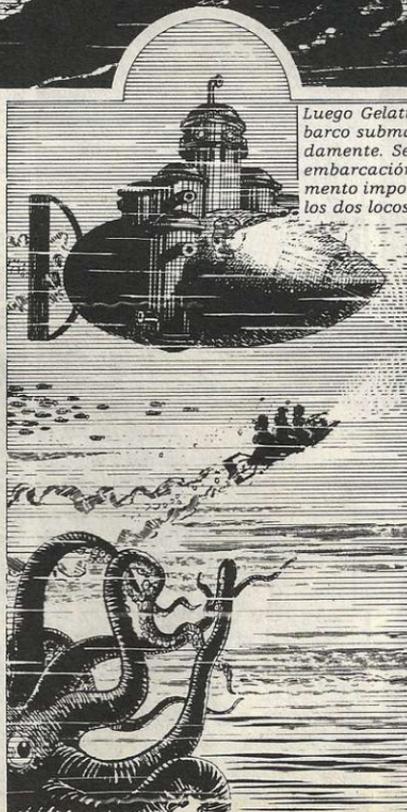
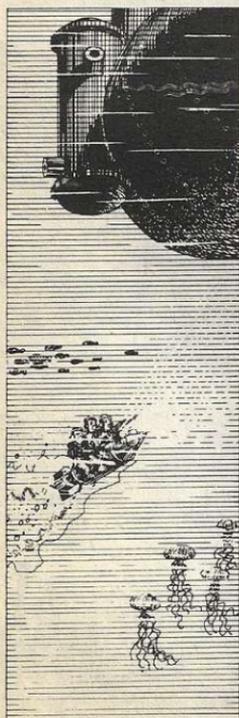
Pasan a una sala, cuya puerta se cierra detrás de ellos. Un sorprendente aparato automóvil con forma de obús, los espera. Los tres hombres lo montan. Gelati toma el mando. La sala se llena rápidamente de agua de mar, se abre una segunda puerta que da al océano. Se lanzan afuera, a bordo del "obús"...



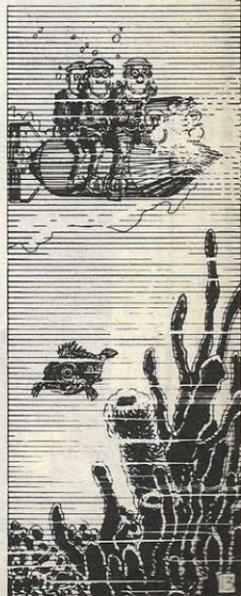
Con la ayuda de un aparato como éste, J. Plumier fue rescatado y llevado a bordo del "Demonio de los hielos" después del naufragio del "J. Verne".



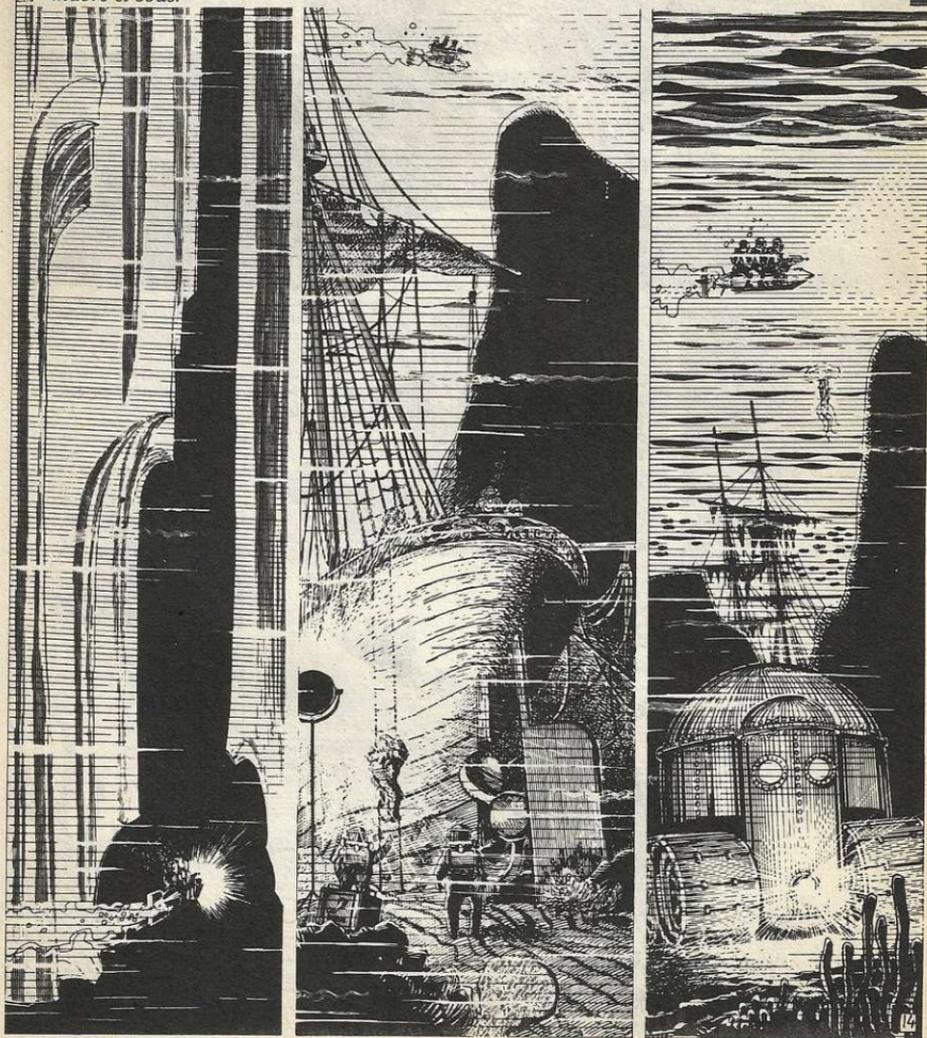
La escalera metálica situada bajo el iceberg permite llegar al suelo en este lugar tan profundo. Hombres equipados con trajes submarinos la llevan para dirigirse a los nuevos restos que acaban de agregarse a la gran cantidad de víctimas.

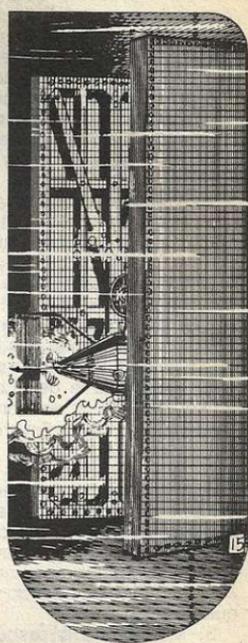
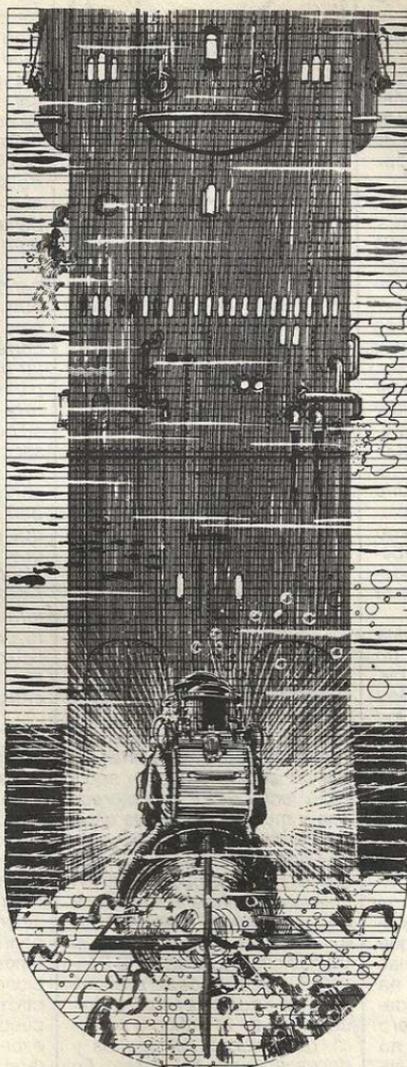
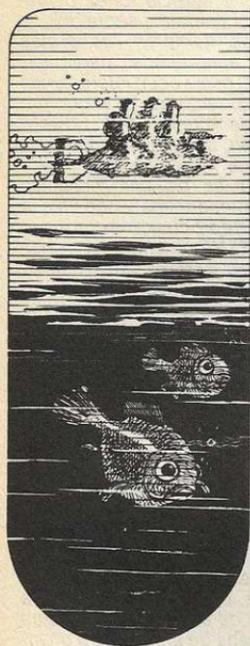


Luego Gelati dirige el "obús" hacia un barco submarino que se desplaza pesadamente. Se trata del PLACODUS, una embarcación erizada de cañones, elemento importante del diabólico plan de los dos locos.



Rozan las vertiginosas paredes de hielo, partes sumergidas de los icebergs cercanos. Luego van hacia los restos que los secuaces de Chapoutier están por saquear. Enormes lámparas que funcionan bajo el agua con la ayuda de baterías eléctricas iluminan la escena: así se explican los resplandores que aparecieron después del naufragio del "Anjou", y de los que habló el marino de Brest... Lentas máquinas transportan el botín hacia el "iceberg" artificial, en cuya dirección se mueve el obús.





Finalmente, entran. El tiempo durante el cual les era posible permanecer bajo el agua ha terminado. Es el retorno en dirección al "Demonio de los hielos", cuya parte submarina se ofrece, grandiosa, a las miradas de los tres hombres, simbolizando toda la desmesura de las ambiciones nefastas de los dos locos. ¡Ah, sí! está, sin embargo, a la altura de su demencia. Esta creación, tan admirable. ¡Hubiese valido más que consagraran sus energías a otros designios! ¿No habrá nadie que les impida sembrar la destrucción?

Sr. Director:

Con la presente quiero hacerles llegar mis felicitaciones por la revista, que considero única no sólo en su género sino aún comparándola con la mayoría de las publicaciones argentinas. Pero, como dicen que "porque te quiero te aporreo", aquí van mis opiniones:

1) Es impresionante la boquilla que dan a los lectores. Luego que más de uno protestó por los monstruos de las tapas, nos zampan esa de Nine, que sabe dibujar excepcionalmente bien pero aquí no sabemos si quiso representar a Kiss o los desastres de la guerra.

2) Gran idea la de publicar un suplemento de economía y finanzas a cargo de Silverberg. Me llevó toda una tarde convertir sus dólares a pesos y sacar la cuenta de cuánto tendría si hubiera puesto toda esa plata a plazo fijo. Al final, es como para no creer en los bomberos, porque parece que empezó a escribir bien cuando se le quemó la casa...

3) Muy buena la respuesta al lector Alzogaray; aquí no hay nadie que sepa escribir, salvo tipos como Borges, Bioy Casares o Cortázar. Y si los hay, mejor ignorarlos, para seguir viviendo de la cultura importada. Acaso habrá algún escritor argentino capaz de hacer algo tan, pero tan maravilloso como Moderan, que con cada cuento nos asombra por su originalidad y creatividad?

4) Los ilustradores continúan superándose. A los que conocíamos al Cascioli de las tapas de *El Péndulo*, nos ha sorprendido como un verdadero artista. Fati será genial, pero por lo general sus dibujos no tienen nada que ver con el estilo de los cuentos. Francamente malos los chistes y las viñetas de Grondona White.

5) Los nuevos apócrifos empezó bien, pero da la impresión de que a Sladek le pagan



por página, y en el n° 8 acaba de acusar de chantas a Newton y Einstein; incluye autores que no ha leído, como Chardin, y que critica en base a opiniones de otros. En fin, se ve que es un libro escrito por encargo, pero el autor no tiene derecho a tirarse contra cualquiera si no tiene por lo menos cierto nivel...

Esperando que alguna vez nos hagan caso a los lectores y amplíen la sección "cartas", vuelvo a felicitarlos, y sigo esperando con ganas que salga el próximo *Péndulo*.

Un atento saludo.

Julio César Beccaria
San Fernando

1) Las tapas siguen mereciendo críticas y elogios desmedidos. Nine probablemente quiso representar los desastres de Kiss. 2) El suplemento de economía y finanzas fue concebido como un servicio al lector de EP, que merece eso y mucho más. No te creemos lo de las cuentas. 3) A todos esos escritores que imaginan les rogamos que nos envíen cuentos ya. Nada nos gustaría más que poder coincidir con tus certezas. 4) ¿Quién es el Cascioli de las tapas de *El Péndulo*? ¿Por qué nos sorprende? 5) Los nuevos apócrifos concluye en el próximo número, para alegría de algunos y desesperación del resto. En cuanto al correo de los lectores: a nosotros también nos gustaría ampliar la sección, pero no queremos publicar, indiscriminadamente, cualquier carta que llegue a nuestra Re-

dacción. La mayoría (son muchas, y lo agradecemos) contiene apreciaciones demasiado generales sobre EP, o elogios también generales (que apreciamos particularmente) quizá poco interesantes para los lectores. En el número de setiembre de 1981, Edward Ferman, director de Fantasy & Science Fiction, ante un pedido similar, dio una respuesta que compartimos y que vale la pena reproducir, recordando que F&SF cuenta con unos cien mil lectores (más que *El Péndulo*, sospechamos) y no publica cartas todos los meses: "Recibimos un caudal de correo suficiente para alimentar una sección mensual, pero pienso que la mayor parte carece del interés necesario para su publicación. Desearía que la sección apareciera con mayor frecuencia, pero no quiero prepararla con apresuradas y superficiales cartas de elogios, que desde luego apreciamos y que son la mayoría. La carta ideal es la que entretiene o estimula, o la que ofrece alguna forma de alabanza o de crítica razonada de un cuento o un artículo. Cuando reciba más cartas de ese tipo, correré a publicarlas."

Querido Marcial:

Esta vez me permito escribirte como simple lector de *El Péndulo*. Uno no siempre lee todas las revistas en las cuales escribe, porque no todas tienen la jerarquía de ésta. Podrá discutirse (y te consta) la selección de los textos; quizás habría que tener en cuenta al fandom, cuando pide orientaciones más "clásicas", y aún a otros sectores del público que pueden asustarse con algún exceso de experimentación literaria y pedir más acción, por ejemplo. Podrán discutirse las tapas y las ilustraciones (aquí juega mucho más el gusto personal), pero lo que está fuera de discusión es que se trata de una revista que podría afrontar

sin temores de la competencia en el nivel internacional: en nuestro país es casi un milagro.

También quisiera aprovechar este espacio para contestar algunas cartas aparecidas en el n° 8.

El amigo Plaza me atribuye responsabilidades que no tengo, cuando dice que "es evidente que a Capanna le gusta Cordwainer Smith, y ni le hablen de Asimov".

Yo no tengo nada que ver con la dirección de *El Péndulo* ni con la selección de los textos; si la Redacción elige algo de C.S. y me piden que lo explique, no es culpa mía; que me guste, tampoco es novedad. En cuanto a Asimov, pasé mi adolescencia disfrutando sus cuentos de robots, y *Las cavernas de acero* me sigue pareciendo un clásico. Lo que escribí sobre él se refiere tan sólo a su personalidad decepcionante; me sigue sorprendiendo que alguien que posee un C.I. de 160 (creo que será en la escala Wechsler-Bellevue, porque si fuera Stanford-Binet sería un genio) pueda a veces ser tonto con ganas, y serlo más con el andar del tiempo; esto no invalida sus cuentos clásicos.

Agradezco los elogios de Alzogaray; en estos tiempos difíciles, ayudan a vivir y también a perder el miedo de ser un plomazo para los lectores. Me ha resultado emotivo su llamado a los editores para que publiquen mi libro. A la vez, me ha dejado una duda. Tengo entendido que en la calle Salta existe cierta editorial que ha publicado dos o tres libros. ¿Qué pasa con ella? ¿Cambió de ramo?

Un gran abrazo, y no más elogios para no ser redundante.

Pablo Capanna
José C. Paz

Insisto, Pablo, en que el "fandom" es uno de los tantos seres imaginarios de la ciencia

ficción. Los lectores son individuos que reaccionan ante cada texto según la sensación térmica del momento. Y ¿dónde, dónde están los excesos de experimentación literaria?

En cuanto al asunto de la cierta editorial de la calle Salta, según información de Andrés Cascioli, "cambió de rama". Tendrás que mirar hacia arriba y buscar bien.

Pablo Capanna y la ciencia ficción en el San Martín

Durante el mes de julio el profesor Pablo Capanna dictará en el Centro Cultural General San Martín (Sarmiento 1551) un cursillo titulado "Aproximación a la ciencia ficción". Constará de tres charlas que comenzarán a las 19 horas y abarcarán los siguientes temas:

- Día 14: "La ciencia ficción como fenómeno cultural."
- Día 21: "Etapas de una historia."
- Día 28: "Clásicos y vanguardistas."

La entrada es libre, y todos los lectores de *El Péndulo* quedan obligados a asistir.



• "De cómo cinco aventureros descendieron a las profundidades y de los sucesos que allí acontecieron", de Angélica Gorodischer, historia que comienza en un bar de Rosario y...

• "Suspensión deficiente", de Philip K. Dick, sobre una falla en una nave espacial y los recursos de la memoria humana.

• "Los reflejos dorados", de Mario Levrero, mirada furtiva al otro mundo.

• La última parte de "Los nuevos apócrifos", de John Sladek.

EN PROXIMOS NUMEROS

• Un artículo de Pablo Capanna sobre las guerras de la ciencia ficción.

• Opiniones de Isaac Asimov sobre sus colegas, el futuro y el arte de escribir.

• Una entrevista con Angélica Gorodischer.

• La conclusión de "El demonio de los hielos", la historietá de Jacques Tardi.

• "Quiramir", de Eduardo Abel Giménez, abrumadora crónica de sólo una fracción de lo que pasa en la ciudad del título.

EQUIPO

Director Editorial **Andrés Cascioli**

Jefe de Redacción **Marcial Souto**

Diseño Gráfico **Sergio Pérez Fernández**

Colaboran en este número **Elvio E. Gandolfo • Aníbal M. Vinelli • Pablo Capanna • Fati**

Kike Sanzol • Grondona White • Carlos Nine • Oscar Chichoni

Sergio Gaut vel Hartman

Producción gráfica **Carlos Alberto Pérez Larrea • Fabián Di Matteo • Alejandro**

Turiansky • Fernando Brenner • Eduardo Echániz

Laboratorio **Eduardo Barrera • Miriam Varela • Laura P. de Peralta**

Coordinación General **Juan Zahlt**

Secretaría General **Nora Bonis**

Publicidad **Carola de la Fuente • Oscar Deutsch**

Corrección **Elvira Ibargüen • Eduardo Mileo • Emma Vázquez • Cristina Rotania**

Director Comercial **Ricardo Portal**

Director de Ventas **Rubén Alpellani**

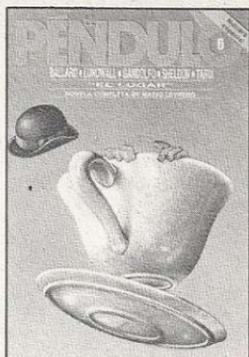
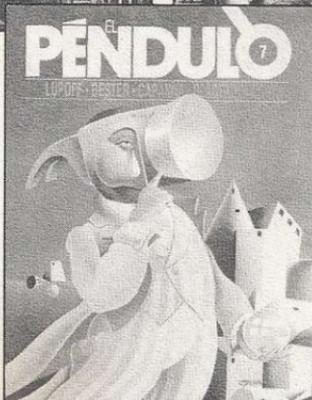
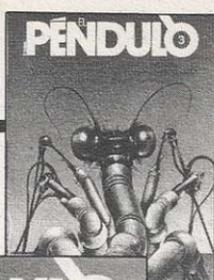
Gerente Administrativo **Jorge Antonio Orfila**

Fotocomposición y armado **Linotipia Cometa**

EL PÉNDULO N° 9 - Segunda Época - Revista mensual. Editada por Ediciones de la Urraca S.A. Redacción y Administración: Salta 258. (1074) Capital. Buenos Aires, Argentina. Registro Nacional de la Propiedad Intelectual 111032. Prohibida su reproducción total o parcial. Derechos reservados. Distribuidores en Capital Federal: Machi y Cía. Distribuidores en el interior: SADYE S.A.C.I.F. Belgrano 355, Capital. Distribuidores en el Exterior: Cielosur Editora S.A.C.I. Casilla de Correo 4504. Director: Andrés Cascioli.

JUNIO 1982

Correo Argentino Central (B)	Franqueo a pagar 822
	Tarifa Reducida 3672
	Franqueo Pagado 4052



Los números atrasados de El Péndulo se consiguen en las siguientes librerías:

Al pie de la letra

Cabildo 1849 local 64

Arte solar

Rivadavia 5320 local 20

El ave fénix

Pueyrredón 1753

Cenit

Corrientes 1243

Del virrey

Virrey Loreto 2409

Discépolo

Corrientes 1316

Edipo

Corrientes 1676

Enrique Larreta

Juramento 2307

Fausto

Corrientes 1311

Fausto

Santa Fe 1715

Finnagan's

Santa Fe 2733

Florentino

Parral 93

Gaona

Gaona 2564

García Lorca

Olazábal 2497

Hernández

Corrientes 1436

Ibidem

Rivadavia 6257

Leo libros

Santa Fe 1660 local 26

Martín Fierro

Corrientes 1264

Porteña

Mendoza 2330

Porteña

Cabildo 2135

Premier

Corrientes 1583

Penélope

Santa Fe 3673 local 14

Rodríguez

Cabildo 1849 local 8

Stradivarius

Santa Fe 3351

Supermercado del libro

Corrientes 1666

La vía regia

Corrientes 1145 local 17

El zapallo

Rivadavia 6640

Los números atrasados se venden al precio de tapa del último aparecido.

Interior: pedidos por correo a Sergio Gaut vel Hartman, Ediciones de la Urraca,

Salta 258, 1074 Capital Federal.

Theodore Sturgeon • Richard A. Lupoff • Norman Spinrad
Robert Silverberg • José Pedro Díaz • Claudio Ferrari
John Sladek • Pablo Capanna • Anibal M. Vinelli
Elvio E. Gandolfo • Marcial Souto • Jacques Tardi
Sergio Gaut vel Hartman • Andrés Cascioli
Oscar Chichoni • Alfredo Grondona White
Carlos Nine • Kike Sanzol • Sanyú



Nº 9 \$ 40.000